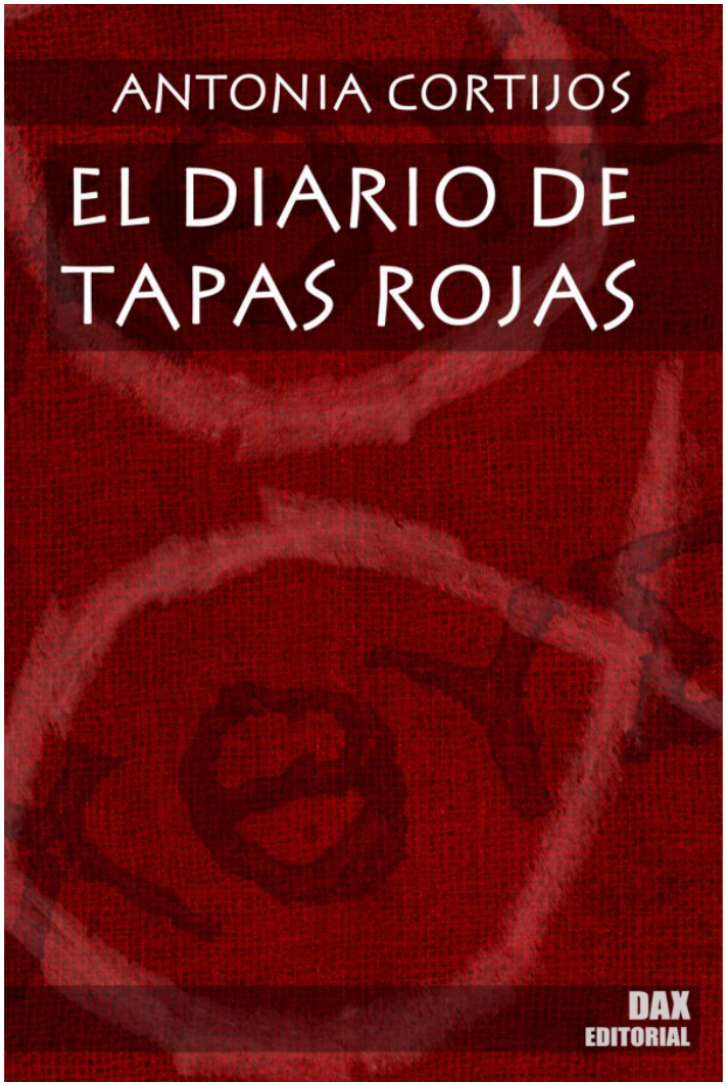
ANTONIA CORTIJOS
EL DIARIO DE TAPAS ROJAS
DAX
EDITORIAL

Índice

EL DIARIO DE TAPAS ROJAS
BARCINO Ante diem II Nonas Junio. Año 36 d.C.
Barcelona – 16 de Mayo de 2002 – 12 horas 33 minutos
Barcelona – 16 de Mayo de 2002 – 16 horas 30 minutos
Barcelona – 17 de Mayo de 2002 – 13 horas 10 minutos
BARCINO Kalendas Julio. Año 36 d.C.
Barcelona – 19 de Mayo de 2002 – 14 horas 15 minutos
Barcelona – 20 de Mayo de 2002 – 12 horas 10 minutos
Barcelona – 21 de Mayo de 2002 – 11 horas 45 minutos
BARCINO Kalendas Julio. Año 36 d.C.
Barcelona – 21 de Mayo de 2002 – 12 horas 15 minutos
Barcelona – 22 de Mayo de 2002 – 01 horas 10 minutos
Barcelona – 25 de Mayo de 2002 – 15 horas 10 minutos
BARCINO Kalendas Julio. Año 36 d.C.
Barcelona – 27 de Mayo de 2002 – 21 horas 30 minutos
Barcelona – 28 de Mayo de 2002 – 11 horas 45 minutos
Barcelona – 28 de Mayo de 2002 – 13 horas 15 minutos
BARCINO Kalendas Julio. Año 36 d.C.
Barcelona – 29 de Mayo de 2002 – 16 horas 30 minutos
Barcelona – 29 de Mayo de 2002 – 17 horas 15 minutos
Barcelona – 29 de Mayo de 2002 – 21 horas 05 minutos
BARCINO Kalendas Julio. Año 36 d.C.
Barcelona – 30 de Mayo de 2002 – 08 horas 55 minutos
Barcelona – 30 de Mayo de 2002 – 08 horas 55 minutos
Barcelona – 1 de Junio de 2002 – 21 horas 30 minutos
Barcelona – 2 de Junio de 2002 – 9 horas 20 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 3 de Junio de 2002 –10 horas 40 minutos
Barcelona – 3 de Junio de 2002 – 12 horas 15 minutos
Barcelona – 4 de Junio de 2002 – 18 horas 20 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 5 de Junio de 2002 – 07 horas 30 minutos
Barcelona – 5 de Junio de 2002 – 17 horas 05 minutos
Barcelona – 5 de Junio de 2002 – 14 horas 30 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 5 de Junio de 2002 – 18 horas 40 minutos
Barcelona - Julio de 1909
Barcelona – 6 de Junio de 2002

Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 2 horas 15 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 05 horas 10 minutos
Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 03 horas 30minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 11 horas 20 minutos
Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 13 horas 40 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 27 de Mayo de 2002 – 07 horas 20 minutos
Barcelona – 6 de Junio de 2002 – 20 horas 35 minutos
Barcelona – 7 de Junio de 2002 – 00 horas 15 minutos
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 7 de Junio de 2002 – 17 horas 10 minutos
Chicago – 7 de Junio de 2002 – 13 horas 15 minutos (Hora de Chicago)
BARCINO Kalendas Julio – Año 36 d.C.
Barcelona – 7 de Junio de 2002 – 19 horas 30 minutos
Barcelona – 8 de Junio de 2002 – 09 horas 07 minutos
BARCINO Pridie Kalendas Agosto – Año 36 d.C.
Barcelona – 8 de Junio de 2002 – 20 horas 40 minutos
Barcelona – 9 de Junio de 2002 – 11 horas 00 minutos
BARCINO Pridie Kalendas Agosto – Año 36 d.C.
Barcelona – 9 de Junio de 2002 – 14 horas 05 minutos
BARCINO – Año 72 d.C.
Barcelona – 10 de Junio de 2002 – 18 horas 33 minutos
Antonia Cortijos

El diario de tapas rojas
©Antonia Cortijos 2006
©Procesos y técnicas de comunicación S.L. 2019

Diseño de portada: Xavier Bartumeus
Adaptación a formato electrónico: Daniel Sierra i Cortijos

Culaquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

EL DIARIO DE TAPAS ROJAS

Antonia Cortijos

Para Georgina, Daniel
y Jordi, mi mundo.

BARCINO

Ante diem II Nonas Junio. Año 36 d.C.

Calíopo vagaba por las calles de Barcino con un andar calmo, que nada tenía que ver con la pequeña tormenta que atravesaba su interior. Aurelio Crísipo, hermano de su madre, había vuelto a negarle la entrada al Círculo Garum.

Hacía varios meses que estaba intentando sumarse al grupo sin conseguirlo y en esos momentos, lograrlo empezaba a convertirse en una obsesión. Quien pertenecía a él se hallaba rodeado de un halo de misterio que sus integrantes magnificaban de forma sutil y efectiva. Era un grupo compuesto por cinco amigos: dos magistrados pertenecientes al departamento de justicia, un liberto enriquecido, un próspero fabricante de salazones y un patricio. Una vez al mes se reunían en casa de Flavio, uno de los componentes, siguiendo un ritual que repetía el primer encuentro, el momento en el que se inició todo. Jugaban al *ludus latrunculorum*, un juego de estrategia con fichas y dados que se desarrollaba sobre un tablero, y entre partida y partida descansaban obsequiándose con apetitosos refrigerios que amenizaban con historias de lo que sucedía en Barcino, o rumores políticos de la lejana Roma que pudieran afectar su idílica vida en la tranquila ciudad. También planificaban la forma de ayudarse entre sí si alguno lo necesitaba, o discutían negocios a desarrollar en común bajo propuesta de alguno de sus miembros. En definitiva, gestionaban los rumores, o sea, la información, para mantener entre los habitantes de Barcino el equilibrio de poder que les interesaba, y seguir disfrutando de su situación privilegiada. Constituían un núcleo de influencia muy

importante en la colonia, y aunque procuraban mover los hilos con discreción, eran reconocidos por todos los sectores políticos, económicos y culturales de la zona, aunque su labor de mecenazgo, en una ciudad emergente como Barcino, no había hecho más que empezar.

Calíopo pensaba en lo mucho que ganaría a los ojos de su maestro Camilo Eliano, de quien ya era la mano derecha, si lograba formar parte del Círculo. Sumo sacerdote del templo de Augusto, era el hombre que más quería y respetaba. Ocupaba en su corazón, el lugar del padre que no conoció.

A pesar de haberse ganado con creces su confianza, todavía sentía una fuerte necesidad de impresionarle, de demostrar que podía llegar a ser su digno sucesor, que el tiempo dedicado a su formación no había discurrido en balde, y el modo mejor de hacerlo, para su mente analítica y un tanto obsesiva, era entrar a formar parte del grupo más elitista de la ciudad.

Se negaba a entender la obstinación de su tío por impedirle el acceso teniendo en cuenta su actual posición. No solo era responsable de la surtida biblioteca del templo, orgullo de todos los habitantes de Barcino, sino que tenía acceso a información restringida procedente de Roma y del resto del imperio.

—El estatus de sacerdote es un buen aval, pero eres demasiado joven —le había dicho Crísipo—. Tu inexperiencia hace vibrar las cuerdas de mi sensatez y me susurra que aún no es tiempo de incorporarte a nuestro grupo.

Crísipo hablaba con honestidad, deseaba complacer a su sobrino. En realidad pensaba que tenía la valía suficiente para ser uno de ellos, pero necesitaba algo más que pudiera reforzar su candidatura ante el resto de miembros.

Se sentía conmovido por la expresión ilusionada de Calíopo cuando hablaban del tema, era el hijo de su hermana y el niño que durante muchos veranos corrió por su palacio de Roma jugando con sus hijos. Cuando los dos fallecieron presos de las terribles fiebres que asolaron la ciudad, Crísipo huyó a Barcino. Una vez repuesto del dolor, del duelo, no dudo en llamarlo a su lado para poder compartir con él los recuerdos de aquellos días felices y sentirse acompañado. Ahora era Calíopo quien solicitaba su favor y se sintió incapaz de dejarlo marchar sin aportar esperanza a su joven vida.

—Pero eres mi sobrino —siguió sin esperar respuesta— y sé de tu interés, te quiero como un hijo y aunque contravenga lo acordado con los demás, te prometo que si encuentras alguna información que sea importante para nosotros o que suponga nuevos conocimientos, estaré encantado de presentarte a todos como nuevo integrante.

Pensando en esas palabras, Calíopo se encontró, sin apenas apercibirse, frente a la puerta de acceso al puerto natural que convertía Barcino en una de las ciudades destacadas de la costa mediterránea occidental. Las nubes que estaban empezando a apoderarse del cielo presagiaban tormenta, pero sus ojos permanecían anclados en el suelo, indiferentes a la amenaza de lluvia.

La única luz que aún permanecía encendida por la zona, eran los candiles que titilaban en el local de Henio, en la esquina donde comenzaba una de las arterias principales, Cardo. A duras penas alumbraban, pero lo que sí hacían, con una perfección inquietante, era llenar de sombras móviles cualquier espacio cuando el mar levantaba una suave brisa que movía delicadamente las llamas. Semejaba una isla rodeada por un mundo oscuro, sigiloso.

Debido al bochorno de aquel ardiente mes de Junio, ocupó una de las dos mesas que se alineaban a la entrada, mirando sin ver al hombre que se hallaba sentado cerca de él. El rumor del mar se escuchaba monótono, invariable, cercano pese a la muralla que se interponía entre Barcino y él. Por un instante pensó en salir y caminar hacia la playa, mojar sus pies en la arena húmeda y deleitarse con su frescor, eso lo había calmado siempre. En su pensamiento apareció la vieja casa de sus padres en Ostia y se extrañó de lo mucho que aun la añoraba. Recordó lo hermosos que eran los atardeceres, y las veces que su abuelo lo despertó al alba, para pasar la mañana pescando en el más absoluto de los silencios. Solo al volver, repletos los cestos de pescado, cangrejos y erizos, reían imaginando la cara de asombro que su madre les regalaría como un ritual de amor y complicidad.

Se estremeció

La luna había sido devorada por las nubes, la oscuridad era absoluta. A los pocos minutos salió Henio del interior del local y se dirigió a él por su nombre.

—Buenas noches Calíopo, hoy solo te puedo ofrecer vino caliente porque el camastro lo ha alquilado este viajero —y señaló al hombre sentado en la otra mesa.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de su existencia y oyó su voz, que le pareció un eco lejano.

—Si me lo permitís os presto el camastro, padezco insomnio y esta noche me está atacando inclemente.

—Gracias, pero no creo que pueda dormir.

—¿Tan grave es el problema que os aqueja?

—Para mí es importante.

—Cierto es lo que decís, la importancia no reside en los hechos sino en cómo se perciben.

En aquel momento volvió a salir Henio con un recipiente de cerámica en la mano que dejó frente a Calíopo.

—Este bochorno me mata. No se mueve ni el aire. Dudo que venga alguien más esta noche, se está preparando una buena —manifestó mientras miraba al cielo. Después bajó sus ojos hasta Calíopo y siguió hablando—. Perdona si te pregunto algo que no deseas responder y en ningún momento me sentiré ofendido si no lo haces, pero siempre eres tan alegre, tan amable, tan lleno de vida ¿Te ocurre algo, estás bien? Nunca te había visto así.

—Lo sé, amigo Henio, y lo que realmente me inquieta es estar preocupado por un hecho que no debería quitarme ni un instante de sueño, pero que está empezando a convertirse en una obsesión. Vengo de casa de Aurelio Crísipo. Me ha dicho por tercera vez que no seré admitido en el Círculo Garum.

—¡No sé por qué insistes! ¿Para qué quieres entrar a formar parte de ese grupo de pedantes, fatuos y pretenciosos?

—No es cierto, Henio, sabes perfectamente que gracias a ellos nuestras termas son las mejores del entorno. Todos nuestros niños reciben enseñanza y están gestionando la creación de una escuela especial, donde se enseñe a los hijos de los esclavos oficios que los califiquen para ejercer con mayor eficacia sus especialidades una vez lleguen a la edad de servir.

—A despachar vino se aprende rápido, yo solo preciso que sea fuerte y sobre todo que piense lo justo. No necesito que me den lecciones, soy yo el que tiene que darlas. No sé dónde iremos a parar con tanta tontería. Lo que te atrae es el halo de poder que

segrega su presencia, no te engañes.

—No es el poder —le interrumpió Calíopo con un tono de voz demasiado crispado, que hacía dudar de la veracidad de su negación—. Nunca ha sido el poder lo que me ha movido a desear integrarme en ese grupo. Lo que realmente me interesa es acceder al conocimiento que ellos poseen. También a la forma lúdica en que entienden la vida. Conocen los mejores vinos, saben dónde encontrar los frutos más exquisitos, las esclavas de Flavio han sido escogidas entre las bailarinas más inigualables y sus cuerpos seducen con solo pasear la mirada sobre ellos, las cenas están llenas de productos traídos de los países más lejanos y exóticos, y su conversación es brillante y entretenida.

—Unos jugadores compulsivos, eso es lo que son. Un día al mes juegan al *ludus latrunculorum*, y el resto juegan con el destino de esta ciudad. No lograrás convencerme, tú estás fascinado por toda la leyenda que rodea a ese grupo, yo, los veo como un lastre para esta ciudad.

—No quiero seguir discutiendo, amigo Henio. Solo sé que necesito entrar en el Círculo Garum. Es todo lo que deseo en este momento. Eso y otro cazo de vino.

El viajero había permanecido en silencio ante la discusión de los dos hombres, observando a aquel joven sacerdote que tanto le recordaba a sí mismo en los tiempos que deseaba el poder y la riqueza por encima de todo. Conocía por experiencia el camino que le aguardaba, era duro, solitario.

Henio volvió a salir con el cuenco de Calíopo repleto de vino, que acomodó frente a él junto con un plato lleno de higos frescos y nueces. El sacerdote comió en silencio y apuró el vino. Al acabar se levantó con lentitud y se despidió de Henio y del extranjero, que había estado observándolo con curiosidad.

Cuando había recorrido unas callejas sintió un estremecimiento recorrer su espalda. Le había parecido oír sonido de pasos que se escuchaban quedamente tras él. Cuando paró de andar, simulando atarse una de las sandalias, el sonido también pareció cesar.

La lejana luz que desprendían las antorchas instaladas en el perímetro de la muralla y en los cruces de las calles principales, eran el único resplandor que le permitía distinguir su entorno.

La luna continuaba secuestrada por nubes negras y espesas.

Empezó a lloviznar.

Los sonidos de pasos iban acercándose cada vez más, de repente oyó una voz que lo llamaba por su nombre, se giró, y al hacerlo, intuyó una figura que se aproximaba con paso cansino. Era el extranjero que había visto sentado en el local de Henio.

Lo esperó.

Cuando estuvo a su altura el hombre le habló con la voz fatigada por el esfuerzo que le había supuesto alcanzarle.

—Gracias por esperarme, mi edad ya no me permite correr grandes trechos. Me complacería hablar con vos en algún lugar donde pudiéramos estar solos.

—Me dirigía al Templo de Augusto para retirarme a descansar. Como podéis advertir todo está cerrado, y yo, no puedo acogeros dentro del recinto sagrado sin permiso de Camilo Eliano...

—Ni yo me atrevería a solicitarlo —le interrumpió el viajero—. Mi nombre es Jacob —se presentó—. Y nací al otro extremo de este mar nuestro, en una tierra donde el calor que sentís vosotros esta noche sería considerado como una temperatura agradable. Salí del puerto de Jaffa, en la provincia romana de Palestina, cuando el invierno se despedía ya, pero las tormentas han hecho que mi viaje se alargue más de lo habitual. Yo había pensado en la playa, donde la brisa refrescará nuestros cuerpos y la arena los acomodará.

—Perdonad pero ya es muy tarde y...

—Os interesa escucharme, hace muchos años que convivo con el poder y se lo que necesita para alimentarse. Puedo explicaros una historia que impresionará sin duda a los hombres que deseáis seducir. Roma, cree haberse desembarazado del heredero al trono de Israel, log10 supone muerto en la cruz junto a dos rebeldes zelotes. Constituía, según vuestros políticos, un grave peligro para el imperio y su soberanía en tierras palestinas.

Calíopo no supo qué contestar, su razón le aconsejaba marcharse de inmediato, mientras su intuición le gritaba que se quedara. No había oído nada sobre ese heredero israelita tan peligroso para Roma, ni siquiera había escuchado rumores al respecto en las tertulias políticas. Pero precisamente el hecho de no saber a quién se refería el misterioso forastero aumentaba su curiosidad.

Jacob volvió a insistir.

—¿Por qué dudáis? Lo único que podéis perder es tiempo. Sabéis

que yo no soy un simple marinero. Mis ropas os hacen suponer que tenéis ante vos a un rico mercader, pero en realidad soy la persona de confianza, la mano derecha, de uno de los hombres más poderosos de todo el mediterráneo oriental, José de Arimatea. Él es amigo personal del emperador Tiberio, al que en más de una ocasión ha prestado su numerosa flota de navíos para enfrentarse con pueblos poderosos como el persa. Eso os dará una idea de lo interesantes que pueden llegar a ser mis historias.

Calíopo estaba impresionado, no entendía la generosidad de aquel hombre y su mente barajaba, con rapidez de vértigo, cuál podría ser el pago que le sería exigido al final. Jacob pareció adivinar sus pensamientos cuando le dijo:

—No deseo nada de vos a excepción de vuestra compañía, no os preocupéis. Estoy solo, el insomnio aleja de mí el sueño, y mi alma está llena de recuerdos a los que noches como está invitan a compartir.

Mientras la lluvia iba menguando lentamente y las nubes se alejaban perezosas, los dos hombres, con paso tranquilo, se dirigieron hacia la puerta de la muralla que les permitiría el acceso a las playas que rodeaban el puerto de Barcino. Cuando finalmente se acomodaron en la arena, sus oídos se inundaron con el suave murmurar de las olas.

En el cielo, solitaria, la luna llena los envolvió con su magia.

Barcelona — 16 de Mayo de 2002 — 12 horas 33 minutos

En el panel informativo de llegadas del Aeropuerto de Barcelona, las palabras *"aterrat" "landed"* y "en tierra" se superponían y parpadeaban para avisar a todas las personas que esperaban tras la barra, frente a las puertas de salida, que el vuelo de Iberia procedente de México D.F. había aterrizado puntualmente. En cualquier momento se abrirían las puertas que comunicaban con la recogida de equipajes, y a través de ellas aparecerían los nuevos argonautas, viajeros aferrados a unos carritos repletos de maletas, paquetes, recuerdos, escrutando a través de sus ojos expectantes el mundo que les rodeaba, como si hubieran estado alejados de él toda una vida hechizados por el canto de las sirenas, privados de libertad, recluidos, como en un útero, dentro de la inmensa panza de un avión jumbo.

El primero en salir fue un hombre con una maleta que le habían permitido acomodar en cabina por cumplir las medidas reglamentarias. No dejaba atrás nadie que lo añorase o a quien añorar. ¡O quizá sí! Su amigo Daniel, exiliado como él en México desde que finalizara la Guerra Civil.

Mientras atravesaba el inmenso vestíbulo, Valeriano Scacs pensó que era un hermoso día para volver a casa después de sesenta y tres años, iluminado por un sol radiante y caluroso que auguraba un verano sofocante.

Se sentía bien a pesar del estrés originado por el viaje, había confirmado lo que ya sabía, que pese a su edad el cuerpo le seguía respondiendo de manera eficaz, no tenía sueño, su mente estaba despejada. Llegó hasta la parada de taxis cuando la cola no

rebasaba las diez personas, así que subió a uno de ellos casi de inmediato. El viaje le descubrió a su derecha, una periferia industrial disimulada por acristaladas construcciones de oficinas y enormes edificios que albergaban centros comerciales, la izquierda la ocupaban inmensos barrios dormitorio y uno de los hospitales más grandes de Barcelona, propiedad de la Seguridad Social, el Hospital de Bellvitge.

Scacs se lo miraba todo, recordando los kilómetros de chabolas que tuvo que atravesar hasta llegar al aeropuerto de México D.F. inmensos campos de pobreza, labrados por el olvido y la violencia.

El hotel que había escogido era el Claris, un cinco estrellas ubicado en el ensanche barcelonés, apenas a dos manzanas del Paseo de Gracia, el corazón de Barcelona, la arteria más comercial y selecta, con el mayor número de grandes marcas y edificios declarados patrimonio de la humanidad por metro cuadrado.

Lo primero que hizo al llegar, antes de pasar por recepción a instalarse, fue llamar al teléfono que su amigo Daniel le había proporcionado. El número no existía, así que se acercó al mostrador y le explicó su problema a la joven que lo atendió.

—Verá, tengo un número de teléfono antiguo que por lo visto ya no corresponde, pero el nombre y la dirección estoy seguro de que son correctos, ¿Qué debo hacer para conseguir el actual?

—No se preocupe, déjeme apuntados los datos y se los pasaré a la telefonista para que efectúe la gestión. En cuanto lo sepamos, le llamaremos a su habitación.

—Aún no estoy instalado, mi nombre es Valeriano Scacs, tengo hecha reserva.

La muchacha lo comprobó en su ordenador de pantalla plana, y después de unos segundos sus labios esbozaron una sonrisa profesional al comprobar que todo se hallaba en perfecto orden. Se había solicitado hacía quince días desde México D.F.

—En efecto señor Scacs, bienvenido a Barcelona. Su habitación es la 303 —dijo con una voz perfectamente modulada, mientras sacaba de debajo del mostrador una llave electrónica y la depositaba frente a él —necesitaré que me deje su pasaporte, yo misma rellenaré la hoja de entrada.

—Muchas gracias. Después de instalarme me apetece dar un pequeño paseo para estirar las piernas, cuando vuelva pasaré por

recepción, no hace falta que llamen.

—De acuerdo señor Scacs, tendrá preparada toda la documentación, disfrute del paseo.

A un gesto casi imperceptible de la recepcionista, Valeriano tuvo a su espalda un botones uniformado sobriamente, que recogió su maleta acompañándolo al camarín del ascensor. Al salir de él lo guió hasta su cuarto atravesando los elegantes pasillos del hotel. Una sonrisa reflejó la satisfacción que sentía, "había escogido bien", pensó, "aquella sería una buena casa para habitar los próximos meses, ahora se lo podía permitir".

La tarde brillaba bajo un cielo desposeído de nubes. Con paso tranquilo, que le dejaban saborear todo el cúmulo de emociones que llenaban su estómago, enfiló hacia el Paseo de Gracia. Al llegar se desvió a la izquierda y ante su mirada apareció, espléndida, la Casa Batlló. Sus ojos apuntaron unas lágrimas que enseguida reprimió. Recordó al niño que había sido, sentado en el balcón de la derecha, a la altura del tercer piso, contemplando el ajetreo, ya entonces, de una de las avenidas más populosas de la ciudad de Barcelona. Se pasó horas y horas mirando desde aquel balcón, imaginando aventuras que luego nunca experimentó. Acababa de darse cuenta, que el escoger Antropología en la Universidad de México, no fue solo por la fascinación que despertaron en él las culturas maya o azteca, también estaba el niño que soñó la vida sentado en el balcón de aquella casa, que ahora le parecía un hermoso palacio encantado.

Al volver al hotel le entregaron una nota en la que se consignaba el actual número de teléfono de Lucía Adell. Subió a su habitación, se deshizo de la chaqueta, y se sentó en la cama junto al teléfono. Permaneció así durante tres minutos, indeciso, preguntándose si valdría la pena comenzar aquella aventura. Finalmente llamó. La voz que contestó parecía amable y curiosa, pero convencerla para concertar una entrevista al día siguiente, le llevó más tiempo y esfuerzo del que en un principio pudo suponer. Pero cuando colgó el teléfono, una sonrisa afloró en sus labios. Todo transcurría según el plan previsto.

Barcelona — 16 de Mayo de 2002 — 16 horas 30 minutos

Julia Cruells miró pensativa el dibujo que estaba retocando.

Las líneas, trazadas con precisión, de un grueso considerable, enmarcaban colores primarios expresamente escogidos para captar la atención infantil. El trabajo que realizaba estaba destinado a una franja de edad que oscilaba ente el uno y los cinco años de edad, y a pesar del rigor con que juzgaba su propio trabajo, no podía por menos que felicitarse por lo conseguido.

"¡Y por su vida!", pensó "¿Podía felicitarse por su vida?"

Dejó el pincel encima de la mesa, luego apoyó los codos sobre ella, y se masajeó la cara con ambas manos mientras un suspiro se le escapaba por sorpresa de la boca. Se sentía inquieta. Apoyó su cuerpo hacia atrás, acomodando los riñones en el respaldo de la silla giratoria, y dejó que los ojos se perdieran en la luz exterior a través de los cristales frente a los que estaba ubicada su mesa de trabajo. Luego los bajó hacia las dos únicas fotos situadas sobre ella, su madre, Lucía Adell, y su hijo, Javier Cruells.

Eran toda su familia.

Una mirada de ternura se paseó por las dos imágenes y su mano se alargó para coger la de su hijo. Se estaba haciendo mayor "¡Qué tontería!" Pensó. "Ya era mayor". Era una persona adulta que estaba empezando a preguntar por el padre que nunca había conocido. Tenía todo el derecho a hacerlo, por supuesto, pero Julia no estaba segura de querer rememorar unos sentimientos que había ocultado en lo más profundo de su mente. Luego estaba la casa, justa para ellos dos, pero indiscutiblemente pequeña para acoger a su madre que ya sobrepasaba los ochenta años, y aunque de

momento gozaba de una salud excelente, tarde o temprano se resentiría.

Empezó a plantearse si aquellos pensamientos no habrían llegado a ella por ser jueves, el día de la semana que desde siempre, en una de las granjas de la calle Petrixol, ante unos chocolates y unas ensaimadas, abuela, madre y nieto, hablaban de lo divino y lo humano a partir de las siete de la tarde. Esa estúpida costumbre, pensó para sí, que habían mantenido obstinadamente como un rito de asistencia inexcusable, era lo que había cohesionado sus vidas. Contadas eran las ocasiones que alguno de los tres no había asistido a la merienda.

Julia era consciente de que sin su madre, Lucía Adell, ella no habría podido conseguir la vida que tenía, con un trabajo que colmaba adecuadamente un tanto por ciento bastante elevado de su ego y un hijo, que por encima de todo, era persona, un concepto que abarcaba para Julia las virtudes más valoradas, sensibilidad, responsabilidad y respeto.

De súbito, una inesperada urgencia por abordar conversaciones pendientes se deslizó hasta su mente. “Antes que sea demasiado tarde”, pensó, como si de repente, del futuro le hubiera llegado un aviso teñido de incertidumbres.

El timbre del teléfono la sobresaltó.

—¿Si?

—¡Hola cariño! —era su madre— ¿Estás trabajando? ¿Molesto?

—No, mamá, tranquila, ya sabes que si interrumpes te lo digo.

—Solo será un minuto.

—¿Estás bien?

—Si ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, pareces nerviosa, intranquila.

—¡Pues si que hilas fino! Estoy bien, solo te llamo para avisarte. Lo siento mucho pero esta tarde no podré ir a la granja.

—¿Por qué?

—Es que me ha surgido algo urgente y …

—¡Pero mamá! La semana pasada Javier tuvo un examen que se retrasó dos horas y no pudo venir, ahora tú…

—Lo sé, lo sé. Por favor dile a mi nieto que lo siento. La semana que viene no fallaré, lo prometo.

—¿Tan urgente es, mamá? Tienes toda la semana y ¿ha de ser

precisamente hoy?

—He quedado con alguien…Ahora no puedo contártelo…Ha surgido de repente.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Tengo que dejarte. Siento lo de la merienda, de verdad. Dale un beso a Javier de mi parte. Ya te lo explicaré todo, lo prometo.

Y colgó.

Julia se quedó inmóvil mirando el teléfono, un timbre de alerta sonaba en su cabeza. Se levantó de la silla y se dirigió hacia la cocina mientras murmuraba para sí lo rara que estaba su madre últimamente. Como siempre que se sentía inquieta, una necesidad de algo dulce se había instalado en su estómago. Buscó los bombones, pero Javier se los debía haber comido todos y acabó calentándose un té que inundó de azúcar.

¿Y si su madre se había enamorado? Estaba rara, huidiza, como si estuviera escondiéndose de algo. ¡Un hombre! ¡Tenía que ser un hombre! ¿Qué, si no?

Intentó imaginarse a su madre… y un ataque de risa hizo que se atragantara.

Imposible.

Cuando se hubo calmado, sacudió incrédula la cabeza y marcó el número del móvil de su hijo Javier.

Barcelona — 17 de Mayo de 2002 — 13 horas 10 minutos

A través de los cristales que rodeaban el ático, penetraba un sol tamizado por paneles de lino, que sujetos con rieles cubrían toda la superficie de las ventanas. Como un dibujo estampado sobre ellos, en suaves tonos de gris, se intuía borrosa la silueta de una ciudad cuyo límite era siempre la misma línea azul verdosa del mar.

Nada de lo que se hallaba en la sala estaba de más, no había ni uno solo de los muebles que no cumpliera una función necesaria. El espacio era sin duda el gran protagonista y las líneas rectas las únicas existentes. Solo una enorme lámpara roja de pie nos remitía a la existencia del círculo. El suelo donde se apoyaban dos geométricos sofás y una mesa de centro, era de vidrio grueso. A través de él, unos treinta centímetros por debajo de la superficie, aradas sobre pequeños guijarros blancos, se dibujaban las líneas sinuosas de un jardín zen. El gusto por los últimos diseños se exhibía hasta en la máquina de grapar que en esos momentos utilizaba Gerardo Arnal.

Recién cumplidos los cincuenta y cinco años, su cuerpo alto y atlético publicitaba lo saludable del gimnasio y la comida mesurada. Toni Miró, el famoso diseñador barcelonés, era el responsable de todo su vestuario a excepción de algunos modelos de Armani comprados en Milán. Desde hacía unos meses, cansado de tintes y aprovechando la moda imperante, se había rapado el pelo al cero, dejando al descubierto un cráneo redondo y bien proporcionado.

Como en otras ocasiones durante los últimos seis meses, contemplaba cuanto le rodeaba con el orgullo del que ha

conseguido hasta el último de sus deseos. La casa en la que había nacido, donde transcurrió su infancia y gran parte de su adolescencia, cabía en la cuarta parte de su despacho. Era hijo único por expreso deseo de sus padres, al objeto de poder darle una educación que le permitiera salir de la pobreza en que ellos habían vivido desde su llegada a Barcelona. Emigraron desde un pequeño pueblo de Murcia llamado La Azohía y Gerardo nació año y medio después de su llegada. Su madre se había quedado sin cenar en más de una ocasión, pero él fue alimentado de forma escrupulosa e ingresado en una de las escuelas particulares más caras del viejo barrio de La Ribera. Luego llegó la universidad y sus estudios de economía.

Finalmente empezó a trabajar en una de las inmobiliarias más importantes de la ciudad "Domènech, S.L." y después de treinta años seguía allí, pero desde hacía seis meses en calidad de dueño de la empresa, junto a su esposa, Laura Domènech.

Se habían casado hacía siete años, cuando Laura se divorció de su primer marido. Fue un momento de fragilidad extrema para ella que Gerardo aprovechó sin demasiados escrúpulos, de forma premeditada y con un estudiado plan que dio el resultado apetecido. Su suegro, Emiliano Domènech, siempre desconfió y él lo sabía, así que no le dio ni el más mínimo motivo que pudiera derivar en enfrentamiento.

Pero su suegro había muerto hacía aproximadamente medio año, y desde entonces ya nada ni nadie pudo pararlo. Su esposa entraba y salía de la depresión como si fuera un trabajo que realizara de forma minuciosa y obsesiva. Su casa unifamiliar en Pedralbes era el único mundo que le interesaba por sentirse segura y resguardada dentro de él. Solo tenían una hija.

Esa mañana Gerardo se encontraba especialmente satisfecho. El notario Eduardo Ponce acaba de abandonar su despacho después de la firma que ponía la sociedad en sus manos. Todo el personal supo, desde aquel preciso instante, quién mandaba en la empresa, y algún que otro ejecutivo vio llegar hasta su puerta la sombra negra y mohosa de la venganza.

Pero él sabía que disponía de tiempo, de todo el tiempo del mundo, así que recogió el diario, que aún no había podido leer, se despidió de su secretaria anulando todas las citas del día y veinte

minutos más tarde aparcaba su Porsche 911— Carrera en el garaje de su casa.

Laura se encontraba en el jardín, junto a la piscina, absorbiendo el suave sol de Mayo. La contempló un instante en silencio antes de aparecer ante ella y preguntarle:

—¿Dónde está Eulalia? Parece la asistenta invisible, no sé por qué no la despides.

—Hola, Gerardo, no te he oído llegar. No sé. Si no está en casa debe haber salido a comprar. ¿Cómo ha ido todo? Me ha llamado Eduard Llovet, le he notado un poco inquieto. Me ha dicho que no lo has avisado para la firma. Quería saber qué tal me encontraba.

—Hace bien en sentirse inquieto, pienso someterlo a presión hasta que no pueda aguantar más y se vaya por voluntad propia. No va a ver ni un duro más del que le corresponda por ley. No pienso negociar ni con él, ni con nadie.

—Gerardo, a Llovet lo necesitas, tienes que delegar, no puedes manejarlo tú todo.

—¿Por qué no?

—Ya hemos hablado sobre ese tema, no pienso volver a caer en una discusión. Haz lo que te dé la gana. ¿Cómo es que has venido tan pronto?

—Quería celebrar contigo la firma del traspaso de poderes.

La última palabra quedó en el aire, transitando el silencio que se alojó entre ellos durante tres segundos. Finalmente Laura se irguió mientras se anudaba a modo de pareo un hermoso pañuelo de seda pintado a mano.

—Titina me ha llamado. Hay un restaurante nuevo, a la última, está en el barrio donde naciste, cerca de Santa María del Mar, se llama Abac. Puede estar bien volver al origen para celebrar tu futuro. Me visto en nada.

Gerardo sintió la ira subir desde su estómago y le puso de inmediato un límite, su garganta. Se dirigió hacia la pequeña barra de bar ubicada en la sala, y se la tragó ayudado por un vaso de whisky al que inundó de hielo.

BARCINO

KalendasJulio. Año 36 d.C.

Flavio, cofundador del Círculo Garum, se paseaba inquieto esperando a Iulius y Licinius, que eran los encargados de abastecer la cena de aquella noche y que ya sobrepasaban considerablemente la hora prevista para su llegada. En su fuero interno estaba seguro de que la culpa era de Licinius, porque solo había problemas cuando él era uno de los ganadores. Los demás, fuera cual fuera el sorteo de parejas, siempre se mostraban escrupulosamente puntuales. Sabían lo mucho que le molestaba esperar, y en consecuencia, no disponer del tiempo suficiente para preparar la fiesta de acuerdo al boato con el que deseaba obsequiar a sus amigos.

La luz argentada de la luna llena, perfilaba el majestuoso Templo de Augusto en aquella tibia y apacible noche de verano, invadida por el penetrante aroma de los jazmines que desbordaban la tapia de su jardín. Flavio era un hombre respetado que pertenecía a la primera generación de niños que había nacido en la colonia romana Iulia (fundada en honor a Iulia Claudia) Augusta (creada en tiempos de Octavio Augusto) Faventia (por favor de los dioses) Paterno (ciudad fundada por romanos procedentes de la capital, Roma, considerados los padres) Barcino (nombre romanizado de Barke-no, antiguo pueblo ibérico asentado en la mayor de las colinas que la rodeaban) fundada para aglutinar y controlar un *ager*o terreno, no muy extenso, pero sí muy productivo

Su padre, un legionario romano que abandonó el ejército al serle informado su traslado, empezó el negocio de la fabricación de

garum,que él heredó y llevó al éxito y al reconocimiento en todo el imperio, enriqueciéndose considerablemente. Esa pasta, sobre todo la producida en su factoría, era muy apreciada y se había convertido en un producto de lujo. Su secreto: añadir un ingrediente de gran calidad, muy abundante a lo largo de las playas que unían Barcino con Baetulo, el erizo de mar. Su fuerte sabor le daba ese toque especial que tanto apreciaban los paladares refinados

Barcino era una ciudad pequeña, su superficie no superaba los 100 Km^2 construida de nueva planta hacía cuarenta y seis años, sin condicionantes arquitectónicos previos y con una suave orografía que le permitió desarrollar un tejido urbano regular, sus murallas trazaban un octógono alargado por la parte este y oeste y achatado por la norte y sur. El delineado de sus calles era rectangular y en su parte central se ubicaba el foro, la gran plaza porticada, presidida por el majestuoso Templo de Augusto en honor al emperador-dios que lo había fundado.

El emplazamiento elegido fue el más adecuado para albergar una ciudad en tiempo de paz. Un paisaje llano, junto al puerto natural que proporcionaba la desembocadura del río Rubricatum. Rodeada por siete colinas que le transmitían seguridad y que evocaron en el emperador Augusto recuerdos de su adorada Roma. La más importante, de mayor altura, se hallaba al sur, frente al mar, y era un puesto de vigilancia privilegiado desde el que poder prevenir los ataques piratas.

El sostén de sus ciudadanos estaba garantizado en primer lugar por la tierra, muy fértil, apta para el cultivo de cereales y vides y por los recursos mineros de hierro y plata. Pero sobre todo, había conseguido fama por la abundancia y calidad de sus productos de mar, en especial unas más que excelentes ostras y el alabado garum, consistente en la maceración con sal de los despojos del pescado, huevas, sangre, intestinos, agallas, peces pequeños, al que a menudo, para potenciar su sabor, añadían gambas, erizos, ostras o berberechos. Ninguno de los muchos viajeros que visitaban la ciudad olvidaban degustarlo.

La sociedad de Barcino era de carácter abierto y liberal, hasta el extremo de que el hijo de un esclavo liberado podía ser magistrado. El nombre que se le asignaba al magistrado supremo era el de

Tumbiri y su posición ante Roma era la de cónsul, encargado y responsable de la ciudad, aunque el trabajo de cada día, el que afectaba directamente a los habitantes, era llevado a cabo por los ediles que estaban bajo sus órdenes.

Aunque Tarraco, fundada con anterioridad, era la joya de la corona y el centro neurálgico de la extensa provincia de Tarraconensis, antes Citerior, Barcino pasa a ser desde el principio una especie de ciudad residencia en la que se asentaron patricios llegados de Roma, y esclavos libertos que se encargan de poner en marcha un comercio y una industria que crecía de forma vertiginosa, gracias a que el nivel adquisitivo de los habitantes de Barcino era alto. La ciudad poseía todas las comodidades que un patricio romano podía desear, incluyendo un clima privilegiado, gracias a la corriente marítima cálida que atravesaba sus costas desde el norte.

También existía, desde hacía varios siglos, una leyenda que hablaba de las virtudes del terreno donde está asentada la ciudad, y ponía en boca del semidiós Hércules, que arribó a sus playas exhausto tras un gran temporal, que toda la zona era mágica y tenía el poder de devolver la cordura a las mentes invadidas por el desequilibrio.

La vida fluía con la tranquila actividad de una ciudad pequeña dedicada a la industria y el comercio.

Flavio continuaba inquieto, ante la inesperada tardanza de sus amigos, dando nerviosos paseos por el atrio de su domus.

Aquella noche, al igual que todas las primeras noches de mes, su casa era el lugar donde se reunían los componentes del Círculo Garum. Iulius y Licinius, los magistrados, Caio Salvio, el liberto que proveía de alimentos a los sacerdotes del Templo y a media población y Aurelio Crísipo, un rico terrateniente romano cuya mente había enloquecido años atrás, por el dolor y la pena de perder a sus dos hijos. Atraído por la antigua leyenda que rodeaba la zona se trasladó desde Roma hasta Barcino, y desde entonces, siempre ha relatado la misma historia: que fue llegar a la ciudad y sanar sin necesidad de boticas ni curanderos. Por eso decidió quedarse para siempre, ante el temor de que si se iba, volvería a apoderarse de él la locura.

Nadie había osado contradecirlo, porque sentían por él un gran

respeto y era una persona muy estimada por todos. Hombre culto y mecenas del arte, instituyó, poco después de su llegada, el premio de poesía épica Barca Nona, que cada año se celebraba durante el solsticio de verano entre grandes fastos y pantagruélicos banquetes. El mismo Flavio guardaba su mejor garum para la comida en la que los cinco amigos decidían el ganador.

Aquella noche se presentaba llena de grandes perspectivas. Aurelio Crísipo asistiría acompañado del hijo de su hermana, Calíopo, sacerdote del Templo, poseedor de una información que, al parecer, podría abrirle la puerta de entrada al restringido grupo de amigos.

Todos conocían su deseo de pertenecer al Círculo Garum, y aunque su juventud les había hecho dudar de la conveniencia de aceptarlo, el cariño y el respeto que sentían por Crísipo había decantado finalmente su decisión hacia el sí.

Esa misma mañana, en las termas, mientras los ungían con aceites de sándalo, y trabajaban sus cuerpos con un enérgico masaje dando final al ritual del baño, Crísipo les había anunciado que su sobrino conocía una historia sumamente interesante por las conclusiones que podían extraerse de ella, y sobre todo, por el desconocimiento que de la misma tenía Roma. Saber algo, que los eficaces servicios de espionaje romano desconocían, era poseer una pequeña parcela de poder que siempre estaban a tiempo de esgrimir. No consintió en revelarles nada más.

Al salir de las termas, su sonrisa reflejaba la satisfacción que sentía por haber conseguido crear un ambiente de misterio alrededor de Calíopo, y de la historia que iba a relatar. Le encantaba ese punto de poder que le proporcionaba el hecho de ser, por el momento, el único que poseía la información.

Flavio había substituido la impaciencia por el estado de ansiedad y ya no le bastaba con recorrer obsesivamente el atrio, así que salió al exterior dispuesto a dirigirse a la domus de Crísipo, la más cercana a su casa, cuando lo vio ascender por la empedrada calle junto a su sobrino, seguidos ambos por un séquito de esclavos. Al llegar a su altura le miró con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora

—Aún no voy a quedarme, vamos a casa de Licinius, tiene problemas. Parece ser que el servicio se ha intoxicado con alguna

comida en mal estado y se ha visto desbordado, sin saber qué hacer. La nota que me ha hecho llegar era de verdadera desesperación

—¿Pero y Iulius? ¿No era él su pareja del ludus?

—Si pero parece que ha habido desencuentro. En fin, nada que no se resuelva. No te preocupes y empieza a prepararlo todo, volvemos enseguida.

Iba a alejarse pero se volvió hacia Calíopo.

—Estoy pensando que es mejor si te quedas a ayudarlo, eso lo tranquilizará.

Ya volvía Flavio hacia el interior de su domus, cuando se le acercó el sobrino de Crísipo.

—Aurelio me ha pedido que te ayude, debe haberte visto intranquilo.

Flavio sonrió abiertamente.

—Siempre he pensado que era un brujo. O eso, o me conoce mejor que ninguno de los sátrapas con los que comparto mi casa una vez al mes.

—Un brujo, sin ninguna duda —rió nerviosamente Calíopo.

—Ven, me acompañarás hasta la despensa, tengo que escoger los vinos que se servirán esta noche. Tu tío me ha dicho que eres un experto pese a tu juventud.

—Siempre ha sido amable conmigo y eleva a virtud simple conocimiento, pero lo haré encantado, así me tranquilizaré un poco.

—¡Veo que no soy el único que tiene los nervios a flor de piel! —exclamó Flavio, mientras rodeaba con su brazo los hombros de Calíopo, en una clara señal de protección.

—La verdad es que estoy un poco tenso, hace mucho tiempo que deseaba formar parte de vuestro grupo y ahora que estoy aquí me siento un poco desbordado.

—No estés tan preocupado, tu tío es muy intuitivo y si a él le ha parecido una historia de la que puede sacarse buena información, seguro que nos sorprenderá. Esta mañana en las termas nos hablaba de ello, estamos todos intrigados. ¿No puedes adelantarme algo antes de que vengan?

—¡No! se enojaría.

—¡Vamos! Soy tu anfitrión.

—No puedo, de verdad, quiere hacer una presentación importante, ha estado toda la mañana ensayando.

Flavio empezó a reír, olvidando por completo la tardanza de Licinio

—De quien si creo poder hablar es del hombre que me reveló la información —sonrió algo más calmado Calíopo—. Durante la pasada luna llena, me hallaba yo paseando por las callejas del barrio del puerto, cuando, sin darme cuenta, me encontré frente al local de Henio. Era una noche donde nada se movía, sofocante, tórrida. Me senté en una de las mesas que tiene en la calle, junto a un hombre que resultó ser un viajero del otro lado del mar. Mientras estuve allí, solo me dirigió unas pocas frases amables, pero cuando me marché, instigado, según él, por la conversación que había sostenido yo con Henio, me siguió, y cuando estuvimos algo alejados me abordó para decirme que tenía una información que sin duda os interesaría. Jacob era su nombre y venía desde Palestina. Se presentó como el hombre de confianza de José de Arimatea que al parecer es uno de los nobles judíos más poderoso y rico de todo el Mediterráneo oriental.

—Conozco a José. Son sus naves las que transportan hasta Roma mi garum. No ha exagerado en absoluto al hablaros de su poder y de las riquezas que atesora.

La conversación se centró en el comercio mediterráneo y sus avatares, y al poco rato, Flavio estaba sorprendido por los conocimientos que mostraba el joven Calíopo y por la lucidez de sus razonamientos. No le cabía duda, pensó para sí, que la historia que iba a relatarles poseería todos los ingredientes necesarios para despertar su interés y el de sus amigos. La entrada de Calíopo al Círculo Garum, podía darse por descontada.

Barcelona — 19 de Mayo de 2002 — 14 horas 15 minutos

Javier Cruells, el hijo de Julia, miraba fijamente la pantalla en blanco del ordenador de su cuarto. Tecleó algunas palabras que borró de inmediato y cerró los ojos para intentar recrear de nuevo la escena que estaba tratando de escribir.

Su madre había sido muy clara la noche anterior:

—No te pasa nada, cariño, es miedo, solo eso, estás aterrorizado. Deja que fluya todo, ya tendrás tiempo de corregirlo, de dejar el texto de tu guión en su punto justo. Hasta tu adorado Hitchcock repetía los guiones un montón de veces. ¿Qué pretendes? ¿Que a la primera te salga perfecto? Con eso solo conseguirás colapsarte.

Y así estaba en ese momento, colapsado.

El ruido de la puerta de la calle al abrirse lo alejó de sus pensamientos.

—¡Ya estoy en casa! —gritó Julia desde el recibidor.

Javier se apresuró a cerrar el ordenador, no quería empezar de nuevo la discusión con su madre. Salió de su cuarto y se dirigió al comedor. Allí encontró a Julia echando un vistazo al correo compuesto únicamente por facturas y propaganda. Al oírlo llegar levantó los ojos y le regaló una sonrisa.

—¿Qué tal todo? —le lanzó Julia con la voz llena de intenciones.

—No preguntes mamá, que a lo mejor te contesto,

—Ya veo. ¿Te apetece que salgamos a comer fuera?

—La verdad es que no, prefiero que pidamos unas pizzas.

—A mi lo que no me apetecen son pizzas, tengo cosas en la nevera, ya me inventaré algo.

Julia se dirigió a la cocina y abrió la nevera para evaluar qué se podía hacer con su contenido. Javier la siguió transformado en su sombra.

—¿Has hablado con la abuela?

—No he conseguido localizarla. Estoy empezando a preocuparme, después de lo de la merienda solo he hablado con ella por teléfono una vez, y seguía de lo más misteriosa. Me dijo, textual: "El 2002 no podía defraudarme, va a ser un año estupendo."

—¡Qué manía con los capicúas! ¿No será que tiene un novio?

Javier y su madre se miraron durante unos segundos y la risa los desbordó.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Julia cuando pudo calmarse—, si al final resulta que es verdad, cuando nos lo diga tu abuela hemos de procurar no reírnos, ya sabes lo sentida que es.

—Me va a costar mucho.

—Y a mí, hijo, y a mí. Te comunico que el menú es ensalada de garbanzos. Le pondré también cebolla, atún, tengo queso y…nueces que acaban de aparecer por aquí.

—En el congelador vi lenguados —se acordó Javier—. Si quieres, tú te encargas de la ensalada y yo de los lenguados. En el microondas me salen buenísimos.

—¡Hecho! —apostilló su madre.

Julia se colocó un delantal y le puso otro a su hijo. Al cabo de unos minutos el silencio se aposentaba en la cocina, mientras los dos se enfrascaban en ejecutar su parte del trabajo.

El timbre sonó en la lejanía del comedor. Julia se miró las manos llenas de aceite y estuvo a punto de decirle a su hijo que contestara, pero finalmente, cogió un trapo de cocina y se las fue secando mientras se dirigía hacia el teléfono.

—¿Sí?

Una voz que no conocía le pidió la confirmación de su nombre.

—¿Es usted Julia Cruells?

—Sí

—La llamo desde el Hospital Clínico, siento tener que informarla que su madre, Lucía Adell, ha ingresado en este centro aquejada de una embolia cerebral en estado muy avanzado. Lo lamentamos mucho pero no hemos podido hacer nada, ha muerto a las 14,15

horas. Deberá usted pasar por aquí…

La mano de Julia perdió su fuerza de repente y el auricular se deslizó a su través cayendo al suelo. Ella permaneció inmóvil, en la misma postura, como si un teléfono invisible hubiera venido a sustituir al que se había caído. Así se la encontró su hijo cuando salió de la cocina al ver que no contestaba a sus preguntas.

—¡Mamá! ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? ¡Por favor, contesta mamá, no me asustes!

Los ojos de Julia buscaron los de su hijo con la lentitud del ausente y sus labios se movieron exhalando en un susurro.

—La abuela ha muerto Javier, se ha ido.

Barcelona — 20 de Mayo de 2002 — 12 horas 10 minutos

Gerardo Arnal se movía, visiblemente nervioso, de extremo a extremo de su despacho.

Cuando Valeriano Scacs entró acompañado por su secretaria, algo se disparó en su interior poniéndolo inmediatamente en estado de alerta.

A medida que iba explicando los motivos por los que se encontraba en Barcelona, el cuerpo de Arnal se iba crispando hasta sentir que los músculos no tardarían en convertirse en piedra y que ninguna voz emergería de su garganta. La historia que aquel hombre estaba relatando, lo volvía a dejar totalmente fuera, al margen, desplazado del mundo al que con tantas dificultades y renuncias había conseguido aferrarse.

Intentó pensar lo más rápido que pudo y se dio cuenta que, si bien él estaba seguro respecto a la veracidad de todo cuanto explicaba Scacs, pues había conocido al abuelo de su mujer, Andrés Domènech, y lo creía capaz de peores atrocidades, no podía aceptar así como así sus exigencias. La lógica lo guiaba a demandar un mínimo de pruebas, la supervivencia a hacer cualquier cosa para ganar tiempo, para evitar la tragedia. Sesenta y cinco años después del suceso, un hombre se presentaba en su despacho procedente de México D.F. y le notificaba que gran parte de la empresa que le pertenecía desde hacía solo dos días, después de años y años de estrategias meticulosas y renuncias amargas, debía cedérsela a él, Valeriano Scacs, en concepto de indemnización por fraude, más daños y perjuicios.

Por supuesto no iba a permitir que eso ocurriera nunca, estaba

comenzando a plantearse una estrategia que haría juego con sus muebles. Sería simple, minimalista, y al igual que dentro de su despacho, estaba seguro de sentirse total y absolutamente cómodo.

Recordó de nuevo las palabras que lo habían conmocionado:

—Usted no me conoce señor Arnal, pero hace más de sesenta años esta empresa era propiedad de mi abuelo, Faustino Scacs. Desconozco el parentesco que lo une con Andrés Domènech, pero puedo asegurarle que fue él, antes de acabar la guerra civil quien, con falsos documentos, nos desposeyó de la empresa que había pertenecido a nuestra familia por más de cien años. Estoy aquí para recuperar lo que en su día nos fue robado, que no se trata solo de bienes materiales sino también de nuestra dignidad como personas. Imagino su sorpresa. En poder de mi abogado están los documentos que darán fe de todo cuanto acabo de decirle.

¿En qué demonios estaría pensando aquel cretino para presentarse ante él y soltarle aquella patraña? Los dos días que llevaba al mando de la empresa, le habían hecho discernir, con total claridad, el significado de ser un privilegiado. Del poder que acumulaba su persona. Nadie, una vez conseguido, podría volver a quitárselo.

Se sentó de nuevo en su butaca con el inicio de un plan en la cabeza. Pidió a su secretaria, por el interfono, que hiciera subir a su despacho a Francisco Gómez con carácter urgente.

A los pocos minutos, un hombre de complexión fuerte, rondando los cincuenta, con el pelo cano pero luciendo un corte a la última, con un traje que publicitaba su buen gusto y una camisa atrevida que le permitía no llevar corbata, atravesaba la puerta y entraba en el despacho acompañado de energía positiva y de una sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes grandes, ligeramente desproporcionados. Se trataba de uno de sus hombres de confianza. Entraron casi al mismo tiempo en la empresa y aunque por caminos diferentes, fueron ascendiendo en sus respectivos cargos. Ahora Francisco Gómez era el máximo responsable de la seguridad en las obras y de su inspección una vez finalizadas, al objeto de descubrir cualquier fallo de diseño o de estructura que arquitectos o aparejadores hubieran cometido. También las pequeñas chapuzas que los jefes de obra no hubieran detectado. Era implacable.

Gerardo Arnal necesitaba en aquellos momentos su faceta de jefe

de seguridad.

—Señor Arnal, aún no había podido felicitarlo, hasta ayer noche no regresé de Madrid.

—Gracias Francisco ¿qué tal el hotel? ¿Crees que podremos inaugurar en dos meses?

—Un poco justo. Porque he descubierto en los lavabos de las suites un fallo tonto que nos hará perder bastante tiempo. Le he metido caña a Julián y por la cuenta que le tiene…

—Ya me darás un informe completo —lo interrumpió impaciente—. Estoy seguro que no tendrás problemas para cumplir fechas, no recuerdo que los hayas tenido nunca. Pero yo te llamaba por otro asunto. Es personal y me gustaría que la discreción fuera máxima. Una vez hayamos hablado, te olvidas de lo dicho. ¿Puedo confiar?

—Sí, claro.

—¿Aún vigiláis las obras por la noche, contratando a familias gitanas?

—Sí, son las más eficaces, de total confianza y más baratas que las empresas de seguridad.

—Quiero que me des el teléfono de la persona que te merezca mayor confianza y, sobre todo, que sea discreto y eficaz.

—Pablo Augusto, sin dudarlo. Se lo paso a su secretaria en cuanto vuelva a mi despacho.

—Muchas gracias Francisco, por hoy es todo. Mañana en la reunión me pasas el memorando con el informe del hotel. No me está gustando Julián Cañadas, no creo que volvamos a trabajar con él.

—Hasta mañana y permítame que le felicite de nuevo.

No le contestó, pulsó el botón del interfono:

—Francisco Gómez le pasará en unos minutos un teléfono. Haga la llamada y pásemela inmediatamente.

Se descubrió nervioso e impaciente, esperando que Águeda le comunicase con Pablo Augusto. Para serenarse, se dirigió hacia el mueble bar, y se preparó un whisky lleno de hielo hasta los topes.

Barcelona — 21 de Mayo de 2002 — 11 horas 45 minutos

Julia Cruells Adell y su hijo Javier, se habían trasladado a la vieja vivienda familiar que ocupaba toda la planta principal del número 46 de la calle Avinyo, para poner en orden la gran cantidad de objetos inútiles acumulados por Lucía Adell, durante una vida en frágil equilibrio entre deseos y realidades.

También pretendían acondicionarla para habitarla con comodidad. Era el hogar donde Julia había vivido una infancia y una adolescencia con momentos llenos de magia, de ternura, de afecto. Necesitaba rodearse de recuerdos, sentirse protegida de nuevo por la casa que albergó a tres generaciones de la familia Adell. Necesitaba empaparse del poso de memoria que segregaba hasta el último de sus rincones. Necesitaba recuperar a su madre rodeándose de cuanto ella amaba.

Julia personificaba a la cuarta generación, y según el horóscopo chino su signo era Rata, que señala la supervivencia como característica primordial. A su madre, Lucía Adell, le gustaba contar que su hija nació muerta, y fue la tozudez de la comadrona la que consiguió revivirla, pero Julia se había ganado a pulso el reconocimiento de ser ella, y solo ella, la responsable de su deseo de habitar este mundo, algo que, desde la llegada de su hijo, nunca había tenido fácil.

Era cerca del mediodía cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir Javier. Ante él apareció un hombre de unos setenta años, muy delgado, de aspecto frágil. Habría jurado que sus huesos eran de cristal y que podían romperse en cualquier momento. Su atuendo recordaba al de los viejos profesores de universidad, chaleco bajo el

traje gris y una pajarita granate que parecía aletear sobre una inmaculada camisa blanca. Las manos huesudas, grandes, desproporcionadas, semejaban garras de un ave de presa.

—Tengo una cita con la señora Lucía Adell —reclamó con voz de humo—. Soy Valeriano Scacs.

Javier se quedó unos segundos indeciso, atrapado por la imagen de su abuela muerta, en contraste con la mujer llena de vida que aquel hombre reclamaba ver, finalmente llamó a su madre desde la puerta.

—¡Mamá, hay un señor que pregunta por la abuela!

Llegó secándose las manos en el delantal, luego se arregló el pelo y tendió la mano hacia el señor Scacs.

—Soy Julia Cruells. Usted dirá.

—Le decía a este joven que tengo una cita con la señora Lucía Adell, no dispongo de mucho tiempo. Le rogaría que la avisara cuanto antes.

—Lo siento señor…

—Scacs, Valeriano Scacs.

—Mi madre murió hace dos días.

Su arrugada cara perdió el color, la sangre desapareció hacia las profundidades de aquel cuerpo que empezó a balancearse a la búsqueda de un equilibrio que se negaba a retornar. Con tono balbuceante le dijo:

—Siento muchísimo la muerte de su madre, mi más sentido pésame. Hablé con ella hace unos días y me pareció que se encontraba llena de vitalidad.

—Murió de una embolia, nadie se lo esperaba.

—¡Es terrible! Sobre todo para las personas que se quedan. No poder despedirse… en fin… yo… verá, venía a recoger un paquete que su madre me había prometido. Un paquete a mi nombre.

—En estos momentos estoy ordenando sus cosas y no recuerdo haber visto ningún paquete.

—¡Que extraño! ¿Y un diario? ¿Un diario con tapas de seda roja?

—Tampoco recuerdo haber visto ninguno.

—Verá… ¡Ella me lo prometió! Me costó bastante convencerla, estuvimos tomando café en esta misma casa y me dijo que volviera hoy.

Una alerta se disparó en la mente de Julia ¿Tendría ese hombre algo que ver con la extraña actitud de su madre poco antes de morir?

—Le repito que no he encontrado nada. Es probable que cambiara de opinión…

—¡Imposible! ¡Yo necesito ese diario! Es vital para recuperar… —se calló de repente, miró a Julia y sus ojos le transmitieron toda la violencia que se hallaba oculta en su delgado cuerpo— Verá, señora Cruells ¡Quiero ese diario! Si no lo ha encontrado, estoy seguro de que lo hará, y en cuanto eso suceda por favor, llámeme, inmediatamente. Puedo ser muy generoso, a mi edad el dinero ya no tiene tanta importancia.

La cara de Julia Cruells reflejaba sorpresa, se quedó durante unos segundos mirando fijamente al señor Scacs, que había sacado su cartera y le tendía una tarjeta. Dio un paso hacia atrás, y con voz que intentaba ser neutra, sin hacer ademán alguno para recogerla, le dijo:

—Agradezco mucho su visita, pero en estos momentos estoy muy ocupada, me perdonará si no le invito a pasar. Buenos días.

Cerró la puerta sin esperar la respuesta del señor Scacs, luego se volvió hacia su hijo y como si hablara para ella misma le dijo casi en un susurro:

—¡Ese hombre está totalmente loco! En primer lugar la abuela no escribió nunca un diario, ¡lo habría sabido! ¿no crees? Se supone que soy su hija. Mi madre siempre ha sido un poco rara, bueno, quizá exagero, extravagante sería una palabra más adecuada, ¿pero ocultarme un hecho así? Me cuesta creer que se haya relacionado con personajes como ese hombre, aunque he de reconocer que últimamente ha estado bastante extraña.

—Mamá, yo no he oído en ningún momento que se refiriera a un diario escrito por la abuela. Ha hablado de un diario, pero no ha dicho de quién era.

—¿No?

—No, mamá.

—¡Ah! ¡Cómo hablaba de tu abuela, he supuesto…! ¡Vaya, ahora me has dejado…! Es verdad ¿Y de quién puede ser?

Ese fue el primer encuentro de Julia y Javier con lo desconocido. El segundo, tendría lugar veinticuatro horas después.

BARCINO

Kalendas Julio. Año 36 d.C.

Crísipo había conseguido, como casi siempre, minimizar las discrepancias que surgían en el grupo, y en aquellos momentos, entre apuestas y risas, estaban dispuestos a empezar el ritual que cada mes los mantenía despiertos durante casi toda la noche. Entraron todos en el *stibadium*, una elegante sala circular que en las domus romanas estaba casi exclusivamente dedicada a la cena, y a los acontecimientos sociales vinculados a ella. Las paredes se hallaban adornadas con frescos que simulaban ventanas abiertas al exterior. Un mar azul salpicado de pequeñas embarcaciones se divisaba al fondo y en primer plano, se podía apreciar una vegetación completamente idílica, por la que paseaba algún que otro pavo real. Los divanes estaban dispuestos alrededor de una mesa cubierta por un mantel de lino, escrupulosamente blanco, donde se habían bordado pequeños ramilletes de flores. La luz la proporcionaba un imponente candelabro suspendido del techo por cuatro cuerdas de esparto, y compuesto por una circunferencia de hierro y treinta pequeños platos del mismo material sobre los que se apoyaban candiles de cerámica bellamente ornamentados.

Carne de pato deshuesada cocinada con miel y cubierta de higos, pescados asados de diferentes tipos acompañados de legumbres hervidas, erizos de mar, queso tierno con nueces, garum, pan blanco, diferentes embutidos y un amplio surtido de frutas, cubrían por completo la mesa. Los vinos iban siendo escanciados en las copas de cada comensal por un esclavo encargado exclusivamente de ese menester.

El primero en hablar fue Flavio, dirigiéndose a Crísipo.

—Creo, sin lugar a dudas, que ha llegado el momento de que tu sobrino inicie el relato que nos has prometido

—Está bien —comenzó a hablar Crísipo ocupando el lugar del orador, un lado de la mesa que se dejaba libre para poder hablar de pie permitiendo con ello gesticular cómodamente—. Lo cierto es que cuando me fue narrada esta historia, quedé totalmente fascinado. Como todos sabéis, Calíopo está deseoso de entrar a formar parte de nuestras reuniones, y desde hace varios meses he ido retrasándolo sobre todo por su juventud y la inexperiencia que ella conlleva. Pero finalmente ha sabido ganarse mi respeto y deseo propiciar al máximo su presentación, para que cualquier duda que pudierais tener sobre su incorporación al Circulo Garum quede disuelta. Pese a su juventud, hace dos años que se le encargó el cuidado de la biblioteca del Templo, uno de los tesoros más preciados de nuestra comunidad, y en estos momentos es el hombre de confianza de Camilo Eliano. —Un rumor de aprobación subrayó sus últimas palabras al que siguió un silencio expectante—. Es un orgullo para mí presentaros al hijo de mi hermana como futuro componente de nuestro grupo de amigos, con todos los deberes, las responsabilidades y también las ventajas que ello representa —y reclinándose en su triclinium sugirió—. Cuando quieras puedes empezar.

Todos aplaudieron contagiados por la efervescencia de Crísipo.

Calíopo ocupó el lugar que había dejado su presentador con ademanes lentos y medidos. Sacó de la bolsa de lana que llevaba anudada al cinto, el papiro donde había escrito toda la historia que le contara Jacob durante la última noche de luna llena en las playas de Barcino, y se dispuso a comenzar.

—Agradezco sinceramente a Aurelio Crísipo, la oportunidad de disfrutar de vuestras veladas mensuales y las palabras elogiosas que ha destinado a mi persona. El relato que voy a narraros, del que he dejado constancia en este papiro, es de por sí extenso, y preveo que ocasionalmente tendré que proporcionaros explicaciones complementarias por nuestro desconocimiento de la ley judía.

—Empezaré haciéndoos una pregunta ¿Conocéis la provincia romana de Palestina…

—Estuve allí durante un año como ayudante del magistrado

Marponio —dijo Licinius—. Son una gente muy especial. La mayoría de sus habitantes son grandes familias nómadas que se trasladan con sus enormes rebaños de ovejas en busca de pastos, a través de la extensión desértica que ocupa una considerable parte del territorio. Son bastante belicosas entre sí. Nosotros tuvimos que mediar en varias ocasiones por la propiedad de pozos de agua.

—Lo último que me ha llegado de Roma enviado por el editor Esmaracto —apuntó Aurelio Crísipo—, es casualmente un relato de viaje a la ciudad de Jerusalén, en el que ensalza los hermosos palacios de las familias aristócratas y el deslumbrante Templo de Jerusalén. Pero también habla de una Palestina turbulenta, que no ha cejado en su intento de liberarse desde que fue incorporada al imperio, hace más de ochenta años, por los ejércitos de Pompeyo. Nunca han aceptado los reyes del linaje herodiano porque no eran judíos.

—Es cierto eso que narráis —retomó la palabra Calíopo—, pero confluyen más motivos que quizás no nos parezcan importantes por el simple hecho de que somos romanos y es difícil para nosotros aceptar que nuestra civilización sea rechazada. Esperamos el agradecimiento de los pueblos que sometemos porque les aportamos sin duda algo mejor, aunque eso siempre lo calibramos, naturalmente, desde nuestro punto de vista. Los herodianos han sido un linaje de reyes árabes, que creamos los romanos para asegurarnos la fidelidad y la gobernabilidad, pero eso también lo saben los judíos y no todos están de acuerdo. Actualmente, en Palestina, hay varias sectas que difieren bastante unas de otras, por ejemplo los saduceos, que colaboran con nosotros y que está formada por una reducida pero acaudalada clase, dueña de grandes extensiones de terreno. Los fariseos, un grupo progresista que al parecer ha estado introduciendo numerosas reformas en su religión y su organización civil, y que no están en absoluto de acuerdo con la actitud de los saduceos. Luego están los esenios, con una orientación básicamente mística y de gran austeridad.

“Hace aproximadamente treinta años, Judas de Galilea, un fariseo muy fanático, creó una de las sectas que en estos momentos está más activa políticamente. La integran fariseos y esenios en su mayor parte, aunque está abierta a todos. A sus componentes se les conoce con el nombre de zelotes. En fin, también están los

nazarenos, pero creo que nos estamos desviando del tema. Ya está bien de hablar de sectas, volvamos a la historia que nos interesa.

“Aunque los recuerdos de Jacob fluyeron en bloques deslavazados, yo he hilvanado la historia de forma lineal para narrarla con mayor claridad. Arranca con los abuelos de nuestro personaje, sus nombres, Joaquín y Ana —se detuvo unos segundos y como si se lo hubiera pensado mejor rectificó—. No, en realidad arranca con el sumo sacerdote del Templo de Jerusalén, Simón de Alejandría, que empezó a inquietarse cuando después de diez años de matrimonio, y a pesar de lo mucho que habían rezado, y de la gran cantidad de dádivas ofrecidas, Joaquín y Ana no se habían visto bendecidos con hijos.

“Este interés por parte del sumo sacerdote no era fútil, se debía a un hecho muy concreto: Ana era la última descendiente por línea directa de Michal de Hebrón esposa del Rey David.

“Los reyes y caudillos judíos, al igual que sucede con la estirpe de los faraones egipcios, gobiernan de acuerdo con la línea femenina, es decir, por matrimonio con la propietaria heredera del suelo. Eso podía dejarlos en una situación muy comprometida, si Ana moría sin proporcionar descendencia.

“Simón de Alejandría comentó sus temores con una anciana de sobrada prudencia que gozaba de su total confianza y respeto, Raquel, responsable de las vírgenes del templo. Entre ambos empezaron a pergeñar una estrategia que permitiera resolver aquel problema, ya que los dos opinaban que Ana era una mujer sumamente virtuosa, enamorada de su marido, que nunca consentiría en repudiarlo. Tramaron durante varios meses como lograr sus aspiraciones y finalmente decidieron que ya habían conseguido elaborar un buen plan.

“Durante una de las visitas de Joaquín al templo para orar y entregar sus ofrendas en demanda de un hijo, el sumo sacerdote se acercó a él y alabó la belleza y el volumen del cordero donado en sacrificio, asegurándole que durante el ritual había tenido una revelación:

—A la salida del templo —le dijo—, una mujer que no conoces te llamará por tu nombre. Escúchala con los ojos bajos y el corazón atento y ejecuta cuanto ella te diga.

“Joaquín quedó sumamente sorprendido y se albergó en él un

rumor de sombras que le ralentizó los movimientos y lo sumió en el desconcierto.

“Al salir del Templo de Jerusalén, los ojos recorrieron las verdes hojas que colmaban los olivos situados en la plaza y que protegían del sol a hombres y bestias de carga. Vendedores de dátiles y aguaderos pregonaban a gritos la mercancía. Él se quedó en el pórtico, contemplando la marea humana que se movía como un mar atravesado por corrientes de impreciso destino.

“De improviso, oyó su nombre repetido tres veces.

“Se volvió.

“Tras él, una mujer lo miraba con ojos tristes y pequeños, apenas una línea que se curvaba. Las ropas color malva, de una gran sencillez, cubrían un cuerpo explícitamente aprehensor de alimentos como último placer permitido.

“Esperó en silencio.

“Entonces ella cerró los ojos, juntó las manos, y como una oración repetida desde el principio del principio, empezó un ronroneo grave, lento.

“—Me ha sido revelada una profecía. De la hija que engendrará tu esposa nacerá el elegido, pero tú mi señor no deberás volver a tu casa en Cocheba hasta dentro de cuarenta días. Pasarás esta noche de rodillas orando en el templo y en la mañana partirás hacia el desierto de Edom. Solo debe acompañarte un criado y durante el viaje te humillarás ante el Señor en cada lugar sagrado. Comerás solo frijoles, beberás agua pura y te abstendrás de ungüentos, mujeres y perfumes. El último día de la Fiesta de los Tabernáculos deberás estar de vuelta en Jerusalén, y bajo ninguna circunstancia comentarás con nadie todo cuanto aquí te ha sido desvelado.

“Así lo hizo, menos a uno, que lo acompañó en su viaje, envió todos los criados hacia Cocheba donde Ana los recibió, días más tarde, con gran extrañeza. Aunque a todos y cada uno de ellos les preguntó dónde estaba su marido, nadie supo contestarle. La única respuesta era que nada sabían.

“Supuso lo peor, que Joaquín pretendía repudiarla y se había ido en busca de una esposa más joven que le proporcionara un heredero, así que, de acuerdo con sus costumbres, se vistió de negro dispuesta a esperar la llegada de su marido. Fueron semanas teñidas de rumores, donde el desasosiego jugaba a ser esperanza y las

burlas picoteaban el aire lacerándolo con mil heridas que destilaban hiel.

“Pero un día Judith, su criada más fiel, se presentó en los aposentos de Ana con una sonrisa que henchía el alma y le dijo:

“—Señora, no podéis seguir así, va a empezar la Fiesta de los Tabernáculos, todo el mundo se prepara para ir a Jerusalén, ya he completado vuestro equipaje y podemos disponer la partida cuando vos queráis.

“—¿Cómo te has atrevido? —Le contestó indignada— ¿Es que acaso tus ojos no contemplan mis negros vestidos? ¿Cómo quieres que asista a una fiesta cuando estoy de luto?"

“Pero la joven Judith no era fácil de desanimar, sentía verdadera devoción por su ama y la entristecía ver como se consumía día tras día en una espera llena de sombras, así que insistió.

“—Mi señora, nadie osaría recriminaros en estos momentos de desaliento que queráis visitar a vuestra hermana en Jerusalén y pasar unos días con ella escuchando sus consejos, que sin duda aliviaran vuestra tristeza. El viaje os hará bien, inhalareis aire limpio y fresco en lugar de esta mohosa atmósfera que se respira en vuestro dormitorio desde que me obligáis a tener todas las ventanas cerradas.

“Supongo que, en el fondo, Ana deseaba todo cuanto su criada había tenido el acierto de expresar con palabras, porque aunque insistió en la negativa, su renuencia fue cada vez más débil hasta dejarse convencer por completo. Los preparativos fueron rápidos y al día siguiente se dirigían a Jerusalén en un coche arrastrado por una pareja de asnos blancos. En el camino las rodearon hombres, mujeres y niños engalanados para la celebración, que caminaban llevando sobre los hombros ofrendas de uvas, higos, dátiles y cestos con palomas. Cuando llegaron a Jerusalén, el ambiente de fiesta las desbordó, en todos los lugares se habían instalado tenderetes de frutas, vino y golosinas, que se hallaban atestados con un gentío ruidoso y hambriento disfrutando de la celebración. Las calles apenas podían contener la riada humana que las inundaba, había músicos que hacían sonar sus flautas endulzando el aire, niños que correteaban vendiendo tirsos y ramas de membrillo a los celebrantes que debían llevarlas en las manos durante la solemne procesión en torno al altar de las ofrendas. Un mundo abigarrado y

colorista, que no por conocido dejó de impresionarlas.

“Aparecieron agotadas, a las puertas de la casa donde habitaba la hermana de Ana, llenándola de alegría. Acomodaron a Judith con los criados y enseguida ordenó que le prepararan a su hermana un baño perfumado para refrescarse y aliviar el cansancio. Después, ambas mujeres fresquearon en el frondoso jardín que poseía la casa, mientras se relataban cuantos acontecimientos habían tenido lugar en sus vidas desde la última vez que estuvieron juntas.”

Barcelona — 21 de Mayo de 2002 — 12 horas 15 minutos

Parecía que algún dios extraño lo hubiera maldecido. Lucía Adell muerta. No se sentía con fuerzas de volver a subir al piso para intentar convencer a aquella mujer desconfiada y hostil. Pero no podía abandonar. Decidió ir a comer y encaminarse después al bufete del abogado Florencio Herralde, con quien tenía cita a las cinco de la tarde. Después, en el hotel, ya se plantearía con calma los pasos a seguir.

Valeriano Scacs se dirigió hacia el Paseo de Gracia recreando para sí la Barcelona de mil novecientos treinta y siete, que comparaba con la nueva imagen de la Barcelona postolímpica en una especie de juego evocador que distraía su eterno afán de investigación y curiosidad. El final de la caminata siempre era el mismo, la Casa Batlló. Se sentaba en los bancos situados delante de la fachada, junto a los turistas que disparaban sin cesar sus máquinas fotográficas y permanecía allí, la mirada fija en el balcón del tercer piso, con la mente en blanco, hasta que el mismo recuerdo venía una y otra vez hasta él, lentamente, asegurando posiciones, como el ataque a traición de un comando terrorista, desplegando una imagen que emergía con fuerza desde los laberintos de la memoria.

El despacho de su abuelo Faustino Scacs le invadía la mirada con una nitidez dolorosa. Había retrocedido sesenta y cinco años en el tiempo, hasta el otoño de mil novecientos treinta y siete. Como tantas otras veces estaba en el balcón, imaginando aventuras y viajes legendarios. De repente oyó las voces alteradas de su abuelo y del hombre que hasta hacía dos años había sido su socio. Se

asomó por la rendija de los porticones, que siempre cerraba para no ser descubierto porque su madre le tenía prohibido atravesar el despacho del abuelo para evitar molestarlo, y lo vio junto a la mesa del despacho, frente a la caja fuerte abierta de par en par. Lo inmovilizaban dos guardias civiles mientras su ex—socio, Andrés Domènech, la vaciaba de documentos y dinero alegando que eran de su propiedad. Volvía a escuchar las humillantes palabras que se desbordaban a través de la boca de aquel individuo y lo definían como judío, ladrón y usurero, no dudando en abofetear a un viejo de ochenta y tres años. Luego salía vencedor, sin molestarse siquiera en auxiliar a un hombre que se tambaleaba tembloroso hasta caer al suelo falto de fuerzas.

La ira, la rabia, la angustia que sintió con diez años de edad, acompañaban siempre la evocación de aquellos momentos dolorosos. Cuando se cerró la puerta del despacho, salió corriendo del escondite con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló junto a su abuelo y lo apretó contra su pecho, mientras con gran esfuerzo, él le iba dictando las palabras que nunca debió olvidar:

“Valeriano, hijo, tienes que ser fuerte, yo no podré seguir velando por vosotros y tu padre es un hombre débil. Debes prometerme que cuando seas mayor, recuperarás lo que es nuestro, lo que nos pertenece por derecho”.

Murió entre sus brazos, y el llanto quebró aquel joven cuerpo hasta rendirse por la fatiga al sueño. Así los encontró su padre, juntos, en el suelo, como restos olvidados de un dolor que él ni siquiera llegó a imaginar. Dos años después, huían de España a bordo del Sinaya junto a otros cientos de exiliados, su primer gran viaje, su primera aventura. De la vida anterior solo se habían salvado nueve diamantes que su padre llevaba escondidos bajo el forro del abrigo y una Biblia antigua que había adquirido su bisabuelo a mediados del siglo XIX.

Luego llegó México, su vitalidad y exuberancia lo desbordaron y se enamoró del nuevo país casi de inmediato. Mas tarde, la universidad lo cobijó durante los cuatro años que duraron sus estudios de antropología, después fueron los trabajos alrededor de yacimientos arqueológicos, y los premios y el reconocimiento que no tardaron en acumularse en sus estanterías. Así voló su vida, sin apenas darse cuenta, tan inmerso estaba en ella. Hubo una sola

mujer a la que amó, y guardaría respeto hasta el final de sus días pese a que la vida en común acabara a los diez meses de la boda. El ángel negro se la llevó a ella y a su hijo no nato.

Y ahora estaba allí, sentado frente a la enorme cristalera que daba acceso a la casa que un día fue su hogar, con el último de los sueños posibles, leer el diario de tapas rojas que escribió, hacía casi cien años, Irene Adell. Comprobar si en su interior se escondía el secreto que inscribiría, con letras doradas, su nombre en la historia.

Alcanzar la eternidad.

Valeriano Scacs, se había sentado aquella tarde en la sala de espera del abogado Florencio Herralde solo, con su cuerpo enjuto apenas visible dentro de ella, sosteniendo en el regazo todos los documentos que se había traído desde México. Durante la entrevista, el abogado le había hecho multitud de preguntas, como por ejemplo el motivo de la pelea que separó a su abuelo de Andrés Domènech, pero él no pudo contestar, era muy pequeño y apenas si llegaban hasta él resonancias envueltas en neblina.

Tampoco el abogado contestó a sus preguntas sobre la legalidad de los papeles y la posibilidad de impugnarlos. Se mostró sumamente prudente:

—Señor Scacs, no puedo decirle nada sin haber estudiado los documentos atentamente. Mi consejo es que los deje a mi cargo y en cuanto lo haya hecho me pondré de inmediato en contacto con usted para darle una contestación definitiva.

Salió del despacho de Florencio Herralde con las manos en los bolsillos y la mirada baja. Se sentía vacío después de haberle entregado al abogado todo cuanto poseía. La depresión empezaba a jugar, silenciosa, en los rincones de su cerebro.

La noche lo descubrió paseando por el puerto olímpico. La entrevista le había dejado mal sabor de boca, y al salir, pensó en corregirlo con una cena que le borrara del paladar los amargos recuerdos que se había visto obligado a evocar. Finalmente se decidió por uno de los numerosos restaurantes de la zona, especializados en pescados, arroces y mariscos. Se sentó en la terraza contemplando el puerto deportivo e impresionándose por el bullicio que se respiraba en aquella zona, mientras saboreaba una deliciosa fideuá y un tronco de merluza a la plancha.

Cuando ya hubo cenado, los pasos lo encauzaron hacia la calle

Avinyó, decidido a enfrentarse con la hija de Lucía Adell. Pero a medida que se acercaba, el cuerpo y sus deseos iban relajándose hasta quedar erradicados. Estaba a la altura de la calle Ample cuando decidió no entrar en Avinyo y optó por dirigirse a la siguiente travesía, que le pareció muy hermosa. Dos bonitos arcos la cruzaban y de un patio situado en un entresuelo, sobresalían dos palmeras altísimas y un magnolio de proporciones espectaculares.

Hacía la mitad de la calle descubrió a un muchacho que estaba leyendo sentado en el suelo del balcón, apoyaba la espalda contra los barrotes y se iluminaba con una lámpara de pie situada en el interior. Una amplia sonrisa alumbró la cara de Valeriano Scacs preguntándose hasta qué punto lo envidiaba. Envuelto en el frescor que regalaba la noche, rodeado por la suave penumbra producida por la escasez de farolas eléctricas, acompañado por la imagen mítica de las palmeras y la suave fragancia que el magnolio exhalaba, y todo ello, transformado ante sus ojos por la magia del momento, en un jardín mitológico, el primigenio edén. De pronto, la sonrisa huyó de su cara al reconocer en él al joven que le había abierto la puerta del piso aquella mañana, el nieto de Lucía Adell.

Bajó la mirada por miedo a ser, a su vez, reconocido, y al hacerlo, observó que bajo el balcón había una puerta de garaje y a ambos lados de la misma dos grandes ventanales enrejados con gruesos barrotes. El piso, como muchos de los que formaban parte de aquel barrio, daba a dos calles.

Una extraña idea había empezado a cuajar en su cerebro.

Cualquier adolescente podía trepar hasta el balcón, entrar en el interior de la casa y abrirle la puerta desde dentro. Solo hacía falta que la hija y el nieto de Lucía estuvieran fuera. La excusa que podía esgrimir frente al chico que lo ayudase, era que se había dejado las llaves dentro y no podía abrir ¡Era un pobre viejo! Luego, ofrecerle cincuenta euros y esperar tranquilo que le abriese la puerta.

Barcelona — 22 de Mayo de 2002 — 01 horas 10 minutos

Javier había conseguido arrastrar a su madre a ver la primera parte de "El Señor de los Anillos" y al llegar a casa, encontraron la puerta del piso entornada. Supusieron que debían ser ladrones expertos porque no habían forzado la cerradura. El aspecto de la entrada era desolador. Las dos grandes bolsas de basura dispuestas para tirar habían sido abiertas y el contenido desparramado por el suelo, todo estaba patas arriba. Julia Cruells se quedó petrificada, tardó en reaccionar, no se atrevía a entrar en casa.

Javier corrió hacia el estudio. Acababa de instalar el ordenador Mac de última generación, el escáner, la impresora y tenía la cámara de vídeo profesional, que le había regalado su abuela hacía tres meses, descargando en el ordenador las imágenes grabadas del corto que estaba filmando. Para su sorpresa y descanso todo seguía allí, el resto, la verdad, le daba igual. Julia fue hasta el cuarto de su madre y comprobó que las joyas seguían también allí, aunque estaban todas tiradas sobre la cama. También permanecían en casa el televisor, el vídeo y el DVD. Curiosamente no faltaba nada. De pronto Julia se sentó en el sofá y empezó a gritar.

—¿Será posible? ¡Hay que ser desgraciado! Ha sido aquel hombre, el que vino ayer ¿Cómo se llamaba, te acuerdas? Tenía un nombre raro….¡Valeriano! ¡Eso es! Llama a la policía. ¡Venga! ¡Espabila!

—¡Pero mamá, si no falta nada, hasta las joyas están en su sitio! ¿Qué quieres que hagan ellos?

—No lo sé, pero algo tendrán que hacer. ¡Han entrado en casa! ¿No lo entiendes? ¿Cómo voy a poder dormir esta noche?

Javier llamó a la policía con el total convencimiento de la inutilidad del gesto. Aparecieron poco después, y tras inspeccionar la casa y mirar por delante y por detrás, por arriba y por abajo la cerradura, le dijeron a Julia que no volviera a dejarse la puerta abierta.

No se lo podía creer, se plantó a un palmo de la cara del policía más bajito y le chilló:

—¿Me está llamando idiota, me está llamando irresponsable, cree de verdad que me he dejado la puerta abierta?

Pese a lo terrible y trágico de la escena, sobre todo por cómo se sentía su madre en ese momento, Javier no pudo dejar de esbozar una sonrisa, pues le pareció estar viendo una película de dibujos animados en la que el policía empezaría a volar hacia atrás, empujado por la fuerza irresistible de la voz de su madre.

Pero no fue así, de forma pausada y profesional el policía le contestó:

—Si algo puedo asegurarle, señora, es que esta puerta no ha sido forzada. Intente tranquilizarse, cierre con llave y procure dormir. Nosotros haremos varias rondas por los alrededores a lo largo de la noche.

Se despidieron mientras Javier les acompañaba hasta la puerta y después de cerrarla se giró hacia su madre intentando no poner cara de ¿ves? ¡ya te lo dije!

—Necesito una tila —anunció Julia Cruells—. No me esperes si tienes sueño.

Javier no la esperó, sabía dónde había ido su madre, estaría en el bar del Manel dando rienda suelta al enfado.

Julia Cruells era una mujer fuerte. Eso se apreciaba en la forma de andar, de moverse, incluso en el tono de la voz. Aunque la estatura no era particularmente elevada se la percibía como una mujer alta.

Mientras se encaminaba hacia el bar, sus pensamientos, llenos de furia los expresó en voz alta, lo hacía a menudo, la soledad de ser hija única y luego madre soltera, la habían acostumbrado a entablar consigo misma largas conversaciones.

—¡Cómo me encuentre por la calle a ese hombre! ¡Porque esto no se acaba aquí! Estoy segura que no ha encontrado el diario y no parará hasta que lo haga. Tenía que haber aceptado la tarjeta que

me ofrecía ¡Seré estúpida! Pero… ¿cómo iba yo a imaginar…?.

Manel la vio entrar y enseguida supo leer los gestos. Se dirigió a ella con cierta sorna, intentando apaciguar la tempestad que intuía en la mente de su amiga:

—¿Qué estás murmurando? ¡Vaya entrada que has hecho! Un poco más y te llevas la puerta por delante.

—Estoy que echo chispas, la policía acaba de irse de mi casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Sí, sí, estamos bien. Han entrado en casa, lo han dejado todo hecho un desastre, y lo único que se les ocurre decir a los benditos policías es que no vuelva a dejarme la puerta abierta —Manel no pudo evitar una carcajada espontánea— ¡Bueno… los hubiera matado! Además, aunque así fuera, que no es el caso, ¿no te parece demasiada casualidad que alguien entre en mi casa mientras estamos en el cine, lo revuelva todo, y no se lleve nada?

—Como mínimo es raro.

—¿Raro? He intentado explicarles que ayer vino un tipo extraño preguntando cosas extrañas sobre mi madre, y como si les hablara del tiempo, en fin, ponme una tila, la necesito.

—No tengo, quieres…

—Té, si no tienes tila, ponme té.

Los ojos de Julia se perdieron en la colección de llaveros que colgaban del estante situado detrás de la barra, mirando sin ver, vueltos los pensamientos hacia su madre. Desde que murió necesitaba pensar en ella para seguir sintiéndola viva, para apartar de su mente la evidencia de una soledad que había empezado a poseerla de forma irreversible. El llanto subió hasta la garganta de improviso, como si un cuchillo invisible hubiera abierto en el alma una rendija por la que empezaran a desbordarse los sentimientos. Manel se dio cuenta de inmediato.

—¡Eh, eh, eh, Julia, tranquila! ¿qué son esas lágrimas? venga, no te pongas así, ya verás como no pasa nada, como todo se soluciona. Ahora mismo se lo estaba diciendo a Juan. Es inspector de policía y a lo mejor puede ayudarte. —Volviéndose hacia él gritó: — ¡Juan, ven, quiero presentarte a una amiga! —mientras, recogió entre sus manos las de Julia e intentó alentarla— ¡Animo, no sé verte así, tú eres de otra manera, venga, cálmate, o acabaremos llorando todos!

—No sé qué me pasa Manel, pero estoy destrozada, tener que desmontar la casa de mi madre me puede. Son demasiados recuerdos, todo vuelve otra vez.

—Lo superarás, solo necesitas tiempo —y dirigiéndose al amigo, que acababa de acercarse— Juan, te presento a mi amiga Julia Cruells —y mirándola a ella— Julia, este es Juan Torralba, el mejor inspector que ha pisado la Jefatura Central de la Vía Laietana.

—Hola, Julia, encantado.

—Hola, Juan, espero poder decir lo mismo. Pasé una noche horrible en ese antro que era la Jefatura Central cuando yo tenía dieciocho años y corría los cien metros libres delante de los grises. Solo recuerdo mi desesperación por taparme los oídos. Los gritos de algunos de los detenidos te ponían los pelos de punta. Yo me salvé gracias a mi padre o que en aquellos momentos no les debía apetecer apalearme.

—¡Joder Julia! —la interrumpió Manel— ¡Con qué me sales tú ahora!

—Tranquilo Manel, hace diez años que llegué y en ese tiempo he oído pocos gritos, casi siempre en boca de mi jefe y dirigidos a mí, pero en esta vida nunca se sabe, si hemos de hacerle caso a los chinos el tiempo es circular, todo se repite cíclicamente. Pero lo mío son los crímenes, siempre me ha gustado el *gore*.

La referencia que había utilizado Juan la hizo sonreír, le pareció llena de un cinismo que en ningún momento hubiera imaginado en boca de un policía.

Posiblemente los tiempos estaban cambiando más de lo que ella creía.

Manel se dirigió a Juan.

—Julia me estaba explicando que han entrado esta noche en su casa. A lo mejor tú puedes ayudarla. Se ve que los policías que han acudido son bastante inútiles.

—Es igual Manel, déjalo, todo es un poco absurdo, no creo que se repita.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Juan intrigado.

Julia se lo quedó mirando, en realidad solo tenía sensación de malestar, una intuición confusa, lejana, el principio de algo que no tenía marcha atrás.

Barcelona — 25 de Mayo de 2002 — 15 horas 10 minutos

Habían pasado cuatro días desde que Valeriano Scacs entró como un ladrón en la casa de Lucía Adell abandonándola con las manos vacías.

Y hacía solo unos minutos que había vuelto al hotel de su paseo por el barrio gótico, visitando los restos del Templo de Augusto que se erguían majestuosos dentro del patio de luz de uno de los edificios que en su día pertenecieron a su abuelo.

Desde la ventana de la habitación en el Claris, observaba el ir y venir de coches y personas que fluían incansables ante sus ojos. Estaba allí por una casualidad nacida de la necesidad. Si no hubiera considerado imprescindible para sus menguadas finanzas, vender la Biblia heredada de su padre, en poder de la familia desde hacía casi doscientos años, nada de lo que le estaba sucediendo se habría materializado.

Fue un gran esfuerzo para él separarse de la Biblia editada por Gutenberg, de aquella primera edición del libro de los libros, pero estaba al filo de la bancarrota más absoluta. A su memoria volvió aquel momento de tremenda nostalgia, la noche anterior de la entrega al nuevo propietario, en el que acariciando el preciado objeto, mientras sus manos se despedían para siempre de él, un papel, amarilleado por el tiempo y lleno de la exquisita y pulcra letra de su abuelo, cayó al suelo desde sus páginas.

Estaba escrito por los dos lados, y el mazazo que lo aturdió al leerlo le duró bastante rato. Tuvo que releerlo dos veces más, para llegar a entender completamente el significado de cuanto allí estaba escrito. En un principio creyó que se trataba de una broma, pero

poco a poco fue dándose cuenta de la realidad de todo cuanto se relataba, al recordar viejas historias de su abuelo y de su padre sobre una de las mayores catástrofes vividas en los negocios familiares.

Más tarde, cuando estuvo reordenando toda la información, se quedó fascinado al darse cuenta de lo increíbles que pueden llegar a ser las casualidades. En aquellos momentos, su mejor amigo en el Círculo Catalán de México era Daniel Diunó y durante las muchas horas de conversación sobre el mundo, la política o la idealizada vida que recordaban en Barcelona, se habían explicado la casi totalidad de su historia familiar. Había un nombre al que su amigo se había referido en varias ocasiones, que también se mencionaba en aquel viejo papel como uno de los responsables de la desgracia que asoló a su familia. Era el famoso abogado Sebastián Adell i Reverte.

Registró hasta el último rincón de su casa en busca de cuantos documentos pudiera encontrar y agazapada entre ellos una segunda sorpresa lo esperaba. Eran las transcripciones de varios de los últimos consejos de administración, donde se detallaban los motivos por los que Andrés Domènech pasaba a ser desposeído del cargo y se le obligaba a la venta de cuantas acciones de la empresa estuvieran en su poder. La forma como se había llevado a cabo no era demasiado limpia y se la podía tildar sin faltar a la verdad de chantaje, pero Domènech llevaba estafados a la empresa, hasta ese momento, más de doscientas cincuenta mil de las pesetas de aquel tiempo. El delito monetario era grave, pero lo peor era la deslealtad, haber traicionado la confianza depositada en él.

Fue mientras leía aquellos documentos, cuando la imagen de su abuelo inmovilizado por dos guardias civiles volvió a él. Las palabras judío, usurero, ladrón, le rebotaron en las paredes del cerebro como ecos de un recuerdo que volvía desde los rincones olvidados de la memoria.

Las siguientes semanas fueron de una actividad intensa, por una parte repasó todos los documentos a fondo y por otra interrogó a su amigo con el mayor de los cuidados hasta sonsacarle toda la información que poseía. Una vez lo hubo hecho, ya no le quedó ninguna duda de que el único medio de conseguir recuperar lo que le había sido robado a su abuelo, era hallar el diario de tapas rojas

que Irene Adell, hija de Sebastián Adell Reverter, había escrito durante el verano de 1909. Las casualidades podían ser infinitas, pero esa muchacha que trabajaba con su padre en el despacho de abogados, había muerto el 26 de Julio de 1909 por una "bala perdida". Nunca podría atribuirlo a un albur. Era sin duda un hecho desgraciado que lo movía a sospechar de su abuelo. Pese a la devoción que siempre había sentido por él lo sabía capaz de haber ordenado su muerte.

Pero seguía sin saber el paradero del diario y Lucía Adell ya no podría ayudarlo.

Se apartó de la ventana y se sentó sobre la cama. ¿Por qué hacía todo aquello? Y sobre todo ¿para quién? Una inmensa tristeza, sin sentido para él, venida de repente de no sabía dónde, se estaba aposentando en su corazón. A veces, el cuerpo, abre una de las muchas crisálidas en donde esconde los sentimientos no deseados, los que contaminan nuestra vida, porque la metamorfosis que el tiempo lleva a cabo en absoluto secreto ya ha tenido lugar. Entonces podemos hacernos cargo de ellos, darles la dimensión que nos permita despedirlos, acompañarlos hacia el exterior.

Valeriano paseó la mirada por la amplia y confortable habitación de que disfrutaba en el hotel. La iluminación le sobrevino como un fogonazo de luz.

Estaba solo.

Ningún heredero disfrutaría de su legado. La vida le había negado la paternidad, era el último de los Scacs, al morir su mundo desaparecería porque no había nadie que lo retuviera en el recuerdo. El nudo que estaba atando sus sentimientos se soltó de repente, y las manos le taparon la cara para amagarse a sí mismo el llanto imparable que le sobrevino, como olas que llegaban de muy lejos, de los confines de la memoria.

Lloró todas las lágrimas que había reprimido y acabó exhausto, tendido sobre la cama, recibiendo al sueño como un hogar añorado al que vuelves esperando que te de calor y seguridad.

Se despertó a media tarde y después de refrescarse y cambiarse de ropa, se dirigió resuelto hasta las oficinas de un notario.

Había decidido hacer testamento.

BARCINO

Kalendas Julio. Año 36 d.C.

Calíopo seguía relatando la historia de Jacob a una audiencia atenta que se sentía totalmente fascinada. Se había preparado a fondo, no deseaba en absoluto que aquella oportunidad se le escapara de las manos, y para su satisfacción, la atención de los cinco amigos le confirmaba que el tono y el ritmo estaban siendo los correctos, que todo se desarrollaba como él había previsto. Paró durante unos segundos para beber de la jarra que Flavio había situado a su lado, tenía la boca seca..

Una vez se hubo refrescado con el agua que contenía, aromatizada con limón, siguió de inmediato la narración.

—Tres días después de la llegada de Ana a casa de su hermana, se celebraba la Noche de las Mujeres, y Judith volvió de nuevo a insistir cerca de su ama, sobre la conveniencia de asistir a la fiesta. Como la vez anterior, se mostró reticente, pero al final consintió en desplazarse hasta el patio de las mujeres. Eso sí, en cuanto acabase el ritual volverían a casa. De nada valieron las sugerencias de la criada que intentaban persuadirla para unirse después a la fiesta en las calles, sobre eso, Ana se mostró inflexible.

"Llegada la hora, Judith se presentó con un hermoso vestido que Ana utilizaba para las celebraciones más importantes. Se quedó perpleja, la fiesta no exigía un lujo tan evidente y menos a ella que se hallaba de luto, pero Judith, que intuyó lo que pasaba por la cabeza de su ama, se apresuró a decir:

"—Lo siento muchísimo señora y espero que podáis perdonarme, pero… me pareció tan bello que no pude evitar cargarlo con el resto

del equipaje, os ruego que os lo pongáis ¡Sois tan hermosa!

"—Apártate de mi presencia —le grito furiosa.

"Judith se apresuró a salir de la estancia, dejando a su ama con el vientre lleno de mariposas. No tardó en acercarse a la ventana, desde donde vomitó todo lo que contenía su estómago incluyendo el miedo y la ira. Al cabo de unos momentos se sintió mejor, cogió el espejo de bronce que Judith había depositado sobre la cama, se miró y se dijo:

"—Tiene razón, aún soy una mujer joven y hermosa aunque en mi rostro se asiente la tristeza.

"Se observó durante un minuto, esperando que aquella otra mujer que se reflejaba, le diera ánimos o justificación suficiente para no sentirse ingrata. Nada sucedió. Con movimientos lentos, como si iniciara un ritual impuesto, pero a la vez deseado, comenzó a lavarse, se pintó los ojos, se frotó nardo entre los senos y se vistió.

"Cuando salieron, la noche ya se había ataviado de estrellas y las calles colmado con mujeres llenas de alegría que se dirigían a su fiesta. Estaban a punto de llegar cuando oyeron trompetas en el interior del patio. Ana se paró indecisa ¿Y si alguien la reconocía? Judith, que ya esperaba esta reacción, le dijo:

"—Venid, mi señora, conozco un lugar donde podréis descansar y decidir si asistís o no a la fiesta.

"Le cogió la mano y la condujo por pequeñas callejas hasta una plaza donde un enorme portón se hallaba entreabierto. Lo empujó, y al atravesarlo, se hallaron en un patio desierto donde las recibió la más absoluta soledad. A la izquierda descubrieron una doble puerta bellamente ornamentada abierta de par en par. Entraron y Ana se quedó de inmediato fascinada por la belleza del lugar. Pareciera que estaban esperando invitados, pensó al observar las luces armoniosamente dispuestas y la larga mesa cubierta con un hermoso mantel de lino, llena de sabrosos manjares y fruta fresca. Se dirigió hacia ella y apresó un racimo de uva entre las manos. Mientras lo saboreaba se percató de un cómodo diván situado junto a la fuente que llenaba el aire de cristalinos murmullos.

"Cuando se volvió para comentar con Judith toda aquella belleza, se dio cuenta que no estaba. Corrió hacia la puerta, pero antes de llegar, surgió de entre las sombras una anciana que la llamó por su nombre:

“—No te inquietes Ana, Judith volverá de inmediato, se ha adelantado a observar, para tu tranquilidad, si en el patio donde se celebra la fiesta de las mujeres ve a alguna conocida de Cocheba. Yo soy Raquel, la anciana que cuida a las vírgenes del templo, te acompaño hasta el diván, estírate y descansa.

“Mientras Ana la obedecía, Raquel fue a buscar dos copas de vino, diluyendo en una de ellas el contenido del pequeño recipiente escondido en su anillo. Luego se volvió y la colocó entre los dedos de la mujer de Joaquín.

“—Brindemos por esta noche mágica que nos pertenece.

“Ana bebió el vino endulzado con miel y enseguida se sintió diferente, como si flotase en aquel confortable diván, una música dulcísima la rodeo, y oyó como la anciana le susurraba con voz suave:

“—Tus plegarias han sido escuchadas, concebirás una hija que entregarás al templo.

“Su alegría no tuvo límites, todo el cuerpo se colmó de ella hasta desbordarlo. El mundo que la rodeaba se hizo borroso y antes de perder el sentido, creyó ver la figura de un ángel que se acercaba hacia ella.

“Al despertar, fue acogida por la habitación que ocupaba en casa de su hermana. Los portones estaban cerrados llenando de penumbra la estancia. Su criada Judith dormía sobre unos cojines y junto a ella, descansaba un pequeño candil que apenas iluminaba el entorno. Olía a moho, que impregnó la nariz de Ana haciéndola estornudar. Inmediatamente se despertó la criada que se acercó hasta el lecho.

“—Estáis bien mi señora, me teníais muy preocupada.

Ana estaba terriblemente confusa ¿Qué hacía ella allí? ¿Dónde estaba el hermoso jardín perfumado con incienso y nardos? La pregunta le salió de forma espontánea:

“—¿Por qué me llevaste a aquel lugar Judith?

“—¿Qué lugar mi señora? —le contestó con otra pregunta su criada.

“—No seas insolente —se enfadó Ana—. Sabes perfectamente a qué lugar me estoy refiriendo.

“Judith transformó su cara en una máscara donde solo tenía cabida la sorpresa.

“—Ama, no sé de qué me estáis hablando, no me he movido de vuestro lado desde que os quedasteis dormida, no hemos salido a ningún sitio. Mirad, todavía está preparado el vestido que debíais lucir ayer noche en la fiesta.

“Ella quedó estupefacta, durante unos segundos su cabeza era un laberinto sin salida. Un sueño, dijo para sí, todo ha sido un sueño.

“En aquel momento entró su hermana con gran algazara:

“—Vamos despierta, tu esposo acaba de llegar, debes honorarlo. Ha hecho un largo camino y dice estar lleno de buenas y asombrosas noticias.

“Judith, cuando el ama salió del cuarto, aprovechó para sacar del escondite donde la había guardado, la bolsa con treinta siclos de plata que la responsable de las vírgenes del Templo había depositado entre sus manos como agradecimiento al enorme favor realizado por ella. Aunque se negó en un principio, pues sentía un gran cariño por su ama, sumarse al plan trazado lo sintió como un privilegio y acabó accediendo ante la insistencia de la mujer, que también le hizo jurar el más absoluto de los secretos sobre todo cuanto se había llevado a cabo.

Barcelona — 27 de Mayo de 2002 — 21 horas 30 minutos

No esperaban a nadie.

Julia Cruells y su hijo estaban cenando enzarzados en una discusión que no por antigua y debatida suscitaba menos polémica.

Haber crecido como hijo de madre soltera le había resultado a Javier incómodo, sobre todo por la cantidad de explicaciones que se había sentido obligado a dar, y la cantidad de historias que había tenido que inventarse. También lo había vivido en soledad. Era hijo único y solo había un niño en casa con el que poder jugar la mayor parte del tiempo, el que se reflejaba en el espejo del armario.

Siempre que se adentraban en ese tema, Julia lo vanalizaba con cierto refinado cinismo al decir:

—¡Ya ha salido el padre!

—Sí, mamá, y continuará saliendo, te lo he dicho mil veces ¡ya soy mayor! más que mayor, ¡"mayorcísimo" de edad! estoy a punto de cumplir veinticinco ¿te parece poco? y creo que mi paciencia roza los límites del "aguante máximo". Si hubiera un Nóbel de la paciencia ya me habrían nominado cientos de veces.

—Imposible, el Nóbel es un premio anual.

—Ya empezamos a ponerle humor al asunto y a no tomarlo en serio. Escucha, no quiero nombres, al menos de momento, pero la historia ¿Qué te cuesta explicarme la historia? Hace más de veinticinco años que pasó, no me trago que todavía estés traumada. Así que al menos te exijo que me digas por qué no quieres explicármelo.

Realmente su hijo tenía razón, pensó Julia. Al final todo aquello se estaba convirtiendo en un juego de poder, un juego peligroso que

la estaba alejando de la persona más importante en su vida ¿De qué tenía miedo? ¿De que se fuera a México en busca de su padre? Se iría de todos modos a iniciar su vida, ya era "mayorcísimo" de edad, como bien había dicho. Estaba trabajando en sus horas libres desde hacía más de tres años para conseguir dinero e irse a Cuba, a la prestigiosa escuela de cine a la que soñaba asistir desde que empezó la carrera.

—Está bien, Javier —abordó el problema su madre con mal disimulada seriedad—. Mi resistencia ha encontrado su límite. A la pregunta que me exiges, te contestaré que miedo. Un miedo atroz y egoísta que me paraliza cada vez que se plantea la posibilidad de que te alejes de mi lado. Desde que naciste has sido solo mío, he luchado por ti y por mí hasta el agotamiento, una parte de mí ser se niega a compartirte, y está en constante lucha con la parte que razona, que entiende que tú, eres ante todo tú. Pero casi siempre gana la otra, la inconsciente, la atávica, la que te está negando la libertad en estos momentos.

—Mamá yo…

—¡No, no, espera! —siguió Julia esforzándose por parar el llanto que se le arremolinaba junto a los ojos—. Supongo que ha sido la muerte de tu abuela lo que está haciendo que me sincere contigo, que me obligue a abrir alguna de las ventanas de mi mundo cerrado. Ha ocurrido tan de improviso que no me ha permitido decirle lo agradecida y lo orgullosa que estaba de ser su hija, y no quiero que eso me ocurra contigo. Tienes razón, ya va siendo hora de que conozcas la historia. Pero no hoy, no esta noche. Aún no puedo, necesito volver a contármela primero. Hace mucho tiempo…

—No, mamá por favor, tranquila. Ya está, no te preocupes — Javier se levantó de la silla dispuesto a llegar junto a su madre, pero esta abortó su movimiento.

—Estoy bien, estoy bien, si alguien le dijera a tu abuela lo que me está afectando su muerte, la sorpresa no la dejaría reaccionar.

—¡Qué bruta eres mamá! No lo creo, hay algo que pareces olvidar, la abuela era tu madre ¿dejaría de conocerte?

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Julia fue a abrir y se encontró frente a Juan, el inspector de policía que una semana antes le había presentado su amigo Manel. Junto a él, un hombre mayor, cercano a los sesenta, con una gabardina que había

conocido tiempos mejores y una camisa blanca sin planchar, se movía creando pequeños semicírculos como si siguiera el ritmo de una melodía que solo él podía oír.

—Hola Julia, buenas noches. Manel me ha dado tu dirección, espero que no te moleste —y señalando a su izquierda— el subinspector Eleuterio Matas, mi compañero. Es una visita oficial.

Se quedó suspendida de la última frase.

—¿Oficial?

—¿Pasa algo mamá? —en aquel momento llegó Javier hasta la puerta. Juan se lo quedó mirando.

—Es mi hijo Javier —le respondió a la pregunta intuida.

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro, perdona. ¿Querréis café? —Les dijo Julia mientras los acompañaba hasta el comedor— Estábamos acabando de cenar. Tengo también whisky y coñac si os apetece. No me chivaré.

Una sonrisa apareció en los labios de Juan, el subinspector Matas se mostraba impávido. Javier parecía estudiarlo y tomar apuntes mentales sobre cómo presentar un policía en una escena de interrogatorios.

—Como estoy seguro de ello —admitió el inspector con cierta ironía—, a mi me apetece un whisky con hielo y Matas no creo que te desprecie una cerveza fría ¿Verdad Matas?

—No, gracias, inspector, prefiero agua, si puede ser, helada.

—Puede ser —contestó Julia y dirigiéndose a su hijo le pidió—. Javier, acerca la botella de agua del frigorífico y llena la cubitera hasta los topes.

Cuando todos estuvieron servidos y ocuparon los asientos alrededor de la mesa, mas que una visita oficial, parecía el final de una cena de amigos a punto de empezar la sobremesa.

—¿Has vuelto a ver a Valeriano Scacs estos últimos días? —Empezó Juan dirigiéndose a Julia.

—¡No!

—¿Estás segura? ¿Ni en la calle, o merodeando cerca de tu puerta?

—¡No! Estoy segura

—¿Y tú, Javier?

Julia no le dejó contestar

—Él tampoco ha visto nada ¿Me estás queriendo decir que es un

hombre peligroso? Porque si es así necesitaré protección.

—No. Bueno…no sé si es peligroso o no. Lo que sí sé, es que esta mañana lo ha encontrado muerto la camarera encargada de la limpieza. Asesinado, mientras dormía en la habitación del Hotel Claris donde se hospedaba desde hacía casi dos semanas.

Aunque el cuerpo quedó inmóvil, los ojos de Julia reflejaron la sorpresa. Javier fue mucho más expresivo.

—¡Qué pasada! ¿Cómo lo han matado?

—No seas morboso Javier —reaccionó su madre.

—No soy morboso mamá, ayer lo estaba comentando, necesito experiencias. Toda mi información proviene de películas, libros, y ahora, de pronto, conozco a un hombre al que asesinan poco después. Me sabe mal, y lo siento por él, pero me parece alucinante.

Mientras escuchaba a su hijo, una sombra de inquietud se revolvía sigilosa en el estómago y subía hasta la garganta causándole un acceso de tos que no pudo controlar.

—¿Estás bien, mamá? —le palmeó la espalda Javier—. Bebe un poco de agua, te refrescará —añadió mientras le llenaba el vaso.

Cuando el líquido calmó la tos, Julia pudo verbalizar sus miedos. Todo había encajado de repente, sobre todo la palabra oficial.

—Juan, al llegar me has dicho que tu visita era oficial, y luego me hablas de asesinato. Quiero dejarte algo muy claro desde este mismo momento. Valeriano Scacs llamó a la puerta de mi casa hace una semana, ni mi hijo ni yo tenemos la más remota idea de quién pueda ser esa persona. Le abrimos la puerta y nos reclamó un paquete. Le contesté que no lo tenía y cerré la puerta. Ahí se acabó todo. Bueno… en realidad no, tú fuiste testigo del numerito posterior.

—Vamos a calmarnos —intentó tranquilizar los ánimos el inspector Torralba—. Solo queremos que vengáis mañana a la comisaría para que nos facilitéis un informe detallado de todo cuanto os dijo Valeriano Scacs.

Matas afirmó con la cabeza pero sin emitir ningún sonido. Después deslizó una mirada hacia su jefe que Javier interceptó. Hace mucho tiempo que están juntos, se dijo a sí mismo, se las saben todas.

—¿Somos sospechosos? —preguntó a bocajarro.

Fue su madre quien contestó mientras se levantaba de la silla.

—Esto no es una película Javier —y dirigiéndose a los dos policías—: Indicad la hora y mi hijo y yo estaremos allí, me imagino que oficialmente no hay más cuestiones que debatir, se ha hecho un poco tarde.

El subinspector Matas se levantó, y con gestos precisos, dejó la silla debidamente colocada bajo la mesa.

Juan permaneció sentado.

—Vamos a quedar mañana a las diez, y ahora, déjame despejar un poco el ambiente hostil que se ha instalado en esta habitación, repitiendo lo que te dije hace un momento y pidiéndote disculpas si nuestro comportamiento o nuestras palabras te han hecho pensar otra cosa. Solo queremos que vengáis mañana a la comisaría para que nos facilitéis un informe detallado de todo cuanto os dijo Valeriano Scacs.

Cuando acabó de hablar se puso en pie.

Javier observó la mirada que Juan Torralba dirigía a su madre, intuyendo en ella el principio de posesión del hombre que ya ha elegido, cuando, aunque solo sea en su interior, es consciente de que ha empezado la ofensiva de la seducción.

Mientras Julia lo acompañaba hasta la puerta le comentó:

—Me quedaré un rato en el bar del Manel, si te apetece bajar te invito a un café, extraoficialmente claro.

Julia sonrió.

El subinspector Matas permaneció en silencio, pero las pupilas se le movieron hacia arriba y un suave suspiro emergió de la boca, como si acabara de darse cuenta de que el día había sido muy duro y todo el cansancio se hiciera evidente en aquel instante.

Al quedarse solos, madre e hijo se miraron con expresión de no dar crédito a lo que acababa de suceder en su comedor.

—No me lo puedo creer mamá, es alucinante ¡Qué pareja! ¿Desde cuándo conoces tú a un policía?

—Fue Manel, me lo presentó en el bar el día que entraron en casa. Me vio tan preocupada que supuso que Juan me animaría. Estuvimos hablando mucho rato, es agradable. Pero hasta esta entrada triunfal de hoy no lo había vuelto a ver.

Mientras iba recogiendo la mesa, Julia empezó a arreglarse el pelo y a cepillarse de la falda, con las manos, unas migas de pan

inexistentes.

Javier se había ido a su habitación.

Cuando todo estuvo en orden se acercó al cuarto de su hijo, abrió la puerta lo suficiente para asomar la cabeza, y le dijo a modo de despedida:

—No me esperes despierto, me voy al bar del Manel, necesito un poco de aire.

Javier no supo en aquellos momentos, si lo que le molestaba más era la familiaridad con que el inspector Juan Torralba había tratado a su madre, o que ella hubiera bajado la guardia. Que contrariamente a lo que estaba acostumbrado a ver, no hubiera puesto los límites desde el principio, de forma muy clara. No había duda de que su abuela, al marcharse, había dejado muchos huecos que necesitaban ser llenados.

Barcelona — 28 de Mayo de 2002 — 11 horas 45 minutos

La comisaría central de la Vía Laietana no había cambiado tanto, se estaba diciendo a sí misma Julia. Llevaba más de una hora sentada junto a su hijo en un extraño banco de madera que más parecía corresponder a una iglesia que a una jefatura de policía.

Las paredes se notaban pintadas recientemente y en las mesas se acomodaban diversos modelos de ordenador, pero ni eso podía menguar la sensación de senectud. Una imagen llenó su cerebro y comparó aquel viejo edificio con seres humanos decrépitos, translúcidos, cuya piel ha alcanzado la transparencia del desgaste y una luz interior exhibe, de forma obscena, no solo su carne sino también sus deseos más íntimos.

Se estremeció.

Su hijo la miró y por unos momentos temió que pudiera ver sus pensamientos, pero Javier sonriendo le dijo:

—¡Vaya cara pones, mamá! Solo venimos a declarar ¡Tranquila!

—¿Tranquila? ¡Menudo mal rollo llevo encima! Ya sé que hace más de treinta años, pero tengo la impresión de que en cualquier momento empezaré a oír los mismos gritos de angustia que entonces.

—¡Pues sí que te dejaron “impresionada”! —inició una sonrisa Javier

—Sí, hijo, sí, ¡me dejaron “impresionada”!

En aquel momento apareció el inspector Juan Torralba con una carpeta en la mano y los invitó a acompañarlo. Sin saber por qué, su presencia la tranquilizó de igual forma que lo hizo la noche que se conocieron. Estuvieron hablando más de dos horas y le dolió que

al despedirse no le pidiera una cita. Estuvo a punto de hacerlo ella. Hacía tiempo que no se cruzaba en su camino un hombre que la hiciera reír con una conversación inteligente, con buen tono irónico. Pero acabó pensando que cualquier otro día podía encontrárselo en el bar de su amigo. Sonrió para sus adentros al confirmar una de sus creencias, que finalmente el destino, hagas lo que hagas, te da lo que debe serte dado.

Entraron en una sala con escasos fluorescentes, donde ya se encontraba el subinspector Matas. Una enorme mesa de reuniones ocupaba la mayor parte del espacio y los recién llegados se sentaron en uno de los extremos. Juan comenzó el interrogatorio dejando frente a ellos un pequeño aparato grabador sobre el que se posaron los ojos de Julia y Javier. El inspector apretó el botón que encendía el pequeño piloto situado al otro extremo. Aquella luz roja se les antojó a ambos una metáfora de su situación, y como en un ballet cien veces ensayado, tragaron saliva al mismo tiempo.

—No os dejéis impresionar por todo esto, es pura rutina…

—A mi me dejasteis impresionada hace treinta años —interrumpió Julia— y no veo que hayáis perdido facultades.

—Solo pretendo conocer exactamente lo que dijo Valeriano Scacs hace una semana —siguió hablando el inspector Torralba, acompañando las palabras de una media sonrisa—. Si quisiera socavar tu moral, estarías en las mazmorras del sótano ¿Empezamos?

Julia sonrió.

—Era mediodía, no recuerdo exactamente la hora —respondió Javier adelantándose a su madre. Tenía prisa, había quedado con su novia, Tesa, y el tiempo empezaba a inquietarle—. Cuando le abrí la puerta me pareció una persona extraña…

Perdona Javier —le interrumpió Juan—, te importaría decir la fecha y tu nombre completo antes de seguir.

Veintiocho de mayo de dos mil dos, me llamo Javier Cruells Adell. —Ante la mirada perpleja del inspector siguió diciendo—: Sí, tengo los mismos apellidos que mi madre y creo que el motivo es obvio, así que seguiré relatando lo sucedido.

Durante una hora estuvieron madre e hijo hablando, interrumpiéndose, rectificando, hasta que por fin la escena quedó perfectamente detallada ante los ojos de los dos policías.

Juan Torralba desconectó el aparato grabador, y echó el cuerpo hacia atrás hasta reposarlo sobre el respaldo de la silla buscando relajar la columna. Mientras, con los dedos, daba vueltas a un bolígrafo azul.

Durante un minuto todos permanecieron en silencio.

Finalmente, el inspector apoyó los codos sobre la mesa y empezó a hablar como si intentara aclararse a sí mismo lo sucedido.

—Veamos, si he entendido bien el señor Scacs entró en vuestra casa buscando un diario de tapas rojas del que, según vuestro testimonio, no habíais tenido noticias hasta entonces y del que desconocéis el paradero. También os aseguró que conocía a Lucía Adell y que había tenido una conversación con ella en la que acordaron que le entregaría el citado diario.

—No sé si es exactamente así —lo interrumpió Julia—. Mientras te oía hablar he pensado que en realidad el hecho de que mi madre quisiera entregarle el diario, es algo que nos dijo él, y lo hizo después de conocer su muerte. Con la seguridad de que si no era cierto, mi madre ya no podía desmentirlo.

—En realidad desconocemos si finalmente consiguió llevarse el diario de casa de su madre —se sumó a la conversación el subinspector Matas—. Si ustedes no sabían que lo tenían, no podían echarlo en falta la noche que entró en su domicilio. Hay tres posibilidades: Podía no haberlo encontrado, podía haberlo hallado casualmente, o su madre le mostró el lugar donde lo tenía durante la entrevista que sostuvieron, pero él no se atrevió a pedírselo a usted al ver su reacción. Y si estaba en poder de Valeriano Scacs el diario de tapas rojas, su asesinato cobra más sentido. Uno no viene desde México a buscar un diario si lo que hay en él no es importante o contiene información que permite acceder a objeto u objetos de gran valor.

Julia pensó que definitivamente aquel hombre no le caía bien, las insinuaciones que acababa de verter en torno a su madre y a ella misma la habían disgustado. ¿Qué había querido decir con “al ver su reacción”? ¿Pretendía que lo dejara pasar, le diera café y le dijera “mire señor desconocido, si viene mañana por la noche no encontrará a nadie y podrá robarnos con toda tranquilidad, ya le dejaré la puerta abierta”! ¡Menudo gilipollas!

—Como teoría y móvil no está mal —intervino Juan Torralba—.

Pero tanto Lucía Adell como Valeriano Scacs están muertos, así que es difícil aclarar dónde se encuentra en estos momentos el diario.

—No creo que Scacs se llevara el diario —aseguró Julia—. Nuestra casa estaba demasiado patas arriba, si hubiera sabido dónde buscar no nos habríamos enterado de su presencia.

—O al contrario —insistió Matas—. Pudo fingir que era un robo para que no lo relacionaran con él.

—¡Vamos a organizarnos! —interrumpió el inspector—. Nosotros buscaremos de nuevo en la habitación del hotel, desmontando hasta el último tornillo si es necesario y vosotros haréis lo mismo en vuestra casa y a ver si hay suerte.

Se levantaron todos dispuestos a salir, y mientras atravesaban el pasillo, Julia se volvió hacia Juan Torralba y le preguntó:

—¿Qué habéis averiguado de Scacs? ¿Por qué estaba en un hotel? ¿Es que no vivía aquí?

—No hace ni un día que hemos empezado las investigaciones. Su pasaporte es español, pero está extendido en México y la dirección que consta en él corresponde a México D.F. Suponemos que llegó en avión, pero no sabemos si por trabajo o por placer. Hemos dado aviso al control de aduana del aeropuerto, para que nos informe de la fecha exacta que entró en nuestro país. Aunque conocemos el día de llegada al Hotel Claris nunca se sabe, es mejor cerciorarse. Te agradezco que no hayas protestado al pedirte que busques el famoso diario y te doy las gracias de antemano por todas las molestias que te va a causar. Creo sinceramente que puede ser clave para descifrar este misterio, sino no te lo hubiera pedido ¿Qué vais a hacer ahora? —Preguntó Juan cambiando por completo el registro de la voz.

—Yo marcharme —dijo Javier—. He quedado para comer con Tesa, ya tendría que estar allí —y volviéndose hacia su madre—: Llegaré tarde.

—Define tarde.

—¡Mamá! tarde son la una o las dos de la mañana, o las tres, ahora mismo no lo sé. No me esperes —Y sonriendo irónicamente añadió—: Necesito tomar el aire.

Su madre le arreó un pescozón cariñoso en el hombro. Se alejó con un escueto:

—¡Hasta luego, inspector!

El silencio se instaló entre Juan Torralba y Julia Cruells durante

unos segundos.

—Perdona si mi pregunta te molesta —empezó a hablar el inspector—. Me ha parecido intuir que…

Julia no le dejó acabar.

—Soy madre soltera, supongo que es a eso a lo que te refieres —aclaró con el tono monocorde de quien ha repetido la respuesta hasta la saciedad consiguiendo, con la ayuda del tiempo, que la pregunta no traspase los límites de la piel.

—Debe haber sido duro —dijo Juan incómodo, a modo de disculpa— hace veinticinco años no era algo aceptado con normalidad.

—Hace veinticinco años solo recibí hostilidad de mi entorno. Pero tampoco ha sido tan terrible. He tenido a mi madre siempre, también a mi padre aunque tardara en reaccionar. Quizá el primer año es el más duro, porque aún tienes el odio enquistado en el cuerpo y de repente te das cuenta que los ojos de tu hijo son igual que los de su padre.

—¿Me permites que te invite a comer? —dio un giro de ciento ochenta grados a la conversación Juan Torralba—. He descubierto un restaurante especial y estoy deseando compartirlo con alguien.

—¿Está cerca?

—En la calle Lledó.

—¿En el número uno?

—Pues no sé, pero sí, está al principio.

Julia se puso a reír, desbloqueando los nervios que le habían mantenido en tensión la columna vertebral y los músculos, durante toda la mañana.

—¡El Café de la Academia!

—¡Si! —dijo Juan sin disimular su desconcierto

—¡De acuerdo! Pero si tomamos el menú y nos sentamos en la barra.

—¡Vaya, me has dejado sin palabras! Qué casualidad que lo conozcas. Mi intención era sorprenderte.

—Pues sí, no solo lo conozco, es uno de mis restaurantes favoritos, diría que es el restaurante familiar, mi hijo y yo siempre acabamos allí cuando decidimos salir a cenar.

—Julia… creo que éste es el inicio de una gran amistad.

Su cara le regaló una sonrisa. La frase era tópica, pero aquí tenía

su segunda cita.

Caminaron en silencio atravesando el barrio gótico en dirección a la calle Lledó. El barrio es viejo, y eso lo sientes en la piel en el mismo momento que atraviesas los límites, tiene memoria, el poso de cuanto allí ha dibujado el tiempo, sin desechar una línea, sin borrar un momento.

Eso le gusta a Julia y sabe disfrutarlo.

—No has dicho una palabra —interrumpió sus pensamientos Juan.

—Es verdad, lo siento —sonrió—. Por más que deambule por mi barrio, a pesar de la cantidad de turistas que cada vez lo infectan más, como un virus insaciable que pretendiera fagocitarlo, la sensación de bienestar siempre penetra en mí. Es como si…espero que no te rías, es como si las almas de todos los que han vivido aquí, por el solo hecho de ser uno de ellos, me acunaran, me protegieran, es algo corporativo. Mi barrio tiene más de dos mil años Juan, las piedras transpiran historias, cualquiera que imagines ha sucedido dentro de sus límites. Nada es nuevo y eso me da sosiego.

Siguieron andando en silencio hasta llegar al Café de la Academia.

Barcelona — 28 de Mayo de 2002 — 13 horas 15 minutos

Javier se alejó sin volver la vista hacia Juan Torralba y su madre, que ya se alejaban en dirección mar. Se sentía inquieto, la presencia del inspector le incomodaba porque lo obligaba a mirarla de forma distinta. Se sentía mezquino y egoísta, aunque su experiencia de vida fuera corta, negarle a su madre el derecho de sentirse mujer estaba fuera de lugar y él lo sabía, pero los sentimientos no siempre responden a la razón, son instintivos y nos sumergen en un mundo que no dominamos, nadie nos ha enseñado a gestionarlos y muy pocas veces podemos sustraernos a ellos.

Intentó quitarse el mal cuerpo, pensando dónde podían ir a comer Tesa y él.

Los últimos metros los recorrió con paso apresurado, pasaban cinco minutos de la hora prevista y sabía lo fóbica que era ella con la puntualidad. Cuando llegó al punto de reunión se sorprendió al no verla, y enseguida pensó si no se habría equivocado de hora o de lugar. Estaba marcando el número en el móvil cuando la vio aparecer corriendo desde la esquina.

Toda ella sonreía, los labios, los gestos, el vuelo de la falda y los cabellos brillando bajo el sol de mediodía. Los labios se unieron en un suave roce décimas de segundo, pero eso bastó para que Javier borrara de su cuerpo cualquier resto de malestar.

—Perdona Javi, pero mi jefa me ha dejado sola y he tenido que cerrar la tienda.

—No te preocupes yo también acabo de llegar, hoy me ha pasado de todo, las chispas deben salir por mis poros como fuegos artificiales

Tesa sonrió, Javier la acercó hacia él pasándole el brazo izquierdo alrededor de los hombros y cuando la sintió junto a sí le besó el pelo, ella levantó los ojos y el siguiente rozó los labios más cerca de la ternura que del deseo.

Mientras caminaban hacia un pequeño restaurante situado a dos manzanas de donde se encontraban, Tesa le regaló la pregunta con la que Javier podía desahogarse:

—¿Cómo está tu madre Javier? Ayer me dijo que no había podido dormir. Y tú ¿estás bien?

—No sé, estoy raro. Ya sé que ha pasado más de una semana pero mi abuela era mucha mujer y el hueco que ha dejado en nosotros parece que no tenga fondo.

Pero lo que llevo peor es no haber podido despedirme de ella. Ayer, mi madre, me dijo lo mismo durante la cena.

—Pero piensa que para tu abuela fue la mejor muerte. Se fue sin apenas darse cuenta.

—Todo eso lo sé y me lo he repetido cantidad de veces. ¡Pero es una mierda! Estaba fuerte, llena de vida, tú lo sabes.

—Menudo repaso me dio el día que me presentaste. Desde luego era todo un carácter.

—Pero la que está desconocida es mi madre.

—¿Tu madre?

—Hace una semana el Manel le presenta a un amigo, y ayer noche, la segunda vez que se veían, la trata como si se conocieran de toda la vida.

—¡Hombre Javi! Está en un momento delicado, se ha quedado sola…

—¿Qué historia es esa de, se ha quedado sola? ¿Es que yo no existo? ¿Soy invisible?

—Tú eres su hijo, y sigues estando ahí, pero ha perdido el pilar donde se apoyaba, dale tiempo.

—Si le doy tiempo, ese tío, el Juan Torralba, se instala en nuestras vidas.

—Pues no sé, habla con ella…siempre habéis tenido buen rollo.

—Es igual, Tesa, tienes razón, supongo que el tiempo lo volverá a poner todo en su sitio.

Tesa pensó que seguramente el sitio al que se refería Javier no sería el mismo que deseaba su madre, pero no era el momento ni el

lugar para discutirlo. Habían llegado al restaurante y se sentaron en el interior donde podían disfrutar de aire acondicionado. El menú constaba de seis platos, dos primeros dos segundos y dos postres. Tesa escogió gazpacho, lomo a la jardinera y yogurt mientras que Javier optó por la ensalada de judías, costilla de cerdo a la plancha y un plátano.

Mientras comían, Javier empezó a relatarle toda la odisea del asesinato de Valeriano Scacs. Tesa mantuvo la cara de asombro casi todo el rato. Al final solo supo exclamar:

—¡Qué fuerte! Así que el Juan Torralba del que me hablabas es el inspector de homicidios que está llevando el caso.

—Así es.

—¡Qué pasada! ¿Y se interesa por tu madre?

—Seguro.

—Oye ¡no está mal! Un inspector de policía debe ser una persona muy interesante, lleno de historias, de anécdotas que contar.

—También puede ser un cabrón.

—¡Jo, Javi! Tu madre puede tener la guardia baja, pero no es idiota.

—No me hagas caso, estoy un poco rayado.

—Te has quedado sin tu abuela y ahora tienes miedo de quedarte sin tu madre ¿No es eso?

—Seguramente, no te diría que no, me siento intranquilo, desasosegado, no solo estoy raro.

—Date tiempo. —Y cambiando el rumbo de la conversación le preguntó—: ¿Al final que has decidido? ¿Te presentas a los exámenes de la escuela de cine cubana?

—La verdad es que me lo estoy pensando, aún me falta algo de dinero y no me atrevo a pedírselo a mi madre.

—¿Por qué no?

—¡Joder, Tesa! No le voy a decir ¿Mamá me das mil euros para irme a Cuba y dejarte aquí sola?

—Que perra has cogido con la soledad. Yo estoy sola aquí, mi madre está sola en Taüll y no pasa nada. Ella tiene su vida y yo estoy intentando tener la mía. Nos llamamos entre semana y una vez al mes me subo hasta el pueblo para estar el fin de semana con ella. No veo la tragedia por ningún lado.

—Cuba está al otro lado del Atlántico.

—¿Y?

—No sé, Tesa, todo el mundo no es igual.

Javier hizo un gesto con el brazo destinado al camarero, que se acercó al momento. Pidió la nota, y al quedarse solos, cogió las manos de Tesa acariciándolas mansamente.

—¿Tienes que abrir también la tienda?

—No, puedo llegar a las cuatro y media.

—¿Te importa que vayamos a tomar el café a otro sitio? El que hacen aquí es infecto.

A Tesa no le importaba, entre otras cosas porque no le apetecía tomar café, así que en cuanto pagaron la cuenta, se levantaron y salieron al exterior.

BARCINO

Kalendas Julio. Año 36 d.C.

Calíopo volvía a estar sediento. Flavio que como buen anfitrión no solo estaba atento al relato, se dio cuenta y procedió a detener la narración.

—Perdonad que interrumpa esta apasionante historia, pero el calor de la noche me parece asfixiante, no corre ni una brizna de aire y la jarra de Calíopo está vacía. Te ruego que reposes unos minutos mientras ordeno que traigan para todos agua aromatizada con limón, los demás también necesitamos refrescarnos.

—No puedo decir que tu inciso me moleste, al contrario, agradezco tu generosa preocupación porque ni yo mismo me había dado cuenta de hasta qué punto mi boca se asemeja a las arenas del desierto.

Durante unos minutos todos relajaron su atención, comentando de forma distendida lo que habían oído hasta el momento, y fue Crísipo quien hizo notar que nadie había reclamado empezar a jugar al ludus mientras escuchaban el relato de su sobrino.

La mayoría sonrió, confirmando aquel hecho desacostumbrado.

Después de un tiempo prudencial Flavio rogó a Calíopo que continuase su relato.

—A la hija que nació de Ana —comenzó a narrar—, le pusieron el nombre de María y tal como prometiera Joaquín, cuando cumplió la edad requerida, fue entregada al templo que se ocupó de su educación junto a las demás vírgenes. Es costumbre en las principales familias judías, llevar a sus hijas al templo donde las cuidan y las instruyen responsabilizándose también de su virginidad

y de elegir con gran rigor al hombre con el que serán desposadas. Con ello se aseguran un matrimonio ventajoso.

"Saltaremos diez años en nuestra historia hasta el momento en que Simón, el sumo sacerdote, decide quien deberá ser el esposo de María, pues aunque varias de las mejores familias han empezado a interesarse por ella, él tiene otros planes y ya hace tiempo que viene trabajando en ellos. En esos momentos, el rey que regenta al pueblo judío es un rey árabe de la dinastía herodiana impuesta por Roma, Herodes El Grande, un hombre despiadado, amante del poder y capaz de cualquier desmán si se siente amenazado. Lo contrario a este perfil es su hijo mayor, Antípater, un hombre ilustrado, generoso, carente de maldad y escrupuloso en el cumplimento de la ley. En él había puesto los ojos Simón para desposar a María, su jugada era realmente inteligente.

"Si conseguía unir a la legítima heredera del rey David con Antípater, lograría, por una parte, el respaldo del pueblo judío al ver de nuevo el linaje de David en el poder, y por la otra, el gobernador romano se sentiría más tranquilo viendo que por fin aceptaban de buen grado a un rey, que no solo había sido educado en Roma sino que también le era fiel.

"Pero necesitaba ser muy sutil, conseguir interesar a Antípater sin que se enterara su padre, porque si ello acontecía, su vida peligraba de veras. Simón estaba al corriente, por las largas conversaciones que había mantenido con él, que no se sentía digno de ocupar el trono de Israel porque su estirpe no era judía. Decidió entonces que ese sería el resquicio por donde introduciría sus argumentos hasta convencerlo de los beneficios de desposar a María.

"Y así, una tarde, en la que sostuvieron su acostumbrada plática, Simón le explicó todo cuanto hacía referencia a la joven virgen, dejando para el final el hecho más importante.

"—Te proporcionará la legitimidad que tanto deseas, y al morir tu padre, podrás subir al trono con todo el derecho que te otorgará tu nuevo linaje. Pero esto debe hacerse en el más absoluto de los secretos —le aconsejó—, porque si tu padre llegase a saber que te has casado con la heredera del trono de David, supondrá que estás conspirando para conseguir el poder y te matará.

"Antípater se enfureció con el sumo sacerdote, pues creía de

buena fe que su padre nunca cometería tamaña barbaridad. Simón se disculpó y le rogó encarecidamente que en ningún momento le confiase la conversación que habían mantenido, porque si lo hacía, quien corría peligro con toda seguridad era él. Antípater se alejó sin responder y el sumo sacerdote rezó a su Dios en demanda de ayuda, pues había cometido un grave error y las consecuencias podían ser mortales.

"Pero Simón de Alejandría no se equivocaba, la semilla que había plantado en el alma del hijo de Herodes, crecía con más rapidez de la que él pudiera sospechar. Los días que siguieron a esta conversación, los utilizó Antípater para informarse y ratificar todo cuanto le había contado. Una vez estuvo seguro, se dirigió al Templo de Jerusalén para conocer a la hermosa joven de quince años que vivía bajo su protección.

"Cuando Simón se enteró de la visita de Antípater en calidad de pretendiente, una sonrisa asomó a su rostro. El joven príncipe se había decidido a seguir sus indicaciones. Surgió de su memoria el recuerdo del momento en el que Joaquín y Ana entregaron a María al Templo, el padre orgulloso, feliz al saberse merecedor de un privilegio que pocos conseguían, la madre, con los ojos enrojecidos y las manos engarfiadas en la niña de cinco años que se abrazaba a sus pies con desesperación, y recordó la infinita ternura de Raquel, y cómo supo hablar con María hasta conseguir que confiara en ella plenamente y la acompañara hasta las dependencias que serían su hogar a partir de ese momento. Ahora, aquella tierna niña, se había convertido en una adolescente—mujer. El óvalo del rostro enmarcaba una hermosura serena, y un brillo fulgente envolvía la cabellera azabache. Pero sobre todo, lo que te seducía con solo mirarla, era la gran bondad, la inocencia, la pureza que albergaba su corazón y que se reflejaba en los ojos, donde dos gotas de miel de romero se habían posado en las pupilas, tal era la transparencia y el color del iris. Había enamorado a tres pretendientes que fueron rechazados inmediatamente por Simón. Estaba convencido de que el amor nacería en el corazón de Antípater cuando le fuera presentada, y ese pensamiento le llenó de ternura, porque sentía verdadero afecto por la hija de Joaquín y Ana.

—Bueno… es un suponer —rió Licinius

—¿Qué es un suponer? —interpeló Iulius.

—¿Qué va a ser? Ya sabéis, que Joaquín sea el padre —y volvió a reír mientras se llevaba a los labios la copa de vino.

—¿Qué importancia tendrá eso ahora? —terció Caio Salvio- ¡Valiente estupidez!

—¿Por qué tienes que llamarme estúpido? Tiene la importancia que yo quiera darle ¿porque esté aquí el sobrino de Crísipo y sea sacerdote tenemos que censurar nuestras interpretaciones? Joaquín es lo que es, aquí y en Palestina —se molestó Licinius.

—Queridos amigos, es una historia y cada uno tendrá su interpretación de la misma. Yo matizaría tu afirmación. Ni Ana ni Joaquín conocen lo que tú sí sabes, y si no lo conocen no existe para ellos —intervino Flavio.

—Para mí sí. Pero no interrumpamos más la narración por esta tontería. Os ruego que me disculpéis ¡Sigue Calíopo! —finalizó la diatriba Licinius.

Barcelona — 29 de Mayo de 2002 — 16 horas 30 minutos

El subinspector Matas se paseaba inquieto frente al despacho de Juan Torralba. No le gustaba en absoluto la familiaridad con que su jefe trataba a aquella mujer. Estaba involucrada en el caso pero él ya la había descartado como posible culpable, a ella y a su hijo. ¡Cómo si tuvieran montones de aspirantes! Pero irse a comer en plena investigación, eso ya le parecía totalmente fuera de lugar. Cuando se aclararan los hechos, podía hacer lo que quisiera, pero hasta entonces le parecía una falta grave y se veía en la obligación de decírselo. No estaba el horno para bollos. Si Jiménez y Ajenjo lo descubrían, el inspector podía tener serios problemas, y de rebote, él, a pringar. Solo le quedaban cinco meses para jubilarse y no iba a consentir ningún tropiezo.

Eleuterio Matas se sobresaltó cuando el inspector Torralba apareció de pronto tras él y le dio una palmada en la espalda. Después se situó frente al subinspector y con cierta ironía en la voz, le preguntó:

—Vaya pinta de conspirador que tiene con todas esas vueltas que da alrededor de mi puerta. Le estoy viendo desde que enfilé el pasillo y no paro de preguntarme con qué me va a salir.

—Mire jefe, que yo sé que es joven y que está usted solo, pero... ¿Hacía falta llevársela a comer?

—Vamos, Matas, entra —dijo el inspector mientras lo arrastraba agarrado por el brazo hasta su despacho— no me apetece discutir en el pasillo.

La luz que entraba por la ventana iluminaba en aquellos momentos una solitaria planta obsesionada por sobrevivir en aquel

ambiente hostil, y dos estanterías llenas de archivadores donde el polvo se acumulaba sin ningún respeto por la alergia de Juan Torralba. Bajo la ventana, sobre el radiador que nunca habían visto funcionar, también se amontonaban carpetas y archivadores, como si esos fueran los únicos elementos permitidos en la decoración del despacho. El único lujo consistía en dos sillas ergonómicas, de aspecto cómodo, que el inspector y el subinspector se apresuraron a ocupar.

—A ver, Matas, qué me está diciendo exactamente.

—Si empieza perdonándome la vida vamos mal.

—¡Vaya! Parece que es más grave de lo que pensaba.

—¿Grave? ¿A usted le parece normal invitar a comer a una posible sospechosa? Estamos en medio de una investigación ¿O es que no se ha enterado?

—¡Pues sí que…! ¿Dejaré de haberme enterado? De lo que no sé si se ha enterado usted, "normasmen", es que yo estaba en el lugar de los hechos, por pura casualidad, cuando ocurrió el intento de robo. Hablé con los policías que se habían presentado en la vivienda y con Julia, la, según usted, "posible sospechosa". Tanto ella como su hijo no tenían ni idea de quién podía ser Valeriano Scacs. La víctima había hablado con la madre de Julia hace algo más de una semana, pero … ¿por qué le estoy contando esto? ¿No ha estado presente en la declaración de esta mañana?

—Que sí, que todo eso ya lo sé, jefe, pero… ¿Y si toda esa historia no ha sido más que un invento para conseguir una coartada? Solo tiene su palabra ¿No le parece raro que entraran a robar y no se llevaran nada?

—No se llevaron nada porque buscaban una cosa muy concreta que, supuestamente, no encontraron. Y tal como dijo usted ayer en el interrogatorio, no me extrañaría que la persona que mató a Scacs, estuviera tras la pista de ese mismo objeto ¡Vamos a ver, Matas! ¿Qué hechos necesita para convencerse?

—A eso quería ir a parar. —Sonrió ampliamente el subinspector por creer tener a Juan Torralba justo donde a él le interesaba— Que yo no necesito convencerme ni no convencerme ¡que me da igual! Yo puedo ser objetivo porque no tengo ningún interés. Pero ¿y usted? ¿puede asegurarme que no hay nada, por pequeño que sea, que nuble su visión al posarla sobre Julia Cruells?

—Subinspector Matas —contestó Juan con una mirada gélida que hizo encogerse instintivamente a su compañero—. Mi visión no ha perdido ni un ápice de profesionalidad. Permítame decidir si después de veinte años de oficio sé, sin sombra de duda, que ni Julia ni Javier Cruells, conocían a la víctima.

El silencio paseó inquieto por la sala durante varios segundos hasta que de nuevo Juan se dirigió a su ayudante.

—¡Está bien! Entiendo su intención. Vamos a dejarlo en empate. ¿Qué sabemos del aeropuerto?

—También tenía razón jefe —contestó el subinspector, haciendo surgir en los labios de Juan una sonrisa—. Llegó el mismo día que se inscribió en el Claris. De la embajada de México aún no sabemos nada, pero la telefonista del hotel me ha facilitado tres números de teléfono que estamos investigando.

—¿El informe forense?

—Reclamado

—¿No le parece extraño que no hayamos encontrado ninguna agenda, ni de papel ni electrónica? —aventuró el inspector— ¿Ningún teléfono móvil? ¿Nada que lo vincule con amigos o parientes aquí o en México?

—Es cierto, solo su pasaporte. Es como si nos invitaran a devolverlo a su país y olvidarnos. Desde el primer momento he tenido un pálpito, no me pregunte por qué, pero me da que esto es cosa de profesionales. Demasiado limpio, ni una huella que no pertenezca a la víctima. Solo ese cabello de hombre que no se corresponde con los del cadáver.

—¿Lo están comparando ya con nuestra base de datos de ADN? —Preguntó Juan Torralba.

—Claro, jefe, pero estamos en España — sonrió cínicamente Matas—, y nuestros archivos no son precisamente la hostia. No creo que encontremos nada.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el diálogo.

—Subinspector Matas, tenemos los teléfonos —gorjeó al entrar una muchacha, perfectamente uniformada, que parecía haber dejado la adolescencia atrás no hacía mucho—. El primero corresponde a Lucía Adell, el segundo a Florencio Herralde, uno de los mejores abogados especializados en herencias con bufete en Barcelona. El tercero a la Inmobiliaria Domènech, S.L., pero es de la

centralita, así que no sabemos a quién pudo llamar.

—¿Qué le parece, Matas? yo me quedo con el abogado y usted se encarga de Inmobiliaria Domènech. —Propuso el inspector—. Nos encontramos aquí a las siete. Si tiene que tardar, avíseme, yo tendré el móvil conectado. He quedado con Julia, "la implicada", para cenar, siempre y cuando mi amigo y compañero "normasmen" no lo considere un acto delictivo.

—Si, usted ríase, ríase. Le agradecería que tuviera en cuenta que solo me quedan cinco meses para jubilarme.

—¡Acabáramos! —sonrió el inspector Torralba—. Ahora empiezo a entender en toda su complejidad esta historia. Pero ¿por qué se preocupa? si tiene usted el currículum sin mancha ¡más brillante que el sol!

—Sí, vale, vale. Siga cachondeándose. Nos vemos a las siete.

Barcelona — 29 de Mayo de 2002 — 17 horas 15 minutos

El despacho de Florencio Herralde parecía arrancado del pasado. Los muebles, de caoba maciza, recorrían las paredes en su totalidad. Hasta la puerta por la que entró Juan Torralba quedaba disimulada una vez se cerraba. Las estanterías rebosaban de libros, en su mayoría temas relacionados con su profesión. Una litografía de Miró se hallaba situada tras él, entre dos ventanas que surtían de luz y sombras la habitación. Al levantarse para saludar al inspector, su perímetro invadió el cuadro y Juan pensó que le estaba anunciando en el lenguaje mudo de los cuerpos que no se dejara engañar por el aspecto lóbrego del despacho, que era un escenario, el disfraz adecuado para su trabajo.

—Gracias por recibirme, señor Herralde —le saludó mientras percibía la fuerza con la que el otro hombre le apretaba la mano.

—En absoluto, aunque no se lo crea, es la primera vez que tengo en mi despacho a un inspector de la criminal y siento verdadera curiosidad por conocer cuál de mis clientes genera esta visita.

Es rápido, pensó Juan, acaba de excluirse con total naturalidad.

—La persona sobre la que estamos investigando llamó a este bufete desde su hotel. Lo que no sabemos es si lo hizo como amigo, o porque precisaba sus servicios profesionales.

Dejó de hablar durante unos segundos esperando la pregunta del abogado, pero Florencio Herralde lo miraba sin el menor rastro de inquietud, aguardando a que le fuera facilitada la información completa. No le agobiaban los silencios, sabía utilizarlos igual de bien que el inspector Torralba

—En fin… me gustaría que me dijera si conoce a Valeriano

Scacs y si es cliente suyo.

—Sí, lo conozco. Y sí, es mi cliente.

El inspector sonrió.

—¿Podría decirme que motivo lo llevó a entrevistarse con usted?

—Algo bastante complejo, una historia complicada y antigua. Durante los primeros años de la guerra, le sustrajeron a su abuelo, un tal Faustino Scacs, casi todo cuanto poseía, obligándole a firmar unos documentos supuestamente legales. Parece ser que en aquel entonces disponía de una importante fortuna y era persona influyente en los círculos de la alta burguesía. Historias como ésta, fueron, por desgracia, bastante comunes en aquella época.

—¿Qué quería Valeriano Scacs exactamente?

—Consultar si los documentos que poseía eran realmente legales. Caso de no serlo, si se podían impugnar, aunque hubieran pasado más de sesenta años desde la firma.

—¡Qué extraño! ¿Le argumentó por qué había esperado tanto tiempo?

—No, ni yo se lo pregunté. Lo único que me interesaba eran los documentos, que aún están en mi caja fuerte para estudiarlos y poderle dar una respuesta concreta.

—Valeriano Scacs fue asesinado hace tres días, ésta es una investigación criminal y apreciaría sobremanera que usted me facilitara esos documentos. Si se niega, tendré que volver de nuevo con la consabida orden judicial.

Juan esperó. Esta vez el abogado ya no se mostraba tan indiferente, la palabra asesinato se había introducido en su cabeza y estaba propagando ecos a todos los confines de un cuerpo, que empezó de forma muy sutil a perder la rigidez, a abandonarse.

Apoyó las manos sobre la mesa, se levantó ligeramente, miró al inspector Torralba y al hacerlo el gesto quedó abortado. Juan advirtió el leve movimiento para levantarse de la silla y despedirlo, pero continuó quieto, con los ojos fijos en el abogado. Esperó en silencio, tranquilo, a que Florencio Herralde se acomodara de nuevo en su butaca fingiendo un cambio de postura, porque en aquel preciso momento supo que saldría del despacho con los documentos bajo el brazo.

Barcelona — 29 de Mayo de 2002 — 21 horas 05 minutos

Aquella noche Juan estaba seguro de sorprender a Julia, iba a llevarla al Abac. Acababa de recibir una estrella de la guía Michelin y no hacía ni un año que habían abierto las puertas. Se aseguró de que el límite en la tarjeta aun podía absorber ese gasto y antes de pasar a recogerla compró una rosa roja. Estaba nervioso, aquella mujer a veces lo desconcertaba, lo dejaba fuera de juego. Sentía una estúpida necesidad adolescente por deslumbrarla, y eso jugaba en su contra.

Cuando Julia le abrió la puerta, su postura imitaba hasta la caricatura la expresión y el gesto de los galanes de las comedias americanas en su primera cita.

—Desde luego lo tuyo es el cine. ¡Anda, pasa! —dijo ella con cierta sorna mientras rozaba su mejilla con un beso—, estoy esperando a Javier, en cuanto aparezca nos vamos.

—¿Y tardará mucho en aparecer? Porque tengo la mesa reservada para las nueve y media.

—Estará al llegar, acabo de hablar con él por el móvil ¿Y esta rosa? ¿Qué celebramos?

— ¿Que soy un tío majo?

— ¡Anda ya! Desde luego lo que tú no puedes ser, es policía. ¿Cómo se te ocurrió ingresar en “el cuerpo”?

—Es toda una historia. Algún día te la contaré

En ese momento oyeron la llave en la cerradura y apareció Javier. Se quedó ligeramente sorprendido. Se acercó a su madre y le dio un beso protocolario.

— ¿Vais a salir? — se dirigió a los dos

—Sí —le contestó Julia—. Te he dejado en el microondas pechuga rebozada y un paquete de patatas fritas por si te apetece abrirlo. —Y dirigiéndose a Juan—: Ya estoy lista, cuando quieras nos vamos.

Javier dio media vuelta y se fue a su habitación sin hablar. A Juan se le notaba incómodo. Bajaron las escaleras en silencio y salieron a toparse con el bullicio que la calle Avinyó , según fueran los vecinos, o los turistas, sufrían, o disfrutaban. Empezaron a caminar hacia la calle Fernando lentamente, luego atravesaron la plaza San Jaime y bajaron por la calle del mismo nombre hasta Vía Laietana. La cruzaron y enfilaron la calle Princesa. A la altura de Montcada se desviaron entrando en ella.

—A veces pienso que no hemos sabido aprovechar la historia de nuestra ciudad —dijo Julia con nostalgia—, solo recuerdo una serie de televisión sobre el Conde Arnau. Tenemos totalmente olvidados estos escenarios tan maravillosos del barrio gótico. No se han hecho películas sobre los condes de Barcelona, sobre la creación del Consejo de Ciento, sobre bandoleros como Serrallonga, o los más de cien años que tuvimos la fortificación de La Ciudadela frente a nuestra ciudad, justo donde ahora está el parque, sometidos bajo un ejército invasor por el solo hecho de no ponernos al lado de los Borbones. En fin, que desperdicio.

—Hoy vamos fuertes ¿eh? —empezó a reír Juan contagiando a Julia.

Poco después llegaban al restaurante. Una muchacha los recibió con el nivel justo de amabilidad, sin rozar la frontera del servilismo y los acompañó hasta su mesa. El local estaba decorado bajo las últimas tendencias minimalistas, pero seguramente un experto en Feng Shui había dado el último toque, porque el ambiente era cálido y tranquilizador. El mundo exterior parecía excluido de aquellas cuatro paredes, todo invitaba al sosiego.

Después de facilitarles tiempo suficiente para que leyeran la carta, el encargado de sala se acercó a la mesa y les fue respondiendo a todas las preguntas que le formularon. Finalmente se decidieron por el menú degustación en el que se incluían todas las especialidades. Mientras esperaban, Juan pidió dos copas de “Vi de Gel” como aperitivo, servidas en el punto justo de congelación.

—Me encantan los vinos afrutados —sonrió Julia—. Éste no lo

conocía, está exquisito. Gracias, Juan, es un lugar de privilegio.

—Me alegro que te guste, y me encanta haberte podido sorprender.

—Tenías la espina clavada ¿eh?

—Sí, lo del Café de la Academia me dejó tocado —dijo entre risas.

—Quería comentarte una idea que me ha estado rondando por la cabeza, sobre el diario de tapas rojas —propuso Julia relajando la sonrisa— De pronto, algo que había olvidado por completo y que tiene que ver con el padre de Javier, ha vuelto a mi memoria. Lo recordé ayer noche después de vuestro interrogatorio. Ahora creo saber exactamente quién escribió ese diario, aunque desconozco por completo el contenido y el lugar en el que está oculto. Lo estoy buscando meticulosamente por toda la casa tal como me pediste. Si lo encuentro te lo entregaré, pero me parece difícil que lo escrito por la hermana de mi abuelo Irene Adell, en el año 1909 haya sido la causa de la muerte de Valeriano Scacs.

—¿Podrías explicarme a mí esa intrigante historia que parece remontarse casi un siglo? —sugirió Juan, intentando disimular de su tono la apremiante curiosidad que las palabras habían despertado en él—. Quizá no sea el motivo, pero puede facilitarnos una clave que nos guíe en la dirección correcta.

El resto de la noche transcurrió paralela al monólogo de Julia, salpicado por preguntas intermitentes del inspector Torralba, que empezaba a darse cuenta con cierta turbación, de lo borrosos que eran los límites que separaban su curiosidad profesional de la personal.

Cuando regresaban andando hacia la calle Avinyó, sus cuerpos, separados en un principio, fueron acercándose paso a paso, como si una fuerza centrífuga empezara a girar a su alrededor hasta unirlos sin que pudieran oponer resistencia. Las manos se rozaron como una consecuencia lógica y fue Juan quien entrelazó los dedos con los de Julia. El solo roce de su piel la emocionó hasta tal punto que se quedó turbada ante unos sentimientos que le parecían imposibles en una persona de su edad. Se dejó llevar, se sentía como una adolescente, el vello del cuerpo se erizó y Juan le preguntó con voz suave, como si con cada letra acariciara una parte de su cuerpo:

—¿Tienes frío?

—No, Juan, es que hace veinte años que nadie me cogía la mano.

Él se la apretó de forma instintiva mientras una sonrisa amanecía en su cara.

Las voces se apagaron durante un minuto, atentos los dos a las corrientes de sentimientos que se mezclaban en sus cuerpos. Estaban llegando a la plaza San Jaime cuando le preguntó a Julia.

— ¿Te apetece ir a tomar una copa?

—Estoy cansada Juan, esta noche pasada apenas he podido dormir, aún no acabo de hacerme cargo de la muerte de mi madre y luego toda esa historia de asesinatos y comisarías…Necesito dormir y no despertarme hasta mañana al medio día por lo menos.

—Yo me quedaré en el bar del Manel. Ahora mismo necesito una copa.

BARCINO

Kalendas Julio. Año 36 d.C.

Calíopo seguía narrando.

Incansable.

Algunas fuentes se habían vaciado y los esclavos estaban retirándolas para substituirlas por bandejas rebosantes de frutas. Todo se hacía con el máximo cuidado para no interrumpir el relato.

—Hacía una semana que la joven María había regresado de visitar a sus padres en Cocheba. Dos veces al año, durante veintiocho días, los correspondientes al ciclo lunar, las vírgenes del templo se desplazaban hasta la casa familiar acompañadas en todo momento por una de las mujeres que ejercían como ayudantes de Raquel.

"Desde entonces se mostraba inquieta ante un sentimiento que pese a sus intentos de disolverlo en el recuerdo, volvía a ella haciéndola sentirse culpable. Se había descubierto en casa de sus padres deseando regresar al Templo, añorando la presencia de Raquel, sintiéndose distante de Ana. Algo la alejaba de su madre, y ese algo tenía mucho que ver con el hecho de haberla entregado al Templo. Siempre lo había percibido como un abandono, no quería hacerse cargo del enfado que eso le producía. Intentaba razonarlo explicándose a sí misma que había sido un acto de generosidad, que gracias a ello era una de las privilegiadas adolescentes que unirían sus vidas con altos dignatarios, o con muchachos procedentes de la aristocracia judía.

"La última noche que permaneció junto a su madre, ésta le preguntó con los ojos enrojecidos, por qué motivo había cerrado su

corazón ante ella. María no supo qué responder y aceptó el abrazo compulsivo de Ana sintiéndose despreciable, ingrata, egoísta.

"Esos pensamientos entristecían su mente mientras paseaba por el exuberante jardín que rodeaba el Templo, la estancia donde vivían los sacerdotes y el edificio rectangular que albergaba los aposentos de las jóvenes vírgenes. De repente, la voz de Raquel llegó hasta ella, la estaba buscando. Se apresuró hacia la dirección de donde emanaba la voz y al acercarse vio que un hombre se hallaba junto a ella. Un nuevo pretendiente, pensó algo fastidiada, pues en más de una ocasión fantaseaba con la posibilidad de que se quedaría para siempre en el Templo de Jerusalén ayudando a Raquel.

"Cuando enfiló el camino, limitado a izquierda y derecha por olorosas plantas de romero, pudo observarlo más de cerca y lo primero que la dejó impresionada fue el porte, la postura con que apuntalaba los pies en el suelo. María tuvo la sensación de que ni un terremoto podría hacerlo caer. Luego fueron los ojos, negros, fijos en ella, y finalmente una boca de labios gruesos, bien dibujada, que al acercarse la joven virgen se distendió en una sonrisa de bienvenida.

"María no era una muchacha alta y la delgadez acentuaba la fragilidad de su aspecto, pero Antípater no pudo apartar los ojos de ella desde que apareció por el camino.

"Todos los sentidos dispararon la alerta, atentos a la joven que avanzaba con la suavidad de las hojas que mece el viento, con la cabeza baja y recogiendo entre las manos, en un gracioso gesto, la larga túnica que reposaba sobre los hombros. La sensación que lo embargó, fue la de tener ante los ojos la imagen de la pureza, de la fragilidad, de la inocencia, y una inmensa ternura se apoderó de él.

"—Hola María —fue Raquel la primera en hablar—. Siento no haberte avisado con el tiempo necesario para poder prepararte, pero el príncipe Antípater se ha presentado en estas dependencias sin aviso previo...

"—Perdonad la forma grosera en que me he presentado ante vos —dijo el hombre sin dejar acabar a Raquel—, pero Simón de Alejandría es el verdadero culpable, me habló de vuestra inteligencia, de vuestra belleza y al instante sentí deseos de conoceros.

“María permaneció callada, con la cabeza baja en señal de respeto.

“Antípater se movió inquieto.

“Nuevamente fue Raquel la que rompió el silencio, disimulando la sonrisa que apuntaban sus labios.

“—María, tienes mi permiso para hablar con el Príncipe Antípater —y girando la cabeza hacia él prosiguió—, que al parecer carece por completo de paciencia y desconoce, o no le importan, nuestras normas.

“María elevó los ojos, y al encontrarse con los de Antípater le regaló una sonrisa cómplice mientras, sin dejar de mirarle, se dirigía a Raquel.

“—Tendremos que ser pacientes nosotras, porque como vos siempre decís, es esta una virtud que casi nunca acompaña al hombre —y dirigiéndose a él—, también a mí me ha hablado de vos el sumo sacerdote y también albergaba mi corazón la curiosidad por confirmar todas las virtudes que según él os adornan.

“Mientras pronunciaba esas palabras, María se giró, iniciando el paseo que acompañaba siempre a la primera visita. Pero en esta ocasión, sus sentimientos diferían totalmente de los percibidos con los tres pretendientes anteriores.

“Antípater la siguió de inmediato.

“También él estaba abrumado por las emociones que experimentaba ante aquella muchacha, delgada y frágil, que dirigía la conversación con elegancia e inteligencia.

“Raquel empezó a seguirlos, de acuerdo con las normas que regían las primeras visitas, pero a los pocos metros pensó que en algunos momentos las normas estaban para no tenerlas en cuenta, y con gran discreción se desvió hacia la izquierda por uno de los muchos senderos que surcaban el jardín. Los vio alejarse, su corazón estaba lleno de alegría, pocas veces, en los muchos encuentros que había vivido desde que empezó a ser responsable de las vírgenes del Templo, había sido tan clara la atracción entre dos personas.

Barcelona — 30 de Mayo de 2002 — 08 horas 55 minutos

La ducha la había despejado por completo.

Al entrar en la cocina, Julia vio a su hijo acabando de exprimir unas naranjas y pensó que había tenido suerte. Odiaba hacerlo y estaba segura que a Javier no le importaría si le robaba el zumo. Así que sin más preámbulos lo cogió y se sentó en la pequeña mesa adosada a la pared que utilizaban para desayunos y comidas rápidas.

Javier, que estaba aclarando en el fregadero el exprimidor, la miró de reojo.

—¡Cómo te pasas, mamá!

—¿Te cuento todas la veces que te he hecho zumo?

—No entraré en discusiones matinales. Voy a hacer café y calentar leche ¿Quieres también tú?

—Sí, gracias.

Mientras su hijo se ocupaba en los fogones, Julia escudriñó en los armarios los restos de galletas, magdalenas o bollos que pudieran haber. Finalmente pudo organizar un desayuno bastante digno al encontrar además en la nevera mermelada de limón, mantequilla y queso a las finas hierbas.

Cuando se sentaron a la mesa madre e hijo, todo estaba perfectamente ordenado.

—¿Has de salir hoy, mamá?

—No, me quedaré a buscar el famoso diario, ayer noche se lo prometí al inspector Torralba. Solo me queda el cuarto de los trastos y quiero quitármelo de encima cuanto antes.

—Si quieres te ayudo, el armario empotrado es muy alto y la

madera no está en las mejores condiciones. He quedado con el "profe" de guion dentro de dos horas en un bar de la calle Fernando. Tengo algo de tiempo.

A duras penas pudieron colocar la escalera entre los fardos y las cajas diseminados por todo el cuarto. Javier se subió a lo alto y abrió la primera de las tres puertas. A punto estuvieron de resbalar y caer unas raquetas de tenis que sin duda habían pertenecido a su abuela cuando era joven y por lo visto deportista.

—¡Qué chulada mamá! Ten, cógelas, me las colgaré en mi cuarto.

—Solo Dios sabe lo que debe haber ahí dentro.

—Hay juguetes ¡Qué pasada! Son todos antiguos, esto vale una pasta.

—No seas mercantilista Javier.

Desde donde Julia estaba, intentó otear el interior del armario.

—¿Qué es esa caja, Javier?

—¿Cuál?

—Esa, la de tu izquierda, la del estampado azul.

—¿Ésta?

—Sí.

Javier cogió la caja y el tacto le reveló que era de madera, de chapa, más exactamente, porque pesaba muy poco. Estaba forrada de ropa, era rectangular y en uno de los ángulos había un cierre dorado de aspecto frágil. Antes de que lo abriera, su madre gritó.

—¡Es mi colegio de juguete! ¡No sabía que lo guardaba! —De repente Julia se había transformado en una niña pequeña, hasta la voz tenía un tono más agudo y se escuchaba lleno de nostalgia—. No puedes ni imaginarte las horas que habré pasado jugando a maestras con él, pero… ¡cantidad de tiempo!. Era mi juguete favorito, lo fue durante muchos años.

Javier bajó de la escalera con la caja y juntos se dirigieron al comedor.

Julia la abrió con mucho mimo y se desplegaron dos rectángulos que junto a un tercero hacía las veces de suelo y sobre ellos estaban encolados unos pequeños pupitres de madera. El cuarto, en perpendicular, junto a los dos cuadrados de los extremos hacían las funciones de paredes donde se habían enganchado un mapa mundi, una pizarra, un abecedario y en el centro, presidiendo el pequeño

espacio, un crucifijo. A sus pies la mesa de la profesora, y en el espacio que la separaba de los pupitres, se hallaban amontonadas de cualquier manera nueve muñecas de madera articuladas con uniforme escolar, y una monja con el hábito de las teresianas.

Los ojos de Julia se llenaron de ternura primero y de sorpresa después, al ver, bajo el crucifijo, un sobre blanco completamente nuevo. No llevaría, dentro del colegio de juguete, más de unos días.

Estaba cerrado y en su parte frontal se leía: Julia.

Lo abrió y del interior extrajo su único contenido, una estampa con la imagen de un santo. En el margen inferior aparecía su nombre, San Justo y Pastor, y en la parte de atrás, escrito a mano: Irene Adell.

Durante unos segundos se quedó atónita, no daba crédito. Su madre puso el sobre en su juguete favorito para asegurarse de que fuera ella quien lo encontrara el día que faltase. Sabía que al descubrir el colegio en el altillo, no podría resistirse a abrirlo. Pero ya puestos, por qué no le había escrito una carta explicando sus intenciones ¿A qué venía aquella especie de enigma? ¿Qué hacía el nombre de la hermana de su abuelo, Irene Adell, escrito en la parte posterior de una estampa si su madre era una atea convencida?

Pensó en llamar a Juan Torralba pero, finalmente, creyó más oportuno esperar hasta asegurarse que el diario de tapas rojas no se encontraba entre las reliquias que Lucía Adell había acumulado, durante toda su vida, en aquel cuarto trastero.

Barcelona — 30 de Mayo de 2002 — 08 horas 55 minutos

Lo vio acercarse desde el otro extremo del pasillo, con el rostro radiante. Juan no estaba de tan buen humor, había llegado con retraso por culpa de verse obligado a utilizar el coche. La moto se había negado a funcionar.

—¡Jefe, jefe! Tengo el informe del forense y sé a quien llamó Valeriano Scacs en la Inmobiliaria Domènech. ¡A don Gerardo Arnal, el jefe supremo en persona!

—¡No sé qué haría sin usted, Matas! Como se descuide, va a resolver este caso antes que nos vayamos a comer.

—¡Vamos bien! No me lo diga. Ha tenido que venir en coche ¡Otra vez la moto!

—No vamos bien, vamos por partes ¿Qué dice el informe del forense?

—Nada que no supiéramos. Scacs murió desangrado por la herida del cuello. Un corte limpio y profesional. Ahí se acaba todo.

—De todas maneras esto se va animando. Usted me dice que Scacs se fue directo a hablar con el jefe supremo de la inmobiliaria y yo conseguí llevarme, del despacho de Herralde, documentos que relacionan directamente al abuelo de Valeriano Scacs con los Domènech.

—Le echó los perros al pobre abogado o solo le miró fijamente.

—¿Cuánto hace que trabajamos juntos?

—¿Siete años?

—Pues se está pasando siete pueblos.

—Lo siento jefe, ¿Hace un café?

—Hace. Pero salimos fuera.

La mañana se mostraba desapacible, un viento frío y un cielo plomizo que no dejaba traspasar la luz a través de sus gruesas nubes, conseguían que la sensación anímica no fuera de comenzar el día sino de finalizarlo. Se acomodaron en una cafetería próxima a la Jefatura, en una de las mesas situadas cerca del gran ventanal a cuyo través, desde la calle, se podía visualizar el establecimiento en su totalidad.

—Siento que no pudiéramos vernos ayer por la tarde —se justificó Juan Torralba—, pero me interesaba consultar algunos detalles con el forense y me citó a la misma hora que había quedado con usted.

—No se preocupe, había partido en el Plus y me quedé a verlo en el bar del Manel. Me preguntó por usted. Me dijo que hacía casi una semana que no se acercaba por allí, que si le pasaba algo. Y con su permiso, yo le dije qué le pasaba ¡Julia Cruells! Aún se está riendo —Una carcajada cómplice murió en los labios del subinspector al darse cuenta del cambio en la expresión de Juan— Bueno, me dio recuerdos para usted y me dijo que le debía una.

—Lo sé, yo llegué al bar después de dejar a Julia en su casa, cuando usted acababa de irse. Menudo cotilla está hecho el Manel. ¡En fin! No puede ni imaginarse lo provechosa que fue mi cena de anoche con “la implicada”.

—¿Cayó?

—¡Cómo puede ser tan bestia, Matas!

—¡Es broma, jefe! ¡Hoy se ha dejado en el armario el sentido del humor!

—Hoy me he dejado demasiadas cosas en el armario. Pero vayamos al grano. Parece ser que hace más de veinticinco años, Ferrán Diunó, el padre de Javier, llegó de México para estudiar en Barcelona, y se hospedó en la calle Avinyò número 46.

—Así que el padre de Javier es mexicano. Interesante ¿Conocía a Scacs?

—No lo sé, porque no se lo pregunté, la historia, como diría usted, va de otro palo.

—¡Vale, jefe! Estábamos en que ese hombre se hospedó en casa de Julia Cruells.

—Exacto, solo que en aquel entonces la casa era de sus padres, y Ferrán pertenecía a una familia muy unida a la madre de Julia. Por

ese motivo lo invitaron a compartir su casa hasta que finalizara los estudios y volviera a México.

—Y para agradecer la hospitalidad se tira a la niña.

—Otro comentario sexista de su boca y se acabó por hoy.

Silencio

—Ferrán y Julia —siguió hablando Juan—, se enamoraron, y una cosa llevó a la otra, pero a nosotros en estos momentos lo único que nos interesa es que a su llegada a Barcelona, Ferrán Diunó trajo un diario de tapas rojas que estaba en poder de su abuelo y que, al parecer, pertenecía a Irene Adell, que murió en el balcón de su casa a los veintipocos años, de una bala perdida durante la Semana Trágica.

—¿Y por qué estaba en México ese famoso diario?

—Por lo visto, Alberto Diunó, el abuelo de Ferrán, e Irene Adell, estuvieron locamente enamorados y la muerte de su amada lo sumió en una terrible depresión. Era un alma sensible, un poeta, y le pidió a la madre de Irene que le diera el diario donde su hija había recreado toda la historia de amor.

—Algo más debía haber recreado, porque si no ¿a qué viene ese interés de Valeriano Scacs por el diario?

—No tengo ni idea, pero Julia mirará si su madre aun conservaba los teléfonos de la familia Diunó e intentará ponerse en contacto con Ferrán. Cualquier cosa que averigüe nos la comunicará.

—¡Vaya lío de familia! Entonces Irene Adell qué es ¿La bisabuela de Julia?

—No, es la hermana de su abuelo.

—¿Por qué no me hace un poco de árbol genealógico para que me entere?

—¡Vamos allá! —empezó Juan Torralba, intentando ordenar en su cabeza a todos los personajes de los que Julia le había hablado— Tenemos dos familias, la Adell y la Diunó y sus vidas se entrecruzan en dos momentos, a principios y a finales del siglo XX. Y esos dos momentos están marcados por historias de amor que terminan de forma dramática: una, con la muerte de Irene y la otra, con la huida de Ferrán Diunó.

—Es triste ¿No le parece?

—¡Vaya, Matas! No lo creía tan sensible. Me alegro por usted.

Sigo: Irene tenía un hermano, Jordi, que tuvo tres hijos, y el menor de los tres, una niña, era Lucía Adell, madre de Julia y abuela de Javier. Por lo que respecta a la otra familia, Alberto Diunó, después de la muerte de Irene, se casó y tuvo tres hijos, el menor de los cuales era Daniel Diunó, padre de Ferrán Diunó y abuelo de Javier.

—Me parece que lo entiendo. Si empezamos al revés, o sea por Javier, sus padres son Ferrán Diunó y Julia Adell, dos de sus abuelos Daniel Diunó y Lucía Adell, Alberto Diunó su bisabuelo e Irene Adell la hermana de su bisabuelo Jordi Adell.

—¡Ya lo tiene!

—Pero jefe, se me ocurre, que solo el padre de Javier, o su familia, pudo proporcionarle a Valeriano Scacs la dirección de Lucía Adell. ¿Por qué va excluyendo siempre al personal? A lo mejor el padre está implicado en el asunto. No sería mejor poner todo esto en conocimiento de la embajada para que investiguen in situ.

En aquel preciso momento sonó el móvil del inspector Juan Torralba y una sonrisa le iluminó el rostro al contestar. Después de pocos minutos de monosílabos, guardó el teléfono y miró burlonamente al subinspector.

—¡Venga, suéltelo ya! ¿Qué pasa? —preguntó éste impaciente.

—¿A que no sabe quién llega pasado mañana al aeropuerto de Barcelona, procedente de México D.F.?

—Parece brujería…

—No, parece una llamada telefónica que hice ayer noche a la embajada española en México, después de dejar a Julia en su casa y ante la duda de que pudiera localizar finalmente al padre de Javier. Utilicé los cauces oficiales y solicité la máxima urgencia en su resolución. Les facilité los números de los móviles mío y de Julia Cruells para que Ferrán Diunó se pusiera en contacto con alguno de los dos.

—¿Y?

—Se acaba de poner en contacto con Julia para comunicarle que viene a recoger el cuerpo de Valeriano Scacs en nombre de su padre, Daniel Diunó, para enterrarlo en Ciudad de México. Parece ser que a los dos les une una gran amistad y Valeriano Scacs no tiene familia. Hoy se acostarán bien tarde, menuda movida debe haber montado la embajada. En estos momentos en Mexico serán, más o menos, las cuatro de la madrugada.

Barcelona — 1 de Junio de 2002 — 21 horas 30 minutos

Hacía rato que Julia y su hijo habían entrado en El Café de la Academia dispuestos a cenar si es que sus bocas podían tragar alguna cosa, tal era el estado de nervios de los dos. Javier por la seguridad de que aquella noche conocería la historia de su padre, y Julia, por no saber cómo enfrentar a su hijo y a ella misma con la verdad, ni como apaciguar al enjambre de mariposas que revoloteaban en el interior de su cuerpo sin darle tregua. Había escogido cenar fuera porque necesitaba un lugar neutral, la casa de su madre estaba demasiado llena de recuerdos y desde que conoció la vuelta de Ferrán Diunó, cada rincón era un eco que reverberaba en su ánimo.

Habían mirado la carta de arriba abajo media docena de veces sin decidirse por ningún plato en concreto. Finalmente Javier rompió el hielo:

—¿Qué has escogido?

—Nada. Xavi ya van tres veces que mira hacia aquí. Tendremos que decidirnos. Algo ligero… ¿Qué tal, de segundo, carpaccio de carne al aceite de olivas negras o carpaccio de salmón al aceite de albahaca? De primero podemos pedir toda la variedad de tostadas y vamos picando.

—Yo me pido el carpaccio de salmón.

—Estupendo, a mi me apetece más el de carne ¡Ya lo tenemos! —Se alegró Julia mientras le hacía señas a Xavi para que se acercara a tomarles nota.

—Hoy estáis desganados ¿Eh, familia? —comentó Xavi con una sonrisa distendida— ¿Y de beber? ¿Qué ponemos de beber?

—Cava, hoy estamos de celebración —dijo Julia mirando a su hijo mientras este le contestaba con una sonrisa

—¿Os traigo la carta de vinos?

—No hace falta, me gusta el que tenéis de la casa.

—¿Agua?

—Sí, con gas, por favor.

Xavi se alejó, mientras Julia y Javier se quedaban mirando en silencio durante diez segundos.

—No va a serme nada fácil, hijo —comenzó Julia— No sé por dónde empezar.

—Mamá, solo es una historia. No voy a juzgar a nadie, solo necesito conocerla, saber a quién pertenece la otra mitad de mis defectos.

Julia sonrió más tranquila, las mariposas habían ido posándose suavemente y ya nada revoloteaba en su interior.

—Todo empezó en mil novecientos nueve cuando la hermana de mi abuelo, Irene Adell, conoció a Alberto Diunó, que en aquellos tiempos era un prometedor poeta. Parece ser que se enamoraron locamente, pero el destino de Irene no pudo ser más trágico, murió por una bala perdida durante los terribles sucesos que llevaron a Barcelona a alzarse contra la prepotencia de unos políticos que como muchos de los actuales, no se había enterado que el gobierno está al servicio del pueblo y no el pueblo al servicio del gobierno. Históricamente se la conoce como la Semana Trágica, y el hecho tuvo lugar en uno de los balcones de casa de tu abuela que dan a la calle Avinyó, entonces dormitorio de Irene. Al parecer Alberto Diunó quedó muy afectado. Hasta dos años necesitó para replantear su vida. Finalmente conoció a Joana y se casó con ella casi de inmediato. Su poesía empezó a ser demasiado crítica para el gusto de la época así que se dedicó también al periodismo para poder ganarse la vida. Obtuvo varios premios y cierta fama, pero al llegar la guerra civil se vio obligado a emigrar a México con su mujer y sus tres hijos, a bordo del Sinaya, el primer barco de refugiados que partió de las costas francesas. El más joven de ellos, tu abuelo Daniel Diunó, tenía entonces diecinueve años. Mi familia y la familia Diunó continuaron relacionándose pese a la distancia, tanto es así, que mi madre junto con sus hermanos estuvieron durante un tiempo visitando México invitados por ellos. Recuerdo las veces que

ella me había contado su fascinación por la cultura azteca. Una vez hasta se atrevió a relatarme un escarceo amoroso, que por lo visto tuvo con uno de los hijos de Alberto. Daniel se casó con Pilar, una mexicana alegre e intelectualmente activa, que pertenecía a una de las familias afincadas desde hacía más de doscientos años en Mexico D.F.. Tuvieron un solo hijo, tu padre, Ferrán Diunó.

Julia se puso agua en el vaso y bebió con avidez.

Javier se removió inquieto.

Finalmente, ella siguió hablando.

—En el momento de empezar la universidad, decidió que quería venir a Barcelona y cursar los estudios de periodismo aquí. Mis padres no dudaron en ofrecerle su casa, y aquí vivió durante cuatro años, justo en el dormitorio que ahora ocupas tú. El amor no llegó al principio, al contrario, yo era hija única y aguanté muy mal el hecho de que un intruso invadiera mi territorio. Los dos primeros años fueron un campo de batalla. El tercero transcurrió de forma diferente, supongo que ya me había aclimatado… Bueno, en realidad estaba cansada de estar todo el día a la que salta, así que hacia la mitad del mismo algo cambió también en tu padre y la beligerancia cesó para dar paso a la complicidad. Por ejemplo, si quería salir por la noche y no me dejaban, tu padre acudía de inmediato en mi ayuda asegurando que él me acompañaría y una vez en la calle, cada uno se reunía con sus amigos. Los que compartían nuestra cotidianidad llegaron a decir de nosotros aquel año que parecíamos hermanos. A principios del cuarto, aquel amor fraternal fue transmutándose hasta llegar a convertirse en un deseo obsesivo del uno hacia el otro. Tan evidente se manifestaba nuestra apetencia por estar solos, que los amigos fueron abandonándonos y nosotros dejamos de asistir a los lugares habituales de reunión. Y llegó la Semana Santa en que decidimos irnos juntos a Formentera.

Los ojos de Julia se nublaron con el recuerdo y su cara recobró la imagen de la mujer que se siente amada.

—Allí empezó tu vida Javier, en Formentera —le dijo Julia sin poder contener las lágrimas, con una ternura que sacudió el cuerpo de su hijo como si una ráfaga del primer aire que respiró el mundo hubiera despertado en él recuerdos atávicos y estuviera mirando embelesado su propia concepción. Pensó que siempre recordaría aquella frase y lo hermosa que estaba su madre cuando la dijo.

El silencio se extendió sobre ambos como un manto protector que calmó su ansiedad. Javier se levantó de la silla sin que Julia pudiera evitarlo y la abrazó con cariño mientras deslizaba en su oído:

—Gracias mamá.

Cuando su hijo volvió a sentarse, Julia continuó hablando, en su interior se estaba operando una alquimia que transformaba los miedos en una sensación de alivio que la alentaba a hablar hasta que todo quedase dicho.

—Los días que siguieron a mi primera falta los vivimos tu padre y yo de forma diferente, aunque en aquellos momentos yo pensara que los dos estábamos comprometidos con nuestros actos. La noche que le confirmé mi embarazo fue la última vez que lo vi. No me preguntes por qué se fue porque eso es algo que solo él podrá contestarte. Yo puedo hablarte del miedo y la angustia que me invadió en aquellos momentos, de la depresión que se apoderó de mí los siguientes treinta días. Hubo un momento que incluso pensé llenar mi cuerpo de somníferos para no volver a despertar. Tú me salvaste, Javier. Fui incapaz de arrastrarte conmigo. Al día siguiente, la abuela Lucía encontró las pastillas y debió imaginar lo que ocurría, porque no esperó ni un segundo más. Se plantó frente a mí, puso las manos sobre mis hombros y sin apartar sus ojos de los míos me hizo una simple pregunta: “Julia, hija ¿Estás embarazada?” La voz no alcanzó mi garganta, solo moví la cabeza afirmativamente mientras mis ojos se rasgaban. Entonces llegó aquel abrazo que me gritó confianza, complicidad, seguridad, un cariño sin límites.

—Yo también encuentro a faltar mucho a la abuela —la interrumpió un Javier conmovido, que necesitaba hablar para que la emoción no le estallase en el alma. Sabía estar a tu lado sin que lo notaras, no ha habido un solo momento de mi vida que al necesitarla no estuviera allí.

—Esa era tu abuela. Consiguió hacernos olvidar que tú no tenías padre ni yo compañía.

—Todo un privilegio —sonrió Javier y contagió a Julia que cogió la botella de cava y llenó las dos copas.

—Por nosotros, hijo.

—Y por la abuela, que solo sabía emborracharse con cava.

Madre e hijo rieron, alejando de sus cuerpos los últimos vestigios de ansiedad.

A Javier aún le quedaban preguntas por hacer, pero no era su madre quien debía responderlas. Al día siguiente llegaba al aeropuerto del Prat Ferrán Diunó, su padre, y él seguía experimentando aquella extraña ilusión que nada podía empañar. Estaba haciendo igual que su madre, pensó, ella estaba cambiando a su abuela por Juan y él por su padre.

Barcelona — 2 de Junio de 2002 — 9 horas 20 minutos

Del cuerpo de Javier debían haber desaparecido todas las vísceras, para poder contener la cantidad de nervios que en esos momentos le atenazaban. Horas antes de que los inspectores Torralba y Matas fueran a recogerlos a él y a su madre, tenía la cama llena de toda la ropa que había ido desechando. Parecía que estuviera vistiéndose para su primera cita.

Pese a que la cena de la noche anterior había calmado algo su ansiedad, Javier seguía atravesando momentos de duda, de pánico, de soledad, se sentía desorientado. De las dos mujeres que habían sido en todo momento los pilares sobre los que había ordenado su vida, una había muerto de repente y la otra, como una consecuencia inevitable, se había encerrado en sí misma. Solo una vez había abierto la puerta y allí estaba Juan Torralba. Se había asido a él como si fuera la última tabla de salvación, el refugio ante una soledad que se sentía incapaz de resistir. Aunque entendía lo que su madre empezaba a sentir por Juan, un egoísmo edípico le había llenado el alma y se sentía incapaz de compartir. Había sido suya durante veinticinco años, solo sabía quedarse al margen, estaba fuera.

Recibió la noticia de la llegada de su padre como una respuesta a su miedo, a sus dudas, en esos momentos, Ferrán Diunó era una ventana que se abría.

A las nueve y media se dirigieron los cuatro hacia el aeropuerto.

Durante el camino, el silencio invadió la mayor parte del tiempo. Al llegar, el inspector y su ayudante se quedaron unos pasos por detrás, mientras Julia y Javier se disponían a esperar junto a la

barra que se halla frente a la salida de viajeros. Sus miradas, se cruzaban nerviosas, expectantes.

Iría con tejanos y una chaqueta verde oscuro, había dicho por teléfono.

De pronto apareció, mirando atento. Era un hombre alto, corpulento, con mechas grises enmarcando la cara angulosa. El paso irregular, inseguro, conmovió a Javier. Primero reconoció a Julia y los ojos se le llenaron de ternura, se acercó y permanecieron abrazados, sin palabras, lo que a los demás les pareció una eternidad.

Javier los miraba hechizado por la naturalidad de los gestos, pero en el interior de ambos, dos mundos estaban intentando segregar de la forma más rápida posible, material suficiente para construir una coraza que les permitiera protegerse, sobrevivir al encuentro.

Julia cerró los ojos, tratando de explicarse en qué momento había perdonado a Ferrán, un hombre que la había abandonado, embarazada, hacía más de veinte años, qué extraño sortilegio propiciaba que ahora estuviera allí, abrazándolo, sintiendo como empezaba a despertarse en su interior una ternura infinita hacia el padre de su hijo.

Cuando se separaron, el agotamiento generado por la intensidad de sentimientos contrarios laxó los músculos de Julia, que se aferró a su hijo en un intento por seguir de pie. Para Ferrán, la percepción fue muy distinta, acogió la forma en que ella apoyaba las manos sobre los hombros de Javier, como un expresivo gesto de propiedad mientras le decía:

—Te presento a tu padre, Ferrán Diunó.

Javier se quedó paralizado, solo pudo alargar el brazo en señal de saludo mientras permanecía pegado a su madre.

—¿Has tenido buen viaje? —Fueron las primeras palabras que consiguieron susurrar los labios.

Ferrán Diunó le apretó la mano y lo atrajo hacia sí, abrazándolo con todo el afecto y el sentimiento de culpa acumulado durante años. Aquel regalo se lo había hecho sin querer el viejo Scacs, a quien él siempre despreció… “Cuestión de piel, no puedo evitarlo”, le contestaba a su padre cuando intentaba convencerlo de lo mucho que aquel hombre lo estimaba. No podría devolvérselo ni aunque él

estuviera vivo. El deseo que no se había permitido verbalizar ni ante su padre, era tener el suficiente valor para conocer a su hijo y Scacs lo había hecho posible. Ahora lo tenía entre los brazos, pero la voz se negaba a salir del encierro de la garganta.

Javier comprendió en todos sus matices la frase, un abrazo de oso. Los ojos del padre lo miraban sonrientes, pero sus labios eran incapaces de articular palabra alguna, estaba desbordado.

Fue Juan quién interrumpió la escena, y Javier quien sintió como el mal cuerpo se le iba acomodando en el estómago ante lo que percibió como una agresión, una falta de respeto hacia él y hacia sus padres.

—¿El señor Ferrán Diunó?

Dijo que sí con la cabeza, incapaz todavía de emitir sonido alguno. Fue de nuevo Julia quien efectuó las presentaciones:

—Ferrán te presento a Juan Torralba, inspector de la Jefatura Central de Policía, y a su ayudante, el Subinspector Matas.

Las manos se unieron en un saludo ritual mientras Juan le anunciaba:

—Sé que estará cansado y deseoso de estar a solas con su hijo y con Julia, pero tenemos que pasar primero por la Jefatura Central de la Vía Laietana, necesitamos urgentemente su declaración.

Ferrán se sentía incómodo ante los dos policías, pero en ningún momento se mostró brusco ni desagradable.

Durante el viaje que los trasladó hasta Barcelona, Julia estuvo explicándole todo lo que había ocurrido desde la muerte de su madre, mientras Javier permanecía en silencio, observando, atento a los sentimientos que aquel hombre le despertaba. El inspector Torralba, sentado junto al conductor, contemplaba a su vez a los tres a través del retrovisor con mirada atenta, recelosa. Había aceptado ya sus sentimientos por Julia, que cada día se le enroscaban más y más en el alma y no podía evitar el miedo, la duda y la inseguridad, que la llegada de Ferrán Diunó había despertado en él.

En la misma sala de la Jefatura Central de Policía que acogiera en su día a madre e hijo, Ferrán Diunó refirió la historia del diario que le había relatado su padre Daniel Diunó antes de venir.

A la pregunta más importante, consistente en la naturaleza del contenido, el padre de Javier respondió que nunca lo había leído, ni

él ni su padre, que lo recibió a la vez de su padre dentro de una hermosa caja de madera labrada, con el ruego de que a su muerte le fuera devuelto a la familia Adell, que él consideraba la legítima propietaria.

El subinspector, de forma bastante brusca, le espetó que consideraba totalmente absurdo e increíble que ni él ni su padre hubieran leído el diario.

—Esas páginas —siguió diciendo Eleuterio Matas—, han ocasionado la muerte de Valeriano Scacs porque algo de inmenso valor estaba anotado en ellas. Si usted espera acabar el trabajo que él inició, le aconsejo que tenga mucho cuidado, puede acabar también en el anatómico forense. Me pegaré a usted hasta que coja el avión de vuelta a México, no crea que podrá salirse con la suya —le dijo mirándolo a los ojos, las manos sobre la mesa y alzado unos centímetros de la silla, en una completa y total representación de la agresividad y la intimidación.

Ferrán Diunó se lo quedó mirando en silencio durante diez segundos, con la ira a punto de emerger del lugar en el que, a duras penas, se hallaba contenida. Parecía una escena generada a través de video y congelada por un mando de stop, tal era el silencio y la inmovilidad de cuantos habitaban la sala.

Las palabras del padre de Javier, resonaron como una voz en off que surgiera de todos los lugares de la habitación, impregnándolos de una cólera explicitada en el tono:

—La caja le fue entregada a mi padre cerrada, y en un sobre aparte, también cerrado, la llave que la abría. Era una de las últimas voluntades de mi abuelo y el mensaje estaba muy claro, aquello no nos pertenecía, debíamos respetar la intimidad y devolverlo. Y eso fue exactamente lo que hizo al dármelo a mí para que se lo entregara a Lucía Adell. Sé que contenía un diario de tapas rojas, porque la señora Adell abrió la caja ante mí cuando se la entregué a mi llegada a Barcelona hace veintiseis años.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

La luna se hallaba en lo más alto del cielo mientras Calíopo seguía narrando, incansable, la historia que le contara Jacob, el hombre de confianza de José de Arimatea.

—En el palacio de Herodes "El Grande" decenas de esclavos recorrían el salón del trono ocupados en engalanarlo para un gran evento. Al día siguiente, tendría lugar la ceremonia que confirmaría a Antípater como futuro heredero del trono.

“El rey había decidido de forma repentina, en realidad hábilmente influenciado por Simón de Alejandría, máxima autoridad religiosa del reino, que el sucesor sería su primogénito, Antípater, al que nombraría rey, de acuerdo con la tradición, en el mismo momento de ser elegido sucesor.

“Sus hermanos Herodes Filipo, Arquelao y Herodes Antipas, se habían sentido muy decepcionados, pues todos ellos se consideraban merecedores de ese honor, por el que habían trabajado e intrigado desde mucho tiempo atrás. En el linaje herodiano, como en algún otro de las provincias de oriente, la primogenitura no aseguraba el trono, cuya sucesión era escogida por el padre de acuerdo con argumentos personales. Al no conseguir, cada uno por su lado, convencer a Herodes ni a Simón de lo injusta de la elección, decidieron jurarse lealtad entre ellos y conspirar hasta lograr expulsar a Antípater del trono. Cuando lo consiguieran, fuera quien fuera el elegido, se comprometían a dividir el reino en tres provincias. Así quedo acordado y así se intentó llevar a cabo.

“Entre tanto, Antípater, el recién elegido heredero de la dinastía herodiana, vivía feliz y confiado aquellos momentos de alegría y orgullo y su primer pensamiento fue para María. Con el pretexto de dar gracias a su dios, se encaminó al Templo de Jerusalén donde oró largo tiempo, luego, en secreto, se dirigió hacia las dependencias de las vírgenes. Quería ser el primero en dar la noticia a la mujer que amaba.

“Se hallaba en el jardín, sentada en su rincón favorito cuando vio acercarse a Antípater. Los ojos se le llenaron con su imagen y los labios pronunciaron su nombre con sorpresa.

“Al llegar junto a ella, Antípater hincó una rodilla en tierra y recogió entre sus manos los delicados dedos de María. Los ojos se encontraron y un suave roce de los labios alertó sus corazones que se dejaron invadir por el deseo. Permanecieron abrazados durante un minuto interminable y al separarse, él la sorprendió con la grata noticia.

“El rostro de María se serenó.

“—Qué gran alegría, sé cuánto amáis a vuestro padre y cuanto os complace esa prueba de amor y respeto de él hacia vos. ¿Cómo han reaccionado vuestros hermanos?

“—Aun no he hablado con ellos, necesitaba correr hacia vos, pero imagino que aunque no estén de acuerdo, acatarán el deseo de mi padre y acabarán alegrándose conmigo.

“—Simón no exageraba vuestra bondad, que os preserva de la envidia y los pensamientos deshonestos, pero debéis prometerme que estaréis atento, porque el poder es deseado hasta extremos impensables para nosotros y no quiero que nada nos separe, deseo compartir mi vida con vos, no creo que pudiera soportar perderos.

“Los brazos de Antípater rodearon a la frágil virgen inundándola de ternura, la sintió suya, y se prometió a sí mismo que no dejaría que nada ni nadie le hiciese daño.

“La ceremonia que se llevó a cavo el día siguiente, estuvo cuajada de esplendor y fasto, de acuerdo con lo importante del acontecimiento. Todo el poder político y religioso estuvo presente y la mayoría alabó la decisión de Herodes que calificaron de acertada y justa. Pero sobre todo fue el pueblo el que expresó su total aprobación, bailó y lo celebró hasta bien entrada la noche, pues sabían de la prudencia y la sabiduría de Antípater y todo el mundo

lo respetaba.

“Una semana después, atardecía, cuando procedentes de la mansión de Lysia, donde habían estado hilando el lino sagrado para la cortina del Templo, María regresaba junto a su compañera Judith al recinto de las vírgenes. Al doblar una esquina, unos hombres con aspecto de bandidos por las gruesas ropas y las armas al cinto, se abalanzaron sobre ellas y les taparon la cabeza con un saco para amortiguar los gritos. Cuando salieron de las murallas, dejaron en libertad a la compañera de María que huyó despavorida.

“La prometida de Antípater conocía el plan, que en su momento le había sido revelado por Simón de Alejandría, y dejó que aquellos hombres cumplieran su cometido, alejarla del Templo. Todo se desarrollaría de acuerdo con lo planeado. Judith correría, llena de espanto, al encuentro de Raquel, la cuidadora de las vírgenes del Templo, para contarle todo lo acaecido. Ella la tranquilizaría prometiéndole la búsqueda inmediata, pero las órdenes que le serían dadas al emisario que fingiera salir en persecución de los raptores, consistiría en entregar a los padres de María, Joaquín y Ana, una carta en la que el sumo sacerdote les explicaba todo lo sucedido y les rogaba, por el bien y la seguridad de su hija, que guardaran el más absoluto de los secretos. El padre de Antípater, el rey Herodes, no debía conocer cuanto estaba sucediendo, pues de lo contrario la vida de los dos jóvenes estaría en grave peligro.

“Los raptores, mientras tanto, la habían subido a la grupa de uno de los tres caballos que esperaban a las afueras de la muralla, y cabalgaban sin descanso hasta el lugar acordado, donde esperaban llegar a la puesta de sol.

“El cansancio empezaba a socavar las fuerzas de María cuando por fin descabalgaron, y con tosca delicadeza, sin retirar el saco que la cubría, la acompañaron hasta un frondoso palmeral desde donde se escuchaba el murmullo de una fuente. Oyó como se alejaban los caballos y esperó todavía unos minutos hasta que una voz, que reconoció de inmediato, le quitó el saco que le cubría la cabeza. Ante ella se hallaban, en primer término, Simón de Alejandría y algo más alejado, su prometido, el recién nombrado por su padre rey y heredero al trono de Israel. María se arrodilló ante su tutor, que la bendijo, e inmediatamente se levantó, y como una chiquilla traviesa, olvidando cualquier protocolo, corrió hacia Antípater

cobijándose entre sus brazos. El sumo sacerdote los miraba complacido, solo ellos, la sabiduría y la pureza unidos, podían dar vida al Mesías que prometía la profecía para el final del cuarto milenio, que en esos momentos estaba cercano a concluir.

"La tienda lucía como una gran luciérnaga en la noche, tal era la cantidad de candiles encendidos que contenía; el suelo estaba cubierto de hermosas alfombras persas de delicada factura y sobre ellos un cielo estrellado que agradecieron como un regalo de su dios. La ceremonia que ofició Simón tuvo toda la magnificencia que los desposados requerían, aunque solo dos criados fieles fueran espectadores de un momento tan especial. Al acabar comieron y bebieron hasta saciarse de todos los manjares que les fueron sirviendo. La noche se encontraba bastante avanzada cuando Simón se despidió de sus protegidos, cerró la cortina de la tienda y volvió a Jerusalén, no sin antes instruir a los dos criados sobre cómo debían comportarse.

"Solo siete días de dicha les fueron permitidos.

"Al atardecer del séptimo, un correo a caballo se presentó ante Antípater, que a efectos de palacio estaba cazando en el desierto, y le notificó que su padre lo esperaba urgentemente en Jerusalén. Debía partir a Roma de inmediato llevando consigo el testamento en el que Herodes lo nombraba su sucesor, con el fin de refrendarlo ante el emperador Augusto. Antípater se despidió de María asegurándole que no tardaría en regresar y que cuando lo hiciera, nunca más volverían a separarse, y dio orden a sus criados para que su esposa fuera escoltada al lugar que demandara.

"María estuvo dudando durante un tiempo, pues intuía que su vientre había sido bendecido y no se atrevía a volver al Templo, tampoco a casa de sus padres, a donde quería regresar acompañada por su esposo cuando éste volviera de Roma, así que finalmente se decidió por Ain-Rimmon, donde vivía su tía Isabel a la que no había visto desde hacía más de diez años. Estaba lo suficientemente alejado de Jerusalén para considerarlo un buen lugar donde esperar al esposo. Escribió un mensaje a Simón indicándole dónde se alojaría hasta la vuelta de Antípater y partió sin más demora hacia la casa de la hermana de su madre.

Barcelona — 3 de Junio de 2002 —10 horas 40 minutos

Juan Torralba y Eleuterio Matas, estaban sentados en los cómodos sillones giratorios del despacho del inspector, analizando desde hacía rato el estado actual de las investigaciones en el caso por asesinato de Valeriano Scacs.

—Estamos igual —suspiró con voz cansina el subinspector—. Casi todo lo que nos ha dicho el padre de Javier ya lo sabíamos y desconoce el contenido del famoso diario, o sea que otra vez "quietos paraos".

—Para nada. Saber, lo sabemos casi todo. Por una parte está el famoso diario de tapas rojas y por otra, todo ese asunto de la Inmobiliaria Domènech en el que aún no nos hemos metido a fondo. Pero fíjese que la historia está bastante completa. Ese hombre, Valeriano Scacs, viene desde México en busca del diario que escribió Irene Adell hace noventa y tres años. Su profesión, no lo olvidemos, es la de antropólogo y además, muy respetado en los círculos arqueológicos mexicanos, eso podría ser una pista, su profesión. ¿Por qué, si no, se interesa por hechos ocurridos hace casi cien años? Sabemos también por su abogado, al que visita nada más llegar, que estuvo intentando le fueran devueltos o compensados bienes que durante la guerra civil le sustrajeron a su abuelo Faustino, y ahí es donde algo no me encaja, ¿por qué esperó tanto tiempo para hacerlo? ¿O es que hay alguna relación entre el diario y Domènech que se nos escapa?

—No necesariamente ¿y si no lo sabía?

—¿Cómo no iba a saber una cosa así?

—Se olvida que las historias familiares a veces pueden ser muy

raras. Cosas que se callan por vergüenza, un documento que aparece en el lugar más inesperado… Pero lo que importa son los hechos, que es lo que finalmente cuenta. Por el motivo que sea se ha enterado y ha sido ahora.

—¿Ha reclamado el informe sobre los documentos que recogí en casa del abogado?

—Sí, jefe, pero por lo visto es más complicado de lo que suponíamos y el experto en sociedades me ha dicho que como vuelva a llamarle se declarará en huelga, que él también necesita tiempo para investigar. Son documentos de hace más de sesenta años.

—Matas ¡necesitamos ese informe!, ¡necesitamos saber exactamente donde nos estamos moviendo! y sobre todo ¡necesitamos el diario de tapas rojas!

—¿Ve lo que le decía? ¡Aún necesitamos demasiadas cosas! ¿Por qué no vamos a casa de Julia Cruells con un buen equipo de la científica y empezamos a buscar? ¡Tiene que estar allí!

—No, vamos a darle algo más de tiempo.

—¡Pues ya me dirá qué hacemos!

—Esperar, esperar, y estar atentos.

—Si me da su permiso, yo ordenaría un seguimiento de Ferrán Diunó.

—Tiene razón Matas, no creo que esté de más. Yo me iré a Pedralbes a hablar con Laura Domènech. Sabemos que Scacs habló con su marido antes de morir, quizá ella pueda ponernos en la pista del asesino o sepa donde se esconde el diario de tapas rojas.

Barcelona — 3 de Junio de 2002 — 12 horas 15 minutos

Juan Torralba estaba extasiado ante la elegancia y el buen gusto que destilaba aquella casa. Vivir en las alturas era un privilegio muy difícil de abandonar. La criada que lo atendió le hizo pasar al salón principal anunciándole que la señora estaba en la piscina y que lo recibiría en unos minutos.

Una mujer acostumbrada al lujo, con un color de piel acariciado por el sol y ni un gramo de grasa en el cuerpo, esbelto y cuidado al detalle, entró por la puerta que daba al jardín trasero. Un vestido de seda estampada, ligeramente transparente, que te permitía intuir un bikini de color añil, revoloteaba a su alrededor a cada paso de los pies descalzos.

—Buenos días, inspector, perdone que lo haya hecho esperar, pero Ana me ha dejado muy inquieta al anunciarme su visita y he querido telefonear antes al colegio para que me confirmaran la presencia de Edurne. Hace dos noches comenté con mi marido que me sentiría más tranquila si contratáramos a alguien que nos garantizara la seguridad de nuestra hija ¿De qué se trata?

—Buenos días, señora Domènech…

—Mi nombre de casada es Arnal —lo interrumpió con un tono seco, que evidenciaba lo molesta que era para ella la presencia de un ser humano que no conociera las normas mínimas del protocolo.

—Disculpe señora Arnal, siento haberla inquietado. Quiero hacerle unas simples preguntas, pura rutina, sobre un asesinato que estoy investigando.

Ni un solo músculo delató el estado de ánimo que la palabra asesinato, expresamente utilizada, había despertado.

—Verá —continuó hablando el inspector— Hace aproximadamente una semana, el señor Valeriano Scacs fue brutalmente asesinado ¿Ha oído hablar de él o lo ha conocido?

—No —fue tajante

—¿Está segura? ¿Su marido no le ha hablado de él?

—No es nadie de la empresa y desde luego no es amigo nuestro ¿por qué otra razón tenía que conocerlo?

Juan sabía que ese no era el camino, pero la irritación que le producía aquella mujer instalada varios mundos por encima de él, hicieron que su respuesta fuera imprudente e intencionadamente agresiva ¿No lo conocía? ¡pues se iba a enterar de golpe!

—Porque reclamaba como suyo el setenta por ciento de Inmobiliaria Domènech.

Esta vez el golpe fue rotundo, Laura Domènech se quedó sin aire. Intentó hablar pero la voz no apareció, se tambaleó y abrió la boca intentando absorber a bocanadas la estabilidad, la calma, el sosiego. Ella recordaba a Faustino Scacs, muerto durante la guerra civil, presente muchas veces en las discusiones entre su padre y su abuelo. También estuvo segura, en aquel mismo momento, que su mundo de privilegios estaba empezando a desmoronarse.

—¿Se encuentra bien señora Arnal? —sonrió cínicamente para sus adentros el inspector Torralba— ¿Quiere que llame a su asistenta?

Silencio

Los ojos de Laura se hallaban perdidos en el verde exuberante del jardín, como si de toda la vida que allí se intuía pudiera absorber un retazo a través de ellos. Finalmente, muy despacio, giró la mirada hacia Juan Torralba y con un hilo de voz susurró:

—Inspector, haga el favor de salir inmediatamente de mi casa. Si quiere seguir hablando conmigo será en comisaría, frente a mi abogado.

Juan se maldijo a sí mismo por haberlo estropeado todo de una manera tan estúpida, pero al entrar en aquella casa él estaba seguro de que su marido le habría comentado la visita de Valeriano Scacs. Solo se llevaba de allí una certeza. Gerardo Arnal se la había ocultado a su mujer, por alguna razón que aún se le escapaba.Cuando se quedó sola, Laura Domènech se derrumbó sobre el sillón de la sala envuelta en llanto, los brazos colgaban

inertes mientras el estómago se deshacía en espasmos. Pero las lágrimas que brotaban de sus ojos cerrados no estaban dedicadas al presente, las ocasionaba un dolor antiguo que aún no había sido capaz de digerir.

Su mente recreó la escena que la devolvía a los quince años. Se hallaba ante su padre, los dientes apretados con la fuerza necesaria para frenar el llanto, los ojos fijos en la nada, escuchando aquella voz que pretendía ser neutra pero que ella leía como decepcionada y dolorida: "Siento el dolor que estás causando a tu madre y que te estás ocasionando a ti misma, he intentado traspasarte el respeto por la vida que tu abuelo no me transfirió a mí porque lo desconocía. Pero supongo que los genes son más poderosos que el deseo, o quizás en mi inocencia he supuesto que las verdades se transmiten por la voz, cuando en realidad hay un lenguaje corporal imposible de disfrazar, que el tiempo va fijando en nuestras vísceras y en nuestro corazón. Me recuerdas tanto a tu abuelo que me duele el alma". Aquella voz resonaba muchas noches en sus pesadillas haciendo que se levantara con la angustia oprimiéndole el pecho como una losa que le impedía respirar. Pero la visita del inspector había hecho estallar su miedo, la había dejado sin defensas.

—¿Y tú, padre? —gritó al vacío instalado en la habitación—. Con tu santurronería obscena y barata ¿Cómo pudiste decirle a una niña de quince años que te recordaba tanto a su abuelo que te dolía el alma, y después pagarle un billete a Londres para que abortara? ¡Sola, papá! como un perro al que por caridad se esteriliza. Con la única compañía de la tata María, porque ni tú, ni mamá, os podíais involucrar en algo que oliera a muerte. El abuelo era un superviviente nato, papá, le quitó a un socio judío y usurero lo que él sentía como suyo, y lo hizo por él y por ti, también por ti. Viviste con él, papá, viviste con ese dinero sucio y podrido toda tu vida ¿Por qué no lo devolviste cuando murió el abuelo? Esa fue la verdad que me transmitiste papá: se vive con el dinero aunque provenga del infierno.

Barcelona — 4 de Junio de 2002 — 18 horas 20 minutos

Julia acababa de recibir una llamada de Juan, avisándola que tardaría, por lo menos, media hora en llegar. Estaba sentada en una de las butacas que el Starsbucks Café pone a disposición de los clientes, en un intento por lograr que se sientan como en el salón de su casa. La idea es un poco kitsch, pero atractiva, y desde que lo inauguraron Julia lo visita con frecuencia.

Se arrellanó perezosamente, instalando su cuerpo en la comodidad y contemplando, con la mente vacía de pensamientos, a la muchedumbre que a aquella hora de la tarde se paseaba por una calle Fernando de uso exclusivamente peatonal.

Así estuvo, ajena a su vida, sorbiendo a pequeños tragos el café amargo que se enfriaba lentamente sobre la mesa durante un tiempo que le pareció infinito, y que le sosegó el alma y el cuerpo para poder enfrentarse con la imagen que poco a poco se iba enfocando en su mente, alimentada por la bruma de rostros que paseaban ante ella ajenos a la metamorfosis que se estaba desarrollando en su interior.

Ferrán volvía a estar en Barcelona después de veinticinco años, pero ella solo podía ver la sombra distorsionada del recuerdo que había escondido la memoria como un eco, incólume, inaprensible. Nada del Ferrán actual le recordaba al hombre con quien había engendrado a su hijo.

Ahora se daba cuenta, que durante todo ese tiempo había ritualizado una espera desconectándola de su realidad cotidiana para no deshacerse en mil pedazos. Ahora se daba cuenta también, que ningún hombre había podido acercarse a ella, porque su

intimidad, como un radar insobornable, escrutaba minuciosamente hasta el último detalle y lo comparaba con la imagen idealizada que vivía en el invisible núcleo del inconsciente.

Pero de repente, aparecía el inspector Juan Torralba y el radar permanecía en silencio. Ahora que los podía contemplar juntos, se daba cuenta de cuánto se parecían, no solo en lo físico, sino incluso en algunos movimientos inconscientes que desarrollaban de forma automática.

La llegada de Ferrán había movido cuerdas en su interior que ella creía inmovilizadas y eso la intranquilizaba.

Juan atravesó la puerta del café sin que ella se diera cuenta y depositó un beso en su mejilla.

—Hola, Bella durmiente.

—Hola, Juan, estaba distraída.

—¿En qué pensabas? —Preguntó, mientras se acomodaba en el butacón frente al que ocupaba Julia.

—En lo mucho que os parecéis Ferrán y tú.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No es nada, Juan —dijo sonriendo Julia—. No es nada.

La mirada del hombre se nubló durante unos segundos, y el estómago ahogó los sentimientos que lo tenían insomne desde la llegada de Ferrán Diunó.

—¿Cómo estás?

—Todo lo bien que puedo estar

—¿Y tu hijo?

—Él está encantado. Soy consciente de que en ningún momento le he hablado en tono despectivo de su padre, pero el hecho és que no ha estado con él ¡por lo que sea! Ferrán ha sido un desconocido para mi hijo hasta ahora —Durante unos segundos se queda en silencio como si buscara una respuesta que finalmente no llega—-. Se presenta en el aeropuerto, lo abraza, y mi hijo se deshace. No se ha separado de él desde que llegó, le ha enseñado Barcelona de arriba abajo al menos cien veces.

—Y tú estás inquieta.

—Sí.

—Y muerta de miedo.

—¿Tanto se me nota?

—No, lo que pasa es que yo estoy exactamente igual que tú,

aunque el objeto de mi miedo se llame Julia, y eso me facilita la rapidez en reconocer los síntomas.

Ella sonríe mientras en su cara sigue instalada la tristeza.

—Gracias Juan, es muy halagador.

—¿Cuándo crees que regresará a México?

—Lo cierto es que no lo sé. No me lo ha dicho y yo no se lo he preguntado, aunque de momento aún tenéis retenido el cadáver de Valeriano Scacs y él ha venido aquí, entre otras cosas, para llevárselo.

—No creo que el papeleo dure más de una semana. ¿Has recordado algo sobre el diario?

—De eso quería hablarte. He estado dándole mil vueltas, y el otro día se me ocurrió que si no podía estar en mi casa porque, créeme, he repasado hasta el último rincón, es probable que lo tenga alguien de su total confianza.

—¿No te has planteado incorporarte al cuerpo de policía? —ironizó Juan—. Eres buena.

—Ni loca —le contestó Julia cómo si se hubiera tomado la propuesta en serio— He hablado con todas las que yo conozco, coleccionando siempre la misma respuesta, nadie sabe nada del diario. Soledad, la asistenta que la cuidaba, tampoco recuerda haber visto nunca nada parecido, ni mi madre le habló jamás de un diario. Lo único que me ha dicho, que por cierto me ha dejado bastante sorprendida, es que todas las tardes, desde hace casi un año, asistía a la misa que se oficia a las ocho en Sant Just i Pastor.

—¿Y eso que tiene de raro?

—Pues que mi madre, al igual que mi abuela, tenían alma anarquista, y ya me dirás tú que hace un anarquista oyendo misa cada día.

—Se aburriría.

—Pues será eso —contestó sin convencimiento Julia.

—¡Necesito ese diario! —reflexionó Juan en voz alta— ¡Tiene que estar en alguna parte! En las casas antiguas siempre hay escondites secretos, lugares ocultos, tu casa es vieja…

—Ya pareces mi hijo —lo interrumpió Julia—. Habéis visto demasiadas películas.

—Hemos de volver a registrarla, tiene que estar allí y hemos de encontrarlo.

—¡Está bien! he quedado con mi hijo y su padre a las diez, hasta entonces podemos volver a hurgar hasta en las telarañas.

Ambos se encaminan a casa de Julia aunque ella está segura que no encontrarán nada, como mucho una estampa misteriosa dentro de un sobre, pensó sonriendo para sus adentros. A punto estuvo de decírselo a Juan, pero finalmente decidió que el enigma le apetecía descubrirlo a ella sola.

Al cabo de dos horas de búsqueda infructuosa, Julia estaba sudada y agobiada, Juan, sudado e irritable.

—Lo que más rabia me da —explotó Juan—, es que debemos tenerlo frente a nuestras narices y no lo vemos.

—Pues tendremos que esperar otro día, ahora tienes que marcharte, son las nueve y aun no me he arreglado.

Cuando el inspector Torralba entró en el bar del Manel, su cara traslucía toda la furia que se revolvía en su interior. Al verlo, le sirvió de inmediato un gin tónic del que Juan bebió un gran sorbo, sintiendo como el alcohol, al llegar al estómago, calmaba el malestar.

* * *

Al atravesar la puerta del restaurante Julia Cruells, pasaban quince minutos de las diez. Escrutó la sala hasta encontrarse con los ojos de Ferrán que le hacía señas desde una mesa situada al otro extremo. Mientras se dirigía hacia ella, reparó en que su hijo aún no había llegado y de forma instintiva aminoró el paso. Las mejillas de ambos se rozaron en un simulacro de beso que se perdía en el aire.

—¿Cómo estás, Julia?

—Cansada. Juan y yo hemos estado en casa, buscando el diario de tapas rojas hasta en los lugares más recónditos. Me ha hecho vaciar los cajones del mueble antiguo que hay en el comedor para ver si había algún doble fondo, he tenido que sacar la ropa de Javier del armario del cuarto que fue habitación de Irene, y hemos repasado todos los zócalos por si alguno ocultaba un escondite secreto ¡Estoy rendida!

—No creo que ese diario contenga nada, mi abuelo Alberto lo leyó, nos lo habría dicho.

—No sé ¡Todo es tan extraño! ¿Y Javier? ¿A qué hora ha dicho

que vendría?

—No vendrá, me ha asegurado que te enviaría un mensaje al móvil por si te apetecía aplazar la cena.

Julia sacó el pequeño teléfono del bolso y advirtió a la izquierda de la pantalla el símbolo de sobre que avisaba de un mensaje.

—No lo he visto —por desgracia, pensó para sí—, con todo el follón del diario no he oído el aviso.

—Si quieres que lo dejemos… —contestó de inmediato Ferrán.

—No, para nada, lo último que me apetece es irme a casa y tener que hacerme la cena.

En realidad lo último que le apetecía era estar a solas con él, se sentía demasiado débil, demasiado indefensa y absurdamente culpable, en falta con Juan Torralba. Pero por otra parte, pensó, cuanto antes se enfrentara a todo lo que representaba para ella el padre de su hijo, antes acabarían las dudas y los miedos irracionales. La sensación de estar ante un extraño, se coló por una rendija de su ánimo. Cogió la carta que estaba sobre el plato y preguntó:

—¿Ya sabes qué vas a tomar?

—Sí, una sopa y el lenguado con salsa de uvas.

—No está mal, pero yo necesito algo más contundente —y después de leer por encima el menú, decidió—. Pediré la ensalada tibia con queso de cabra y el filete con foie.

A una señal de Ferrán, el camarero se acercó y anotó los platos que habían escogido, además de un vino con denominación de origen Ribera del Duero. El vino llegó de inmediato y él se apresuró a llenar las copas. Entretanto, Julia lo miraba intentando descubrir en él algo que le recordara al hombre que había conocido veinticinco años atrás. Me hallo ante un extraño, pensó, y le dolió encontrar en ella apenas algunos restos de ternura, donde en su día un cariño sin límites alimentaba un incendio de deseo. ¿De qué se puede hablar con quien ahora es un extraño? ¿Qué se le puede decir a alguien con quien se comparte el mundo, y luego se aleja hasta perderse más allá del océano? La ira, el rencor, habían desaparecido hacía tanto tiempo…

—¿Cómo llevas lo de tu madre? —interrumpió sus pensamientos Ferrán

—La verdad es que mal, y toda esta historia del asesinato se

suma al desconcierto, y tu llegada…—Bajó los ojos durante unos segundos y cuando de nuevo los enfrentó a él, las palabras surgieron con un tono más suave, nostálgico—. Si hace veinticinco años alguien me hubiera dicho que hoy nos sentaríamos frente a frente como dos extraños, habría creído que estaba loco —volvió a bajarlos y recostó la espalda contra el respaldo de la silla, mientras con un gesto de coquetería retiraba los cabellos hacia atrás.

—Es una palabra dura, extraños.

—Sí —sonrió tristemente y levantando de nuevo la vista—, pero cierta.

—Aun no te he dicho lo mucho que …

—No, por favor —lo interrumpió Julia—, no lo estropees ahora.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos. Julia se movió inquieta en la silla y para disimular el estado de ansiedad que empezaba a invadirla, se sirvió un poco de vino y acabó de llenar la copa de Ferrán. Sorbió un trago como si aquel líquido pudiera acompañar hasta su boca las palabras exactas, las más adecuadas para ese momento. No podía fingir que no pasaba nada, que ahora las cosas no eran tan trascendentes, que el tiempo todo lo borra. Eso sería mentir. A sí misma y a Ferrán. Tenían un hijo en común. Estaban siendo unos estúpidos intentando obviar por más tiempo lo que realmente les unía en la actualidad.

—¡Creo que es el momento de brindar! —dijo Julia mientras los labios se le distendían en una sonrisa—. ¡Por una noche de amor donde juntos nos hicimos el mejor regalo!

—¡Por lo mejor que hemos hecho en nuestra vida! —contestó Ferrán mientras buscaba los ojos de Julia.

Los dos rieron juntos, alejando la tensión que los había rodeado hasta ese momento. Y a partir de ahí la conversación surgió fluida, fácil. Se explicaron historias de soledades, de amistad, de luchas. Julia habló de Javier, de su infancia, de una adolescencia llena de inseguridades, de flirteos con las drogas que ahora llamaban blandas.

Hablaron de la vida hasta el final de la cena.

Al salir del restaurante, una campanada solitaria anunció la una de la madrugada. Les dio la impresión de que la iglesia de Sant Just i Pastor, situada al otro extremo de la plaza, un hermoso edificio del siglo XII, los llamaba para que prestasen atención a la exquisita

iluminación que destacaba la escalinata, y el bello arco que enmarcaba la puerta principal.

Se pararon en medio de la plaza, admirando aquellas piedras que habían resistido el paso del tiempo con admirable dignidad. Julia recordó las palabras de Soledad cuando le comentó que su madre asistía en ella, desde hacía un año, a misa de ocho, y una sonrisa iluminó su cara al imaginársela subiendo aquellas escaleras. De repente, algo que daba vueltas por el subconsciente, se abrió paso hasta el cerebro consciente filtrándole la información.

—¡Dios mío! ¡Juan tenía razón! ¡Estaba frente a nuestras narices! Bueno, al menos frente a mis narices.

—¿De qué estás hablando? Delante solo tenemos una iglesia —se extrañó Ferrán.

—Estoy hablando del diario, y de la estampa de San Justo y Pastor con el nombre de Irene Adell escrito al dorso, y de lo maquiavélica que puede llegar a ser mi madre —Julia empezó a mirar frenéticamente dentro del bolso, desordenando lo desordenado y hablando con ella misma—. ¡Dios! ¡Aún sigo hablando de ella en presente! ¡San Justo y Pastor y los privilegios medievales! ¡Tenía que haberlo advertido en cuanto encontré la estampa!

—¿Haber advertido qué? ¡Órale, Julia, explícate!

—Ahora mismo, pero antes tengo que llamar a Juan.

—¡Es la una de la madrugada!

—Te aseguro que no le importará —dijo Julia mientras marcaba los dígitos en el móvil que por fin había localizado en el último rincón del bolso.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

Calíopo seguía narrando la historia sin que su primigenio entusiasmo hubiera menguado lo más mínimo.

—El emperador Augusto y su esposa Livia, se hallaban reclinados en cómodos triclinios alrededor de una mesa repleta de entremeses de pollo y liebre, ostras, puré de arvejas, carne de cordero, frutos frescos, bizcochos y crema batida, de la que picoteaban como dos pájaros ávidos de alimento. Como aquel principio de primavera estaba siendo inusualmente caluroso, Livia y el emperador, protegidos con frescas ropas de lino, habían decidido cenar en la terraza, donde la brisa refrigeraba los cuerpos ayudada por enormes abanicos de pavo real, que dos esclavos movían suavemente tras ellos. Ante sus ojos, el extenso jardín de palacio desplegaba los innumerables matices del verde, oscurecidos por el atardecer. Para embriagarlos, se hallaba salpicado de exóticas plantas aromáticas traídas desde los confines del imperio, rosales de la Galia que regalaban su perfume, limoneros en flor y la penetrante fragancia del jazminero que trepaba hasta el mirador donde se encontraban, ayudado por un enrejado de madera.

“Tras el jardín, la ciudad de Roma.

“Las calles estaban llenas de ciudadanos que, finalizadas las tareas diarias, se dirigían unos a los diferentes templos para orar, otros rondaban las tabernas o lupanares que menudeaban por los distintos barrios y los más, se dirigían a sus casas para iniciar uno de los refrigerios más importantes del día, la cena.

“En aquellos momentos, Augusto acababa de recibir un correo

urgente desde Palestina, en el que Herodes "El Grande" solicitaba el permiso del emperador para ejecutar a su primogénito Antípater.

“La lectura del texto lo estaba inquietando. Al acabar de leer se dirigió a su esposa consternado:

“—No puedo creer que Herodes se atreva a pedir mi aprobación para algo tan repugnante.

“Livia sonrió mientras pensaba que la palabra repugnante, podía haberse utilizado en multitud de ocasiones para describir decisiones necesarias e imprescindibles, tomadas por su esposo con la voluntad de asegurar el buen funcionamiento del imperio.

“—Tan grave es, querido.

“—Quiere ejecutar a Antípater por intento de parricidio.

“—¡Pero si hace apenas una semana el propio Antípater nos traía el testamento de su padre, para que fuera refrendado por ti y guardado en nuestros archivos!

“—Exacto. Como mandan sus costumbres, al nombrarlo heredero se convierte automáticamente en rey corregente.

“—Entonces ¿qué necesidad tiene Antípater de matarlo, si ya es rey?

“—Exacto —repitió Augusto mientras releía el texto del mensaje.

“Livia desgajó un trozo de bizcocho, lo untó en miel y se lo llevó a la boca mientras recreaba en su mente la primera vez que vio a Antípater. Después de ser anunciado, se acercó hacia el emperador para entregarle regalos en su nombre y en el de su padre, y a la emperatriz, el hermoso rostro y el atlético cuerpo que avanzaba con paso seguro acompañado de gestos corteses, le pareció que pertenecía a un dios Apolo encarnado en un mortal.

“Toda la noche estuvo desplegando sus encantos en torno al joven rey, sin conseguir seducirlo

“En aquellos momentos, al recordarlo, volvió a sentir el mismo despecho que llenó su corazón entonces, y fue el resentimiento el que tiñó las palabras cuando le dijo a su esposo:

“—No nos precipitemos.

“—¿Qué quieres decir?

“—Que el viejo Herodes no es un estúpido. Debe tener razones importantes para semejante acción y por nuestra parte debemos apoyar a quien nos ha sido fiel. Desconocemos las intenciones de su primogénito.

“—Pero matar a un hijo es repugnante —insistió Augusto—. Además las pruebas a que alude son de lo más torpe, murmuraciones y anónimos. Nada concreto.

“—Más a mi favor, querido esposo. Y estoy pensando... —pareció reflexionar mientras las manos se movían inquietas sobre los manjares, escogiendo finalmente un entremés de pollo—, que no solo Antípater, también su hermano Herodes Filipo sea posiblemente ejecutado o desterrado. Les tiene miedo. Herodes El Grande se siente intimidado ante ellos. Son demasiado inteligentes, demasiado fuertes. Debe sentirse muy débil en este momento. Apostaría a que está enfermo. Lo más probable es que lo suceda el joven príncipe Arquelao y eso nos conviene. Creo conocerlo un poco, es estúpido e inconsciente, y estoy segura que no tardará en poner al pueblo judío en su contra. Habrá tumultos y rebeliones y tendremos la excusa perfecta para intervenir y poner Judea bajo nuestro control directo. Con Antípater como rey, ese supuesto se vuelve imposible, ya que su sabiduría y su prudencia lo harían fuerte, ante un pueblo judío que siente gran respeto por esas dos virtudes.

“—Eso no es todo ¿verdad, querida esposa? —Sonrió Augusto, acostumbrado a las maquinaciones de su mujer

“—No, Augusto, no lo es. En el fondo, ya que estamos hablando de este tema, te confesaré que desde hace algún tiempo, siento gran inquietud ante ese pueblo. No tengo nada en contra de ellos como nación, pero su religión, que adora a un solo dios al que nombran Jehová, consigue conversos de pueblos tan diferentes como el griego, el sirio, incluso algunos romanos. Además son inteligentes, dirigen siempre sus miras hacia extranjeros cultos o poderosos. En estos momentos, dentro de Palestina, no habitan más de tres millones de judíos, pero en el resto del imperio, Grecia y Roma incluidos, tenemos más de cuatro millones, de los cuales solo uno desciende de palestinos. Si no los paramos pronto, devorarán todos nuestros cultos religiosos. Convertirte al judaísmo te asegura entrar en su círculo de ayuda. Sentirte protegido ante cualquier eventualidad. Es increíble su forma de ayudarse unos a otros, de agruparse en cuanto alguno de ellos lo necesita. Esa es su fuerza y también lo que los hace peligrosos.

“—Después de oír tus insinuaciones estoy pensando seriamente

en convertirme en judío —rio Augusto, mientras se llevaba a los labios una copa de plata repleta de vino endulzado con miel y canela.

“—No creo que permitieras que nadie tocara tu hermoso prepucio, querido. Recuerda que la circuncisión es condición indispensable —rio esta vez Livia y enseguida la secundó Augusto.

“Poco después el silencio los envolvió.

“Todo había quedado decidido.

“En la cara de Livía la expresión era de placer. Se acarició con la mano derecha el pecho que llevaba al descubierto mientras apretaba suavemente las piernas en un gesto de intimidad. Amaba el poder y nada la complacía tanto como ejercerlo.

Barcelona — 5 de Junio de 2002 — 07 horas 30 minutos

Estiró al máximo los brazos hacia arriba y las piernas hacia abajo y luego lo destensó todo de golpe, se levantó, fue hacia la ventana y descubrió un día donde el sol de Junio maquillaba con su brillo calles y edificios. Desde la llamada de Julia, a la una de la madrugada, Juan había dormido de forma profunda y obcecada, negándose a soñar, concentrado en no dejar escapar nada que fuera contrario a un dormir apacible y reparador.

Se levantó antes de que sonara el despertador. Se dirigió hacia el cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente disfrutando del calor tibio que el agua transmitía a su cuerpo. Luego se encaminó hacia la cocina y abrió la luz. Se sentó en la única silla que hacía compañía a la pequeña mesa de fórmica y pensó en Julia, en la posibilidad de comprar otra silla para la cocina.

La sola idea lo sedujo.

Después, se preparó un almuerzo pantagruélico. Puso sobre la mesa casi todos los alimentos que se encontraban en el refrigerador, naranjas, unas fresas, mermelada de limón, queso brie, yogur natural, nueces, pasas, embutidos (jamón y chorizo ibérico) tomate, aceite, sal y pan de molde integral. Sacó del armario la tostadora y la instaló a su derecha. Faltaba la leche. La cogió también y tomó del cajón los cubiertos y de la vitrina un vaso. Estuvo dudando si freírse o no un par de huevos con un trozo de chistorra, pero finalmente optó por el no.

Se dirigió a la Jefatura Central de Policía, imaginándose la cara del subinspector Matas cuando le hablara del último descubrimiento de Julia. Parecía imposible que en pleno siglo veintiuno todavía

existieran privilegios concedidos por decreto más de ocho siglos atrás. Pero tal como le dijo Julia cuando fueron a comer por primera vez, el Barrio Gótico tenía más de dos mil años de historia, y en el interior de su perímetro cualquier cosa que imagináramos había sucedido ya.

Cuando entró en el despacho, Eleuterio Matas hacía más de una hora que lo estaba esperando sentado en su silla, repasando el periódico. En cuanto oyó el pomo de la puerta se volvió de inmediato, y sin dejar que Juan le transmitiera los buenos días empezó a hablar:

—¡Jefe, jefe, tengo un notición! —Su voz expresaba satisfacción y orgullo. —¡Vamos allá! —Contestó el inspector Torralba mientras se sentaba al otro lado de la mesa en su cómoda silla giratoria—. Soy todo oídos.

—¿Se acuerda de "El Canguelo"?

—¿No era aquel confidente que se agenció en el caso Seller—Ribalta?

—El mismo, buena memoria. Pues verá. Ayer tarde estaba siguiendo a Ferrán Diunó en otro de sus repetidos paseos por el gótico, como si en Barcelona no existiera nada más ¡Vaya tío más aburrido!...

—No divague Matas —le interrumpió impaciente Juan.

—Sigo. Pues entró en un bar de la plaza del "tripi"…

—¡George Orwell, Matas! —volvió a interrumpirlo.

—¡Cómo estamos esta mañana! ¡Vuelvo a empezar! Ferrán Diunó entró en un bar de la Plaza de George Orwell y al seguirlo descubro que en la barra, tomándose un cortado, está "El Canguelo". Al verme, creyó que lo estaba buscando y enseguida vino hacia donde me había sentado. Avisó a Julián, el camarero, que le llevara a mi mesa el "bikini" que había encargado y se acomodó frente a mí.

—¿Me explicará también si le puso mostaza al "bikini"?

—¡Qué poca paciencia, jefe! ¡Ya llego! ¡Ya llego! Sin decirle otra cosa que ¿Cómo te va Canguelo? me contestó: "Sé para qué has venido, el fiambre ese del Hotel Claris". Se me debió quedar cara de idiota, pero reaccioné rápido "¿Qué has oído?" le pregunté. "No gran cosa", me contestó, "pero parece ser que todos los números apuntan a una ejecución. Suena la Kamenskaya, pero solo son

rumores, no hay nada en concreto" "¡Joder Canguelo!" le dije "¡Noticias frescas se vende hielo! ¿Y se sabe quién pudo contratarla?" Me dijo que no había nombres concretos, que nosotros ya sabíamos como eran esas cosas. Se usan los móviles y nadie conoce a nadie, pero se hablaba de resolver un chantaje que le habían hecho a un alto ejecutivo de una multinacional o algo así. Le dije que por allí ya íbamos mejor y que tuviera el oído atento a ver qué más pescaba. Que me llamara enseguida con cualquier información aunque a él le pareciera una nimiedad.

—¿Está seguro de que entendió lo que significa la palabra nimiedad?

—Hoy vamos de listillo ¿eh? Bueno, qué le parece si nos acercamos los dos a ver a la Kamenskaya y la ponemos un poquito nerviosa.

—La idea es atractiva, pero vamos a esperar cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué?

—Porque esta madrugada, a la una, me ha llamado por teléfono Julia Cruells, y yo también tengo un notición que darle. Probablemente mañana, a última hora, tengamos en nuestras manos el diario de Irene Adell. Es casi seguro que está escondido en la iglesia de Sant Just i Pastor...

—¿Y qué demonios hace el diario en una iglesia? —le interrumpió el subinspector con cara de desconcierto.

—Es una larga historia, ya se la contaré en otro momento.

—Esa costumbre que tiene, de dejarme con la miel en la boca, cada día la llevo peor. ¡Qué le cuesta!

—¡No sea pesado Matas! Ya le he dicho que vamos a esperar. Me gustaría leerlo antes de seguir por el callejón sin salida que representan los asesinos a sueldo.

—Bueno, pues... mientras tanto ¿hace un "cafelito", jefe?

—Hace, me toca pagar a mí. Por cierto ¿quién está siguiendo a Diunó?

—"El Marcheta" Bueno...Fernando Agüera.

—¡Qué rápido bautizáis a la gente! ¡Pobre Fernando! ¡A saber cómo me deben llamar a mí!

—Alto secreto.

—¿Qué quiere decir alto secreto? A ver si voy a ser "El

Innombrable"

Eleuterio Matas guardó para sí la sonrisa que le estaba empezando a aparecer en el rostro, y se adelantó hacia la salida por el estrecho pasillo salpicado de puertas.

A esa misma hora, el despertador digital que Julia Cruells tenía sobre la mesita de noche, sonaba inclemente, adentrándose en el sueño como un rumor lejano que finalmente le anegó los oídos.

Abrió lentamente los ojos, canjeando la suave luz de su sueño, un atardecer vestido de naranjas y rojos, por la densa penumbra que se amontonaba silenciosa en la atmósfera de la habitación. Aquella noche, había compartido pesadilla con extrañas sombras que pululaban a su alrededor, semejando estuches de terciopelo gris que acunaban en su interior entes vacíos de vida, reclamando su parte del botín, la parte de él que les correspondía.

Escapó a la desazón recorriendo con la mirada los suaves perfiles del sillón, de la cómoda, del armario, de las mesitas de noche, mellizas eternamente separadas, de los objetos que la devolvían a un mundo conocido, seguro. Luego le llegó el calor de su cuerpo, la dulce suavidad de las sábanas modeladas por ella, la grata sensación de amparo que su contacto le transmitía y también le alcanzó el gusto amargo de la boca, recordándole lo abundante de la cena. Se repitió a sí misma, como tantas otras veces, que debería cenar más frugalmente.

Hacía calor.

Eran las nueve y veinte minutos.

Un minúsculo rayo de luz rasgó la penumbra, como un cirujano experto que dividiera en dos un cuerpo de aire. Por la pequeña línea, danzaban caóticas motas de polvo descubiertas en su intimidad.

Finalmente se decidió, apartó la fina sábana que la cubría, y recorrió descalza el camino que la separaba del lavabo, percibiendo con placer la frescura que le transmitía el suelo de pequeñas baldosas, dispuestas en perfectos dibujos geométricos.

Más tarde, en la cocina, se preparó un escueto desayuno compuesto por un vaso de zumo de naranja recién exprimido y se trasladó al pequeño estudio que se estaba construyendo en una de las habitaciones que daban a la calle Carbaça. Once muebles de estanterías repletas de libros cubrían tres de las cuatro paredes. La

mesa de trabajo la había colocado frente al balcón y en uno de los extremos descansaba un ordenador portátil, una tableta digital de dibujo Wacom y un escáner. El resto de la mesa lo ocupaban lápices de grafito y de colores, separados en vasos de vidrio desde las minas más duras a las más blandas, cajas llenas de acuarelas, pinturas acrílicas y docena y media de pinceles.

Tenía que entregar unos dibujos en tres o cuatro días y el retraso estaba empezando a ser significativo. Necesitaba pasarse todo el día trabajando si quería llegar a tiempo, además, a las cinco debía acercarse hasta Sant Just i Pastor para hablar con el párroco. Ahora entendía el mensaje de la estampa y por qué su madre escribió a mano, en el dorso, el nombre de Irene Adell, la hermana de su abuelo.

Se sentó en la silla giratoria de color rojo, y sacó del interior de la carpeta donde guardaba los originales, diez dibujos que ya estaban pasados a limpio y solo necesitaban iluminarse con color.

Se sintió cómoda.

Recobrar parte de la cotidianidad que había perdido aquellos últimos días le sentaba bien. La cena con Ferrán la había dejado más tocada de lo que estaba dispuesta a reconocer, durante las dos horas de conversación se descubrió a sí misma imaginando escenas familiares con los tres como protagonistas y haciéndose preguntas tales como ¿Se habría ido a vivir a México? ¿Se habría quedado Ferrán en Barcelona si ella se lo hubiera pedido?

Encendió la radio (siempre sintonizada en la misma emisora) y empezó a trabajar. A los pocos minutos, dentro de su cabeza no había espacio para nada que no fuera lo que estaba haciendo.

El mundo volvía a estar en su lugar.

Barcelona — 5 de Junio de 2002 — 17 horas 05 minutos

El callejón que nace en la calle Ciutat, y rodea la iglesia de Sant Just i Pastor hasta desembocar en la plaza de su mismo nombre, se hallaba solitario, desperezándose aun de la siesta, a la espera de los múltiples funcionarios del ayuntamiento de Barcelona que lo inundarían al finalizar la jornada laboral, para retirar su vehículo de la interminable hilera de motos que ocupaba la parte izquierda.

Julia agradeció el frescor que propiciaban los altos muros de la iglesia y de las viviendas situadas frente a ella, al negarles la entrada a los rayos de sol, aparcándolos en la parte alta de las edificaciones. La suave brisa, que anunciaba la presencia cercana del mar con un delicado olor a salitre, impregnó su respiración. Consultó el reloj digital que ahora llevaba siempre en la muñeca y que había pertenecido a su madre, equipado para ella con unos números enormes que propiciaban mejor la visión desde sus ojos cansados. Eran las 5.05. Otra vez un número "cap i cua". Se descubrió nerviosa, su madre le enviaba un nuevo mensaje desde el brumoso mundo de los espíritus. Se estremeció, le venía sucediendo desde que murió. Su madre los adoraba, eran su lotería: "No necesito dinero gracias a Dios, pero de cuando en cuando me siento complacida con estos pequeños mensajes que me envía el destino, recordándome lo afortunada que soy y seguiré siendo" le respondía a su hija ante la pregunta de por qué coleccionaba aquellos números.

En los días siguientes a la muerte, Julia había cogido todos los billetes de autobús, metro, entradas de cine, etc. que ella guardaba en la cajita de la suerte, y los había ordenado y pegado en un

hermoso álbum, cuya portada se engalanaba con una hermosa foto de Lucía mostrando veinte escasos años.

Todo empezó la primera noche, cuando volvió del velatorio. Se despertó dos veces sobresaltada, abría los ojos como fulminada por un rayo y lo primero que veía eran los números digitales del reloj de la habitación. La primera vez eran las 0.10 horas, le pareció insólito encontrarse con un "cap i cua" e intuitivamente saludó a su madre, como si supiera que durante aquel minuto, estaba acompañándola en la habitación. La segunda fue a las 5.55 de la mañana. Un leve escalofrío le recorrió la columna, mientras miraba ansiosamente por entre las sombras, esperando verla aparecer.

Desde entonces, pocas habían sido las noches en que no se hubiera despertado, para corroborar que su cuarto estaba iluminado de rojo con los predecibles "cap i cua". Pero en esos momentos eran las cinco y cinco de la tarde y por primera vez, su madre, se le manifestaba durante el día, justo en el momento de dirigirse a ver al párroco de Sant Just i Pastor.

Lo que la noche anterior había recordado Julia, era un privilegio concedido hacía siglos a aquella iglesia y que era conocido por la mayoría de personas nacidas en el barrio. Se trataba de una especie de archivo, donde se guardaban testamentos u objetos de valor a todos aquellos que quisieran depositarlos allí. Por lo visto la iglesia, y en su nombre el rector, gozan desde antiguo de un poder superior al de un notario, pues cualquier testamento depositado allí, invalida los existentes en el exterior, aunque sean posteriores al que se conserva en la iglesia. Este privilegio, que llega hasta nuestros días desde hace más de ochocientos años, fue otorgado por un Conde de Barcelona en agradecimiento al supuesto milagro que se llevó a cabo entre sus muros, y que supuso la salvación de cientos de ciudadanos al detenerse una epidemia de cólera.

El padre Amancio Guirao, parecía un hombre apacible que rondaba los sesenta y cinco años, y que le ofreció una mano sin fuerza dentro de un saludo protocolario que pretendía dejar sentadas las distancias que los separaban. Él era un hombre del señor, ella, una simple creyente. Puestas las cosas en su sitio, se sentó tras el despacho e invitó a Julia a que ocupara uno de los dos sillones que se hallaban frente a él.

—Tú dirás, hija ¿A qué se debe tu visita?

—Padre Guirao, estoy aquí por mi madre, Lucía Adell, que todas las tardes, hasta que murió hace un mes escaso, venía a oír la misa de ocho en esta parroquia.

—¿Tú eres la hija de Lucía? ¡Que agradable tenerte aquí! Fue una pérdida terrible. En más de una ocasión, cuando oficio, me acuerdo de tu madre y la encomiendo a María Santísima. Era una mujer extraordinaria. Bueno... que te voy a contar a ti que eres su hija.

—No crea padre, mi madre nunca dejará de sorprenderme. Yo desconocía hasta hace poco que asistiera a misa con tanta asiduidad. Toda la vida fue una especie de anarquista no practicante y siempre decía que no ejercía por mi padre, que cuando él faltara, el mundo se iba a enterar de quien era Lucía Adell-

—El mundo no sé, hija, pero yo, te aseguro que me he enterado en más de una ocasión. Sobre todo en las confesiones, que más que confesarla a ella parecía que estuviera confesando al mundo. ¡Qué gran discutidora era tu madre! ¡Y qué lúcida! Ha habido ocasiones en que, Dios me perdone, me ha hecho dudar. No puedes hacerte a la idea de lo mucho que la echo en falta.

Julia sonrió, al imaginarse a aquel hombre en manos de su madre. Le había extrañado mucho toda la historia de las misas y no acababa de entenderlo, pero el padre Guirao le describía un perfil que se acercaba mucho más a la madre que ella conocía. Decidió que ya era hora de hablar sobre el tema que la había llevado hasta allí y resolvió exponerlo sin rodeos.

—Verá, padre, antes me ha preguntado por qué me había acercado hasta esta iglesia, y la respuesta es que vengo a ver si mi madre dejó aquí, en fideicomiso, su testamento.

—Sí, hija mía, y lo hizo dos o tres días antes de morir, como si hubiera intuido el final. Me entregó una hermosa caja de madera labrada y un sobre a tu nombre, y me hizo prometer que si tú no venías a buscarlo quedaría en la parroquia hasta que Dios decidiera lo contrario. Bajo ningún concepto debía avisarte de cuanto se hallaba aquí. Si quieres puedo enseñarte el papel en el que le hice firmar las instrucciones, porque no quería que se pudiera pensar que intentábamos apoderarnos de ello.

—No hace falta padre, en absoluto. Entiendo el comportamiento

de mi madre. Es coherente con ella y con los hechos que están rodeando a nuestra familia desde su muerte. Le ruego que me devuelva todo lo que le entregó. Y le agradezco sinceramente que cumpliera al pie de la letra sus indicaciones.

—Me alegro de que me digas eso, porque así no me sentiré incómodo cuando te pida el carnet de tu madre y el tuyo. No puedo entregarte nada sin esos documentos. Son también sus instrucciones.

—Ya he imaginado que me pediría algo así, padre. Aquí tiene el carnet de mi madre, el mío, y si quiere también puedo enseñarle el Libro de Familia, su partida de nacimiento y la mía —dijo Julia mientras iba sacando todos los documentos de un sobre cerrado que sacó del bolso.

El padre Amancio examinó los documentos que le entregaba y después de comprobar que todo estaba en orden, se levantó con dificultad del sillón, se acercó a un enorme armario de caoba maciza situado a la izquierda, bellamente decoradas las puertas con motivos florales de estilo modernista, y abrió los tres cerrojos que lo sellaban herméticamente. Del interior sacó la caja y un sobre que reposaba encima de ella. El nombre de Julia Cruells Adell, venía referenciado en él.

Barcelona — 5 de Junio de 2002 — 14 horas 30 minutos

Javier y su padre almorzaron aquel día en un restaurante cercano al Borne, y aquella comida la percibió él con tristeza, como una ceremonia de despedida. El lugar era agradable, diáfano y la cocina estaba considerada como una de las más atrevidas de Barcelona. Pidieron el menú degustación para ambos, y se prepararon para conducir hasta el límite, vista, gusto y olfato. Contrariamente a otras ocasiones, Ferrán Diunó alimentaba el silencio, y solo palabras de aprobación o curiosidad, sobre los alimentos que les iban sirviendo con esmerada exquisitez, llenaban la conversación.

El cambio ocurrió de improviso, después de un delicado "carpaccio" de buey, relleno con foie, y aliñado con una vinagreta a las finas hierbas. Fue como si un clic hubiera disparado algún resorte oculto en el interior del cerebro de Ferrán Diunó. Un vómito de recuerdos se abrió paso y empezó a hablar de su abuelo, de cuánto había representado para él y de lo mucho que Javier se lo recordaba. Cuando llegó el café, preludio del final, sacó del bolsillo un paquete alargado, empaquetado cuidadosamente, que ofreció a Javier con unas palabras en las que se leía la emoción, la ternura y una infinita nostalgia:

—Lo que encuentres dentro de este envoltorio perteneció a tu bisabuelo, y con ella escribió casi toda su producción literaria, pero antes que él, la poseyó una persona a la que amó siempre. Te estoy hablando de Irene Adell. Estoy seguro de que ella y mi abuelo han sido los que, desde el lugar en que se encuentren, han urdido todo este rompecabezas trágico, para devolverme lo que moralmente no

me atrevía a reclamar.

Javier rasgó el papel y abrió el estuche de piel negro que se encontraba en su interior. Una pluma estilográfica antigua, capuchón y plumilla de oro, restaurada con minuciosidad y precisión, apareció como un objeto mágico ante él.

Se le antojó un talismán que llegaba a través del tiempo, para ayudarlo en aquellos momentos de dispersión y dudas sobre sí mismo y su capacidad creativa. No se sentía dotado absolutamente para nada, pese a la postura segura y fuerte que solía adoptar frente a los demás. Le parecía una presunción rayana en la estupidez, suponer que poseía el talento suficiente para llevar adelante un proyecto tan creativo y multidisciplinar como una película. Pero "los dioses", habían hecho llegar hasta él, el objeto mágico que dispersaría las brumas y le permitiría crear su primer guión. La pluma de Alberto Diunó que en su día perteneció a Irene Adell. La misma que había escrito el famoso diario de tapas rojas que su madre recogería aquella tarde, si su intuición no le fallaba, de manos del párroco de Sant Just i Pastor.

Todo esto, lo tenía sumido en un estado de gracia difícil de describir. Mientras volvían paseando hasta la calle Avinyò, Ferrán Diunó se paró un momento y Javier percibió como los ojos de su padre se llenaban de lágrimas. Se quedó quieto, intuyó que algún rescoldo quemaba todavía su interior sin atreverse a salir. De pronto las palabras brotaron como un geiser:

—Fui un cobarde, Javier, un cobarde y un hijo de puta, un cabrón que huyó dejando a tu madre sola. El miedo me colapsó, el miedo y la angustia cubiertos por un egoísmo sin límites. De repente tenía que hacerme cargo de una familia, todos mis sueños de viajes y aventuras quedaban quebrantados ante la responsabilidad que tu llegada exigía de mí, y me mentí, culpé a tu madre por querer retenerme a su lado valiéndose del embarazo, la taché de egoísta, la acusé de pensar solo en ella. Le volqué, como a un espejo, toda mi mierda. ¡A ella! No me contestó, no me dijo nada, solo dio media vuelta y se alejó de mí sin volver a dirigirme la palabra. Yo aproveché el valor de tu madre para huir, era lo más fácil, mi casa, mi país, estaban separados de Barcelona por un océano.

Mientras sacaba su pañuelo, inmaculadamente blanco, del

bolsillo trasero del pantalón, Javier se abrazó a él y sintió como los brazos de su padre le rodeaban poco a poco, como si fuera un objeto muy frágil que temiera romper. Se quedaron quietos, juntos, durante un buen rato. Ferrán con la sensación de haber expulsado parte de los demonios que le habían lastrado la vida, Javier, incapaz de reprocharle nada, vencido por la sinceridad que lo dignificaba ante sus ojos. Consciente del momento en el que sucedió todo, cuando su padre tendría más o menos su edad.

En el silencio de las noches posteriores a su llegada, Javier se había hecho a sí mismo, en más de una ocasión, la pregunta de cómo habría reaccionado él en idénticas circunstancias. Las primeras veces quedaron sin respuesta, hasta que finalmente fue capaz de aceptar, no sin cierta sensación de vértigo, de vacío en el alma, que probablemente hubiera reaccionado igual.

Luego fueron caminando hasta la calle Fernando y Javier se paró en la papelería para comprar tinta y un cuaderno en el que empezaría a redactar su próximo proyecto. Al llegar a casa, ayudado por las explicaciones de su padre, llenaron el depósito y él se dispuso a escribir.

Con gran solemnidad, anotó dos nombres en la primera página del cuaderno: Alberto Diunó e Irene Adell, debajo, por primera vez, Javier Diunó Cruells.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

El viaje fue largo y pesado. María y los dos criados que la acompañaban, pernoctaron en los pueblos de Beth Zur y Dora y el sol empezaba a teñir de rojo el aire cuando avistaron Ain-Rimmon. La casa de su tía era una imponente mansión con muros de piedra que la protegían. Un exuberante jardín con altas palmeras y frondosas higueras daban la bienvenida a quien lo atravesaba procedente del exterior, franqueando la puerta de madera bellamente ornamentada.

"Al conocer quién era aquella hermosa mujer, Isabel experimentó una alegría incontenible. Según le confesó más tarde a María, Ana era la hermana preferida y se sentía muy satisfecha de tener como huésped a su hija, en la que ella calificó de humilde morada. Isabel estaba embarazada, era algo mayor para ese estado y la salud no la acompañaba. Tenía que guardar cama en muchas ocasiones y pocas veces le estaba permitido salir de casa, por lo que la compañía de su sobrina vino a transformar su monótona vida. Hablaban incansablemente de cualquier tema, por pueril que éste pudiera parecer. Así que cuando llegó el mensajero de Simón de Alejandría, Isabel supo que estaba a punto de perder la culta e inestimable compañía de la hija de su hermana.

"Tres veces había contemplado la luna llena, antes que el enviado de Simón se presentara en casa de su tía Isabel. Contrariamente a lo que siempre supuso que sentiría con la llegada de un emisario, el corazón se le contrajo de aflicción como si ya conociese las terribles noticias de las que era portador.

“El hombre, uno de los criados que asistió a su boda en el desierto, apoyó una rodilla en tierra ante la presencia de la que sabía su reina, bajó la cabeza y empezó a transcribir con la voz cuanto le había sido referido: “Antes de empezar, debo pediros en nombre de mi señor Simón de Alejandría, que llenéis vuestra alma de fortaleza, pues las noticias que debo comunicaros no pueden estar más teñidas de infortunio. Por falsas injurias destiladas desde el alma depravada de nuestro actual rey, Herodes El Grande, vuestro esposo, el rey Antípater, su primogénito, ha sido juzgado y condenado a muerte por supuesta conspiración contra su padre, que lo acusa de intentar envenenarlo. También se ha divorciado de su esposa, la reina Doris, y la ha desterrado del país, imputándola estar al tanto de lo que tramaba su hijo. De igual forma, ha despojado del cargo y de todos los privilegios, a vuestro tutor, el sumo sacerdote Simón de Alejandría, que tendrá que abandonar el país en un mes, condenado también al destierro. Por todo cuanto os he referido, me ha sido ordenado que os acompañe hasta Emaús y os confíe a José de la casa de David, el tratante de maderas, para que se lleve a cabo el matrimonio con vos, mi reina, y podáis dar a luz dentro de la legitimidad, amparada por la estirpe a la que pertenecéis. Nada se ha dicho de la unión con el rey Antípater, para salvaguardaros y poneros a cubierto de la furia de Herodes, que podría intentar daros muerte a vos y al hijo que se alberga en vuestro vientre.

“María se había apoyado en su tía, que escuchaba atónita al mensajero y gracias a ello no cayó al suelo desmayada. Isabel la sujetó a tiempo, desplazándola con ayuda del hombre hasta un sillón cercano. Sintió una inmensa ternura al contemplar aquellas facciones suaves y armoniosas, que acababan de irrumpir en la juventud, entintadas por el blanco inmaculado de la nieve, y rezó a su Dios para que le insuflara las fuerzas necesarias que la permitieran transitar el cúmulo de dificultades que se perfilaban en su horizonte.

“Aconsejada por la hermana de su madre, partió de inmediato hacia Emaús por el camino más recto aunque más peligroso, solo había una ciudad entre los dos puntos Cocheba, el resto se hallaba ocupado por el desierto.

“Una semana más tarde de los hechos acaecidos y después de haber pasado el día en casa de su hijo mayor jugando y

deleitándose con sus nietos, volvía José a su casa disfrutando del tibio frescor que llenaba la noche de suave aroma a jazmín.

De entre las palmeras próximas a la puerta, surgieron tres sombras que se acercaron a él con paso vacilante. Un hombre y dos mujeres se perfilaron ante sus ojos iluminados por la luz hechizada de la luna llena. Un estremecimiento paseó su columna, la piel se le erizó y un sudor frío empezó a transpirarle a través de las manos.

"Oyó como el varón lo llamaba por su nombre y contestó con un saludo. Entonces una de las mujeres, casi una niña, se adelantó hacia él y se dio a conocer:

"—Mi nombre es María, hija de Joaquín y Ana, soy vuestra prometida por deseo expreso de Simón, sumo sacerdote del Templo.

"Los ojos de José se llenaron de un brillo suave que tranquilizó a María y le dio fuerzas para continuar.

"—Vengo para cumplir el contrato que se ha establecido.

"José guardó silencio por unos momentos, pues había advertido la gravidez de su vientre y estaba intentando entender cuál era la situación. Finalmente dijo:

"—El contrato está firmado, pero aún no se ha hecho el pago a tu custodio y vuestro estado me procura el derecho a invalidarlo…

"No pudo continuar hablando, porque María se arrodilló a sus pies.

"—Mi señor, sé por Simón que sois el hombre más generoso y honesto de todo Israel, líbranos por piedad a mí y a mi hijo de la muerte.

"José se sintió abrumado y mientras la ayudaba a levantarse le dijo:

"—¡Jehová me ayude a ser justo! Me habláis de la muerte y esa es una palabra terrible ¿Tan espantoso es vuestro pecado?".

"María fijó en él los ojos y depositó en ellos toda la sinceridad que acumulaba mientras le respondía:

"—Debéis creerme cuando os digo que estoy limpia de toda culpa. Son las circunstancias adversas y terribles que en estos momentos me poseen, las que me han hecho venir hasta Emaús. Mi hijo, que será tu hijo a los ojos del mundo, no ha sido engendrado en el pecado.

"—¿Quién es entonces el padre? —le preguntó perplejo.

"—No me está permitido decirlo por ahora, debo mantenerlo en

el más absoluto de los secretos, pero Simón de Alejandría ya ha dispuesto todo cuanto debe hacerse, seguro de vuestra generosidad.

"—¿Y qué es ello? —dijo, rendido José ante lo que su instinto y su larga experiencia de vida le anunciaban como imponderables.

"María no tardó en responder como si declamara una lección largamente aprendida.

"—Deberéis entregar lo antes posible el dinero de la novia a Simón, pues en pocas semanas partirá hacia el destierro a que lo ha condenado el rey Herodes. Él lo depositará en el Templo y anotará en los libros la cantidad facilitada antes de marcharse, y vos deberéis firmar el contrato de matrimonio que se guardará en el Templo para que quede legalizada nuestra unión.

"—Aunque mi intención es ayudarte, y mañana mismo viajaré hasta Jerusalén para entrevistarme con Simón —argumentó José— ¿Qué diré a mis hijos y a mis vecinos? ¿Cómo me libraré de las murmuraciones?

"Una sonrisa apenas dibujada, iluminó el rostro de su prometida, quien dirigiéndose a Shelom, la criada que se hallaba tras ella, la exhortó a que relatara para José cuanto le había sugerido durante el viaje.

"—No es necesario que digáis nada mi señor, confío plenamente en la curiosidad de vuestros criados, quienes a buen seguro me hartarán a preguntas. A todos referiré la misma historia. Daré a entender que siendo vos un hombre viudo que ya ha repartido la herencia entre todos sus hijos, pudiendo estos aposentarse en casas propias con sus familias, os sentíais solo, y para aliviar vuestra soledad decidisteis casaros en secreto con mi ama. Que evitabais traerla a Emaús porque temíais las burlas de vuestros vecinos por haberos casado con una muchacha tan joven, así que la instalasteis en la casa que poseéis en Jerusalén, junto al muro, la que utilizáis durante vuestras visitas para celebrar las fiestas que marca la ley, pero al quedar embarazada, habéis decidido traerla hasta aquí.

"—En verdad que tu ingenio es digno de un narrador de cuentos —rio José de forma espontánea—, me habéis convencido plenamente ya que mi honor queda del todo salvaguardado. Y ahora, por favor, entremos, os lo ruego, si no queréis que el relente de la noche humedezca nuestros huesos.

"No tardaron más de dos días en partir hacia Jerusalén donde

Simón de Alejandría los esperaba impaciente. En cuanto atravesaron los muros de la ciudad se dirigieron al templo para entregar los siclos acordados y finalizar el contrato matrimonial.

"En cuanto la ceremonia hubo concluido, el todavía sumo sacerdote se acercó a María y José para recordarles que, cuando ella estuviera a punto de dar a luz, debían viajar hasta Bethlehem, el lugar exacto donde, según las profecías, tendría lugar el nacimiento.

"En los últimos cuatro mil años del calendario judío, justo al finalizar cada milenio, habían ocurrido acontecimientos determinados por ellos como trascendentes. El primero finalizó con Enoc el Perfecto, el guardián de los libros, que fue arrebatado al cielo en vida. El segundo quedó marcado por el pacto que Abraham estableció con su Dios y el tercero, por la solemne ofrenda que el Rey Salomón le rindió, la construcción del primer Templo de Jerusalén.

"Se acercaba el final del cuarto y las profecías dejaban muy claro cuál debía ser el acaecimiento. La llegada del "Mesías", del "Elegido", el rey-sacerdote que los uniría y los liberaría para siempre de nuestro dominio. Nacería en Bethlehem y sería heredero legítimo de la estirpe del Rey David.

"Según lo prometido a Simón por José y María, al finalizar el octavo mes de embarazo emprendieron, con la lentitud que reclamaba su estado, el viaje hacia Bethlehem y se hospedaron en casa de unos amigos de José.

"Por aquellos días se celebraba una feria en aquel lugar y el hogar donde pretendían hospedarse estaba repleto por la visita de hijos y nietos, así que, de acuerdo con las costumbres nómadas, los alojaron en el establo. Extendieron sobre la paja alfombras de lana que cubrieron con limpias sábanas de lino blanco y les dieron mantas para guarecerse del relente de la noche. Al fondo del establo habían sido relegados, un buey y una mula, ocupantes cotidianos del lugar, que miraban con mortecinos ojos, como una cerca de madera limitaba sus movimientos.

"El parto acaeció la séptima noche desde su llegada y varias mujeres de la familia ayudaron a María a dar a luz. Todo transcurrió con total normalidad y nadie entendió las lágrimas de la joven madre, que se deshacía en llanto mientras apretaba contra su pecho al hijo de Antípater. José se arrodilló y la rodeó con sus

ancianos brazos, consciente de los recuerdos que en aquellos momentos debían habitar su memoria. El amanecer los encontró abrazados, rendidos por el sueño, solo el bebé se removía inquieto a la espera del alimento que su instinto le prometía. El sol lo saludó con vivificantes rayos y el pequeño cuerpo se relajó acariciado por el suave calor de la luz.

“Después de unas semanas en las que María se recuperó y el niño se hizo más fuerte, volvieron todos a Emaús.

Barcelona — 5 de Junio de 2002 — 18 horas 40 minutos

Javier y su padre estaban enfrascados con la pluma estilográfica cuando sonó el timbre. Acudió Ferrán, que abrió la puerta en la seguridad de encontrarse con Julia, pero ante sus ojos aparecieron el inspector Torralba y el subinspector Matas. El gesto de la cara no les pasó desapercibido y Juan se apresuró a disculparse:

—Hola, sentimos molestar. Intuyo por tu expresión que Julia todavía no ha vuelto.

—No.

—¿Podemos pasar? —se obligó a decir Juan, algo crispado por la sequedad de Ferrán.

—Julia está ausente y esta no es mi casa, espero que lo entiendan. Lo que puedo hacer es decirle a ella cuando regrese que les llame a ustedes. Disculpen —y cerró la puerta de forma delicada pero implacable, ante los irritados ojos de los dos hombres.

Ferrán había intentado hacerse cargo de que aquel hombre, Juan Torralba, era en aquellos momentos quien ocupaba el corazón de Julia, pero era incapaz de conseguirlo, los celos habían empezado a destilarse el día de la llegada, y el poso empezaba a superar los niveles tolerables.

Media hora después llegaba Julia. Al oír girar la llave en la puerta Javier gritó.

—¿Eres tú mamá?

—¿Quién hay, además de ti, que tenga llave? —contestó Julia Cruells, con un tono desapacible que alertó a los dos hombres.

La molestaban de forma especial las preguntas retóricas y su hijo lo sabía, se dijo a sí misma para justificarse, pero enseguida se

arrepintió, la realidad era que los nervios la estaban desestabilizando, sentía las manos húmedas y los labios resecos.

Javier se levantó y se dirigió con prisa hacia el recibidor, intuyendo el desasosiego en la voz de su madre.

—¿Estás bien?

—Estoy un poco nerviosa, hijo. Juan tenía razón, tu abuela había guardado en Sant Just todo lo que tu padre había traído desde México.

—Entonces tienes el diario.

—Está en una bolsa de terciopelo rojo dentro de esta caja de madera —le contestó a su hijo mientras se la mostraba.

—¡Qué pasada! ¡Qué fuerte! ¿Puedo verlo?

Julia se la entregó y Javier se dirigió con ella al comedor, donde su padre aguardaba sin decidirse a intervenir. Finalmente se dirigió a Julia.

—¿Le entregarás el diario a la policía?

—No lo sé, Ferrán, primero quiero leerlo.

—Esos policías, Juan Torralba y Eleuterio Matas, han estado aquí no hace ni treinta minutos. Dudo mucho que se conformen.

—Pues tendrán que hacerlo.

—Mamá, es posible que se presenten con una orden judicial, no puedes negarte.

—¿Qué quiere decir "no puedes negarte"? Yo no tengo que negar nada, he de hablar con Juan y decirle lo mismo que a vosotros. Primero quiero leerlo.

—¡Pero mamá...!

—Cerremos el asunto Javier, no estaba segura de encontrar el diario en la iglesia, pero de quien sí estoy segura es de Juan Torralba. Además de policía es… —titubeó décimas de segundo—, un amigo.

¿Por qué no se atrevía a verbalizar ante Ferrán y su hijo los sentimientos que despertaba Juan Torralba en ella? ¿Por qué disfrazaba su relación con la palabra amigo? ¿Hubiera sido igual sin estar Ferrán presente? Se llenó de preguntas y dudas que aparcó decidida en un rincón del cerebro, porque la prioridad, en aquel momento, era el diario, y no quería contaminar su ánimo.

Mientras hablaba, sacó el móvil del interior del bolso, lo desbloqueó, y pulsó los dígitos que la pondrían en comunicación

con el inspector. El aparato sonó repetidamente y al final saltó el buzón de voz, Julia Cruells dudó unos instantes, pero finalmente dejó el mensaje con voz clara y segura.

—Juan, soy Julia, tenías razón, el diario estaba en Sant Just. No voy a entregártelo sin leerlo antes. Sé que lo entenderás. Te llamaré en cuanto lo acabe, y te diré si hay en él alguna justificación para la muerte de Scacs. Después decidiremos qué hacer.

Bloqueó de nuevo el aparato y se dirigió a su hijo.

—Quiero pedirte un favor, la habitación de Irene era la que tú estás ocupando ahora. Me gustaría leer el diario en el mismo lugar que fue escrito. Si se hace muy tarde, te vas a dormir a mi cuarto.

—Vale, pero déjame ordenarlo, no esperaba recibir visitas — Javier calló durante unos segundos, dudando en decirle a su madre lo injusta que había sido con él, pero finalmente siguió hablando—. Mamá, en ningún momento he puesto en duda la buena voluntad de Juan contigo, pero tienes que admitir que no está solo en la policía, hay agentes como Eleuterio Matas que van totalmente a su rollo y que no respetan nada que se interponga entre él y la resolución del caso que están investigando. Eso es lo que intentaba decirte antes.

—Perdona, Javier, tengo el cuerpo raro y parece que mis sentimientos se estén centrifugando dentro de él. Yo no voy a cenar, creo que en la nevera queda algo de este mediodía...

—No te preocupes Julia —la interrumpió Ferrán Diunó—. Javier y yo nos vamos a tomar una pizza a La Verónica —y volviéndose hacia su hijo le preguntó— ¿Te parece?

—Vale, me parece genial —y dirigiéndose a su madre—: Mamá, con todo este follón no te he enseñado lo que me ha regalado papá. ¡Es una pasada! Ven, mira —y estirando del brazo a su madre la condujo hacia la parte de la mesa donde descansaba la pluma.

—¡Es bellísima! —Y levantando los ojos hacia Ferrán, abocó en ellos todo el agradecimiento y la complicidad que en aquel instante sentía — ¡Qué hermoso regalo!

Él sonrió tímidamente. En ese momento su deseo habría sido abrazarlos, porque la necesidad de sentirlos suyos se hacía cada vez más apremiante.

—Pues no te lo pierdas —siguió Javier—. Antes de pertenecer al abuelo de papá, era de Irene Adell. O sea, el diario que te han entregado hoy, estuvo escrito con esta pluma. ¿A que es para no

creérselo?

Julia acarició con cariño la cara de su hijo y luego lo abrazó. Mientras lo hacía se fijó en la libreta abierta que descansaba sobre la mesa algo más allá de la pluma y también en los nombres que, con esmero, se hallaban reseñados en la primera página. Sus párpados se cerraron al leer Javier Diunó Cruells.

Cuando Ferrán se despidió de Julia, un ligero e imprevisto movimiento hizo que el beso dirigido a la mejilla derecha, rozara la comisura de los labios, fue solo un segundo pero la dejó inquieta. Su presencia, pensó, la estaba perturbando más de lo que en un primer momento quería reconocer.

En la soledad del cuarto que un día perteneciera a Irene Adell, Julia se acomodó en la cama dispuesta para empezar a leer cuando el móvil que había guardado en el bolsillo de la falda empezó a sonar. Durante tres segundos contempló el número que aparecía en pantalla.

Era el inspector Juan Torralba.

Lo colocó bajo la almohada para ahogar el sonido e intentó olvidarse de él.

Como si de un objeto sagrado se tratara, Julia rescató del interior de la bolsa de terciopelo el diario de tapas rojas que había pertenecido a la hermana de su abuelo. Era muy hermoso, la seda, de un rojo sangre, estaba salpicada de rosas que se habían bordado con exquisitez en el mismo tono. Los cantos del grueso de papel, como en muchos libros de la época, se hallaban ennoblecidos por un color dorado que el tiempo había oxidado en algunas zonas. El tacto era suave y frío, Cuando lo acarició se sintió en comunión con Irene Adell, como si un puente invisible le hubiera permitido atravesar sin dificultad los cien años que la separaban de ella.

Empezó a leer.

Barcelona - Julio de 1909

Miércoles, 7

Esta mañana padre se ha entrevistado de nuevo con Andrés Domènech y su nerviosismo era bien patente. He intentado preguntarle pero me ha contestado como nunca lo había hecho, a gritos, terriblemente enfadado, como si yo tuviera la culpa de algo.

Me ha recordado que el bufete perteneció a su padre y él lo había heredado para aumentar el prestigio, no para jugar a moderneces. Yo estaba trabajando allí contra su voluntad, debido a mi tozudez y a la de mi madre, que Dios sabe por qué peregrina razón se habría puesto de mi parte ignorando mi condición de mujer y mi posición, que conlleva deberes sociales que descuido totalmente. "En su momento lo dejé muy claro", me ha dicho, "en el despacho yo no soy tu padre sino tu jefe, estás en un bufete de abogados donde la mayoría de las veces se tratan problemas sumamente delicados, así que tú misma, si quieres seguir trabajando, compórtate como cualquier otro de mis empleados".

Me ha prohibido que vuelva a entrar en el despacho sin llamar antes a la puerta para pedir permiso, bajo ninguna circunstancia.

Está claro que algo grave pasa, pero preguntando solo conseguiré irritarlo más. Tendré que pensar la manera de llegar hasta el archivo del señor Domènech, aunque es

probable que con tanto misterio lo tenga guardado en la caja fuerte y desconozco la combinación. También pienso que podría decírselo a mi hermano. Él trabaja con Arturo Vilá y es posible que sepa alguna cosa del tal Domènech. Hay algo en él que me da escalofríos, no es agua clara.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Jueves, 8

Esta tarde he hablado con mi cuñada Marta y hemos acordado que el viernes por la noche, después de las clases de esperanto que imparte en el comedor de su casa, podríamos cenar y hablar de padre. Admiro mucho a mi cuñada. Su posición, aunque no es desahogada, sí le permitiría llevar una vida social con normalidad, pero ella prefiere trabajar, implicarse políticamente. Cuando he llegado, acababa de regresar de un Congreso Internacional de Esperantistas que se celebraba hoy en Barcelona, donde ha presentado una ponencia con bastante éxito. La verdad es que estaba radiante. Me ha recordado a la misma Marta que se fundió conmigo en un fuerte abrazo cuando le conté mi decisión de trabajar en el bufete.

Padre la culpa de que mi hermano se haya alejado tanto de nosotros, pero yo no lo veo así, Jordi salió de casa cansado de enfrentarse a él, de discutir hasta el agotamiento intentando que respetara sus ideas. Cuando al acabar la carrera de abogado le invitó a compartir el bufete, Jordi le dio las gracias, pero le dijo que no. Trabajaría para Arturo Vilá, ya habían acordado las condiciones.

Fue una noche terrible y no por la furia o la ira, que quedaron para siempre prisioneras en nuestro interior, sino por la total ausencia de enfrentamiento. Padre no le dijo ni una palabra más, no le insistió ni una sola vez, se levantó en silencio de la mesa, se dirigió a su despacho y cerró con un fuerte portazo. No volvió a salir aquella noche.

Jordi se quedó sentado, con la mirada fija en la nada, tardó una eternidad en volver los ojos hacia mí. El inmenso vacío con que se había llenado el comedor al salir padre, se reflejó en ellos. Sus labios se esforzaron por dibujar una sonrisa al decirme: "¿Tú tampoco quieres verme más?".

Corrí a abrazarlo fuerte, fuerte, fuerte, no podía imaginar la vida sin mi hermano y sabía, sin ninguna duda, que después de lo ocurrido, él abandonaría la casa. Nunca creí que padre pudiera hacerme tanto daño. En un momento mi mundo se había venido abajo. Yo estaba esperando con gran ilusión que Jordi se casara y Marta viniera a vivir con nosotros ¡Esta casa es tan grande! ¡Hay sitio de sobra! Cuando hubieran nacido mis sobrinos, yo también los habría cuidado y todos disfrutaríamos con sus risas. Han pasado cinco años, pero no soy capaz de olvidarlo. Fue la primera vez que vi llorar a madre, en silencio, sin una palabra, solo el dolor que resbalaba lentamente por sus mejillas.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Viernes 9

Mi hermano cree que la combinación de la caja fuerte son las fechas en que nacimos todos nosotros. Recuerda haberlo oído hace tiempo. Es muy probable, porque desde luego padre no es el hombre más original del mundo. Si no recuerdo mal sería: 27-26-11-16. El domingo intentaré abrirla. Le he hablado a Jordi del señor Domènech y cree saber quién es, aunque no está seguro. Investigará y me dirá algo. Ha intentado calmarme la angustia que me produce la actitud de padre en este momento, asegurándome que no era culpa mía, que padre es una persona egoísta y que él recuerde, su prioridad ha sido, desde siempre, el poder. Le ha dolido mucho el hecho de que me hablara en la forma que lo hizo, le ha parecido indigno y humillante. Marta no se lo podía creer. A mí, la verdad es que no me parece tan terrible. Padre estaba

nervioso, fuera de sí, no creo que quisiera hacerme daño. Por la noche, se le notaba incómodo, apenas me miró durante la cena. Yo creo que estaba arrepentido pero su orgullo le impedía disculparse. Debió pensar que su autoridad quedaría mermada.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Sábado 10

Esta mañana, al recoger el periódico para padre, he visto a Pablo, el hijo de la portera, sentado frente a la mesa en el minúsculo comedor sin ventanas de la portería. Las piernas habían huido del suelo hasta los travesaños altos de la silla, encontrando refugio entre los brazos que las rodeaban protectores. La cara reposaba sobre las rodillas. Me ha parecido que intentaba ocupar el mínimo espacio, fantaseando con la posibilidad de desaparecer si conseguía llegar a encogerse lo suficiente. Su madre ha salido enseguida con los ojos enrojecidos y el periódico en la mano. Han decidido movilizar a la brigada de Barcelona, y Pablo, como tantos otros reservistas, deberá abandonar a su mujer y a sus dos criaturas para irse al conflicto del Rif.

Dos reales de rancho, tres perras grandes de plus y tres perras chicas de sobras, es todo lo que obtendrá cada día por jugarse la vida. Al explicármelo, Berta ha acabado deshecha en llanto, mientras Pablo se levantaba cansinamente y la abrazaba intentando consolarla. Pero poco consuelo habrá para la pobre Berta, que tendrá que hacerse cargo de tres bocas más y darles techo en un espacio donde apenas caben ya ella, su marido, su hija y su nieto, porque el yerno ya partió para Marruecos hace casi dos semanas.

Dos noches atrás lo discutí con padre ¡Se están equivocando tanto! Parece que no se den cuenta del ambiente que se respira, todo el mundo está indignado. Lo cierto es que nunca creí que se atrevieran a sacar tropas de Barcelona. "La ciudad de las bombas" leí que la

llamaban en el extranjero después del alarmante diluvio de artefactos que estallaron en Abril y Mayo.

Desguarnecer Barcelona es una imprudencia que puede costar muy caro. Es cierto que parece haber una tregua, que hasta la huelga de la brigada municipal de cloacas discurre sin aparente conflictividad y es muy probable que la solución llegue de forma pacífica y rápida, pero ¿y la miseria atroz que existe? Con todos esos inmigrantes que llegan en oleadas incesantes desde Murcia, desde Andalucía, desde pequeños pueblos castellanos o aragoneses, la gente está al límite y Dios nos libre en el momento que lo sobrepasen.

Padre me miraba como si no pudiera creerse que tuviera opinión sobre el asunto y enseguida acusó a mi cuñada de haberme sorbido el seso. Es cierto que cada vez tengo conversaciones más largas con Marta y no puedo negar que es una buena escuela, pero con ella también discuto, es más, cada vez me resulta más gratificante discutir ¡me encanta! ¡incluso pongo en duda lo que dice el periódico! Hace unos meses no se me habría ocurrido pensar que lo que estaba en letra impresa no fuera algo sagrado e inamovible, algo que solo personas sumamente inteligentes y capacitadas podían ejecutar, escribir era como un don inalcanzable al que yo nunca tendría acceso. Pero Marta, en una de nuestras discusiones, me contestó con una frase que puede parecer obvia, pero a mí, me iluminó el cerebro.

Irene, por favor, me dijo, que los diarios y los libros no se hacen solos, hay hombres y mujeres detrás, hombres y mujeres que pueden estar equivocados. Fue un momento fantástico, en décimas de segundo el mito se me deshizo en mil pedazos. De regreso a casa entré en la papelería de la calle Fernando y te compré. Un hermoso diario con tapas de seda roja. Deseaba escribir, sacar de mi interior todos esos pensamientos que no puedo contarles a Tatá o a Merceditas aunque sean mis mejores amigas.

La primera noche que estuve contigo, al releer lo que

había escrito en tus páginas, me sentí tan inteligente, casi una intelectual. Estaba pecando de orgullo, por supuesto, y ya me confesé en su momento ¡pero me sentía tan feliz!

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Domingo 11

Al entrar en el despacho de padre me han recibido el silencio y unos débiles rayos de luz que se filtraban a través de los porticones cerrados. El desasosiego, cultivado por el sentimiento de culpa que me embargaba, se movía lentamente a mi alrededor y mi cuerpo se iba encogiendo con cada paso que me acercaba a la caja fuerte. No me he atrevido a abrir la luz aunque estaba sola. He esperado unos minutos para que los ojos se acostumbraran a la penumbra y después, los dedos se han movido seguros alrededor de los tambores de apertura. Una vez abierta, compruebo que no hay ningún dossier correspondiente a Andrés Domènech y eso me deja perpleja. Encuentro tres, el más abultado corresponde al Banco Hispano Colonial, hay otro de Valeriano Scacs y un tercero de Cristóbal Cortijos. No he podido mirar el interior de las carpetas porque padre ha abierto la puerta del piso en ese momento. He tenido que cerrar la caja fuerte a toda prisa y salir corriendo para que no me descubriera.

Nunca acude en domingo al trabajo, por lo que supuse que dispondría de toda la mañana para poder investigar los documentos existentes. En lugar de eso, me he visto obligada a esconderme dentro del armario donde guardan sus abrigos los pasantes. El calor era sofocante y el olor a cerrado y a polillas muertas ha puesto mi estómago del revés.

A los pocos minutos de entrar padre, he oído el picaporte de la puerta y al menos tres voces de hombre. No he reconocido ninguna durante el trayecto de la entrada a su despacho, pero el tono me ha parecido alterado, con ecos de urgencia.

He aguardado unos segundos para abrir una rendija que me permitiera ver si alguien esperaba fuera. No había nadie y he decidido salir. Una vez lo he hecho, ha podido más la curiosidad que el miedo a ser descubierta, y me he acercado sigilosamente hasta la puerta del despacho intentando escuchar la conversación. De pronto, unos gritos airados me han dejado petrificada, no podía moverme, el intenso miedo que sentía aislaba mis pies de las órdenes que el cerebro repetía sin cesar ¡corre Irene, corre! Finalmente he podido hacerlo y solo al salir a la calle me he dado cuenta que tenía la espalda completamente húmeda.

Al entrar en casa, bastante mareada y sin ganas de sentarme a la mesa, lo primero que he hecho ha sido ir a la cocina y pedirle a María un Cerebrino Mandri para intentar quitarme el terrible dolor de cabeza que se me había instalado desde media mañana. Después he ido a ver a madre, que me esperaba en la salita. Me ha preguntado a qué misa había ido y he mentido sin apenas darme cuenta, de forma natural. Estoy empezando a asustarme de los cambios que observo en mí. Le he dicho que había quedado con Merceditas en Sant Felip Neri y que luego habíamos ido a tomarnos un refresco en el salón del Hotel Oriente.

Apenas escucha mis explicaciones y cuando acabo, me comenta que hace días que a padre le cuesta dormir. Me pregunta si en el despacho también está tan nervioso como en casa. No he querido contarle lo del incidente en el trabajo para no preocuparla más. Ella está segura de que se ha complicado en los líos inmobiliarios de esa gran avenida que están abriendo, La Reforma[*]*, lo cual explicaría el abultado dossier del Banco Hispano Colonial.*

Mientras ponemos la mesa, nerviosas por la inusual tardanza de padre, me comenta lo mal que se siente porque mucha gente haya tenido que cambiar de casa o quedarse sin techo. No sabe si saldrá nada bueno de todo eso, pero cuando baja hasta la calle Comercio para ver a

mi hermano, le da la impresión de atravesar una zona de guerra con esos solares vacíos, como si acabara de arrasarlos un bombardeo. Según ella son deprimentes, horribles, y piensa que el ayuntamiento debe haberse vuelto loco.

No comparto la opinión de madre pero la entiendo. A ella y a muchas personas de su generación les están borrando la Barcelona que conocieron, sus lugares de referencia, en aras de una modernidad que ni entienden ni creen necesaria.

Barcelona se está extendiendo como una mancha de aceite, las inmobiliarias aparecen como setas en un bosque bien abonado, son poderosas, entre ellas y los bancos que les conceden los préstamos necesarios para la construcción de edificios, se está creando un grupo de presión que pronto dominará el ayuntamiento y consecuentemente la ciudad. Eso fue lo que me dijo mi hermano cuando me habló de Andrés Domènech que es, desde hace poco, socio minoritario de la inmobiliaria que posee Faustino Scacs.

Al parecer es un personaje oscuro, que ha salido de las sombras del Banco Hispano Colonial. Hace cuatro años brilló en las negociaciones que se llevaron a cabo entre éste y el Ayuntamiento para la firma del contrato de tesorería, mediante el cual el banco se hacía cargo de los movimientos de la contabilidad municipal. Dos años más tarde tuvo su continuidad en la firma del convenio de reforma interior que fue muy debatido y de nuevo Domènech sobresalió como un hábil negociador. Se encargó de parte del redactado final en el que se detallaban, de forma muy pormenorizada, que el Banco Hispano Colonial se hacía cargo, por delegación del Ayuntamiento de Barcelona, de la gestión de las obras, de la función de contratista y de los aspectos financieros fundamentados en la emisión de bonos con los que se esperaba obtener la participación de capital privado.

Por lo visto Scacs quedó impresionado ante la

inteligencia y los contactos de Domènech y le propuso pasar a ser su socio ofreciéndole un veinte por ciento de la empresa. Con ello, Scacs, creía asegurarse el estar en primera línea en el momento que se adjudicaran las obras derivadas de La Reforma.

Pero parece ser que en estos momentos hay algo de desencuentro entre los socios, aunque mi hermano no ha sabido decirme los motivos que lo ocasionan.

Intentaré leer el dossier de Scacs en cuanto pueda.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Lunes 12

Si padre me hubiera visto esta mañana comprar "El liberal", se habría quedado atónito. En primer lugar porque compro un diario y en segundo porque es progresista, y con la férrea censura del ministro Juan de la Cierva, solo consigues enterarte de algo con periódicos como éste.

En principio me interesaba conocer noticias sobre el conflicto del Rif, pero la verdad es que había muchos artículos de opinión y muy poca actualidad. Solo uno de ellos me ha parecido interesante y muy atrevido. Decía que ya iba siendo hora que nuestros políticos se planteasen la total supresión de la redención a metálico, porque si para proteger los intereses en Marruecos de importantes capitalistas estalla la guerra, deberían ir también los hijos de los contratistas, los ingenieros y los accionistas de las minas.

Desde luego, me parece muy poco cristiano que las personas con haberes puedan librarse de ir a la guerra pagando mil quinientas pesetas en metálico. Eso solo crea un fermento de odio, de violencia y de afán de desquite en la gente con menos medios de subsistencia. Esta noche, han cenado en casa don Ángel Osorio y su esposa, y él advertía, muy en serio, que la revolución en Barcelona está siempre preparada. Que asoma a la calle todos los días y si no hay ambiente para su desarrollo retrocede

pero, el día que haya ambiente, que Dios nos coja confesados.

Es el Gobernador Civil y conoce muy bien el estado de descomposición de Barcelona, como él lo llama, pero a mi me ha parecido como si padre y él estuvieran hablando de una ciudad lejana, de un mundo solo conocido por ellos.

Cuando hablo con Jordi o Marta, ellos también se sienten terriblemente angustiados por el estado que están tomando las cosas, pero me lo explican desde el amor hacía Barcelona, como si se tratara de un familiar querido al que hay que ayudar y proteger.

Esta noche, mientras conversaban padre y don Ángel, se me erizaba el vello, y una bola negra se me ha instalado en la boca del estómago. He llegado a sentir miedo. Creo que me resultará difícil alejar el estado de agitación que se ha apoderado de mí.

Al final de la cena, al comentar una noticia leída en el diario de la mañana, mi padre se ha puesto tenso. En ella se hablaba de las obras de restauración que, desde hace algunos meses, se están llevando a cabo en el número diez de la calle Paradís, en el edificio propiedad de don Valeriano Scacs. En el interior del patio de luz se hallan los restos arqueológicos del Templo de Augusto, tres columnas y parte de la base. Pero al añadir que según el periodista, uno de los obreros había hallado un recipiente de cobre escondido en la base de una de las columnas, la sangre ha huido de su cara, se ha levantado, y después de pedir excusas se ha dirigido al lavabo.

Al volver parecía haber recuperado el color y hemos continuado hablando hasta finalizar la cena. Luego padre y don Ángel se han trasladado a la biblioteca a fumar y a tomarse unos brandis. Su mujer, mi madre y yo, nos hemos quedado en el comedor tomándonos una taza de chocolate caliente y hablando sobre la última fiesta en casa de Agustina Bellpuig. Finalmente se han ido. Entonces padre me ha ordenado que le entregara el periódico donde había leído la noticia.

Muy nervioso debía de estar, porque no me ha dicho una palabra ni se ha enfurecido porque fuera un diario de izquierdas. Solo le interesaba el lugar exacto donde se destacaba la noticia. Luego se ha encerrado en la biblioteca, ha escrito una nota, y me ha hecho llamar al nieto de la portera para que fuera a llevarla de inmediato. Definitivamente tengo que leer el dossier de Faustino Scacs.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Martes 13

No sé cómo empezar, estoy tan excitada ¡HE CONOCIDO A ALBERTO!

Aún me siento flotar en una nube. Es tan perfecto que da miedo.

Esta mañana, madre ha venido a buscarme al despacho y hemos ido a comer a "El Suizo". No tenía apetito, aún seguía con el estómago encogido desde ayer noche y Dorca, el maitre, me ha aconsejado "Sole a la meunière".

Estábamos esperando los platos, cuando por la puerta ha aparecido la viuda de Puig-Vilalta con un hombre joven, manoseando el sombrero de forma nerviosa. Se le percibía algo fuera de lugar, como si estuviera preguntándose qué hacía él allí. La sonrisa se había petrificado en su cara desde el momento que entró. Estaban saludando a los Maragall, cuando madre se ha dado cuenta de la presencia de su amiga y ha agitado la mano hasta conseguir llamar su atención. Después de unos minutos, se han acercado hasta nuestra mesa y madre le ha pedido a Dorca que habilitara dos cubiertos más, pero él nos ha sugerido que estaríamos mucho más cómodos en una mesa más grande y nos ha situado cerca de la cristalera, mi sitio favorito.

Doña Montserrat nos ha presentado al joven que la acompañaba, Alberto Diunó, un poeta que está a punto de editar el primer libro y se aloja en su casa mientras

reside en Barcelona. Por lo visto viene de un pequeño pueblo incrustado en los Pirineos, Tavescán, y es el sobrino de su gobernanta, así que ha decidido ponerlo bajo su protección.

Está presentándolo a las mejores familias de Barcelona, porque según ella, es un genio que merece el éxito.

El pobre Alberto estaba abochornado, no sabía dónde mirar y yo, seguramente por los nervios que arrastro estos días, y por la situación, que me parecía un poco ridícula, me he puesto a reír sin poder parar. Mi madre y Montserrat se han quedado mirándome en silencio, pero Alberto se ha unido a mis risas, y a través de ellas se ha creado un puente de complicidad que, como una brisa suave, ha alejado toda la tensión acumulada entre nosotros.

No hemos dejado de hablar en toda la comida, como si fuéramos dos amigos que se conocen desde siempre. Mi madre y Doña Montserrat se han limitado a mirarnos y a mirarse, intercambiando sonrisas. Al final del almuerzo, ya había sido invitada a cenar en casa de la viuda Puig-Vilalta pese a que madre se mostraba algo reticente. No le han gustado las urgencias que intuía, pero con la promesa por parte de Alberto, de acompañarme a casa al finalizar la velada, no ha tenido más remedio que transigir. No hacerlo hubiera representado una ofensa hacia su amiga.

Ha sido una noche mágica, me siento tan cómoda a su lado, tan segura… Antes de llegar al portal de mi casa, me ha cogido la mano y la ha besado suavemente, me he parado y le he sonreído mirándole a los ojos. La calle Avinyó estaba desierta, en penumbra, y un leve resplandor al fondo, en el cruce con la calle Fernando, me avisaba de que los faroleros habían comenzado el encendido de las luces de gas y pronto iluminarían la zona donde nos encontrábamos. Sin saber cómo, me he descubierto de puntillas, rozando con mis labios su mejilla. Avergonzada, he corrido hasta mi casa sin

atreverme a mirar atrás, he abierto el portalón y he penetrado en el interior. He cerrado la puerta, apoyándome durante unos segundos en ella para recobrar el aliento y la tranquilidad. Madre me estaba esperando y no quería llegar con las mejillas arreboladas.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Miércoles 14

Tendría que estar deshecha por lo que he visto esta mañana, pero no consigo pensar en otra cosa que no sea Alberto. Hoy me he levantado muy temprano porque había quedado con Merceditas, Tatá y Montse.

Las marquesas de Comillas les habían pedido a nuestras madres que nos dejaran acompañarlas, para ayudar a repartir entre los reservistas que embarcaban en el Cataluña, petacas de Ubrique con cigarrillos, medallitas de la Virgen de Guadalupe y escapularios del Carmen. Padre ha puesto el grito en el cielo porque me necesitaba en el despacho pero, sobre todo, porque era muy temprano y yo muy joven, y no estaba nada claro que no hubiera tumultos entre la policía, el ejército, y los familiares que despedían a los reservistas.

Ni padre podía imaginar la angustia y el dolor que, como una niebla densa y pegajosa, ha rodeado a todas las personas que estábamos en el muelle. Algunas mujeres tenían la cara enrojecida por el llanto, otras blanca como la cera. La mayoría cargaba con niños recién nacidos, y colgadas de la falda criaturas que no superarían los tres años. Parecían estatuas inquietantes, inmóviles, como un recordatorio incómodo de la injusticia y del abuso.

He visto al hijo de la portera y al reconocerme me ha sonreído, yo le he dado el paquete y un abrazo que no he podido reprimir. Estaba diciendo adiós a mi compañero de juegos, al niño que me había enseñado a hacer puntería con los garbanzos, a inventar mil aventuras en el terrado de mi casa. Enseguida un policía ha venido a separarnos. Una bola de rabia me ha subido hasta la

garganta y he gritado con todas mis fuerzas, sin dejar de mirar al guardia a los ojos, a un palmo de su cara: ¡Adiós, Luís, no te dejes matar en esta guerra absurda!

Ha levantado el brazo con el que asía la porra, con la intención de pegarme, pero la gente se ha puesto a gritar a mi alrededor contra la guerra y contra los ricos. Entonces se ha quedado quieto, inmóvil, un compañero se ha acercado al policía y le ha susurrado algo al oído, entonces ha bajado lentamente la mano y se ha alejado. Tatá ha venido temblando, sin entender qué pasaba ¿te encuentras bien? me ha preguntado.

Al volverme, he visto los ojos de Berta que me miraban con un agradecido silencio.

Cuando he llegado al despacho estaba de muy mal humor, padre ha salido enseguida para encargarme que fuera hasta el Banco Hispano Colonial a entregar unos sobres urgentes. Estaba muerta de curiosidad, pero no me he atrevido a abrirlos.

Cuando he ido a comer a casa, madre ya conocía todo el incidente y estaba indignada. Me ha dicho que solo le faltaba que yo estuviera también rara, como si no bastara con mi padre. Pero la verdad es que no la escuchaba, tenía mi mente llena con el ramo de violetas que, a escondidas de ella, me había dado María. Después, con su sonrisa más cómplice ha susurrado ¡Es guapo el muchacho! En la tarjeta que lo acompañaba, una dirección y una hora, Granja Catalana, Petrixol doce, a las seis de la tarde.

Encerrada en mi cuarto, no creo que me haya probado más trajes de una vez en toda mi vida. Hasta le he robado un poco de perfume a madre. Ya en el despacho, he pasado la tarde muy inquieta y a las cinco y media, sin pedirle permiso, sin despedirme de padre, he salido. A él no creo que pudiera mentirle, estoy segura que lo notaría.

Aún me muevo entre nubes aunque solo hemos podido estar juntos una hora. Todo ha vuelto a ser igual que

ayer, fluido, placentero, menos mi beso, que se ha teñido de deseo y su beso, que ha incendiado mis mejillas.

Me ha pedido permiso para hablar con padre y pedirle que me permita acompañarlo a la fiesta que da la viuda Puig-Vilalta, con motivo de la publicación de su libro de poemas. Vendrá mañana al despacho, porque el acontecimiento es pasado mañana. Yo le he explicado cómo tenía que hacerlo y qué debía decirle, y le he prometido que anunciaría su visita esta noche, durante la cena.

Ha sido un poco violento, padre no sabía nada, le ha cogido por sorpresa y mañana tiene un día muy complicado, pero hablará con él. Madre ha estado fantástica y ha sugerido que estaría encantada en acompañarme, para guardar las formas, por supuesto. Al acabar la cena, se la veía casi más contenta que yo y había olvidado por completo el incidente de la mañana, del que por suerte no se ha hablado.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Jueves 15

¡Estoy llena de noticias! ¡No sé por dónde empezar!

Alberto ha hablado con padre esta mañana y al despedirse me ha besado la mano con la formalidad del saludo. Padre estaba atento y sonriente. Le ha gustado, estoy segura; antes de volver a encerrarse en su despacho ¡me ha guiñado un ojo!

Cuando se lo he explicado a madre durante la comida, se ha puesto a reír diciendo que no le extrañaba la actitud de padre ante la grata perspectiva de perderme de vista. Tavescán está suficientemente lejos, me ha dicho, y entonces las dos nos hemos puesto a reír sin poder parar. Hasta María ha salido de la cocina para ver qué pasaba, y al volver iba sonriendo mientras comentaba ¡Cómo echaba en falta las risas en esta casa!

Al acabar de comer me ha acompañado a mi cuarto

para ayudarme a escoger el vestido que llevaré mañana por la noche. Al final ninguno nos ha parecido ideal y nos hemos desplazado hasta su habitación, donde me he probado el traje de fiesta color lila que tanto me gusta. Cuando me he mirado en el espejo, un escalofrío ha recorrido mi cuerpo. Me quedaba perfecto, hasta llenaba en su totalidad las cazoletas del escote, no he tenido que ponerme ningún relleno. Madre se ha puesto a llorar y a reír a la vez, y no paraba de decir "¡Dios mío, mi niña!".

Ha vuelto a mi memoria la misma escena, cinco años atrás, con mi traje blanco de debutante. Entonces mis pequeños pechos se vieron descansando sobre una buena cantidad de algodón, para que pudieran sobresalir tímidamente por el escote.

Hoy me sentía guapa, pero sobre todo me sentía mujer. He sido consciente del estado de privilegio en el que se mueve mi vida y doy gracias a Dios por ello. También le doy gracias por poner en mi camino a Alberto, que está empezando a convertirse en lo más importante de mi vida.

Cinco minutos después de salir Alberto del despacho, se ha presentado un hombre bajito, de unos cincuenta años, que se movía a trompicones bajo un sombrero extremadamente grande, no sabría definir su cara, pero las manos me han impresionado desfavorablemente, demasiado grandes para aquellos brazos tan estrechos y frágiles. Curvadas hacia dentro, parecían garras de un ave de presa.

Cuando me ha comunicado a quién debía anunciar, mi pulso se ha acelerado. Se trataba de Faustino Scacs.

Poco después ha llegado el señor Andrés Domènech y todos se han encerrado en el despacho de padre. Tenía delante a Aurelio y a Florencio, que preparaban unas firmas para llevarlas por la tarde al notario, así que no he podido ponerme a escuchar junto a la ranura de la puerta.

Luego he recordado que el despacho de padre y la

salita de espera dan al mismo balcón. El calor era bastante fuerte, por lo que he supuesto que tendrían las cristaleras abiertas. Me he levantado, he salido fuera a través de la sala, y me he instalado lo más cerca posible del despacho sin que me vieran. Me he apoyado en la baranda, como si me interesara por lo que acontecía en la calle, muy concurrida a aquella hora y he prestado la máxima atención. Al principio solo era un murmullo, pero poco a poco he podido distinguir las voces y descifrar frases. Me ha parecido entender tres cosas. La primera me ha confirmado la información de mi hermano, el señor Scacs y el señor Domènech son socios. Segunda, que lo que sea que lleven entre manos tienen que adelantarlo debido a la noticia aparecida hace un par de días en el periódico. Por lo visto había sido un descuido imperdonable y, para más seguridad, el objeto al que se refería el artículo se lo entregaría el señor Scacs a mi padre, que debía redactar unos papeles para negociar con el Banco Hispano Colonial y, si no he oído mal, con el obispado. Parece ser que tres de los mejores terrenos de La Reforma pertenecen a la iglesia, y esa caja de cobre descubierta en el Templo de Augusto puede ser crucial para que pasen a manos de la inmobiliaria de Faustino Scacs.

Me he quedado llena de curiosidad por saber qué debe esconderse dentro de esa caja para estar tan seguros los clientes de mi padre de negociar con ventaja ante el obispado. En cuanto se halle en el bufete intentaré abrirla.

Por último, padre tendrá que viajar dentro de diez días a Granada para un asunto muy importante de herencias.

Al salir del bufete he ido corriendo a casa de Jordi para comentar con él cuanto había oído, pero no había nadie. Me he quedado como una tonta delante de la puerta sin saber qué hacer y después de unos minutos, totalmente desconcertada, me he ido.

Al llegar a casa he encontrado a Tatá y Merceditas,

hacía rato que me esperaban. Ya no me acordaba de nuestra cita. Hemos estado hablando casi dos horas saboreando el ya famoso pastel de chocolate que cocina María. Estaban deseosas de saber más sobre lo que, al parecer, ya empieza a ser conocido por nuestro círculo de amistades. Me he sentido muy incómoda, vulnerable, como si mi ser más íntimo estuviera al descubierto ante una pared de mil ojos, con miradas ansiosas, obscenas. Si llego a tener delante a la viuda Puig-Vilalta, le hubiera dicho cuatro cosas, muy educadamente.

Que Dios me guíe y vele mi sueño.

Viernes 16

¡ALBERTO! ¡ALBERTO! ¡ALBERTO!

Buenas noches Alberto, que Dios nos guíe y vele nuestro sueño.

Sábado 17

Ayer no pude escribir ni una línea, era incapaz de hacer otra cosa que no fuera rememorar una y otra vez todo lo sucedido durante la fiesta. Alberto me ha pedido formalmente que le permita cortejarme, que quizás me parezca un poco precipitado, pero que su estancia aquí no durará más de tres o cuatro meses y desearía irse con una promesa de matrimonio, en la fecha que mis padres decidan.

Me parece imposible que hace una semana no conociera a Alberto, y que en estos momentos ya estemos pensando en unir nuestras vidas para siempre.

Cuando me he despertado estaba mareada, con el cuerpo un poco revuelto y le he dicho a padre que no iría a trabajar. Mas tarde María me ha hecho una infusión de manzanilla que me ha sentado el estómago y la cabeza y he podido comer unas tostadas con mermelada y un poco de leche.

A media mañana, bastante recuperada, he decidido ir

a casa de mi hermano porque necesitaba explicarle a Marta lo que me estaba pasando, convencida que se alegraría por mí, sin embargo, mi cuñada se ha mostrado remisa a hablar de Alberto. Había leído en el diario de la mañana un artículo sobre la presentación del libro en casa de la viuda Puig-Vilalta, donde al parecer lo dejaban en muy buen lugar tildándolo de: promesa emergente. No obstante se permitían ciertas ironías, refiriéndose a él como el payés poeta.

Nunca creí que Marta me hablara de la manera en que lo ha hecho. En pocas palabras ha venido a decirme que le parecía muy precipitado, que yo no conocía a Alberto lo suficiente como para tomar una decisión tan importante, que mi familia tenía una posición social elevada y que debía asegurarme sobre los sentimientos reales de él hacia mí, no fuera a ser que la fortuna familiar representara lo único interesante para Alberto.

Ha sido como una bofetada, me ha hecho sentir infinitamente pequeña, sin valor alguno, me he quedado asombrada y dolida. ¿De qué tenía miedo? Al fin y al cabo Jordi es el hereu, él heredará la mayor parte de cuanto poseen mis padres. Yo solo recibiré una pequeña dote si me caso, y si me quedo soltera, la casa de Avinyò junto con una pequeña renta anual para permitirme vivir con dignidad.

He salido de allí con un regusto amargo y un sentimiento de soledad que ha surgido del silencio y me ha envuelto, ajustándose a mí como un traje usado que conociera hasta al último pliegue de mi cuerpo.

He paseado sin rumbo hasta encontrarme frente a Santa María del Mar. Al entrar, empujada por una necesidad insoslayable, me ha llegado la melodía del órgano que acompañaba al coro en su ensayo. Entonaban el "Aleluya". Me he arrodillado frente al altar y he empezado a rezar sin apenas darme cuenta. Poco a poco, mi alma se ha ido sosegando y he acabado sintiéndome tranquila y en paz. He tardado en salir. Me apetecía

seguir sentada en compañía de la música.

Cuando lo he hecho, el sol escondía mi sombra. Los ojos, tanto rato en penumbra, se negaban a enfrentarse a él. Eran ya las doce y me he dirigido a la Plaza Real donde estaba citada con madre y Alberto para comer en casa Justín. A las preguntas de ambos sobre mi aspecto, he respondido que aun no me encontraba bien del todo, que yo prefería una ensalada al arroz a la milanesa que tanta fama le ha dado al restaurante. En otra mesa he visto a Merceditas acompañada por el hijo del Notario Fabra Sols ,y al fondo, a mi primo Pedro con su suegro.

Cuando ya nos íbamos entraba al señor Faustino Scacs. No me ha reconocido, parecía bastante nervioso y se ha dirigido en línea recta hacia una mesa donde ya estaban sentados otros tres caballeros. Al levantarse para saludarle, he observado que uno de ellos, era el señor Andrés Domènech.

Alberto ha notado mi turbación y me ha preguntado qué pasaba. Le he dicho que hablaríamos más tarde. Me apetece contarle todas mis sospechas, pero no delante de madre.

La tarde se ha transformado en un largo paseo con él por el parque de La Ciudadela. Me ha leído un nuevo poema que ha barnizado mis ojos con el brillo de las lágrimas. Aunque su título era "Irene", no me he sentido reflejada en el ideal de mujer que línea tras línea iba creándose a través del verso. Me he preguntado si Alberto se ha enamorado de mí, o de su propia creación de Irene. Empiezo a observar que huye de este mundo, que necesita crear otro mágico y perfecto donde aferrarse. Cuando le he contado mis sospechas, he leído la perplejidad en su cara.

Le he hablado también de mi desasosiego, del incidente ocurrido en el muelle y de mi sensación de dirigirnos hacia un tiempo donde la ira será el pecado capital que dominará nuestras vidas. La duda ha dado paso al asombro y a la incredulidad más absoluta. ¡Dios

mío! ¿Cómo puede estar viviendo en Barcelona sin advertir que la ciudad entera está exudando convulsión, rabia, inseguridad, miedo?

Por primera vez desde que llegó, alguien le estaba hablando de la realidad, de esa realidad inexistente en los salones de los palacetes, donde solo se habla de arte, de música, o se critica el último estreno de Benavente en el Novedades. Donde los acontecimientos incómodos se comentan entre murmullos y a personas afines política y socialmente. Necesitó sentarse durante unos minutos, mientras yo le hablaba de lo que opinaban mi hermano y Marta del futuro más inmediato.

La vuelta a casa, transcurrió en un silencio consentido, deseado. Mis pensamientos se deslizaban por un sinfín de ideas, encaminadas a encontrar la excusa que me permita, mañana, acercarme al despacho de padre para revisar los documentos de Faustino Scacs.

Con una mirada nueva tiñendo sus pupilas, Alberto observaba el mundo que se movía a nuestro alrededor, adentrándose en una hermosa y tibia noche de verano.

Buenas noches, Alberto, que Dios nos guíe y vele nuestros sueños.

Domingo 18

Padre no ha venido a comer y yo no he podido acercarme al bufete. Después de salir de misa, Tatá, Merceditas que iba acompañada por Julián, Alberto y yo, nos hemos acercado al Hotel Oriente para tomar un aperitivo. La agresividad y el descontento paseaban por la Rambla de Santa Mónica de la mano de hombres y mujeres que comentaban indignados el rumor sobre el ministro De La Cierva. Se le atribuía la orden de fusilar a los soldados que se amotinaron hace unos días en los muelles de Barcelona, cuando embarcó el batallón de Reus.

Julián y Alberto, nos han asegurado que tal cosa era imposible y que el rumor debía venir de los anarquistas,

siempre dispuestos a crear un ambiente de odio y confusión. Me he sentido dolida, he deseado con todas mis fuerzas tener la valentía de hacerles notar lo injusto de sus prejuicios pese a lo que pudieran pensar de mí Julián y mis amigas, pero no he podido. Me avergüenzo de mi debilidad, de ser incapaz de decir lo que siento. Odio este miedo que me vuelve servil, que me paraliza.

Desconozco con seguridad de quién habrá partido el rumor, pero dentro de poco van a volver a embarcar tropas y la burbuja que nos contiene puede desaparecer al mínimo roce, como las pompas de jabón.

Marta, Jordi y los niños, han venido a comer. Hacía tiempo que no veía a madre tan feliz. Durante los postres, mi hermano nos ha anunciado que se separaba de Arturo Vilá para fundar su propio bufete. Había alquilado un entresuelo en el número doce de la calle Tantarantana, y Marta lo iba a ayudar como pasante.

Me he levantado de la mesa y he corrido a darles un fuerte abrazo pero madre, en vez de felicitarles, lo primero que ha hecho ha sido preguntar qué pasaría con los niños. Mi hermano y yo, después de mirarnos, no hemos podido contener la risa ante su mirada perpleja y algo irritada. Son muchos años de complicidad. Marta ha puesto el punto de sosiego al dirigirse a ella con voz tranquila, para aclararle que la mayor empezaba el colegio este año y la pequeña se quedaría con Juliana, una vecina que se ha prestado a ayudarlos a cambio de que dejen dormir en la habitación de invitados a su nuera y al pequeño Eudald, porque en su casa ya no cabe ni un alfiler.

Enseguida he pensado en Berta, y en el hacinamiento existente dentro de la pequeña portería.

He mirado a mi alrededor contemplando el inmenso comedor que nos albergaba, y mi estómago se ha encogido hasta formar una bola incapaz de digerir mis sentimientos.

Por la noche, cuando padre ha vuelto del Círculo

Ecuestre, me he obligado a rogarle que me permitiera ofrecerle a Berta, para su nuera y sus dos nietos, la habitación del fondo, la que se halla junto a la que ocupa María. Ahora está llena de trastos, no le sirve a nadie, le he dicho para justificar mi atrevimiento. Me ha mirado sorprendido y estoy segura de que el primer impulso ha sido decirme que no. Pero en lugar de ello, un silencio cómodo se ha paseado entre nosotros llenando de calor nuestras miradas. Finalmente ha estado de acuerdo, intentando ocultarme el brillo de orgullo que moteaba sus ojos ante mi insólito comportamiento. "Siempre y cuando ayude en la cocina algunas horas al día", ha sido la sentencia para salvaguardar las formas. "Ya te encargarás de comunicarle a tu madre este nuevo invento tuyo", me ha dicho, mientras se giraba dirigiéndose hacia la biblioteca.

Cuando he entrado en la portería Berta se ha asustado al verme tan nerviosa y excitada. No le he dado ni tiempo para articular una pregunta. Enseguida le he explicado mi propuesta y sus ojos me han mostrado todo el agradecimiento que los labios no han sabido expresar. Una risa nerviosa se ha apoderado de ella y hemos acabado las dos riendo como locas, sofocadas y felices.

¡Estoy tan contenta! Por atreverme a decírselo a padre y por sentirme realmente útil.

Buenas noches, Alberto, que Dios nos guíe y vele nuestros sueños.

Lunes 19

Cuando he llegado al despacho, Faustino Scacs y Andrés Domènech hacía unos minutos que estaban esperando a padre. Por lo visto no tenían cita previa y cuando les he dicho que se hallaba en el Banco, me ha parecido que se impacientaban, aunque finalmente han decidido esperarlo.

El señor Scacs agarraba, más que sostenía, un paquete debidamente precintado, y el señor Domènech varias

carpetas de lo que parecía un abultado grueso de documentos. Según me han dicho, tenían que entregárselo a padre en mano.

Yo les he insinuado que me lo dejaran a mí, pero se han negado en redondo, eso sí, pidiéndome infinidad de disculpas. He supuesto enseguida que el envoltorio era el famoso objeto que debía ser guardado en la caja fuerte.

Estoy intrigadísima, aunque no creo que pueda curiosear el contenido hasta el domingo. De todas maneras, estaré atenta, quizá padre tenga que salir y yo me quede sola en el despacho.

Ayer decidimos con Marta que nos encontraríamos esta tarde en el despacho alquilado por mi hermano en la calle Tantarantana y la ayudaría a escoger la ropa de las cortinas. Al llegar me he encontrado con madre que, como siempre, ya había decidido por todos, y en un pequeño almacén de la calle Sant Pere mes Baix, ha adquirido esta mañana unos metros de gasa y tela de algodón grueso, color verde botella, con un estampado en arabesco dorado y verde claro.

Era realmente bonito, pero demasiado ostentoso para la sencillez del entorno. Enseguida noté la incomodidad de Marta y mi primera intención fue enfrentarme a madre para hacerle entender la situación. Pero el demonio debe estar siempre atento a cualquier debilidad y esta vez callé, me quedé observando cómo se sentía incapaz de decirle todo lo que pensaba en aquel momento.

La dejamos con el tejido aun en la mano sin saber demasiado bien qué hacer con él, porque en aquel momento llegó mi hermano Jordi y si algo no tiene madre, es un pelo de tonta, sabía perfectamente que con su hijo no sería lo mismo.

Mientras bajábamos las escaleras, me sentí un poco bruja, en mi memoria todavía resonaban las palabras que me dijo Marta cuando le hablé de Alberto.

Buenas noches, Alberto, que Dios nos guíe y vele nuestros sueños.

Martes 20

¡Qué nervios he pasado esta tarde! y qué susto cuando he estado a punto de ser descubierta. Creo que ha sido entonces cuando me he dado cuenta de la gravedad de lo que estoy haciendo ¡Estoy espiando a mi padre! Hasta ese momento, ni se me había pasado por la imaginación que yo pudiera llegar a ser una persona tan cobarde y tan pusilánime. Lo que debería hacer ahora es cruzar el pasillo, entrar en su alcoba, y explicárselo todo. Preguntarle qué está pasando y por qué tanto misterio. Hablarle de la preocupación de madre, de la mía, de su comportamiento durante las últimas semanas. Necesitamos conocer el motivo de los insomnios, del estado de nervios perpetuo, queremos ayudarle.

Pero solo pensar en ello ya me produce una angustia terrible, me inmoviliza, soy incapaz. Desearía con todas mis fuerzas no haber empezado con todo este asunto. Yo podría ser, en estos momentos, la mujer más feliz del mundo. He conocido a Alberto, me ama y yo le amo a él como nunca creí poder hacerlo.

También he pensado en dejarlo todo, olvidarme, anular mi cita con Marta, pero hay algo que me empuja, me tiene obsesionada de forma casi enfermiza.

Esta tarde, cuando Florián se ha ido con mi padre al notario y me he quedado sola, no lo he dudado ni un momento, he entrado en el despacho y he abierto la caja fuerte. El paquete estaba allí, envuelto con esmero, anunciando que su contenido era sumamente delicado y valioso. Los nudos han sido la parte más difícil. También he tenido que anotar en qué orden estaban puestos los papeles y las telas que envolvían al objeto como una cebolla, no quería que nadie advirtiese que el envoltorio había sido profanado.

Una tela blanca de lino, ha sido el último obstáculo. Ante mis ojos atónitos ha surgido del interior una hermosa caja de bronce bellamente adornada con relieves florales. En la tapa, una hermosa piedra semipreciosa con

dos pequeñas aguamarinas a derecha e izquierda, completaban la decoración. Había sido limpiada con mimo, aunque oscuras manchas verdes se enquistaban todavía en algunos huecos. No me ha sido difícil abrir la tapa. En el interior, dos papiros enrollados, bastante gruesos, ocupaban todo el espacio. Los he desplegado con sumo cuidado.

Me he quedado fascinada.

¡Estaba tan sorprendida!

La verdad es que nunca hubiera esperado encontrar lo que tenía ante mis ojos. Aunque la tinta o los pigmentos se encontraban algo desvaídos me he puesto a leer, como si yo tuviera alguna posibilidad de entender lo que me ha parecido latín antiguo. De pronto me ha venido a la memoria mi cuñada. Domina el latín y conoce algo de griego antiguo, así que he pensado: al salir del despacho iré a su casa para pedirle ayuda.

Durante varios minutos más, he seguido mirando como hipnotizada aquellos papiros y los gráciles rasgos de la escritura que había impresa en ellos, mi mente estaba en blanco, era como si el mundo se hubiera evaporado a mi alrededor, solo existíamos los papiros y yo. Ha sido emocionante, maravilloso, nunca creí que pudiera enamorarme así de un objeto que a la vez me produce escalofríos.

Me ha despojado de mi ensoñación el ruido de la puerta al abrirse. Lo he cogido todo apresuradamente y lo he metido dentro de la caja fuerte, rezando para que padre no la abriera antes de que pudiera dejarlo todo en perfecto orden. He salido por el balcón entrando desde él a la sala para dirigirme después al excusado.

Al cabo de unos segundos de entrar en él, un sudor frío ha perlado todo mi cuerpo y he vomitado lo poco que del almuerzo quedaba en mi estómago. He cerrado la tapa sentándome sobre ella y cuando me he notado más tranquila he refrescado mi cara con agua de colonia y he vuelto a la mesa de trabajo.

Enseguida ha salido padre del despacho, para darme unos documentos que debía archivar, y al ver mi cara me ha preguntado si me encontraba bien. Le he dicho que algo me había sentado mal durante la comida, pero que ya estaba mejor. Ha querido enviarme a casa, pero le he recordado que mañana se celebra el juicio de los hermanos Andreu y que debía poner en orden todo el material. Luego se ha detenido ante la mesa de Florián y después, dirigiéndose a los dos, nos ha anunciado que tenía una cita urgente en el Banco y que seguramente no volvería hasta mañana. No me podía creer mi suerte.

No sé si podré escribir durante más rato, aún estoy muy nerviosa. María me ha hecho una infusión de tila y valeriana pero no encuentro mejora. Para lo único que me ha servido es para no tener que quedarme en la mesa durante la cena, evitando así contestar las preguntas de padre. Están un poco alarmados, madre acaba de salir de mi dormitorio. Están perplejos, nunca me había comportado de esta manera. Creen que he discutido con Alberto y eso me ha llevado a la histeria. Lo único que se me ha ocurrido es negarme a explicarles nada, les he dicho que ya se me pasará, que no se preocupen.

Marta me ha asegurado su colaboración. Me ha propuesto que dijera en casa que mañana por la noche me quedaba a dormir con ella para no quedarse sola con los niños. Que Jordi tenía una reunión hasta muy entrada la noche y mi sobrino no se encontraba bien. Le hacía falta por si tenía que ir a buscar al médico en plena noche, caso de que le subiera la fiebre.

Como yo tengo una llave del bufete nos desplazaremos allí a medianoche y mi cuñada intentará traducir el texto. Yo la he avisado que era un documento muy antiguo escrito en latín, pero a ella no ha parecido importarle. Estaba segura de poder hacerlo.

Miércoles 21

Con todo el enredo de ayer por la noche no pude

escribir nada. En realidad tendría que poner jueves 22, porque ya son las nueve de la mañana, pero la fecha ya está anotada y no me gustan los tachones. Tampoco me siento capaz de esperar hasta esta noche, necesito sacarme de encima toda la inquietud y el desasosiego que en estos momentos se albergan en mí.

Me fui a casa de Marta como habíamos acordado, y después de la cena alargamos la sobremesa hasta la media noche hablando con mi hermano de todo ese asunto en el que están implicados Faustino Scacs y Andreu Domènech.

Jordi ha vuelto a poner de manifiesto su recelo sobre el Ayuntamiento.

El hecho de que los alcaldes sean impuestos desde el gobierno central en Madrid.

Aunque haya habido honrosas excepciones como el doctor Robert, la mayoría son personajes poco fiables, en constante controversia con los concejales de los distintos partidos, lo que ralentiza hasta el infinito la toma de decisiones. Además, aves de presa como el actual gobernador civil Ángel Osorio, al que todo el mundo denosta (no entiendo cómo padre puede sentarlo a nuestra mesa) nos someten a una constante vigilancia, Jordi utilizó la palabra represión y afirmó que lo hacen sentirse en estado de guerra, mejor dicho, en estado de sitio, como si la fortificación de La Ciudadela nunca hubiera sido derribada.

Desde la Ley de Jurisdicciones, aprobada hace cuatro años por el gobierno de Madrid, que traspasa a los militares la responsabilidad de juzgar, entre otras cosas, los supuestos ultrajes a los símbolos del ejército y de la patria española, ha habido un movimiento unitario catalán en respuesta a más de una injusticia. Eso ha derivado en la creación del partido Solidaritat Catalana, que hace dos años ganó las elecciones municipales por amplia mayoría. Eso no parece haber sentado nada bien al gobierno de Madrid, que desde entonces parece tener

como máxima prioridad, obstaculizar la pujanza del movimiento catalanista.

La última idea brillante de los políticos para llevarlo a cabo, está colmando el vaso. Al necesitar cuarenta mil hombres con el fin de frenar a las tribus bereberes del norte de África, que atentan contra la seguridad de las minas propiedad de grandes fortunas nacionales, no se les ha ocurrido otra cosa que sacar a la mayoría de ellos de entre los reservistas catalanes, casados y con hijos, que al verse obligados a marchar hacia el Rif dejan desamparadas a sus familias, y luego se extrañan del ambiente de huelga que vive la ciudad en estos momentos.

Estamos con las manos atadas, ha dicho mi hermano, y solo faltan los especuladores inmobiliarios que han hecho su fortuna en el ensanche y que ahora quieren meterle mano al pastel de La Reforma.

Yo no sé los demás, pero a mí todos estos problemas hacen que me sienta insegura, que mis pensamientos deriven hacia fantasías fatalistas sobre nuestro futuro como comunidad. A veces necesito la superficialidad, el desapego de la realidad que viven mis amigas, la sensación de bienestar que impregna sus fiestas para aletargarme durante algunas horas, para permitirme no pensar.

Pasaba un cuarto de las doce, cuanto Marta y yo hemos salido de casa. Las calles se encontraban mojadas por el aguacero que al anochecer había descargado sobre Barcelona ríos de agua, acompañados de truenos y relámpagos cegadores. Pero en esos momentos la lluvia había cesado y la soledad era absoluta, lo único que tranquilizaba nuestros corazones era el ruido sincopado del bastón del sereno en su paseo lento, vigilante. Acertamos a oír su voz cuando anunciaba, "las doce y media y sereno". Al llegar al despacho de padre, la oscuridad nos ha recibido paliada por el tenue resplandor del alumbrado de gas. Hemos esperado unos segundos a que nuestros ojos se acostumbraran a la penumbra,

porque no teníamos previsto encender la vela que llevábamos hasta estar en el despacho y haber cerrado los porticones de las ventanas, no queríamos que la luz alarmara al sereno que por unas perras que le da padre cada mes, vigila el bufete desde la calle con orden de llamar a la policía ante cualquier anormalidad. Finalmente nos hemos protegido tras la mesa de despacho y la hemos encendido. Un aleteo de sombras móviles ha hecho que Marta no pudiera evitar comentar lo tétrico que era el despacho. He dado vuelta a los tambores de la caja fuerte hasta abrirla y ante nosotras ha aparecido el paquete, que por suerte pude volver a liar ayer, cuando se fue padre.

He vuelto a repetir la operación de anotar el orden de los diferentes papeles y telas hasta llegar a la caja de cobre. Nos hemos sentado en el suelo y Marta ha procedido a abrirla para intentar leer el contenido. Ha empezado a hacerlo en silencio, pero cuando llevaba algunos párrafos leídos ha vuelto al principio y lo ha hecho en voz alta, después de exclamar ¡No te lo vas a creer!

A medida que iba avanzando en la traducción, cosa no siempre fácil, nuestros cuerpos se iban tensando como cuerdas de violín, pasábamos del asombro a la estupefacción, yo en ocasiones a la ira, pues todo aquello me parecía una tremenda mentira, Marta, en cambio, absorbía cuanto estaba traduciendo con voluntad de considerarlo un documento extraordinario. De cuando en cuando paraba para mirarme a los ojos y valorar mi estado de ánimo. Solo percibía en ellos la incredulidad asomándose por entre mis pupilas.

El papiro data del reinado de Tiberius, y Marta ha calculado que, más o menos, eso nos llevaría al año treinta y seis de nuestra era. Es la narración de unos acontecimientos acaecidos en lo que entonces era la provincia romana de Palestina. Los nombres y cuanto se relata en él tienen un asombroso parecido con la vida de nuestro señor Jesucristo, pero a la vez es algo totalmente

distinto.

Cuando íbamos por la mitad del segundo rollo, la luz del alba nos permitió apagar la vela. Llenas de inquietud nos planteamos dejarlo no fuera a ser que llegara padre, pero la curiosidad ganó y decidimos arriesgarnos. El estado de tensión llegó a hacerse insoportable y cuando estábamos a punto de acabar, las campanas de la catedral nos avisaron ocho veces. Decidimos dejarlo.

Rehicimos el paquete de forma meticulosa pero con la rapidez del rayo. Abrimos los porticones y cinco minutos después abandonábamos el despacho. Al doblar la esquina, con la seguridad de no ser descubiertas, nos asomamos con cuidado y pudimos ver como padre doblaba la esquina de La Reforma y se acercaba por la calle San Pera Mes Baix hasta el despacho. Las dos nos apoyamos en la pared y lanzamos un largo suspiro para calmar nuestros corazones, que se movían a toda velocidad.

Al volver a casa, me he girado en varias ocasiones como si alguien pudiera seguirme. Me he sentido estúpida al darme cuenta de lo absurdo de mi gesto, pero el desasosiego no me ha abandonado pese a que mi mente razonaba lo imposible de mis miedos. Al final me he dado cuenta de que era el hecho de conocer un secreto, que Marta ha calificado de importante y peligroso, lo que hacía que yo hubiera cambiado, que mis ojos miraran de forma diferente el mundo que me contenía, un mundo que se había vuelto en cuestión de horas desconocido, inseguro y que había hecho de mí una mujer vulnerable, desconfiada, llena de miedos.

Me he preguntado si no sería ese el mundo real, y no el que yo habitaba hasta ahora, sumergida en una hermosa y protectora burbuja de amor y bienestar, ajena al dolor, al sufrimiento que se advertía en la cara de muchas de las personas que se cruzaban conmigo, fija la mirada en el suelo, moviéndose con rapidez, intentando exponerse el mínimo posible al mundo exterior, buscando

el refugio de sus casas, sus familias, del núcleo sobre el que giran sus vidas.

Pero no, en verdad mi mundo cambió la mañana que, junto a mis amigas. despedí a los reservistas que marchaban hacia el frente. Fue entonces cuando empecé a mirar con ojos de realidad, fue entonces cuando la rabia, la ira y el remordimiento hincharon mi pecho hasta casi no poder contenerlos. Y aún siguen ahí, buscando unas respuestas que no he podido darme.

Quizá sea eso también lo que le pase a padre, y de ahí el cambio de carácter, la opacidad con la que se ha envuelto sin dejar que nadie pueda intuir su interior.

Jueves 22

He pasado todo el día en un estado de letargo indispensable para no desmoronarme, me ha aislado en el bufete, y de madre durante la comida. Al salir del despacho, he caminado con paso rápido hasta la casa de mi hermano, y cuando me ha abierto la puerta Marta, me he abrazado a ella llorando sin consuelo. Me sentía tan desorientada, mi mundo solo se sostenía por un hilo que me conectaba a Alberto.

Marta me ha calmado como buenamente ha podido y me ha dicho que los propietarios del documento que se halla en poder de padre, son gente muy peligrosa. Que ha estado hablándolo con Jordi y cree que ese documento, descubierto por casualidad durante las obras de restauración del Templo de Augusto, servirá a Faustino Scacs y a Andrés Domènech para hacerle chantaje al obispado de Barcelona, a quien sin duda lo entregarán una vez se aseguren de que los terrenos que les interesan pasarán a ser de su propiedad.

Según mi hermano y mi cuñada, una vez en poder del obispado, los papiros serán enviados a Roma donde dormirán el sueño de los justos en los archivos secretos. "Nada saldrá a la luz", me ha dicho, "puedes estar tranquila".

¡Qué ironía, tranquila! Cuando mis convicciones, mi fe, están girando en mi interior como una noria que no pudiera detenerse. Le he contestado que para ellos era muy fácil hablar así porque desde hace bastante tiempo se definen como anarquistas y laicos, pero para mí las cosas son muy diferentes ¿Por qué tengo que creer lo que manifieste un romano que lo ha oído de labios de un judío? ¿Qué me impide suponer que se lo ha inventado? ¿Por qué desconfiar de lo que nos relatan como verdadero los cuatro evangelistas? Son cuatro, él uno. Además, está mi fe ¿Qué hago con ella?

Marta me ha contestado que la historia narrada en el primer rollo de papiro le parecía más humana, más creíble, y que había sido escrita tres o cuatro años después de la supuesta muerte de Jesús mientras que los evangelios se habían redactado a mediados del siglo II de nuestra era, sobre los años 170 al 180 d.C., pero que esa no era la cuestión que la tenía preocupaba. Ha sido entonces cuando me he dado cuenta de lo asustada que estaba. Me ha pedido por favor, en nombre de sus hijos, "los hijos de tu hermano" ha dicho, "tus sobrinos", que haga lo que haga no le explique a nadie que ella y Jordi conocen el contenido de los documentos. Hay demasiado dinero y demasiados intereses en juego para que cualquier cosa que tenga que ver con ellos no resulte extremadamente peligrosa. Y me ha vuelto a repetir que lo olvide.

¡Dios mío, no sé qué hacer! ¿por qué has consentido que me metiera en esto? ¿Por qué yo? Siempre supuse que los evangelios los habían escrito cuatro apóstoles que vivieron junto a Jesús. No he querido preguntarle a Marta de donde ha sacado esas fechas que maneja con tanta seguridad porque mañana iré a ver al padre Eduard a Sant Just i Pastor. Es un gran teólogo, un hombre estudioso que sin duda me aclarará todo este galimatías.

Viernes 23

Durante toda la mañana, en el despacho, me he movido como una sombra. A mediodía se ha presentado Jordi con la excusa de invitarme a comer, pero lo que quería en realidad era hablar conmigo a solas, saber en qué estado me encontraba. Hemos ido hasta La Lluna, la cafetería que suele frecuentar mi hermano, y nos hemos sentado cerca de la ventana, yo en el enorme banco de madera de ébano cuyo respaldo, adosado a la pared y recorriéndola en su totalidad, enmarca un espejo con pequeños adornos de flores. Siempre me ha gustado mucho. Cuando Alberto y yo nos casemos quiero uno igual para mi comedor. La sensación de espacio que proporcionan los espejos ¡es tan grata! Creo que finalmente no será solo el comedor, creo que llenaré mi casa con ellos aunque los que vengan a visitarnos supongan que habitan la casa dos vanidosos. Jordi se ha instalado al otro lado de la pequeña mesa, en uno de los incómodos taburetes sin respaldo que llenan el local. Los cristales, con cenefas opacas y dibujos al ácido, te ofrecen intimidad sin menoscabo de la luz, una luz tamizada y suave que invita a las confidencias. He pedido una infusión de valeriana, estaba nerviosa, mi hermano, una copa de vino blanco. Le he confiado mi decisión de ir a ver al padre Eduard y contarle mis dudas ¡Necesito saber la verdad! Incomprensiblemente para mí, una risa amarga, oscura, le ha llenado la cara de sombras y la mirada de cenizas y me ha dicho que ya no era una niña, que el mundo no iba a cambiar aunque conociera algún día el contenido de ese documento del siglo primero. "Puede sorprenderse", me ha dicho, "asombrarse, incluso mostrarse incrédulo, pero luego todo seguirá su curso, inexorable, y nada será mejor ni peor de lo que es ahora". Luego, el silencio se ha instalado entre nosotros y mis ojos han empezado a llenarse de lágrimas. Eso ha acabado de enojarlo y aun no entiendo por qué. Con la cara vuelta hacia la ventana, absorbiendo la luz como si ella fuera el motor de su fuerza, me ha hablado muy despacio, creyendo que con ello se aseguraba mi total

comprensión. "Quieres la verdad", me ha dicho, "en estos momentos ya estamos viviendo en un mundo sin Dios. ¿No lo entiendes? ¡Dios ha muerto y ahora es el hombre el que ha de hacerse cargo de su destino!"

Mis ojos ya no han podido contener más lágrimas ni más incomprensión, me he levantado y en voz baja, mientras acercaba mis labios a su mejilla le he susurrado al oído: "Yo nunca podré ser anarquista, lo siento" y mi beso le ha rozado la piel. Creí que me seguiría, pero se ha quedado inmóvil. Antes de salir por la puerta, me he girado y he levantado mi mano en un gesto de despedida, pero él no me ha visto, estaba muy lejos de allí.

Mis ojos enrojecidos se han deslumbrado al salir a la calle y reencontrarse con un sol en su cenit que parecía convertir en brasas las baldosas de la acera. He iniciado mi vuelta al despacho sin pensar en comer, notando como el sudor empezaba a poblar todos los poros de mi piel.

A la altura de las Ramblas me ha impedido el paso una muchedumbre que gritaba consignas contra el gobierno por manipular y ocultar información, por no dejar conocer a las familias la verdadera situación de sus seres queridos en el Rif. Exigían la verdad al ministro De la Cierva y amenazaban con una huelga general. De pronto, han empezado a correr en todas direcciones huyendo de unos guardias civiles a caballo que pretendían deshacer la manifestación. Me he guarecido en un portal, estaba asustada, dos hombres y una mujer también lo han hecho. Ellos estaban indignados escupiendo palabras soeces y corroborándose el uno al otro la necesidad de decir basta. El primero gritaba que el señor Maura no debía olvidar que la República francesa nació en un entierro, que el cadáver de Víctor Noir, paseado por París, llevando detrás a cien mil hombres, había destruido el imperio de Napoleón III. El segundo, igualmente encendido, le aseguró que ni el hecho de mantener cerradas las Cortes ni la dictadura del señor Maura, conseguirían evitar el estallido popular. Cualquier embarque de tropas podía ser el inicio de la revuelta. Me

apreté el estómago para intentar aliviar un espasmo doloroso que lo atravesó dejándome sin aliento. Mi cara ha debido quedarse blanca como la cera, porque la mujer que se encontraba a mi lado me ha cogido de los hombros a la vez que me preguntaba por mi bienestar. "No se asuste señorita", me ha dicho, "hablan mucho pero no tienen lo que hay que tener".

Ya en el despacho me he refrescado la cara y he tomado un Cerebrino Mandri. Cuando ha llegado padre ya me encontraba mucho mejor. La tarde se ha presentado tranquila y he agradecido la ingente cantidad de trabajo que no me ha permitido en ningún momento pensar en otra cosa que no fuera la confección de los distintos documentos que debía llevarse el lunes a Granada.

Sábado 24

Me he levantado tarde, el sueño huyó de mí hasta casi las dos de la madrugada. María acababa de servirme el desayuno cuando entró Alberto. Estaba radiante, su libro de poemas se vende a un ritmo más que considerable, todo un éxito. El editor se ha apresurado a pedirle un nuevo volumen.

Al reparar en mi aspecto ojeroso y cansado, me ha acariciado la mejilla suavemente y yo he apoyado la cabeza en su mano anhelante del contacto que me transmitía seguridad y afecto. Ha insistido en acompañarme hasta el bufete al ver que no conseguía convencerme para que me tomara el día libre. Me ha hecho notar, con extrema delicadeza, que estaba algo quejoso del poco tiempo que le dedicaba últimamente. En ese momento he decidido que me daba igual lo que dijeran mi hermano y Marta, necesitaba contarle a Alberto todo lo que me ha ocurrido durante esos días en los que no le he prestado toda la atención que hubiera deseado. Hemos acordado que comeríamos juntos y que yo no entraría a trabajar hasta las cinco de la tarde.

Al llegar al despacho, Florián me ha avisado que mi padre me estaba esperando. He dejado el bolso y los guantes en mi mesa y he entrado en su despacho. Al verme, me ha pedido que me sentara, se ha echado hacia atrás en la butaca y con voz grave, preocupada, me ha dicho que necesitaba pedirme un favor. Inmediatamente le he asegurado una total cooperación.

"Estas últimas semanas han sido para mí algo enervantes y sumamente complicadas", me ha dicho, y ha confesado ser consciente del creciente nerviosismo de madre, enfadada por su hermetismo y por sus inusuales salidas nocturnas.

Lo que he podido entender de las crípticas explicaciones de padre, me han confirmado las suposiciones de mi hermano Jordi. El obispado, propietario de tres solares en la Reforma, está negociando con Andrés Domènech y Faustino Scacs a través del Banco Hispano Colonial, gestor de las obras, con su doce por ciento de beneficio sobre todas las transacciones. En un principio no parecían llegar a un acuerdo pero la suerte se ha puesto de su lado y les ha proporcionado los argumentos que necesitaban. "Ahora lo más importante", me ha dicho, "es que el lunes sin falta sea entregado a don Faustino Scacs lo que voy a enseñarte. No debes moverte del despacho hasta que pase a recogerlo, y bajo ningún concepto lo entregarás a otra persona, aunque asegure venir de parte del señor Scacs, ni tan solo a su socio, Andrés Domènech". Por cuestiones que no ha creído necesario explicarme, pero que yo he supuesto (la huelga general anunciada para la semana que viene) ha tenido que adelantar al domingo el viaje previsto para el lunes por la noche.

Después, con gesto parsimonioso, se ha acercado a la caja fuerte, la ha abierto, ha sacado un abultado sobre y el paquete que hace poco había tenido en mis manos. Aun no entiendo cómo me he atrevido a preguntarle qué contenía y tengo la impresión que padre me ha mentido al asegurarme que lo desconocía. Enseguida, sin esperar mi

respuesta, me ha desvelado la combinación de la caja fuerte y me ha pedido encarecidamente total discreción. Me ha advertido también de lo importante y confidencial del asunto, nada debía fallar. En ese momento ha llamado a la puerta Florián, para avisar a padre la llegada del notario y yo he aprovechado para retirarme, acompañada de mi desconcierto.

Al sentarme en la mesa, la cabeza se me ha disparado en conjeturas, aventurando toda clase de supuestas verdades a cual más delirante. De lo que no cabe duda, dado el contenido del paquete, es del poder que éste le otorga al cliente de padre sobre el obispado. Sin lugar a dudas Faustino Scacs es un mal hombre que está intrigando... o lo que es peor, extorsionando al señor obispo. Imagino la exorbitante cantidad de dinero que se debe estar barajando. Mi indignación estaba llegando a límites peligrosos cuando ha aparecido Alberto que venía a buscarme para comer juntos.

Mientras yo me arreglaba, ha estado hablando con padre y lo ha invitado a acompañarnos, cosa que me ha molestado bastante. Por suerte, lo estaban esperando en casa para despedirlo su hermana Margarita y su cuñado.

Nosotros nos hemos ido al Suizo donde nos presentaron hace tan solo once días, aunque a mí me parezca que conozco a Alberto desde siempre, y hemos tenido la suerte de sentarnos en la misma mesa. Cuando iba a empezar a referirle todo lo acontecido, han aparecido Tatá y Merceditas y, al vernos, se han apresurado a sentarse con nosotros. Al principio me he sentido muy molesta, pero he de reconocer que al final he agradecido las tres horas de conversación trivial y divertida, y los innumerables cotilleos con que nos han amenizado la comida. Al acabar, me han acompañado todos hasta el bufete.

Esperaba encontrarme con Florián en el despacho, pero cuando he entrado no había nadie, estaba sola. Me he sentado en mi mesa y como si hubieran permanecido

allí agazapados, esperándome, se han vuelto a apoderar de mí todos los pensamientos enajenados, advenedizos, girando alrededor del pequeño paquete guardado en la caja fuerte del despacho de padre.

Una idea ha empezado a gestarse en mi cabeza hasta conseguir dimensiones de legitimidad, he estado luchando contra ella largo rato porque algo en mi interior me avisaba de peligros desconocidos, pero me he negado a escuchar mis miedos, mis desconfianzas, los recelos que siempre me impiden actuar. Esperaría a que padre se fuera de viaje para hacer desaparecer aquella delicada caja de cobre y su turbador contenido. Muerto el perro, desaparecida la rabia.

De pronto todo ha vuelto a su lugar, hasta lo más insignificante ha ocupado de nuevo el espacio que desde siempre le ha estado asignado. Yo he recuperado a la mujer feliz, enamorada, que ha asistido a la fiesta de aniversario de Tatá, y ha bailado hasta desfallecer. La misma que ha robado besos cercados por el deseo en la penumbra de la biblioteca.

En realidad la solución es tan sencilla, me asombra lo simple del razonamiento, todo el tiempo delante de mí sin verla, trajinando mi alma con desazones e incertidumbres.

Domingo 25

Cuando me he levantado, la casa parecía un maremagnum. María iba de arriba abajo, acabando de planchar camisas y lustrando los botines de padre. Madre no paraba de darle consejos a los que él parecía prestar atención, pero que en realidad no escuchaba. No he podido evitar reírme al ver tamaño alboroto y les he dicho que en vez de a Granada parecía que padre se fuera a la Conchinchina. Pese a mis protestas he tenido que hacerme el desayuno, porque todo el mundo lo estaba atendiendo a él. Tenía que coger el expreso de las once y eran ya las nueve y media. Su voz se oía desde la cocina, reprochándole a madre que los baúles no se cerraran por

la noche como había ordenado, de haberlo hecho no tendrían que estar pasando estos nervios de última hora que no llevaban a ninguna parte. Finalmente, a las diez, el portero ha venido a recoger todos los bultos para cargarlos en el coche de caballos que ha llevado a padre hasta la estación. Madre ha insistido en acompañarle, pero yo me he despedido de él llevando todavía puesto el salto de cama. Le he pedido que a la vuelta me trajera el mantón de manila más bonito que encontrara en Granada. He salido al balcón de mi cuarto y me he quedado allí, con el brazo alzado, hasta que la berlina ha desaparecido en la curva del final de Avinyò, a poco de desembocar en la calle Ample, camino de la Estación de Francia.

Me sentía pletórica, había dormido bien y dentro de poco Alberto pasaría a recogerme para ir a misa. Pero ese estado de ánimo ha durado muy poco. Mi hermano se ha presentado en casa con Marta y los niños, se le notaba alterado y al saber que madre había salido me ha hecho prometer que cuando regresara no la dejaría volver a hacerlo. Debíamos permanecer en casa, nada de misas este domingo y los postigos era mejor tenerlos cerrados en cuanto nos cubriera la noche. Los niños se quedaban conmigo porque él y Marta necesitaban salir y no querían exponerlos a ningún peligro. Traían una cesta con pan, leche y unos dulces comprados en El Suizo. La orden estaba muy clara, ni salir al balcón. Jordi ha conseguido asustarme y cuando ha parado de hablar, le he preguntado el porqué de toda aquella historia, la huelga estaba convocada para mañana, no entendía la necesidad de tantas precauciones.

Ha rozado suavemente mis mejillas con sus manos tibias y sus ojos me han mirado con una gran ternura. La voz me ha llegado serena: "¿Recuerdas que ayer te hablé sobre la necesidad de que los hombres se hagan cargo de su destino? Pues ese momento parece que ha llegado para mí, tengo que hacerme cargo de las responsabilidades que me corresponden. También Marta debe hacer lo mismo, es

probable que durante dos o tres días no sepáis nada de nosotros, estar tranquilas, todo va a salir bien, tenedlo presente en todo momento y tú protege a madre. Siempre has sido mi princesita, y después de mis hijos lo que más quiero en este mundo, perdona si ayer te hablé de una forma tan dura, nunca he querido asustarte".

Una lluvia fría me ha empapado el alma erizando el vello de mi piel, y un miedo arcano ha pulsado mis sentimientos como si se tratasen de viejas cuerdas de chelo que solo pudieran vibrar con un único registro, tristeza, soledad.

Me he acercado a ellos, necesitaba que vieran en mí la misma fuerza que se desbordaba en los dos, que supieran que había vencido miedos, incertidumbres, que yo también era una mujer fuerte.

"Lo he quemado todo, muerto el perro desaparecida la rabia", les he dicho de sopetón, contando en presente lo que pretendía hacer aquella misma tarde. La cara de mi hermano ha acentuado la lividez, me ha cogido por los hombros y me ha dicho con tono perentorio que bajo ningún concepto abra la puerta a nadie y menos a Faustino Scacs. "No le tengo miedo", le he contestado desafiante. Los ojos se han nublado y los brazos me han rodeado apretándome contra el pecho con extrema delicadeza. Mi cuñada ha puesto las manos sobre nuestros hombros y ha susurrado: "Debemos tener las prioridades claras, Jordi, cuando acabe la huelga nos preocuparemos de solucionarlo antes de que vuelva tu padre". Después todo ha pasado muy deprisa, han abrazado a sus hijos, nos han dado un beso a mí y a María, que se recortaba a contraluz como una estatua hierática que hubiera perdido para siempre la capacidad de movimiento, y han huido a través de la puerta que se ha cerrado de inmediato tras ellos. Me he abalanzado hacia el balcón, repitiendo los mismos gestos que había dedicado a padre unos minutos antes, como una postal duplicada en la que se hallaran revelados los inquietantes misterios que fluían de mí como un presagio aterrador.

Alberto y madre han llegado juntos, se habían encontrado en la calle y al ver ella a los niños en casa su alegría ha sido abrumadora. Solo al cabo de unos segundos ha reparado en la absoluta seriedad de sus nietos, de María y también de mí, que la mirábamos sin decir palabra. Enseguida ha preguntado si había pasado algo y al referirle los últimos acaecimientos, su movilidad se ha ralentizado como si toda la energía del cuerpo la necesitara para digerir en su completa totalidad cuanto yo le estaba transmitiendo. Se ha sentado lentamente y los niños han corrido a abrazarse a su cintura, escondiendo las cabecitas en el regazo de madre.

"Bueno, bueno, bueno", ha dicho enseguida, "estos niños tan guapos no pueden estar tristes en domingo, vamos a convencer a María para que nos haga un sabroso pastel de chocolate". Y como si todo lo anterior hubiera sido un paréntesis acotado y obviado por el momento, se ha dirigido a la cocina.

Alberto se ha acercado cubriendo con su brazo mis hombros, y susurrándome al oído que a nosotros también iba a apetecernos un trozo de aquel pastel tan rico.

El resto de la mañana hemos estado jugando con los niños.

Antes de comer, Alberto se ha acercado al quiosco a comprar varios periódicos que hemos leído y comentado durante la hora de la siesta. Según él, la calle estaba casi desierta, aunque le ha parecido oír gritos procedentes de las Ramblas. Madre le ha rogado que por favor se quedase a dormir en casa esta noche para sentirse más tranquila.

Yo tenía pensado acercarme al despacho después de comer, para llevarme a casa la documentación y el paquete, no vaya a ser que mañana me encuentre con Faustino Scacs y pierda toda posibilidad de acción. Pero se me ha complicado el día y no tendré más remedio que levantarme a las seis de la mañana, antes que nadie despierte, e intentar volver lo más rápidamente posible.

Los clientes de padre saben que nuestro horario da comienzo a las nueve, y a esa hora espero estar almorzando en la cocina junto a los demás, con la excusa de haber salido a comprar bollos tiernos.

Están golpeando en mi puerta con exquisita suavidad, voy a abrir antes que se despierte toda la casa.

Lunes 26

Parece imposible que en un solo día hayan podido juntarse tantos acontecimientos y de tamaña envergadura. Intentaré ser lo más cronológica posible. Veo que solo me quedan en blanco siete páginas del diario, no me había dado cuenta hasta ahora.

Lo primero que quiero decir es lo asustada que me siento. Creo que he razonado con demasiada inocencia. No he valorado suficiente las consecuencias que se habían de derivar del hecho de hacer desaparecer los documentos pertenecientes a Faustino Scacs.

Esta noche se ha presentado en casa antes de la cena y… Pero no, mejor que haga lo que he decidido al principio, será una manera de contarme a mí misma lo sucedido y es probable que pueda verlo todo con mayor claridad.

Ayer, quien llamaba a mi puerta cuando estaba acabando de escribir todo lo sucedido durante el día, era Alberto. Fue una situación especial, yo estaba un poco violenta y con el temor constante de que madre pudiera levantarse y descubrirnos, pero a la vez me sentía extrañamente feliz, relajada. Al ver sobre mi mesa el diario, le faltó tiempo para buscar la fecha de nuestro encuentro y leer ávidamente lo que había escrito. Al principio intenté quitárselo entre risas nerviosas y forcejeos cariñosos, pero lo cierto es que al final, sorprendentemente para mí, me fue desvelando los sentimientos y sensaciones que se adueñaron de él en los mismos momentos. Fueron instantes que no creo poder olvidar nunca, que quedarán para siempre prendidos de

nuestra memoria. Tuvimos que abrir el balcón de par en par y correr los visillos para que pudiera entrar el aire fresco de la noche sin perder nuestra intimidad. El calor se había vuelto sofocante. De la brisa que llenaba las calles con olor a sal, nos llegaron soplos de mar y cantos de sirena que sublimaron mis sentidos y me lanzaron a un mundo desconocido y húmedo donde nada que no fuera mi necesidad de su cuerpo tenía cabida. Se fundió la vergüenza y el miedo. Desapareció todo rastro de temor. Eran casi las tres de la madrugada cuando me quedé sola. Creí que no podría conciliar el sueño, pero al descansar mi cabeza sobre la almohada me poseyó instantáneamente.

La campanilla del reloj sonó un buen rato antes de conseguir despertarme. Tenía los ojos hinchados y me picaban terriblemente pero no podía entretenerme. Me vestí lo más rápido que pude y recogí en un moño mi cabellera. La noche anterior ya había elegido el más discreto de los vestidos que se alineaban en el armario y los botines sin talón. Creí que la calle estaría desierta, pero mi portera andaba faenando en el zaguán, observando el ir y venir de grupos de obreros con la inevitable gorra y las chaquetas de pana o los guardapolvos azules, ansiosos por llegar a no sabían exactamente qué lugar, vigilantes feroces del estricto cumplimiento de la huelga. También se veía en las miradas de algunas mujeres como la ira empezaba a llenar los corazones para sentirse capaces de enfrentarse al menosprecio y a la mentira.

Berta ha intentado disuadirme de salir a la calle, pero al ver que no era posible me ha llenado de consejos y advertencias para sobrevivir a lo desconocido. En realidad nadie se ha fijado en mí y he llegado al despacho en menos de quince minutos. Entrar, abrir la caja fuerte, depositar en el interior de la cesta los documentos y el paquete y taparlo con un pañuelo de cocina no me ha supuesto más de diez minutos. Cuando he enfilado la calle Avinyò, la campana de los cuartos tocaba por tercera vez

y ha sido en ese momento cuando me he acordado de los bollos. He doblado la esquina hacia la calle Escudellers, imaginando que la panadería estaría cerrada a causa de la huelga, pero una pequeña cola que se había formado en el exterior, confirmaba el interior repleto.

Cuando María ha entrado en la cocina, me ha mirado como si estuviera viendo un fantasma y al advertir la bandeja repleta de bollos se le ha iluminado la sonrisa. "No podía dormir con todo el alboroto que hay en la calle", le he dicho para justificar mi aspecto ojeroso y cansado, "y se me ha ocurrido que a los niños les encantaría desayunar un tazón de chocolate con bollos tiernos". "Los niños no sé, pero a mí me apetecen muchísimo", ha dicho madre desde la puerta, recién salida de la cama, con su larga trenza despeinada y su mirada ligeramente enrojecida por las lágrimas o el cansancio. Nos ha cogido a María y a mí de la mano y con una tranquilidad inventada nos ha dicho: "Hoy va a ser un día muy largo, llenemos tres grandes tazones con chocolate y disfrutemos de este precioso momento de calma".

Los niños se han levantado casi al mismo tiempo que Alberto, han desayunado en pijama y al acabar se han dirigido con María a las habitaciones para lavarse y vestirse. Alberto, después de acabar con los bollos, se ha despedido de madre y de mí asegurando que volvería lo antes posible. Yo me he encerrado en mi cuarto y por segunda vez en menos de veinticuatro horas he corrido el pestillo, no quería sustos innecesarios.

He rescatado el cesto de debajo de la cama y he extendido su contenido sobre la colcha repleta de flores bordadas. Cuando he vuelto a abrir el paquete y ante mis ojos ha aparecido de nuevo la caja de cobre exquisitamente decorada, he recuperado la misma fascinación que me desbordó el primer día, he acariciado lentamente la superficie absorbiendo la tibieza del cobre y sintiendo cómo me transmitía el calor de las últimas manos que cerca de dos mil años antes lo habían

contenido.

Me he arrodillado junto a la cama, he entrelazado mis dedos, y apoyando los brazos he rezado con una ansiedad rayana en la histeria. Mientras mis ojos se llenaban de lágrimas los Credos iban saliendo de mis labios uno tras otro sin parar un momento. No sé cuánto tiempo he permanecido así, unos golpes en mi puerta me han devuelto a la realidad. He guardado apresuradamente todo cuanto se encontraba sobre la cama escondiéndolo bajo ella.

Al abrir he visto a madre, que me miraba sin comprender cómo podía estar todavía sin arreglar. Con los pelos revueltos y la cara enrojecida debía estar patética. Me ha abrazado sin decir una sola palabra, sin ninguno de sus acostumbrados reproches, y en sus brazos ya no he podido contener el llanto que ha escapado de mí huyendo de la inmensa tristeza que acumulaba mi alma.

"Han traído un recado de mi amiga Montse", me ha dicho cuando me ha notado más calmada, "Alberto está bien, ha tenido mucha suerte de llegar sin problemas, no estés preocupada, pero será mejor que hoy no salga nadie. Barcelona no está viviendo un día de huelga, es algo más, se están levantando barricadas con adoquines en la calle Ampla, en esta misma calle, en todo el barrio. He bajado para ayudar a Berta a cerrar con llave los portones de la entrada, y cuando juntas hemos subido a la azotea el paisaje era aterrador. Se ven columnas de humo, Berta ha dicho que están quemando tranvías. Se han vuelto locos…"

Sin dejarla acabar, me he precipitado hacia la escalera y he subido los peldaños de dos en dos. Cuando he llegado arriba, el espectáculo era dantesco. Madre, que me había seguido, se ha acercado a mí y juntas hemos estado contemplando como las columnas de humo y los disparos se iban incrementando.

"¿Dónde estarán tu hermano y Marta?" Ha dicho madre, "¡que Dios los ampare!" Y ha empezado a rezar

con un murmullo monocorde y cansino. Me he quedado mirándola y he estado a punto de decirle, como si de algo jocoso se tratara: "¡Dios ha muerto madre! ¿No se lo ha dicho su hijo?"

Al volver a casa nos hemos cruzado con Berta. Estaba pálida, se ha plantado delante de madre y le ha dicho: "señora, nunca me habría atrevido a pedirle un favor, pero estos no son momentos normales, acabo de hablar con Ramón que ha venido para avisarme de que mi Sebastián está herido, se subió con otros compañeros al Clot y parece que allí ha habido una auténtica carnicería. Se combate en Gracia, en la calle Aribau, en San Andrés, en Pueblo Seco, en el Paralelo. Las turbas han invadido también el Ensanche. Por toda la ciudad surgen las barricadas. El pueblo se ha lanzado espontáneamente a la calle ¡Es la revolución! Se han superado las peores previsiones. Han cortado el telégrafo, el teléfono, los ferrocarriles, estamos aislados…"

"¡Por Dios, Berta, tranquilízate!" Le ha dicho madre. "Mi hijo y mi nuera están también en medio de esta locura". Se han mirado durante unos segundos sopesando su desgracia como dos púgiles tantean su fuerza. Finalmente, Berta le ha dicho a madre que no sufría por su nuera y sus nietos que ya vivían con nosotros, pero que su hija y sus otros nietos se quedarían solos en la portería si ella se acercaba al Clot para recoger a su marido. Madre no la ha dejado continuar adivinando cuales eran los deseos y le ha dicho que subieran todos, los niños y su hija, para que nadie se quedara solo en la portería.

Si no fuera por los terribles acontecimientos que se estaban sucediendo en el exterior, nuestro comedor me recordaba a los felices cumpleaños que rodearon mi infancia. Ocho niños con ocho trozos de pastel de nata que había cocinado María, llenándose con él manos, cara, incluso algún que otro flequillo.

Mientras las demás intentaban, después de comer, acomodarlos para que durmieran la siesta, yo he vuelto a

mi cuarto. Necesitaba tranquilidad, pero sobre todo necesitaba pensar.

Después de largo rato sosteniendo la caja entre mis manos, me he decidido a abrirla. He vuelto a sacar los frágiles papiros y los he extendido sobre la cama ¡Son tan hermosos! he vuelto a sentirme fascinada y definitivamente convencida de que nunca podré destruirlos. Los esconderé, he pensado, y quemaré los documentos actuales que los acompañan en la chimenea, para que supongan que todos han desaparecido. He ensayado diversos lugares en mi cuarto donde esconder los papiros, pero ninguno me ha parecido seguro. Quizá en el despacho de padre… pero antes de dirigirme allí ha cruzado por mi mente Luis, el hijo de la portera, mi compañero de juegos y la caja de latón donde escondíamos nuestros tesoros más preciados. Si continuaba en la azotea después de tantos años, no podía imaginar lugar mejor. He cogido el cesto, un cuchillo romo de la cocina y he subido expectante las escaleras. Cuando me he encontrado frente al pequeño muro de obra vista que da a la calle Avinyò, he contado dieciséis ladrillos desde la izquierda a ras de suelo, me he arrodillado y con el cuchillo he intentado sacarlo. Me ha costado más de lo que esperaba, pues el tiempo ha vuelto a rellenar de arena y polvo las junturas. No quería romperlo. Finalmente he conseguido desplazarlo y allí estaba, ennegrecida, nuestra caja de los tesoros. Al abrirla, un vaho de ternura ha hecho brillar mis ojos y he acariciado la cabeza sin cuerpo de mi muñeca Ana, los balines de Luis, un cubo de cartón con dibujos en cada una de sus caras, correspondiente a la única pieza que quedaba del rompecabezas "Los niños del mundo", piedras de la playa que en su momento debieron parecernos maravillosas…

¡Era perfecto! Esconderlo allí me permitiría pensar con tranquilidad. He vaciado sobre el pañuelo de cocina todo el contenido de la caja y he metido dentro el recipiente de bronce. Todavía quedaba algo de sitio y me he tomado un

tiempo para revisar los documentos del sobre y guardar los que me han parecido más importantes.

Debían ser las siete de la tarde cuando se han presentado dos hombres corpulentos y el señor Faustino Scacs. María les ha abierto y los ha hecho pasar al salón. Yo estaba con madre y los niños y al recibir el anuncio de la visita, les he pedido que por favor no se acercaran al salón oyeran lo que oyeran, tenía órdenes de padre en las que había insistido mucho al marchar.

Al entrar en la habitación, Faustino Scacs estaba de cara a la chimenea mirando los restos de toda la documentación quemada. Sin volverse, al oírme entrar, me ha dicho que venía a recoger el paquete que padre le había guardado estos días en la caja fuerte de su despacho. Con la voz repleta de exigencias, obviando que la cita no tenía lugar en el territorio acordado, me ha apremiado en el tiempo pues quería llegar a su casa antes de anochecer.

He esperado a que se diera la vuelta para responder con mi voz más firme y enérgica que no tenía en mi poder la caja de cobre. Su cara ha enrojecido por la ira, al darse cuenta de que conocía el contenido del paquete, pero su voz ha reprimido cualquier matiz de agresividad a la vez que los dos hombres que lo acompañaban se apostaban un paso por detrás en un claro aviso de fuerza. Mientras me decía que no volvería a repetírmelo, que le entregara inmediatamente todos los documentos que le pertenecían, mis piernas han empezado a fallarme y me he sentado en el borde del sillón preferido de madre, donde estaba apoyada, he tragado aire y le he dicho que no esperaba su comprensión, pero que no estaba dispuesta a consentir que se extorsionara y se chantajeara con algo tan sagrado para muchas personas como la fe, y que, detrás suyo, en la chimenea, estaban los restos de toda la documentación, incluida la herejía que se relataba en lo que no podía ser otra cosa que una falsificación indigna.

En ese momento ha perdido los nervios, y mientras se

dirigía como una tromba hacia la chimenea me ha increpado llamándome loca, irresponsable, puta beata. Entre tanto, con el atizador, removía las cenizas examinando minuciosamente cualquier trozo de papel que se hubiera salvado de las llamas.

Finalmente se ha vuelto hacia mí y sin dejar el atizador ha llegado hasta donde me encontraba, ha acercado su cara a un palmo de la mía y me ha dicho que no podía creerlo, que todo lo que le estaba diciendo era una gran mentira y que por última vez me exigía la devolución de los documentos.

Mi voz, entrecortada, le ha contestado que no podía hacerlo, él mismo acababa de examinar los restos en la chimenea. El atizador se ha levantado en el aire y yo he cerrado los ojos aterrorizada. Al cabo de unos segundos los he abierto y Faustino Scacs ya estaba de pie y había tirado al suelo el atizador.

"¿Su padre sabe algo de todo esto?" me ha preguntado. "En absoluto", he contestado, "ni siquiera sospecha que he abierto el paquete y me he dado cuenta de todo".

"No, señorita, se equivoca, usted no se ha dado cuenta de nada", me ha dicho desde la contención y el odio, "usted aún no ha empezado ni a imaginar todas las consecuencias de este suceso. Ha sido una loca imprudente, ya no es una niña, espero que esté preparada para la realidad que desde este momento será su vida. Tendrá que asumir todas las repercusiones que deriven de sus actos, en usted o en su familia", y dándose la vuelta, ha indicado con un gesto enérgico a los acompañantes que abandonaran la habitación.

Antes de hacerlo él se ha detenido y, sin volver la cabeza, me ha lanzado un aviso: "Recibirá noticias mías muy pronto".

Me he derrumbado en el sillón sin poder contener por más tiempo el llanto que me ahogaba. Madre ha entrado corriendo y ha intentado consolarme. Me ha dicho que no

me preocupara, que cuando padre volviera sabría qué hacer con aquel indeseable, que teníamos que procurar calmarnos, cenar, e intentar dormir un poco. Teníamos que sentirnos fuertes para sobrevivir a la locura que se estaba desatando en las calles de Barcelona.

Por eso hablaba de miedo al principio. Mi cabeza es un mar de dudas, creo que he subestimado el problema, que he sido estúpida, que he cometido una gran imprudencia y lo que es peor, que he involucrado a mi padre y quizás a toda mi familia en algo muy oscuro, que excede mi capacidad de intuir…

¡Dios mío, algo terrible está ocurriendo en la calle! Oigo gritos y ruido de cascos, voy a ver qué está pasando...

Barcelona — 6 de Junio de 2002

Los sentimientos de Julia se habían desbordado.

Hacía rato que las lágrimas abandonaban los ojos para recorrer lentamente el camino sugerido sobre la piel.

Había tenido que parar la lectura en varias ocasiones envuelta en llanto. Una en particular, cuando Irene abraza a Luís y recuerda su infancia, la había alterado de forma exagerada. Los sentimientos confesados en el diario habían abierto puertas en el interior de Julia y hecho aflorar sentimientos de aquella niña perdida e ignorada que lo habitaban. Sintió una inmensa lástima por ella y la abrazó abrazándose y la consoló consolándose, con una ternura que absorbió como el agua absorbe el azúcar.

Era casi la una de la madrugada, pero no dudó ni un momento en recuperar el móvil oculto bajo la almohada y llamar a Juan.

Cuando oyó la voz al otro lado, no pudo articular palabra, de nuevo el llanto quebró la garganta y no tuvo más remedio que abandonarse a él. Juan aguardaba al otro lado, en silencio. Los dos eran conscientes de que la línea estaba abierta y que el flujo de lo no dicho la saturaba por completo.

—Llegaré lo antes que pueda —se oyó decir finalmente a Juan.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 2 horas 15 minutos

Estaba demasiado alterado para conducir, así que mientras se vestía, llamó por teléfono a una compañía de taxis solicitando un vehículo. Al salir, la noche lo recibió con la tenue luz de una luna creciente en su inicio y una humedad muy cercana al cien por cien, porque sus poros empezaron a exudar al verse transportados de una temperatura de veintitrés grados en el interior de su apartamento, a los treinta que marcaban los dígitos del termómetro instalado en la plaza.

Vio cómo se acercaba el taxi y corrió hacia él. Al taxista no le hizo ninguna gracia internarse en el gótico un jueves a aquella hora de la noche, pero su credencial acostumbraba a persuadir a los más remisos.

No tuvo que llamar al timbre, Julia lo estaba esperando asomada al balcón. Enseguida abrió el viejo portón de madera de pino desde el telefonillo del portero automático y Juan oyó el zumbido de la cerradura al desbloquearse. Empujó hacia el interior de la ancha portería (que en su momento había albergado coches de caballos sin demasiada angostura) y subió las escaleras que conducían al principal de dos en dos. Julia lo aguardaba en la puerta del piso y se abrazó a él en cuanto alcanzó el descansillo. Le alarmó su aspecto, sobre todo su cara enrojecida, y los ojos, que semejaban reflejos de un espejo fragmentado.

—¿Tan terrible es lo que cuenta Irene en su diario?—, preguntó Juan mientras entraban en el piso y se dirigían hacia la sala.

—En realidad solo es terrible para ella —contestó Julia mientras bostezaba a la captura del aire que el llanto no había dejado entrar

en sus pulmones—, pero es que...ha sido algo muy especial. Se me ha metido tan adentro Irene, era tan fuerte esa mujer, estar leyendo... ¡Es que no es una novela Juan! Es algo real, algo mío, habla de mi familia. Trabajaba ¿te imaginas? ¡mil novecientos nueve! No es anteayer ¡Hace cien años! ¡Una mujer con su categoría social! Ayudaba a su padre en el despacho. Mi bisabuelo fue uno de los abogados más importantes que había en Barcelona desde finales del siglo diecinueve. Tenía el despacho en la calle Sant Pera mes Baix. Mi abuelo también fue abogado y cuando murió su padre se trasladó a su despacho. Yo he oído hablar a mi madre de ese lugar. Según me explicaba, entrar la atemorizaba de tal manera que en cuanto cruzaba la puerta empezaba a llorar, y no paraba hasta que salía. Me ha emocionado leer sobre mi abuela, mi abuelo, mis tíos, en tiempo real. Quiero decir... cuando ella lo escribía estaba pasando, y yo he podido estar también allí, a su lado, gracias al diario. Ha sido como un viaje en el tiempo.

—¡Qué hermoso regalo! —intervino Juan—.¿Sale también algún antepasado de nuestro Valeriano Scacs?

—Sale un cafre que se llama Faustino Scacs y ¿a que no adivinas quién aparece también?

—¿La familia Domènech? —aventuró Juan.

—¡Exacto! Hacia el final, Irene nos cuenta sus percepciones de lo que en aquellos momentos debió ser una movida inmobiliaria de altos vuelos. Pero... —Julia se quedó suspendida de su voz durante unos breves segundos, Juan no se atrevió a sacarla de su ensimismamiento— Hay algo más importante. Ya sé por qué buscaba Scacs el diario, lo que no puedo entender es cómo se enteró de lo que en él se mencionaba.

—Háblame de esa movida inmobiliaria —Juan pareció no haber oído las últimas palabras de Julia— ¿Hay datos que nos lleven a construir un móvil que justifique, a día de hoy, matar a nuestra víctima, supuestamente nieto del Faustino que aparece en el diario?

—No sabría decirte. En el diario no se dan datos concretos, ni cifras, ni nada parecido. El hermano de Irene, mi abuelo, es el que tenía la intuición de que por ahí iban los tiros, pero supongo que con los medios de que disponéis hoy en la policía podréis rastrearlo todo en archivos y…

—No es tan fácil, hace casi cien años —la interrumpió Juan—, y

no te olvides que durante más de tres años, este país estuvo sumido en una guerra civil. Muchos documentos desaparecieron o se hicieron desaparecer.

Los dos guardaron silencio durante diez segundos, con el pensamiento puesto en las prioridades de cada uno. Fue Julia la que volvió a insistir sobre el tema que la tenía completamente seducida

—Pero Juan, lo más fascinante del diario es la existencia de un objeto, una caja de cobre muy antigua con un secreto en su interior, algo relacionado con la vida de Jesucristo, algo que podría poner muy nervioso al obispado de Barcelona. Irene lo robó del despacho de su padre a quien Faustino Scacs, el verdadero dueño, se lo había confiado, y decidió en su momento, estamos hablando de 1909, que era de suma importancia ocultarlo al conocimiento popular. Estoy segura que, poco antes de morir, mi madre también lo leyó, y tuvo la misma reacción, ocultarlo. Lo depositó en un lugar con el acceso restringido casi por completo. Me dijo el párroco que tenía orden expresa, escrita y firmada por ella, que solo me fuera entregado si yo iba a buscarlo. En ningún momento debía ser avisada de la existencia de unos documentos que me pertenecían por herencia. Hubieran permanecido depositado en Sant Just y Pastor indefinidamente.

—Pero la súbita aparición de Valeriano Scacs precipitó los acontecimientos.

—Y por eso mi madre estuvo tan rara y tan maquiavélica los días anteriores a su muerte. Llegando a ocultar dentro de mi juguete favorito el sobre con la estampa de Sant Just i Pastor, y escribiendo al dorso de la imagen el nombre de Irene Adell.

—¡Pero Julia! ¿Te estás oyendo? Ese cuaderno en vez de un diario parece un libro de aventuras, objetos misteriosos, secretos que se ocultan.

Julia lo miró, sorprendida por la ironía barata que rezumaban las palabras de Juan. Estaba consiguiendo que se sintiera como una idiota. Recicló ese sentimiento y lo transformó en rabia que disparó a bocajarro.

—¿Te parece poco importante el hecho de conocer dónde se ocultan unos papiros, que espero se conserven en perfecto estado, escritos en el año treinta y seis de nuestra era, donde se habla del personaje más carismático de nuestra cultura, Jesús, Jesucristo o

como quieras llamarlo? ¡Del año treinta y seis! ¡Ni los evangelios son tan antiguos! ¿Y como mínimo, en el año 1909, comprometían al obispado de Barcelona?

Juan quedó en suspenso. Finalmente miró a la mujer que tenía delante con los ojos atentos, relampagueantes de ira, pendientes del menor movimiento de sus facciones, y la risa apareció como respuesta a lo inesperado, a lo increíble. Empezó a reír mientras los brazos y las manos se abrían y los hombros se elevaban en señal de incomprensión.

La cara de Julia pasó de la irritación a la sorpresa y, finalmente, cedió también a una explosión de carcajadas que le desató todos los músculos, liberándola de la tensión acumulada desde hacía horas.

Al cabo de unos momentos apareció Javier en calzoncillos, frotándose los ojos, con el sueño todavía pegado a ellos.

—¿Se puede saber a qué viene tanto follón? No dejáis dormir a nadie.

Juan y Julia miraron a Javier, luego se miraron entre sí, y un nuevo ataque de risa dio comienzo.

—Puedo entender que mi aspecto sea patético y que los calzoncillos de Bart Simpson no ayuden a mejorarlo —se revolvió Javier herido en su amor propio—. Pero no es necesario que…

—Lo siento, Javier —lo interrumpió su madre sin poder dejar de reír—, no es por ti, es por…

Los ojos de Julia se encontraron con los de Juan y durante un segundo pareció que iban a calmarse, pero enseguida empezaron a reír de nuevo imparables. “Como energúmenos”, pensó Javier, “menudo par de gilipollas”. Se dirigió hacia el dormitorio de su madre donde había dormido hasta ese momento y se calzó los vaqueros encendido como una tea, luego buscó una camiseta, y después de ponérsela se dirigió de nuevo hasta la sala dispuesto a montarle a su madre y a Juan, un pollo de tres pares de narices.

Cuando llegó ya se habían calmado y él fue el primero en pedirle disculpas. Entonces se dio cuenta del aspecto de su madre, de la cara enrojecida, de los ojos hinchados. Les preguntó inquieto qué sucedía, y ella se sentó a su lado y empezó a relatarle, concisamente, el contenido del diario de tapas rojas.

Juan Torralba también escuchaba, atento, en silencio, absorbiendo la información.

La cara de Javier, iba dibujando el asombro que lo envolvía mientras la escuchaba. Una idea estaba empezando a nacer en su mente ante lo valioso de la historia, que, al igual que la pluma, le llegaba del pasado para llenarle el presente con un proyecto que cada vez se perfilaba en su cabeza con mayor nitidez. Le rogó a su madre que le dejara el diario y la carta de la abuela, para leerlo todo con tranquilidad.

Julia se quedó paralizada. No se había acordado en absoluto de ella. Entregó el diario a su hijo y enseguida los tres se pusieron a buscar la carta, que había quedado olvidada en el comedor.

La encontró Juan y se la dio a Javier.

—Léela tú —le dijo—, y luego se la explicas a tu madre.

El mensaje le llegó alto y claro a Javier, lo cogió todo y se fue directo a su habitación, que volvía a ser su territorio.

Mientras tanto, Juan fue hasta la cocina y preparó una infusión de valeriana para Julia, que seguía sus movimientos como si fueran un regalo lleno de complicidad y afecto. Luego, se dejó acompañar hasta el dormitorio y fingió soportar con desgana los mimos de Juan, obligándola a intentar dormir unas horas. Cuando se despidió, le dio un beso en la frente y le dijo:

—Volveré más tarde. No se te ocurra recuperar esos papiros hasta que regrese. Imaginaremos ser los protagonistas de una película. Además, yo estudie latín en el bachillerato, a lo mejor hasta puedo entender algo.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

—Los astrólogos de Herodes El Grande, le habían anunciado el nacimiento de una nueva estrella —Seguía narrando Calíopo—. Señal inequívoca de que el mesías que esperaban los judíos, el que los liberaría de nuestro yugo ya había nacido. La respuesta fue consecuente con la crueldad que había teñido de sangre su reinado. Ordenó al ejército que recorriera sus dominios, matando a todos los niños menores de dos años que pertenecieran a la estirpe del rey David.

"De nuevo la sombra de Herodes el Grande, ya gravemente enfermo, se proyectaba sobre José y María.

"Hacía semanas que habitaban en paz, se sentían seguros, había empezado a serenarse el recuerdo de la terrible tragedia que vivió María cuando ejecutaron a su esposo el rey Antípater, padre del bebé que amamantaba entre los brazos bajo la protección del anciano tratante de maderas, el buen José.

"Una noche, José tuvo un sueño que se iniciaba con el grito de alerta de un joven pastor, vociferando angustiado mientras corría hacia el pueblo.

"—¡Vienen soldados! ¡Mirad, todo un escuadrón de soldados!

"Entraban por las calles a lomos de sus monturas con las órdenes perfectamente delimitadas. Debían separar a los descendientes de David y a sus familias de los restantes residentes locales y matar a todos los niños varones menores de dos años. José se despertó con gran ansiedad y se lavó la cara con agua fresca hasta conseguir calmarse.

“Pero hacia el mediodía, cuando el sol presidía en lo alto el azul límpido de un cielo sin nubes, un muchacho entró alborotando en el pueblo.

“—¡Vienen soldados! ¡Vienen soldados!

“José sintió como se le erizaba la piel y corrió hacia donde María estaba dando de mamar a su primogénito.

“—Debemos partir de inmediato si no queremos que tu hijo encuentre la muerte —le dijo con voz apremiante.

“Agarraron unas cuantas pertenencias y salieron huyendo por el palmeral a lomos de una vieja mula blanca dirigiéndose a Jerusalén para refugiarse unos días en la casa que poseía José, y decidir con calma hacia donde emigrar.

“Fue durante una cena que compartieron con Raquel, la anciana encargada de proteger a las vírgenes del Templo, cuando decidieron que el mejor lugar sería Alejandría. En él ya se encontraba Simón, quien sin duda les ayudaría a establecerse y a educar al verdadero heredero del trono de Israel. Y así lo hicieron, dejaron atrás una convulsa Jerusalén dividida por la muerte de Herodes el Grande, entre las disputas de sus hijos Filipo, Arquelao y Antipas y se dirigieron hacia un país de una gran cultura y antigua civilización, Egipto.

“Allí Jesús fue educado igual que su padre, el rey Antípater, dentro del mundo griego, aunque sumando a ello el privilegio de disponer de una de las bibliotecas más completas del orbe conocido, la de Alejandría, en la que también se hallaban textos procedentes de países tan lejanos como la India y que fueron una de sus mayores fascinaciones. Ni por un momento se descuidaron las enseñanzas de la antigua religión judía ni de sus leyes, así como de la historia que le relataba los hechos de los ancestros y de cómo el Dios único al que adoraban los eligió como su pueblo.

“Cuando estaba a punto de empezar la pubertad, el viejo Simón se despidió de ellos manifestándoles que su misión había llegado al final, ya que nada le quedaba por enseñarle. Había decidido retirarse a orillas del mar Muerto para ingresar dentro de la secta de los Esenios donde desarrollaría la espiritualidad, ahora que veía próximo el final de su vida. El día que Simón se despidió de ellos, el joven Jesús, que así se llama nuestro personaje, le rodeó con un fuerte abrazo y le suplicó que se lo llevara con él ¡Deseaba tanto

conocer la tierra donde había nacido! Toda la vida había estado estudiando su historia, las leyes, oído de labios de su madre hermosas leyendas y de su padre los maravillosos versos llenos de sensualidad y de vida que el Rey Salomón le había legado al pueblo.

"Tan fuerte y lleno de necesidad fue el ruego, que José decidió en aquel mismo momento volver a Judea. Con el total apoyo de su esposa, empezaron a empacar sus pocas pertenencias y emprendieron junto a Simón el viaje de regreso, él hasta los aledaños del Mar Muerto, Jesús y su familia hasta Emaús pasando por Jerusalén, para disfrutar durante unos días de su encanto y visitar también a sus parientes.

"Jesús se sintió algo decepcionado al atravesar las enormes puertas de acceso. Ante él apareció una ciudad limitada y provinciana, no olvidemos que su hogar había sido la metrópoli de Alejandría, y se prometió a sí mismo que si algún día ejercía el poder que por herencia le debía ser legado, la convertiría en una ciudad de leyenda a la que todos los pueblos rendirían lealtad.

"Aunque José hubiera preferido Emaús como lugar donde residir, su esposa María le convenció para instalarse en Bethlehem, y hacia allí se dirigieron. Entre sus calles, sus plazas y los hermosos oasis que la rodeaban, Jesús vivió días felices y también terribles pérdidas; como la muerte de José, que pese a su avanzada edad, pocos meses después de su vuelta se unió a Judas el Galileo en la revuelta del censo, y fue abatido mientras luchaba junto a otros cientos de judíos. Esa pérdida representó un terrible golpe para él pues lo amaba como a un padre, el único que había conocido, y durante muchos meses le guardó duelo.

"Al cabo de un año, de acuerdo con las leyes de su pueblo, María, una viuda joven, fue requerida por la familia de su difunto esposo para volver a casarse.

"En un principio intentó convencerles que su vida tenía un único propósito, cuidar de su hijo y prepararlo para el destino que le aguardaba. Pero de nada sirvieron los ruegos, debía obediencia al hijo mayor de José y este no estaba dispuesto a transigir, así que, nuevamente, tuvo que endurecer su corazón y tratar de elegir al hombre que mejor se adecuase a sus necesidades.

"Jesús se convirtió en un adolescente más, que creció junto a los otros chicos de la pequeña ciudad. Como muchos de ellos se unió a

la secta de los *zelotes*, aprendiendo en aquel lugar, aparentemente tranquilo, el arte de guerrear. En más de una ocasión, él y sus compañeros fueron arrestados y advertidos por la guardia del Sanedrín, que en ningún momento se mostró especialmente severo con ellos, por considerarlos, más que unos rebeldes, unos muchachos que jugaban a serlo. Pero la intuición de Jesús, educada durante muchos años en el estudio, le avisaba de forma esporádica que aquel no era su camino.

"Cuando cumplió los veintidós años, habiendo superado largamente la edad de pensar en el matrimonio, decidió unirse a los Esenios. El cambio se había estado gestando largamente en su interior, pero al cerebro le llegó como una revelación. Necesitaba purificarse, elevar el espíritu. Debía ser merecedor del destino que le había sido repetido por Simón de Alejandría hasta incrustarlo en su cerebro. Le correspondía personificar, y dar voz, a la leyenda mesiánica del "Mesías", del "Elegido", que acaudillaría al pueblo hasta conseguir liberarlo. Pero no fue fácil para él partir hacia las costas desérticas del Mar Muerto, porque en Bethlehem quedaba una muchacha, María Magdalena, hermana del joven Lázaro, su mejor amigo, por la que sentía algo más que afecto fraternal.

"La noche era cálida y solo una suave brisa venía a templar el fuego difundido en el aire durante un claro día de cielo sin nubes. Magdalena estaba sentada a su lado, en el rincón más fresco del jardín de su casa, escuchando las promesas que aquel muchacho de ojos verdes y mirada fulgente iba desgranando en un suave murmullo más parecido a un rezo que a la humilde petición de aguardar su vuelta sin comprometerse en matrimonio. Ella mantenía la cabeza baja, las manos descansaban tranquilas en el regazo, emanaba un sosiego interior que estaba lejos de sentir y fue su voz quien la delató al contestar:

"—Tú sabes bien que estas palabras no están creadas para ser dirigidas a mí, ya que yo nada puedo hacer ni prometer. Es mi padre quien en su momento decidirá mi destino y es a él a quien debes dirigirte. ¿Por qué me trasladas la responsabilidad de hablarle, que solo a ti corresponde? No parecías sentir miedo cuando junto a mi hermano jugabas a revelarte frente a los guardias del Sanedrín, y sin embargo te paralizas con solo pensar en redactar junto a mi padre un contrato de matrimonio.

“Jesús se sintió herido, no solo por las palabras algo enojadas de Magdalena sino por reconocer su debilidad en ellas.

“—Gracias por hablarme así, mujer, tus palabras te alejan de la niña que has sido, y por recordarme cuales son mis deberes y mis responsabilidades para con nosotros. Mañana mismo hablaré con tu padre y si es deseo de Dios, quedarás para siempre unida a mí. Pero solo podré desposarte cuando regrese, pues debo partir al encuentro de mi viejo maestro en las grutas que habitan los esenios al borde del desierto de Judá, y para unirme a ellos debo ser célibe.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 05 horas 10 minutos

En el taxi que lo devolvía a casa, el inspector Juan Torralba reflexionaba sobre el giro que estaba dando el asesinato de Valeriano Scacs. Se confirmaba el enlace entre la familia Scacs y los Domènech en una de las primeras operaciones inmobiliarias a gran escala que se habían llevado a cabo para iniciar la construcción de la gran Barcelona a principios del siglo veinte.

Hacía escasamente un año que el Museo de Historia de la Ciudad había realizado una exposición con el lema "L'obertura de la Via Laietana 1908—1958" y recordaba algunas cifras que lo dejaron bastante asombrado. Demolieron doscientos setenta edificios a lo largo de las tres etapas en las que se dividió el trabajo de derribo, llevado a cabo entre los años 1908 y 1911, más una ampliación para delimitar la finca de lo que hoy es el edificio de Correos y Telégrafos, entre 1912 y 1913.

Fueron cinco años durante los que se abrió una enorme herida en el tejido urbano, desde el puerto, hasta la plaza del Bisbe Urquinaona. El volumen de dinero que se movilizó durante aquel período de tiempo, propició sin duda una competición salvaje entre los empresarios de la época, y las influencias, sobornos y chantajes, más o menos encubiertos, debieron estar a la orden del día.

En ese entorno, se entendía perfectamente la maniobra que Scacs y su socio Domènech estaban intentando llevar a cabo, al descubrir casualmente, en uno de los edificios propiedad del primero de ellos, un documento arqueológico de gran valor con el que podían perfectamente chantajear al Obispado de Barcelona, que en aquellos momentos ejercía gran influencia en el ayuntamiento, y

era un importante grupo de poder propietario de alguno de los mejores terrenos. Eso los hubiera situado en una posición privilegiada frente a los demás inversores, con los que disputarían, cuando se iniciaran las subastas, los cientos de metros cuadrados edificables.

Irene Adell les desmontó un tinglado de muchos millones y Juan empezaba a cuestionarse lo accidental de su muerte.

Llegó a su casa con el cansancio hurgando una debilitada resistencia. Ya no le resultaba tan fácil aguantar una noche sin dormir, el sueño le estaba empezando a pasar factura. Se desnudó y se metió en la ducha. Bajo el chorro de agua tibia, sintió como todo el agotamiento le iba resbalando por el cuerpo, hasta desaparecer a través del sumidero.

Se vistió tras prepararse un desayuno colmado de vitaminas y aminoácidos y decidió dirigirse a la Jefatura Central de Policía. Le interesaba hablar con los expertos que estaban estudiando los documentos depositados en el despacho del abogado Florencio Herralde, por Valeriano Scacs,

Cuando estaba a punto de entrar en comisaría, el subinspector Matas lo llamó desde la entrada del bar donde solían tomar café.

—¡Inspector! ¿Le apetece un café?

Juan volvió sobre sus pasos, y se adentró junto con su compañero en el bullicio y la agitación de la hora del desayuno, que reunía en aquel lugar a buena parte de los trabajadores que habitaban las oficinas cercanas.

—Buenos días, acabo de almorzar en casa, pero le acompaño ¿Qué tal empieza la mañana?

—Normal. He telefoneado al "Canguelo", pero no tenía nada nuevo para mí ¿Y usted jefe, sabe algo del diario?

El inspector Torralba quedó en suspenso unos segundos, que su compañero no cuantificó.

—Nada, Matas. creo que será mejor olvidarnos,

—Finalmente no estaba en Sant Just ¿verdad? Ya se lo dije, nuestro destino es la Kamenskaya. Si sabemos hacerlo puta madre y tenemos una suerte de cojones, a lo mejor conseguimos que cante. Si no, solo nos quedará plantearnos dar el caso por no resuelto.

—¡No corra tanto! Eso será cuando ya no nos quede más remedio, debemos intentar aclarar este rompecabezas, podemos

hacerlo. He estado dándole vueltas e investigando qué hechos sucedieron en 1909, durante la época en que se escribió el famoso diario, y aparte de la semana trágica, hay uno que me ha parecido más que interesante: la apertura de la Vía Laietana.

—Lo suyo es cultura e intuición, jefe. Me deja…Es en lo último que hubiera pensado.

Juan caviló que él tampoco lo hubiera relacionado con el caso, a no ser por el testimonio desgranado página a página en el famoso diario de Irene, pero esa intuición de la que hablaba Matas le había hecho reservarse la información del descubrimiento y hacía ya demasiado tiempo que el fiarse de ella le daba inmejorables resultados. Así que decidió seguir por la ruta que había iniciado, compartiendo toda la explicación que sobre la apertura de la Vía Laietana proporcionaba el libro editado por el ayuntamiento, durante la exposición efectuada en el Museo de Historia de la Ciudad.

Los dos construyeron hipótesis sobre lo que podía haber ocurrido entre Faustino Scacs, su socio Domènech y el potencial inmobiliario de la época, y el subinspector Matas quedó encargado de rastrear, en los diarios de principios de siglo, los nombres de los dos socios o hechos que tuvieran relación con ellos o con movimientos inmobiliarios.

Entre tanto, Juan Torralba iría a entrevistarse con el director del Museo de Historia, para conocer, lo más a fondo posible, todo lo relacionado con el mes de Julio del año 1909. Si quería quedarse tranquilo, necesitaba contrastar la información anotada en el diario con los datos históricos que se encontraban en el archivo del museo.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 03 horas 30minutos

Javier volvió a quedarse solo, con los calzoncillos de Bart Simpson en la intimidad de su cuarto. El sobre que sujetaba parecía estar lleno de electricidad, y las manos lo cogían y lo volvían del derecho y del revés como si el contacto inyectase pequeñas descargas.

Finalmente se decidió, besó el sobre con cariño y lo rasgó lentamente, con sumo cuidado. La pulcra letra de su abuela apareció dibujada sobre una superficie inmaculadamente blanca.

Barcelona, 18 de Mayo de 2002

Querida hija:

Si lees está carta ya no estaré contigo y tú, habrás estando buscando el diario que mi tía Irene escribió hasta el prematuro e inesperado final de su vida.

No quiero dejar cabos sueltos y, por si algo saliera mal, me he ocupado de que solo tú tengas acceso al secreto de nuestra familia. Es por ese motivo que he blindado en Sant Just i Pastor el acceso al documento que lo contiene.

Estoy segura que habrás hallado la pista que te dejé para encontrarlo, siempre has sido una persona brillante. Aunque sé que a ti eso no te importa, yo me he sentido orgullosa de proporcionarte unos genes que te han regalado un coeficiente intelectual de 130, muy por encima de la media, aunque tú te hayas negado a hacer uso de él.

He leído el diario poco antes de escribir estas líneas y mi mundo de recuerdos se ha visto convulsionado. Mi memoria ha viajado hasta la niñez, recordando frases e historias que después de esta lectura adquieren una luz más definida, más nítida.

Hace dos días, recibí una llamada telefónica de un tal Valeriano Scacs, rogándome le concediera una entrevista para hablar de mi tía Irene. Mi primera postura fue negarme en rotundo, el nombre generaba en mí oscuros ecos relacionados con la muerte de mi abuelo. Pero este hombre posee un don innato para seducir y sabía exactamente donde se esconden los resortes que podían deshacer mis dudas. Primero me explicó que venía desde México con el único objeto de hablar conmigo sobre un tema relacionado con su abuelo. Luego, que hacía sesenta años que se hallaba ausente de Barcelona y deseaba compartir recuerdos. Por fin, descubrió su última carta, las dos palabras mágicas que le abrieron las puertas de mi casa: Daniel Diunó.

Me refirió la gran amistad que los unía desde bastante tiempo atrás, en el Círculo Catalán de México. Había sido él quien le proporcionó mi dirección y mi teléfono, y según me explicó, obraba en su poder una carta de Daniel dirigida a mí, que había prometido entregarme.

Al llegar a mi casa, lo primero que hizo fue disculparse, pues por circunstancias imprevistas no la había podido sacarla de la caja fuerte del hotel, donde se hallaba guardaba. Mi cara se ensombreció y él lo notó de inmediato. Me aseguró que cuando volviéramos a vernos me la entregaría sin más retrasos. Empezamos a hablar de mi abuelo, al que yo no conocí porque murió seis meses después que su hija Irene, y de la profunda amistad que compartió con el suyo. Finalmente llegó a donde desde un principio le interesaba llegar, me rogó encarecidamente que le permitiese leer el diario que mi tía Irene había escrito hasta su muerte, a lo cual me negué. Como continuaba insistiendo, para sacármelo de encima, le aseguré que en aquellos momentos no estaba en mi poder,

que volviera dentro de unos días, y si lo había encontrado, se lo prestaría.

Fue entonces cuando decidí leer el diario.

El día que me le entregó Ferrán, lo abrí casualmente por la página donde conoce a Alberto y me invadió un pudor que hizo que lo cerrase de inmediato. Lo guardé junto a los recuerdos que conservo de mis padres y junto a ellos ha permanecido celosamente oculto desde siempre, como si de objetos sagrados se tratasen.

Lo leí en el cuarto que habitó Irene.

¡Qué terrible tragedia su muerte y qué gran ternura rozó mi alma mientras lo leía!

Al finalizar, la imagen de mi abuela pobló mi retina y el espacio que me envolvía se transformó en el comedor de mi niñez, volví a sentir bajo mis manos el tacto de la cera que, como un manto, cubría la antigua mesa y la imagen geométrica de marquetería que la adornaba. Era invierno, había llovido todo el día y mis padres y mis hermanos se hallaban ausentes, no recuerdo exactamente por qué. Estábamos frente al balcón de la galería, mi abuela sentada en su silla de ruedas, yo mirando un álbum de fotos.

Apareció la imagen de la tía Irene, y recuerdo que le comenté a mi abuela lo hermosa que me parecía. La foto estaba hecha en estudio y sus cabellos negros, ligeramente ondulados, enmarcaban una cara expectante, como si cuanto estaba contemplando a su alrededor le pareciera de los más sorprendente. El vestido de fiesta, rigurosamente blanco, evidenciaba la foto recuerdo de una puesta de largo. Una columna dórica llegaba aproximadamente a la altura de su cintura, y en ella apoyaba, sin descansar el peso, el brazo derecho. El otro colgaba lánguidamente a su izquierda. El cuerpo se intuía tenso, padecía la rigidez de las fotos antiguas, hechas negando el movimiento durante unos segundos.

"¡Era mi niña!" me dijo "¡era mi niña y me la quitó! Luego la pena se llevó también a mi marido. Me quedé

sola". "Pero abuela", le dije yo, "están papá y mamá y los tetes" (cuando yo era pequeña llamaba así a mis hermanos). "Si, ya lo sé cariño", me dijo, "pero cuando pasó todo, tú aun no habías nacido, y tu padre y tu madre vivían en otra casa que no conociste". "¿Quién te hizo todas esas cosas malas?" le pregunté, y su respuesta fue un nombre, Faustino Scacs. "¿Yo lo conozco abuela?" "No hija, y nunca lo conocerás".

La voz se le volvió oscura y frágil cuando siguió relatándome lo sucedido, y los ojos se le cerraron para alcanzar imágenes ocultas.

"Tu tía Irene tuvo un comportamiento irresponsable y destruyó unos documentos que pertenecían a ese hombre. El castigo fue terrible, le arrebató la vida. Pero con ese sacrificio no vio saciada su ira, cuando tu abuelo regresó del viaje a Granada, lo estuvo persiguiendo durante meses haciéndole la vida imposible y mermando su credibilidad entre muchos de sus clientes. Su salud empezó a agrietarse hasta que una infinita tristeza se apoderó de él. Se sentía culpable por la muerte de su hija. Una y mil veces se maldijo por haberla dejado trabajar junto a él. Finalmente, su corazón se rindió".

Mi inocencia de niña solo intuyó la pena, y pasó volando sobre mi percepción la conexión con el odio y la venganza. "No estés triste abuela", le dije, mientras dejaba reposar, abierto sobre la mesa, el álbum de fotos, y me arrodillaba ante ella acurrucando mi cabeza en su regazo, "ahora estás con mamá, con papá, conmigo y con los tetes, nosotros nunca te abandonaremos". Su mano acarició suavemente mi pelo y luego acercó sus labios y besó mi mejilla. "¡Me recuerdas tanto a tu tía Irene!", murmuró en mi oído, "cuando crezcas, serás tan guapa como ella, ya lo verás".

Poco podía imaginar en aquellos momentos, que un descendiente de Faustino Scacs pisaría nuestra casa e intentaría arrebatarnos lo último que nos quedaba de Irene.

Bajo ninguna circunstancia debe ser entregado el diario a Valeriano Scacs, o a cualquiera que lo pida en su nombre, y no es solo un deseo, quiero que lo tomes como mi última voluntad. A estas alturas de mi vida, lo que se narre en los papiros no me interesa en absoluto, ni siquiera he intentado buscarlos. No tengo ganas, ni tiempo, de enfrentarme a una responsabilidad de esas dimensiones. Te la traslado solicitando de antemano tu comprensión y tu perdón, porque soy consciente de todo el peso que estoy depositando en ti.

Como esta carta solo puede ser entregada después de mi muerte, quiero trasladarte un último mensaje a ti y otro a mi nieto, que ha sido el mejor regalo que pudiste hacerme.

Julia, no quiero despedirme sin darte las gracias por hacer de mí una mujer fuerte y abierta. Espero que el cariño y la ternura que hacia ti ha sentido mi alma, te haya devuelto algo de lo mucho que tú me has dado.

Javier, me gustaría pedirte que tu primera película me la dedicaras a mí. Recuerda que me alié en tus filas y juntos nos enfrentamos a tu madre, que no hace falta que te explique lo tozuda que puede llegar a ser. Estaré junto a ti, en esa sala oscura, donde por primera vez mi nombre se transformará en luz. Gracias.

Con todo mi cariño,

Lucía Adell

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

Calíopo se detuvo unos instantes antes de seguir narrando, pues no recordaba si con anterioridad se había hablado de los esenios. Primero pensó que sería bueno explicar su filosofía y lo que representaban para el pueblo judío, pero finalmente decidió que era mejor no interrumpir la línea argumental del relato con datos ajenos a ella. Si a alguno de los cinco componentes del Círculo Garum le interesaban los esenios ya preguntaría. Bebió unos sorbos de agua para disimular los segundos de indecisión y siguió narrando:

—El aprendizaje que durante siete años asimiló Jesús entre los esenios, le proporcionó la paz interior y la fuerza necesaria para poder llevar a cabo cuanto estaba escrito. También adquirió los conocimientos secretos que ellos poseían celosamente guardados, y que solo eran transmitidos a los que alcanzaban el grado más alto de sabiduría, el de maestros, que eran los destinados a curar enfermedades que se suponían incurables y que a los ojos del pueblo más simulaban magia que procesos curativos. También acumuló la sabiduría que le hizo plantearse el mundo de forma muy diferente a como todos esperaban. Daría la libertad a su pueblo, pero no la libertad física, fácilmente aprehensible, sino la libertad del alma, de la mente, cuya intangibilidad imposibilitaba sustraer y que proporcionaba a los hombres el goce verdadero. Le hablaría a su pueblo del amor como la fuerza mística más potente para dar sentido a sus vidas.

“Cuando desde la altura de una loma contempló los oasis que

verdeaban a las afueras de Bethlehem, el corazón se le llenó de ternura. Al entrar en el pueblo, su largo pelo, la barba poblada y la sencilla ropa de cáñamo que le cubría e cuerpo, parecían conferirle el don de la invisibilidad, nadie reparaba en él. Llegó frente a la casa de su madre y vio como una mujer que no conocía estaba barriendo la entrada.

"—¿Es esta la casa de María? —le preguntó con sumo respeto.

"—Sí —le contestó ella.

"—Pues dile que su hijo primogénito ha regresado y que espera en la puerta su bendición.

"Raquel, que así se llamaba la sirvienta, quedó desconcertada durante unos breves segundos, pero enseguida desapareció en el interior dispuesta a transmitir la buena nueva. Poco fue el tiempo que estuvo esperando, pues su madre apareció poco después iluminado el rostro por el gozo de volver a ver a su hijo bien amado. Junto a ella, sus hermanastros Simón y Judas, se movían nerviosos, eran muy niños cuando Jesús partió hacia el mar Muerto. Mientras la abrazaba, volvió a sentir el suave tacto de una piel que parecía negarse a envejecer, tal era su tersura. Percibir aquel perfume a nardos que emanaba siempre de ella lo transportaba de inmediato a un estado de total bienestar. Cuántos recuerdos se agolpaban en su mente ante aquella fragancia que actuaba como una llave para evocar la inocencia.

"Al poco rato llegó José, el mayor de los hermanastros, casado desde hacía un año, que vivía en Cafarnaum y se hallaba de visita con la familia. También apareció Santiago, el segundo, que vivía junto a la casa de su madre con su mujer y su hijo. Jesús, no conocía a las esposas ni a los hijos de sus hermanastros, ni tampoco había asistido a las bodas, por lo que la conversación que empezó con la cena se alargó hasta la madrugada, tanta era la necesidad de comunicación que sentían todos.

"Cuando por fin se retiraron, María lo retuvo unos instantes para susurrarle:

"—No te he oído durante la cena mencionar el nombre de María Magdalena ni preguntar por ella a tus hermanos, no creo que necesite recordarte el compromiso que adquiriste al partir.

"—No temáis madre —le contestó Jesús—, mi corazón conoce el nombre de la persona que lo mantiene vivo, pero no puedo

presentarme ante ella con todo el polvo del camino recubriendo mi cuerpo, debo esperar a mañana. Cuando amanezca lavaré mi cuerpo, José me prestará un traje de lino y tú, madre, me acompañarás a buscarla. La boda deberá celebrarse lo antes posible, ya que dentro de poco tiempo debo empezar a recorrer los caminos de mi reino, para hablar a mi pueblo de las palabras que por inspiración divina me ha transmitido el Dios que nos protege desde la noche de los tiempos. El mismo que inspiró a Salomón y al profeta Elías. Tú también debes estar preparada, madre, para enfrentar el dolor que se abatirá sobre nosotros al cumplirse las profecías.

"A la mañana siguiente hizo todo cuanto había dispuesto la noche anterior y, acompañado de María, se dirigió hacia la casa de Magdalena, que advertida ya de su llegada, se había lavado el cuerpo y purificado su alma con oraciones de agradecimiento. También se había vestido como correspondía a tan importante acaecimiento. Como su padre había muerto poco después de partir Jesús, madre e hijo fueron recibidos por Lázaro, hermano de Magdalena, con sincera alegría, pues su estima por ellos era mucha. La boda se celebró una semana después de su llegada, con todo el fasto que la alta clase social de la familia requería y sumando a ello el hecho de ser el primogénito y el heredero de una ilustre casta de reyes.

"Siete meses vivió junto a su esposa en la casa de su madre, y durante el séptimo, en el día del Señor, les comunicó a todos durante la cena, la decisión de partir.

"—Mi maestro, Simón de Alejandría, que ofició como mi tutor durante los tres primeros años de estancia en la comunidad esenia, me reveló antes de morir todo cuanto hacía referencia a mis orígenes y al destino final de mi nacimiento. En mí debe verse cumplida la profecía de Isaías que cierra el cuarto milenio y del testamento de los doce patriarcas que predice "el Mesías será elevado de la tribu de Leví como sumo sacerdote y de la tribu de Judá como rey: sacrosanto en su persona". Yo estoy, por voluntad de Dios, designado para ser el rey-sacerdote, el mesías, el elegido que lidere al pueblo hacia la libertad. Pero en verdad os digo que esa libertad no será la que libere el cuerpo de vasallaje, sino la que limpie el alma de podredumbre y de odio. Solo seremos realmente

libres cuando ella se inunde de amor hacia Dios y hacia los hombres, y se refleje en nuestra mente con pensamientos de igualdad y generosidad, entonces nos sentiremos libres, porque poseeremos algo inaprensible por nuestros enemigos, que podrán dominar y doblegar nuestro cuerpo, pero nunca conseguirán vaciar las almas de amor y compasión.

"En su lecho de muerte, mi tutor me presentó a este hombre, José de Arimatea, que ha vivido con nosotros como mi invitado estos últimos días, y con el que me une una gran amistad. Es poseedor de una inmensa fortuna a la vez que de una gran humildad y sus barcos surcan el mar llevando nuestros productos a todos los confines. En él, por expreso deseo de Simón, descansarán todas mis necesidades y bajo su amparo me sentiré libre de preocupaciones materiales, pudiendo dedicar todas mis energías a realizar la misión para la que he sido bendecido.

"Hasta el momento de su muerte, Simón se ocupó de que todas las señales fueran inequívocas en mi persona. Lloré su partida como se llora la de un padre, y cuando mis ojos se secaron de lágrimas, asumí en soledad el compromiso de seguir el camino marcado por él, en beneficio de mi pueblo y en alabanza a mi Dios. Mañana al amanecer partiré, debo comenzar sin falta mi peregrinaje para difundir la buena nueva, no es mucho el tiempo de que dispongo.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 11 horas 20 minutos

El Paseo de Gracia se encontraba a aquella hora de la mañana repleto de tráfico y de peatones, justificando su destino de principal arteria comercial de la ciudad. Ni una sola nube paseaba por el intenso azul de un cielo, empeñado en publicitar el verano que ya estaba muy cerca.

Juan había telefoneado a Julia, para avisarla de que finalmente no podrían verse hasta el anochecer, e insistirle en que lo esperase.

El subinspector Matas conducía el vehículo policial con la amabilidad que lo caracterizaba:

—¡Será posible! ¡Gilipollas! ¡No te ha dicho nadie que existe una cosa llamada intermitentes, imbécil! Se ha fijado jefe, en el corte que me ha pegado ese tío ¡están locos!

—Ellos no sé, Matas, pero usted va un pelín acelerado.

—¡Qué tengo que ir acelerado! Lo que pasa es que al personal se le ha olvidado por completo utilizar los intermitentes, y claro, uno va indeciso, no sabes por dónde te saldrán. Es muy peligrosa esa nueva moda. ¿Subo por Mayor de Gracia o me desvío hasta Balmes?

—Yo iría primero hasta Vía Augusta y luego ya te desvías por Balmes.

—Cuando decía desviarme por Balmes, me refería a eso, jefe.

—Pues ya estamos de acuerdo.

Enfilaron la Avenida del Tibidabo, que nacía al finalizar Balmes, con el aire acondicionado del coche en el punto tres. Rugía como un vendaval que estuviera limitado al interior del coche y la cabeza de Juan, que no había tenido precisamente una noche dedicada al sueño, estaba empezando a saturarse.

—¿Le importa que baje a uno el aire acondicionado? Me va a estallar la cabeza con ese ruido de tormenta de nieve.

—Ningún problema, jefe. Usted ya sabe que yo no sudo —le contestó el subinspector, mientras su mirada se hallaba limitada a la búsqueda del número en el que tenía sus oficinas la Kamenskaya —¡Ahí está, ése es!

Una moderna edificación de dos plantas, escasa de ventanas, albergaba las oficinas de la agencia de detectives que dirigía una mujer inquietante y gélida, según informes subjetivos de policías que habían tratado con ella. Pensó que, lamentablemente, desconocía el mando para bajar hasta el uno su estado de congelación, seguramente localizado en el nivel cinco.

La policía sospechaba desde hacía tiempo de las ejecuciones de trabajos difícilmente clasificables dentro de la ley, que se estarían llevando a cabo bajo su supervisión. Pero hasta el momento había sido imposible involucrarla en ninguno de los que se daba por supuesta su injerencia.

La recepción estaba amueblada por un sofá de dos plazas color rojo sangre sabiamente diseñado, un sillón que empezó a fabricarse en los años veinte dentro de La Bauhaus, bautizado como "Sillón Barcelona" tapizado en cuero negro, una mesa rectangular barnizada en gris plomo y detrás de ella, una silla con ruedas, tapizada con la misma tela y color que el sofá, donde se sentaba una mujer que no interrumpía el tono minimalista y de buen gusto que te transmitía el ambiente. Un enorme cuadro abstracto, pintado por algún expresionista americano, daba el toque de culto refinamiento, apreciado por los clientes que tenían acceso a los elevados precios del gabinete.

—Buenos días, soy el inspector Juan Torralba y mi compañero es el subinspector Matas, avise por favor a la señora Irina Kamenskaya. Precisamos verla de inmediato.

Al tiempo que hablaba, había sacado del bolsillo interior de la americana la placa de detective, que dejó reposar con cuidado sobre la mesa, frente a la impasible muchacha. Sin devolverles el saludo, y atendiendo a convenciones instauradas con anterioridad, pulsó el botón de su interfono situado a la izquierda y anunció la visita sin más protocolo.

—Señora Kamenskaya, en recepción se hallan el inspector Juan

Torralba y el subinspector Matas que desean hablar con usted de forma urgente. Después de un intervalo metálico, se oyeron dos palabras.

—Que pasen.

—Si quieren acompañarme, por favor.

Atravesaron un largo pasillo, salpicado de sugerentes fotografías en blanco y negro con el mar como tema único. Desembocaba en un espacio cuadrado, habitado por dos "Sillones Barcelona", antesala del amplio despacho que se desplegó magnífico ante sus ojos al abrir la recepcionista la puerta.

Una mujer alta, rubia, pelo ondulado, recogido descuidadamente con una pinza de nácar y vistiendo un traje de chaqueta negro, corte clásico, con finísimas rayas blancas, se levantó de inmediato al verlos entrar y extendió la mano en señal de bienvenida.

—Siempre me asustan un poco sus visitas, casi nunca son inocentes. Sabrán disculparme si me notan algo nerviosa —argumentó en un perfecto castellano.

—Buenos días, señora Kamenskaya, mi compañero el subinspector Matas.

—Encantada, subinspector.

— Yo soy Juan Torralba.

—He oído hablar de usted inspector, es un placer conocerlo. ¿Querrán un café con hielo o les apetece algún refresco?

—Le agradecería un agua helada —pidió Juan.

—Yo estoy bien, gracias.

—Siéntense, por favor —y dirigiéndose a la recepcionista a través del interfono, le traslado el pedido.

—Ustedes dirán —fueron las palabras que invitaban a los dos policías a descubrir sus cartas.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 13 horas 40 minutos

Juan y su compañero, después de visitar a Irina Kamenskaya, habían subido hasta la falda del Tibidabo, a escasos metros de la estación del funicular que ascendía hasta el parque de atracciones, para comer en un restaurante muy del agrado del inspector, sobre todo en los meses de verano. En la terraza, raro era el día que no se disfrutara de una ligera brisa que ayudaba a refrescar los cuerpos y las emociones de los visitantes.

—El que sabe, sabe, jefe. ¡Vaya un lugar agradable y relajante que ha escogido para comer! Espero que se me quite la mala leche que me ha traspasado la tía esa. ¡Vaya morro que arrastra!

—Se lo dije, Matas, teníamos que hacerlo, pero estaba seguro que no conseguiríamos nada y además, nos hemos equivocado. Pero nos hemos equivocado como unos novatos.

—No le sigo, jefe.

—Teníamos que haber ido primero a hablar con Gerardo Arnal, el flamante mandamás de Inmobiliaria Domènech. Si nuestras sospechas son ciertas, que lo son, cada vez tengo menos dudas, esa mujer le habrá llamado por teléfono para avisarle y para controlar que ella no corre peligro. No puede permitirse el lujo de un fallo en su seguridad. Espero que Arnal se dé cuenta de lo que se está jugando, porque si no, en pocos días tendremos un cadáver nuevo.

—Los caminos del Señor son inescrutables. No seré yo quien rece para que su comportamiento sea prudente. La ley es ciega, pero tiene un tacto de cojones.

—¡Qué bestia es, Matas!

—Se lo digo cómo lo siento, jefe, para qué vamos a andarnos a

éstas alturas con remilgos.

—Vamos a intentar olvidarnos del tema porque poco podemos hacer ya. Las oficinas de Inmobiliaria Domènech deben estar cerradas en estos momentos y hasta primera hora de la tarde no podremos hacerles una visita. Y eso, suponiendo que no practiquen el horario de verano donde solo se trabaja media jornada. Lo dicho, dediquémonos a disfrutar de esta temperatura, de este paisaje y de la estupenda cocina que practican esta gente, lo tenemos bien merecido

—Ya veo que este caso va a quedar en tablas, porque siempre que las cosas se tuercen, se cepilla la frustración en uno de sus restaurantes preferidos. Y no me estoy quejando. En fin...¿Qué me aconseja?

—Yo empezaría con un poco de pica, pica —le contestó Juan, como si una parte de la reflexión de Eleuterio Matas no hubiera sido dicha— Unas anchoas del cantábrico en aceite de oliva, unas alcachofas fritas y unos erizos de mar al horno. ¡Ah, y las croquetas! Que me olvidaba. De jamón y de marisco.

—Dicho.

—Para beber, me apuntaría al vino negro de la casa, está más que bien y a un precio que no te tira para atrás.

—Dicho.

—Luego nos metemos en el cuerpo un arroz negro con almejas y de postre, el chocolate tres colores bañado en chocolate deshecho.

—Puta madre ¡Yo sí que voy a echarle de menos! A estos sitios si no me lleva usted... yo no me entero. No se crea, no se va a librar de mí tan fácilmente, pienso llamarle al menos una vez al mes, para comer juntos y para que me sorprenda.

— ¡Hombre! ¡siempre no podré!

—Bueno, como estaré jubilado, alguna vez le sorprenderé yo.

Y los dos hombres rieron, con la frescura y el goce de los momentos especiales.

Las manecillas habían dejado atrás las cuatro de la tarde cuando se levantaron de la mesa y se dirigieron al coche. Los movimientos eran pausados, el caminar lento, el sueño revoloteaba sobre ellos al final de una comida copiosa y saboreada. El subinspector Matas encendió un cigarrillo.

—¿Va a fumar ahora?

—Hombre, jefe, para mí esto es un placer. Ya sé que usted no lo entiende, pero es el broche perfecto de una comida perfecta.

—Lo entiendo perfectamente —ironizó Juan—, pero recuerde nuestro pacto, en el coche y en mi despacho no se fuma.

—Bueno pues... demos una vuelta mientras lo disfruto.

—¡Mire que es pesado!

—¿Dónde iremos ahora? —preguntó Matas intentando desviar el tema.

—Vamos a saludar a Gerardo Arnal. Nuestra primera visita fue rutinaria, lo sabía y no le inquietó. Pero que volvamos una segunda vez ya puede ponerlo más nervioso, y si la Kamenskaya lo ha llamado...

—No va a estar. Diez a una que ha tenido que salir urgentemente del país en viaje de negocios.

—Puede ser, no le digo que no, pero hemos de intentarlo ¿Aun no se ha acabado el dichoso cigarrillo?

Silencio.

—Está bien, Matas, conduzco yo, su ventanilla la quiero abierta de par en par y a poder ser la mano que aguanta el cigarrillo fuera del coche.

—Vale, jefe.

El tráfico se movía denso, en las dos direcciones, por la parte alta de la calle Balmes. Habías de esperar a atravesar la Plaza Molina para que se agilizara el tránsito, transformada en una vía de dirección única que bajaba hasta el corazón mismo de la ciudad. Juan Torralba giró el coche a mano izquierda antes de llegar a la Diagonal y entró en un pequeño parking, donde cobraban por fracciones de quince minutos. Al salir, se dirigieron hasta la Diagonal y giraron a mano derecha, buscando un bello edificio modernista que se encontraba situado en la esquina misma con la calle Tuset.

Junto al portero, se hallaba un guarda de seguridad que les dio el alto al verlos tan decididos dirigiéndose al ascensor.

—Inspector Torralba —dijo Juan sin dejarlo seguir, y señalando a su compañero—. Subinspector Matas, estamos de servicio.

Mientras hablaba se había sacado la credencial del bolsillo interior de la chaqueta y la paseó de forma rápida ante los ojos del hombre que, inmediatamente, se apartó dejándolos pasar.

Inmobiliaria Domènech ocupaba la mayor parte del edificio, las cuatro últimas plantas y el ático, donde se hallaba ubicado el despacho y la secretaría de Gerencia. La recepción estaba en la cuarta planta, pero ellos subieron directamente al ático. Cuando el ascensor paró y se abrieron los paneles interiores, se encontraron con la puerta exterior cerrada con llave. Un timbre rojo, bajo el objetivo de una pequeña cámara, evidenciaba la existencia de un circuito cerrado de televisión como medida de seguridad.

Finalizadas las convenciones y protocolos que la llegada de los dos policías requería, se abrió la puerta a una amplia recepción que les recordó la que habían visitado aquella misma mañana. La misma escasez de mobiliario y la misma obsesión por el diseño. El cuadro que adornaba el espacio no pertenecía a ningún expresionista abstracto americano. En este caso, los dos hombres pudieron contemplar un Miró de última época, que encajaba perfectamente con el ambiente minimalista que lo envolvía.

La secretaria de Gerardo Arnal, una mujer que habría rebasado no hacía mucho los cincuenta años, los miró por encima de las gafas de vista cansada.

—Buenos días, soy el inspector Juan Torralba y él es el subinspector Eleuterio Matas —hizo las presentaciones de rigor Juan— Necesitamos hablar urgentemente con el señor Gerardo Arnal.

—Lo siento, pero en estos momentos no se encuentra en el edificio. Si hubieran llamado, se habrían ahorrado el viaje.

—No nos interesa ahorrarnos el viaje señorita...

—Mercedes

—Bonito nombre, nos interesa hablar con él. Llámelo al móvil, por favor, nosotros nos desplazaremos donde nos diga.

—Lo siento mucho, pero me temo que eso es imposible, en estos momentos está volando rumbo a Chicago, y como ustedes ya saben, en los aviones está prohibido llevar el móvil conectado.

—Ese viaje —habló ahora el subinspector Matas— lo tenía previsto, o ha sido una urgencia de última hora.

—Eso pertenece a la intimidad del señor Arnal, no estoy en disposición de contestarle.

—Lo haré yo, Mercedes, no se preocupe.

La voz de Laura Domènech los sobresaltó, no solo por

alcanzarlos de improviso, desde atrás, sino por el tono de escarcha que imprimió a sus palabras y que les comunicaba, con ese lenguaje inapelable del cuerpo, que en aquellos momentos estaba preparada, que en su casa la habían sorprendido a contrapié, pero ahora era ella quien dominaba la situación. La imagen de Irina Kamenskaya revoloteó unos momentos sobre la percepción de Juan.

—Le presento al subinspector Eleuterio Matas —y dirigiéndose a su compañero— Laura Domènech, mejor dicho, la señora Arnal.

—Encantado de conocerla señora Arnal —declaró el subinspector mientras le tendía una mano pretendidamente amiga.

—¿Aparecen en pareja para hacernos entender que esta vez va en serio, Inspector Torralba?

—En serio iba desde el principio, señora Arnal —manifestó Juan con una sonrisa seductora— ¿Ha recordado ya conocer a Valeriano Scacs?

—No puedo recordarlo porque nunca he conocido a nadie de la familia Scacs ¿Les parece que entremos en el despacho de mi marido? estaremos más cómodos —y dirigiéndose a la secretaria—: Mercedes, por favor, tráigame un café ¿Ustedes también querrán café?

—Yo le agradecería un vaso de agua con gas, si puede ser Vichy...

—Por supuesto ¿querrá hielo y una rodaja de limón? —le contestó Mercedes al inspector.

—Sí, gracias.

—Yo prefiero café, como la señora.

—¿Caliente, o lo acompaño con un vaso de cubitos por si le apetece helado?

—Está usted en todo, señorita Mercedes, lo prefiero helado, gracias —declaró apabullado ante tanta eficiencia Eleuterio Matas.

Entraron en el despacho de Gerardo Arnal y poblaron los cómodos sofás que formalizaban la zona de estar, sintiéndose ingrávidos sobre unos gruesos vidrios transparentes que ejercían de suelo, desde donde se apreciaba el impactante jardín zen que yacía, cuajado de silencios, medio metro por debajo de ellos.

El subinspector reformuló la pregunta que no había recibido respuesta.

—Volviendo al tema que nos ocupaba ¿podría decirme si el viaje

de su marido ya estaba previsto?

—Estaba previsto pero no se había acordado la fecha, básicamente porque el asunto a tratar dependía en su totalidad del ayuntamiento de Chicago. Parece ser que una llamada de nuestros abogados americanos ha convertido en urgente la presencia de mi marido.

—Una llamada oportuna —argumentó el inspector.

—No entiendo el adjetivo ¿por qué es oportuna? A mí me parece simplemente una llamada que esperábamos y que se ha producido esta mañana. Pueden ustedes ponerse en contacto con nuestros abogados y confirmar no solo lo que digo, sino los negocios que en estos momentos estamos llevando a cabo con nuestros socios en esa ciudad.

—Lo haremos señora Arnal. Le agradecería que me indicara también, la compañía y el número de vuelo...

—El vuelo se efectúa en el avión privado de la compañía —interrumpió Laura Domènech al inspector—, pero supongo que no habrá ningún inconveniente en solicitar que nos envíen por fax, desde el aeropuerto, el plan de vuelo.

Desde su estómago, el inspector Torralba notaba como la ira y la impotencia iban subiendo con premeditada lentitud. Era el mismo sentimiento que lo perturbó la primera vez que habló con aquella mujer. La seguridad que exudaba por cada uno de los poros de la piel, los privilegios que asumía como normales por desconocer o subestimar otras realidades, el poder amoral de su dinero. Todo ello, era una mezcolanza que lo arrastraba hasta un lugar donde la prudencia, el juicio, o la profesionalidad que debían regir su comportamiento como policía, se borraban por completo. Sabía que estaba llegando y sabía que las palabras emanarían de su boca sin control.

—Señora Domènech, usted sabe, y yo sé que usted sabe, que su marido no ha recibido esta mañana una llamada de sus abogados americanos, sino de una mujer conocida en nuestra ciudad por sus actividades... digamos poco claras, Irene Kamenskaya.

—Señor Torralba... —inició su protesta Laura Domènech colmada de indignación.

—Inspector Juan Torralba para usted, señora Arnal —la interrumpió—. No es necesario que adopte esa actitud, le guste o no

va a escuchar la verdad sobre lo acaecido en este caso. Aunque en estos momentos, lamentablemente, carezcamos de pruebas.

El subinspector Matas empezó a ponerse pálido, conocía a su jefe y en aquellos momentos estaba a punto de meterse en un berenjenal de difícil solución. Intentó pararlo levantándose de su asiento, pero la voz del inspector sonó rotunda.

—Siéntese, por favor, no he terminado.

Un silencio hueco los envolvió, mientras Eleuterio Matas volvía a tomar asiento posando su mirada en uno y otra como si de jugadores de tenis se tratasen.

—Una mañana, su marido, Gerardo Arnal, recibió la visita de un hombre, Valeriano Scacs, que llegó desde México con dos propósitos. De los dos, solo nos interesa uno, porque fue ése y no otro el que lo llevo a la muerte. Venía a reclamar la parte que, según él, le correspondía por derecho sobre esta empresa. No estamos hablando de un diez por ciento, estamos hablando de más del setenta por ciento. No era lo que daríamos en llamar una minucia, era algo sutilmente más importante. El control de la empresa cambiaba de manos. Pasaba de las suyas, a las de él, y a su marido, recién instalado en el poder, le entró pánico.

Todos sabemos quién se encarga de la seguridad nocturna en las obras de la mayor parte de empresas inmobiliarias de esta ciudad. Familias de etnia gitana. Les salen mucho más baratas que cualquier compañía de seguridad, y en ocasiones pueden ayudarlos a desalojar okupas o a localizar individuos que les solucionen problemas más graves, como sería el caso. Ellos siempre tienen el teléfono de un amigo, que tiene el teléfono de un compadre, que conoce a una persona que les solucionará definitivamente el problema. Limpio y seguro. Existen tantos teléfonos intermedios que al final, nadie conoce a nadie. Pero Barcelona es todavía una ciudad habitable, quiero decir que el número de habitantes no ha sobrepasado todavía los límites de la medida humana, y corren rumores. Rumores que se extienden con rapidez y que siempre llegan a nuestros oídos, porque siempre estamos atentos a ellos. Y el último rumor nos dice que el crimen del hotel Claris, lo ha llevado a cabo un sicario de Irina Kamenskaya, a la que casualmente hemos ido a entrevistar esta mañana, justo en el momento que a su marido lo han telefoneado urgentemente desde Chicago, exigiendo su

presencia de inmediato. Interesante la historia ¿no cree?

El silencio ocupó unos segundos que dejaron en suspenso todo signo de movimiento. Congeló la escena, como si un montador de cine estuviera planteándose si valía la pena conservarla o si lo mejor era destruirla. Finalmente, Laura Domènech, pareció relajar el cuerpo contestando con la misma arrogancia y seguridad con que lo había hecho al principio de la conversación.

—No puedo por menos que felicitarlo por la gran imaginación que al parecer posee, pero como usted comprenderá, no voy a seguir este juego estúpido. Creo que por hoy ya han abusado bastante de mi paciencia.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

Después de las últimas palabras de Calíopo sobre los proyectos de Jesús, los cinco oyentes se movieron inquietos en sus tricliniums y fue Crísipo el primero que se decidió a dar su opinión.

—Me produce una inmensa ternura esa inocencia tan explícita, ese discurso tan poco agresivo. Conociendo al emperador Tiberius, me atrevería a sugerir que aunque hubiese querido, no se le habría podido ocurrir, ni en mil años, un plan más sutil y espléndido para someter a un pueblo imprevisible y tozudo como el judío, con el que ya habían fallado todas las amenazas. Sin duda, la jugada maestra por parte de nuestros políticos, hubiera sido sentar a Jesús, nieto de Herodes y a la vez descendiente directo de la estirpe de David, en el trono de Israel.

—¡Por Júpiter que tienes razón! No me había dado cuenta, tan enfrascado estaba en la historia. Parece hecho todo a medida de nuestros intereses —apuntó Licinius— y si mal no recuerdo fueron los barcos de José de Arimatea los que nos ayudaron en nuestras escaramuzas con los persas. De habérsele ocurrido a alguien, cabría definirlo como un plan genial.

—Pues al parecer nuestros políticos no estaban atentos y eso es algo que quedará patente cuando conozcáis el resto de la historia, yo también lo pensé en su momento, pero la persona que me la narró, Jacob, el extranjero, cuando se lo sugerí me comentó entre carcajadas que no se le había ocurrido verlo desde esa perspectiva. “Tu mente romana trabaja bien” me dijo “pero en realidad el mensaje es más beligerante de lo que parece a primera vista ¿Cómo

puedes castigar o amedrentar a alguien a quien no le importa, porque lo que mas aprecia, su alma, estará siempre a salvo de los opresores? Pierdes automáticamente todo dominio sobre él. Solo puedes matarlo.

Durante unos segundos el silencio enmarcó los pensamientos de los seis amigos. Finalmente, Calíopo, siguió narrando

—No puedo extenderme sobre los tres años que estuvo viajando para dar a conocer la palabra de su dios, porque Jacob solo me explicó algunas anécdotas y curaciones aparentemente milagrosas, pero me gustaría detenerme en un momento que a mi parecer es trascendente.

"Jesús era un hombre sabio, y como tal, adaptaba el discurso respetando los conocimientos de las personas a las que se dirigía. Con los doctores de la ley, empleaba su propio lenguaje culto, con los mercaderes y el pueblo llano narraba fábulas o cantaba canciones, ya que ellos, desconocían las sutilezas del lenguaje o las complejas teorías religiosas.

"Una mañana en que el cielo lucía su azul más luminoso, Jesús se dirigió hacia las márgenes del río Jordán, donde Juan, hijo de Zacarías, que se presentaba ante el pueblo como profeta y era conocido como Juan el Bautista, sumergía en las frescas aguas del río a cuantos así lo deseaban. Cuando vio acercarse a Jesús, los ojos se le llenaron de alegría y los labios articularon alabanzas hacia el dios único que nombran Jehová por permitirle contemplar al elegido.

"—Gracias te sean dadas por acercarte a mí y llenar mi alma de pureza —lo saludó Juan con los ojos bajos y las manos entrelazadas sobre el pecho en un gesto de respeto.

"—Gracias a ti por prepararme el camino" le contestó Jesús mientras posaba las manos sobre su cabeza en señal de bendición—. Tú anuncias a quienes te escuchan mi llegada, por eso vengo ante ti, para pedirte que sumerjas mi cuerpo en las aguas purificadoras de este río y poder así renacer ante mi pueblo como el rey-sacerdote que anuncian los profetas.

Y así fue como Juan el Bautista entronizó a Jesús como verdadero rey de Israel.

—Una coronación poco usual para un heredero tan importante —apuntó Flavio.

—Pero coherente con su discurso —replicó Calíopo—. Estamos llegando al final de nuestra historia, el momento en el que nuestros políticos entran en acción y se disponen a alejar el peligro que, según ellos, representaba Jesús, de la única forma que saben hacerlo, crucificando. Si Poncio Pilatos se hubiera molestado en oír uno solo de los sermones con los que él se comunicaba con su pueblo, se habría dado cuenta de que no constituía ningún peligro para el imperio, al contrario. Cuando una vez le preguntaron a quién debían pagar los diezmos, en clara alusión al conflicto que aun continua en estos momentos, pues su religión les prohíbe pagar diezmos a nadie que no sea su Dios, Jesús les contestó

"—Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios.

"Tal era su talante pacificador y poco materialista.

"Pero los espías a los que Poncio ordenó seguirlo, solo veían grandes multitudes a las que hipnotizaba con lasa palabras y pensaron que si cambiaba el discurso, aquello podía convertirse en una revolución como nunca antes había sido posible. Y solo faltó que el sumo sacerdote Caifás, fiel súbdito de Herodes Antipas, le descubriese los verdaderos orígenes de Jesús, hijo de Antípater y heredero legítimo al trono de Israel, según el testamento sellado que en su día se entregó a Augusto por orden de Herodes El Grande, y que ahora yacía cubierto de polvo en los archivos secretos de Roma. Era arriesgarse demasiado, así que Poncio Pilatos envió un correo urgente a Tiberio y esperó las órdenes del emperador. Sus consignas no dejaron lugar a dudas, si él entraba en Jerusalén, sería prendido y condenado a muerte.

—La sutileza de nuestros políticos nunca dejará de asombrarme —se quejó Crísipo.

—Pues tu nivel de asombro puede encontrarse aun en su forma primigenia —ironizó Flavio—. Me han llegado rumores del joven Calígula a los que me resisto a dar crédito, e insisto, mucho me temo que nos harán añorar estos tiempos que consideramos decadentes.

—Disiento contigo. Mi amigo Gémino, que vive a las afueras de Roma, me ha escrito, y lo define como un hombre brillante, sumamente inteligente, dispuesto a actualizar el senado y a finiquitar las corrupciones —apuntó Crísipo— y lo tengo por una persona prudente, nada proclive al deslumbramiento.

—No creo que tardemos más de un año en conocer la realidad —recogió la conversación Calíopo— Lo que sí podemos asegurar es que la salud de Tiberio es tan frágil, que en cualquier momento atravesará la laguna Estigia. Pero volvamos a nuestro relato, porque en estos momentos adquiere relevancia un personaje que hasta ahora se hallaba rodeado de brumas, José de Arimatea.

Barcelona — 27 de Mayo de 2002 — 07 horas 20 minutos

Desde que pisó la ciudad de Barcelona y se paseó por su casco antiguo con más de dos mil años de historia, Alexei Podix supo que había llegado al lugar donde deseaba pasar los dos últimos años de su vida. Había aparecido de la mano de Irina Kamenskaya hacía siete meses, y siete eran también las ejecuciones que había llevado a cabo desde entonces. Dos el primer mes, tres el cuarto y dos el quinto. Nunca quiso saber los motivos. En realidad no le importaban lo más mínimo. En su interior tenía la certeza de que un hombre escoge siempre el momento de su muerte, aunque sean otros los que la lleven a cabo. El cuerpo es el más sabio, y obedece a los deseos verdaderos cuando el cerebro aún no ha tomado conciencia de los mismos. Es él, junto a las vísceras, los que ponen en marcha al mal llamado destino, que no es otra cosa que el cumplimiento de ese deseo verdadero.

Por eso, cuando su móvil profesional sonaba, solo pedía el nombre, la dirección, y los elementos de seguridad que envolvían a la persona. Su trabajo consistía en acompañarla hacia el destino final, en uno de los actos más íntimos del ser humano, el reencuentro de su verdadera esencia.

Cuando llegó al hotel Claris y penetró en el hall, pensó que siempre había sido un hombre de suerte, eran las ocho de la mañana y un grupo ingente de alemanes estaba en la recepción despachando las últimas facturas a la espera del autocar que los llevaría al aeropuerto. Entre el tumulto nadie se fijó en otro hombre alto, rubio, de complexión robusta, que se dirigía a los ascensores.

Al entrar en la cabina, un dolor ya conocido se apoderó de su

zona occipital con una intensidad que casi no le dejó respirar durante unos segundos. El mareo llegó poco después y necesitó tres viajes arriba y abajo en el ascensor para controlar su estado y poder salir de él. El pasillo del primer piso estaba desierto y caminó con lentitud, aturdido todavía por el fuerte ataque que le había sobrevenido. Se sentía torpe, y frente a la puerta de Valeriano Scacs estuvo sopesando durante unos momentos la posibilidad de dejarlo para el día siguiente. Pero la edad, más de setenta años, y la intuición que le aseguraba hallarlo todavía dormido, le hicieron decidirse por acabar cuanto antes aquel encargo y poder volver a su casa donde permanecer acostado el resto del día.

Su enfermedad estaba corriendo más de lo que en un principio supuso, pero se negaba a someterse a curas de quimio que lo convertirían en un deshecho humano. Prefería enfrentarse cara a cara con el destino, con ese deseo verdadero que estaba incorporando, poco a poco, en su cerebro. Dos meses más y será imposible seguir trabajando pensó, mientras un sentimiento de impotencia despertaba la ira que se revolvía en su interior.

Se puso los guantes de goma, abrió la puerta, y enseguida le llegó ese olor especial que exudan los viejos, lleno de medicamentos y de miedo, eso olor que anuncia la desesperación de un alma por aferrarse a una vida que ya no vive. Sintió asco.

Valeriano Scacs estaba boca arriba, los brazos sobre la sábana, única tela que resguardaba el cuerpo.

Se acercó con cuidado.

Después de comprobar que estaba dormido, extrajo de su bolsillo una navaja, la abrió, cogió la almohada que el viejo no utilizaba y le tapó la cara con ella. Enseguida un movimiento certero cercenó la yugular.

Un chorro de sangre roja empapó la camisa de Alexei a la altura del pecho. Maldijo su falta de previsión y la achacó al embotamiento que aún estaba instalado en su cabeza. Se la quitó de inmediato y la aclaró en el lavabo. Entre tanto, Valeriano Scacs pintaba de rojo las sábanas y el interior de la almohada, que aun le tapaba el rostro ya inerte.

Luego efectuó un registro concienzudo del equipaje, los cajones y el armario. Se tomó su tiempo, no quería equivocarse. Se quedó con el dinero y con cuantas cosas de valor pudo hallar. También

encontró varios documentos, entre ellos un testamento firmado ante notario, que también cogió, y por supuesto la agenda personal del muerto. Solo dejó el pasaporte. El mensaje para la policía no podía ser más claro.

Cuando salió del hotel, una suave brisa le refrescó el rostro. Entró en la primera papelería que encontró abierta y compró un sobre grande, acolchado, donde metió los documentos, el dinero, y cuanto se había llevado de la habitación. Luego escribió en él la dirección de Irina Kamenskaya y se dirigió hacia el dúplex que tenía alquilado en la Villa Olímpica, donde su dormitorio miraba al mar.

Barcelona — 6 de Junio de 2002 — 20 horas 35 minutos

Juan Torralba pulsó el timbre de la casa de Julia con mayor énfasis del habitual. Acudió ella a franquearle la entrada.

—Hola —lo saludó, mientras sus labios buscaban los de Juan sin encontrarlos—. ¿Estás bien?

—Estoy cansado, irritado, asqueado.

—¿No habéis podido involucrar a Gerardo Arnal?

—Ni a Gerardo Arnal, ni a Laura Domènech ni a la Kamenskaya. Imposible llegar hasta ellos. Todos tienen coartadas firmes y además nada los conecta entre sí. Me refiero a que Arnal y su mujer no pueden ser vinculados con Irina Kamenskaya aunque sé, con una certeza absoluta, que él ordenó la muerte de Valeriano Scacs y que alguno de los sicarios de la Kamenskaya la llevó a término. Pero no existen pruebas, ninguna huella digital, solo un cabello de hombre que no corresponde al cadáver y que no puede ser comparado sin que exista un sospechoso. Es frustrante.

—En algún punto deben haberse descuidado, es cuestión de paciencia. Lo encontrarás.

—No, Julia, no lo encontraré, se encuentra al asesino pasional, al que mata en un arrebato de celos o de ira, al que pierde la cabeza, pero a un profesional... a un profesional es casi imposible. Y menos si no está fichado. Y en este caso no lo está. Hemos comparado el ADN del pelo con todos los sicarios y delincuentes de nuestro banco de datos, y nada, de nada, de nada. ¡Se acabó! Matas está en estos momentos redactando el informe final. Caso cerrado.

—Lo siento.

—Se me pasará, no es la primera vez ni será la última, pero la

verdad es que... —se sintió atrapado en un sentimiento de impotencia que tardaría en desaparecer.

—¿Quieres que vayamos a cenar fuera? Te animará y a mí me despejará, llevo todo el día trabajando sola en casa. Además, Javier también me ha pedido que no subamos a buscar el tesoro escondido sin que esté él delante.

—¿Dónde está Javier?

—Di mejor con quién.

—Con su padre.

—Por supuesto. Parece ser que ya le habéis entregado el cadáver y pasado mañana parte hacia México. Están disfrutando sus últimas horas de enamorados.

—No seas así, es su padre y sé que lo entiendes, pero te niegas a darte cuenta.

—Vamos a dejar el tema ¿vale? No es el momento idóneo para empezar una discusión. Ni para ti ni para mí. Voy por el bolso.

Bajaron la escalera y salieron a la calle en silencio, unidos, el brazo de Juan rodeando los hombros de Julia. Un viento suave refrescaba la noche. Parecía que vagaran sin destino, como si el movimiento fuera el encargado de fijar el rumbo, de tejer el camino que ondulaba a derecha e izquierda por los estrechos senderos del barrio gótico. Sin apenas darse cuenta se encontraron frente a las puertas de cristal del Café de la Academia, se miraron y Julia las empujó con suavidad. Saludaron a Carmen, siempre tras la barra, aureolada por el pelo oscuro y rizado y con la expresión de serenidad que nunca abandonaba sus facciones. Les dedicó una sonrisa iluminada por unos ojos curiosos. Estaba volcada en cubrir de cafés y licores, una bandeja destinada a saciar las últimas necesidades de una mesa con diez ejecutivos que llenaban el aire de humo y voces disonantes. Xavi, encargado de dirigir a los camareros, orquestaba el perfecto equilibrio entre rapidez y atención. Al verlos entrar se dirigió a su encuentro y los acompañó hasta una mesa lo suficiente alejada del grupo.

—Esta noche estamos distraídos —les comunicó con la naturalidad del que ya se ha enfrentado innumerables veces al mismo espectáculo.

Juan sonrió mientras abría la carta y deslizaba los ojos por la superficie que revelaba la composición de los platos. Pidió una

ensalada de lentejas y Julia se apuntó también. Para el segundo él se decidió por la tarrina de paté y ella por un bacalao con muselina de ajo.

Después, una vez se hubo retirado Xavi, volvió el silencio.

—Le va a pagar los estudios en esa escuela de cine tan famosa que hay en Cuba. Se irá cuando empiece el otoño si aprueba los exámenes de Madrid —recitó en tono monocorde Julia.

—¡Vaya! Las hojas se caen los hijos se marchan —no pudo evitar Juan el matiz irritado que se le coló en la voz.

—¡Nunca lo entenderás! ¡Verdad?

—Nunca entenderé el victimismo del que te estás rodeando desde que llegó Ferrán. Tienes tanto miedo que eres incapaz de darte cuenta que tu hijo necesita marcharse.

—Yo también necesito cosas.

—Pero no a costa de tu hijo.

—¿Ahora me vas a decir que soy una madre egoísta y manipuladora incapaz de dejarlo volar?

—Ahora voy a decirte que yo no soy nadie para aconsejar sobre el tema, en primer lugar porque no he tenido hijos, y en segundo lugar porque no quieres escuchar.

—Hace unos días mi mundo lo poblaban tres personas, mi madre, mi hijo y yo. Hoy solo quedamos dos y dentro de cuatro meses me quedaré absoluta e irremediablemente sola.

—¡Fantástico! Por lo visto yo debo ser invisible. No, peor que eso, no existo. ¡No sé qué haces cenando sola!

—Eso no es cierto Juan.

—Julia, es eso lo que me estás diciendo. Que tu madre haya muerto entiendo que te llene de dolor. Pero tu hijo está vivo, continua formando parte de tu vida. Te recuerdo que existen los teléfonos, los móviles, internet las videoconferencias y hasta pueden escribirse cartas. Lo que sí ha cambiado, lo que sí tienes, Julia, es el gran privilegio de poder pensar tu vida en función de ti misma, en completa libertad.

El silencio se instaló entre ellos. Julia estaba pálida, las manos movían nerviosas una miga de pan. Los ojos la seguían como si estuviera realizando con ella el dibujo más complicado. Finalmente alzó la cabeza y se enfrentó a Juan.

—Siempre te escucho. Tus palabras nunca se recrean en el juego

de la condescendencia, por eso me sirven.

Él acercó sus manos a las de Julia, para atenuar con el contacto las palabras que necesitaba expresar.

—Cuando me encontré con Javier, hace un par de días, me lo dijo, estuvimos hablando del sentimiento de culpa que le embargaba por sentirse tan feliz. Su padre había satisfecho uno de sus mayores deseos, aunque eso comportaba dejarte sola durante tres años. Se estaba planteando no aceptar. ¡Me pareció tan terrible! No solo para él, sino para ti, que le dije, "lo peor que puedes hacerle a tu madre, y a ti mismo, es quedarte aquí. Todos nos sentimos así alguna vez, debes ser fuerte y no caer en la trampa de utilizar al otro para esconder tu miedo a hacerte cargo de ti mismo".

Los ojos de Julia se habían ido llenando poco a poco de una humedad tibia, protectora. Se miraron en silencio durante mucho rato, la sonrisa iba apareciendo en los rostros con lentitud, aparentando desgana, hasta que llegó Xavi con las dos ensaladas de lentejas y el agua con gas.

—Acabamos de decidir que esta noche nos merecemos una botella de cava —le dijo Juan.

—¿Os traigo la carta de vinos?

—No hace falta, el de la casa, el que servís vosotros en copas me parece excelente.

Barcelona — 7 de Junio de 2002 — 00 horas 15 minutos

El camino desde el restaurante lo pasearon disfrutando del frescor de la noche. Cuando llegaron a casa de Julia, las campanas de la Catedral estaban anunciando el primer cuarto que rebasaba la media noche. Un nuevo día estaba viviendo los primeros minutos.

—¿Te apetece tomar una copa en el bar del Manel? Hace días que le prometí pasarme. Últimamente le tengo un poco abandonado.

—Estoy cansada Juan, pero si te apetece…

—Julia ¡Por Dios! El que tiene abandonado a Manel soy yo. Vamos, te acompaño hasta tu portería.

Cuando estuvieron frente a ella, sus ojos se buscaron mientras Juan murmuraba:

—Mejor que no vengas, así podremos hablar de mujeres.

Los dos iniciaron una sonrisa que desapareció al unirse los labios en un beso que revolvió el interior de sus bocas con un rozar húmedo de lenguas. Los cuerpos quedaron soldados por la fuerza del abrazo.

Al entrar Julia en casa, se encontró con Javier y su padre, que acababan de llegar. Las mejillas se le tiñeron de rojo, ante el solo pensamiento de que su hijo podría haber contemplado la escena que acababa de protagonizar con Juan. Los sentimientos la tenían desconcertada, se avergonzaba de ellos por parecerle los de una adolescente, incapaz de dominarlos, pero a la vez los disfrutaba con toda la serenidad y el sosiego de la madurez.

—Venimos de ver "El señor de los anillos" —Le informó mientras le besaba la mejilla—. Papá no la había visto.

—Y claro, tú no podías dejar que siguiera viviendo sin esa experiencia religiosa ¿verdad?

La risa de los tres fragmentó el silencio de la noche.

Se dirigieron hacia la sala de estar y mientras Javier se despedía deseándoles buenas noches, Julia se sorprendió a sí misma preguntándole a Ferrán Diunó si le apetecía una copa.

—¿Tienes coñac?

—¡Vaya! ¡Lo siento! Solo tengo whisky, ron y ginebra —le contestó ella— ¿Quieres que te prepare un gin tónic o un cubalibre? Tengo coca-cola y tónica.

—No, un whisky con hielo me vale.

Volvió de la cocina con dos vasos de tubo, uno con gin tónic y el otro con el whisky solicitado por Ferrán. Le pasó la bebida mientas se sentaba junto a él en el sofá. Después de saborear el primer trago, que sintió amargo pero intenso, el padre de Javier dejó el vaso sobre la mesita situada frente a ellos y se acercó hacia Julia, que empezó a beber nerviosa su gin tónic, notando como las burbujas le estallaban en la garganta.

—Hace días que quiero hablar contigo. Es algo delicado y muy importante para mí —la mano se apoyó sobre el muslo de Julia, como si solo su contacto pudiera darle fuerzas para seguir hablando —. Sé que han pasado veinticinco años, sé que fui un imbécil, un egoísta, un cafre y así se lo confesé a nuestro hijo ayer. Pero cuando te abracé en el aeropuerto sentí como el tiempo rebobinaba y aparecías ante mi igual de hermosa, igual de fuerte, la misma Julia de la que me enamoré.

Julia se removió nerviosa, la presencia de aquel hombre le producía una gran ternura, aun la perturbaba. Recordó las palabras que Irene había escrito en el diario de tapas rojas, al referirse a la poesía que Alberto Diunó le había dedicado. Dejó el vaso sobre la mesita, y retiró hacia atrás, con un gesto mecánico, los cabellos que se apoyaban inertes sobre los hombros, luego cruzó las manos y jugó con el anillo de su madre.

—No sé, Ferrán, todo es difícil. Tú vives en México y yo nunca abandonaré esta casa. Aun tengo mis sentimientos muy revueltos cuando se trata de ti, la palabra extraños aplicada a nosotros aun reverbera como un eco. Necesitaría tiempo y no sé si…

El padre de su hijo no la dejó acabar, la atrajo hacia sí y buscó

su boca. Julia dejó el cuerpo abandonado a las demandas de deseo y excitación que la lengua y las manos de Ferrán ejercían sobre ella.

Algo en su interior ejecutó un clic y se descubrió respondiendo con avidez al beso.

Apretando su cuerpo contra él para sentir su deseo erecto.

Pero, sin previo aviso, el inconsciente colocó en la retina de Julia la imagen de Juan, y hasta la última de las células nerviosas volvió a sentir el estremecimiento que había percibido hacía veinte minutos frente al portal de su casa.

—¡Basta Ferrán! Estoy confundida, necesito pensar —Fue lo único que se le ocurrió decir. Los sentimientos le daban vueltas como las aspas de un molino—. Por favor, vete. Mañana seguiremos hablando.

Acompañó a un desorientado Ferrán hasta la puerta y lo despidió con un roce de labios.

—Hasta mañana, gracias por todo.

—Te quiero, Julia. Piensa en ello.

Cuando la cerró, dejando fuera a Ferrán Diunó, apoyó el cuerpo en ella y posó la mirada sobre el reloj digital, la 1.11 horas.

Se dirigió hacia la sala y puso en marcha el móvil que ya había apagado. Pulsó el número tres de marcación rápida y el sonido de un timbre se oyó al otro lado de la línea.

—¿Julia?

—Soy yo, Juan.

—¿Estás bien?

—Necesito que vengas a mi casa.

—Tardo dos minutos, aun estoy en el bar hablando con Manel.

Julia oyó el clic que daba por finalizada la llamada y pulsó también la tecla de su móvil con el símbolo del auricular en rojo.

Abrió la puerta de la casa y bajó hasta el portalón, no quería que Juan llamara al timbre y despertara a su hijo. Lo vio acercarse con paso rápido, debía sentirse preocupado, sonrió.

—¡Por Dios, Julia! ¡Me pegas unos sustos!

No lo dejó continuar, lo agarró arrastrándolo hasta el interior del portal y sus labios se dispararon hacia los de Juan apretándolos, jugando con ellos, mordisqueando el labio superior. Él se relajó y la envolvió con sus brazos, sentía la avidez de Julia y su cuerpo empezó a poblarse de deseo.

Ella se separó y le cogió la mano con fuerza obligándolo a correr hacia los escalones que subían al principal, donde la puerta del piso estaba abierta.

—Julia que… —intentó decir en medio del desconcierto

—¡Calla, Juan! No digas ni una palabra.

Atravesaron la puerta que cerró con cuidado y se dirigieron hacia el dormitorio que también cerró con el mínimo ruido posible. Una vez dentro se quedó quieta, frente a Juan. Fue entonces cuando los movimientos se volvieron lentos, suaves, las manos se internaron bajo la camiseta y fueron subiendo despacio mientras le acariciaba los costados.

A los pocos minutos, dos cuerpos desnudos se exploraban internándose el uno en el otro. La noche se movía silenciosa, el silencio resonaba en los oídos. Ninguna imagen de Ferrán Diunó inundó las pupilas de Julia.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

—Cuando José de Arimatea se entrevistó con Jesús en Cafarnaum —siguió narrando Calíopo—, lo hizo con el único fin de intentar convencerlo para que no fuera a Jerusalén, como tenía previsto, durante la Fiesta de los Tabernáculos. Amigos cercanos a Poncio Pilatos le habían advertido que éste tenía órdenes del emperador Tiberio, en las que se decretaba prender a Jesús en cuanto sus huellas se fijasen en el polvo de las calles de Jerusalén, y sin mediar juicio, le dieran muerte.

"—La acusación es clara —le dijo—, intentar acceder al trono que te corresponde, para una vez en él rebelarte contra Roma y expulsar a los romanos de Judea.

"—Tu sabes bien —le contestó Jesús—, pues has escuchado mis palabras, que en ningún momento los vocablos revolución o venganza han salido de mis labios. Agradezco que te hayas desviado de tu camino para avisarme de lo que tú crees un grave peligro, pero déjame recordarte que ya he cumplido treinta y tres años y debo obedecer las profecías que sobre mí han sido documentadas. Escrito está que me corresponde entrar en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos a lomos de un asno blanco, donde seré recibido con tirso y ramas de membrillo. Ya que en ese día no será necesario dar vueltas al altar de las ofrendas como nos marca la tradición, porque yo seré la ofrenda y como tal deberé ser reverenciada.

"—Pero maestro, nadie podrá salvarte de la crucifixión si hacéis cuanto habéis dicho.

“—Que así sea.

“Cuando José de Arimatea se despidió de Jesús, sus ojos licuaban todo el dolor que el corazón sentía. Hacía ya más de siete años que conocía a aquel hombre extraordinario. Lo amaba de veras. Se resistía a pensar que iba a morir a manos de un verdugo romano, de un hombre cruel, corrupto y despiadado como Poncio Pilatos.

“Se dirigió a Jerusalén lo más rápido que le permitió su montura, encaminándose al edificio desde donde banqueros, comerciantes y escribas cuidaban de su imperio. Dos plantas llenas de una actividad febril, desde donde se enviaban y recibían mensajes y mercancías de todas las partes del mundo. Uno de sus mayores orgullos era un grupo compuesto por veinticinco hombres de total confianza, cuya única misión consistía en recorrer todas las vías comerciales para que su central en Jerusalén estuviera informada en todo momento sobre las actividades de las delegaciones, ubicadas estratégicamente en todo el perímetro del mar Mediterráneo. A su manera, pensó, él también era un rey, con un imperio sin fronteras, mucho mayor que el romano, porque abarcaba la totalidad del mundo conocido, y estaba dispuesto a utilizar todo ese poder para conseguir salvar a su protegido, al legítimo heredero del trono de Israel, al hombre que se había ganado su cariño y su respeto, por el que estaba dispuesto a dar la vida. Conocía perfectamente las instrucciones de Simón de Alejandría sobre el cumplimiento de las profecías, pero su corazón, curtido por el trato con reyes y emperadores, se desgarraba con solo imaginar el martirio que su amigo debía afrontar para cumplirlas. Llamó a Jacob, el hombre que era merecedor de su total confianza, el que conocía todos sus secretos, y juntos se dirigieron a los sótanos. Al bajar, solo dos puertas, bellamente decoradas, ocupaban las paredes derecha e izquierda de una primera sala, una especie de distribuidor, alumbrado por un extraño candil que contenía una sustancia viscosa y negra que al arder, con una extraña llama azul, aureolaba la estancia de una luz fría e incómoda. Una de las puertas era de hierro macizo, con tres cerraduras diseñada por su equipo de investigación, otra de las extrañas formas que según sus amigos tenía José de derrochar el dinero. Se trataba de un grupo de intelectuales y matemáticos dedicados a la búsqueda de nuevos

materiales, como por ejemplo, el descubierto en las lejanas tierras árabes y que ardía en el candil del distribuidor.

"Por dicha puerta se accedía a su cámara secreta, donde almacenaba no solo el oro o las gemas, sino las especias y las sedas que en ocasiones alcanzaban precios mayores que el noble metal. Solo él y Jacob conocían lo que se hallaba en el interior, y sabiamente habían difundido el rumor de que aquella era la tumba en la que José debía ser enterrado. La segunda puerta correspondía a la estancia, bellamente adornada con hermosas pinturas murales, donde José trabajaba ajeno por completo a los ruidos o al calor exterior. Junto a una de las paredes, había una pequeña piscina de agua termal y hacia ella se dirigieron mientras se despojaban de los ropajes. Se introdujeron en el fresco líquido y sus mentes empezaron a gestar el plan que debía salvar de la muerte a Jesús, pese a él mismo.

"Era noche cerrada cuando los dos hombres de despidieron, todas las posibilidades habían sido analizadas y ya disponían de un plan que ejecutarían en silencio, en el más absoluto de los secretos.

"Al día siguiente, José de Arimatea se dirigía a la fortaleza Antonia para pedir audiencia y entrevistarse con el prefecto Poncio Pilatos. Solo deseaba una cosa de él, saber qué cantidad de oro era necesaria para permitirle burlar la estricta ley romana que prohibía descolgar de la cruz los cuerpos sin vida de los condenados.

"Mientras tanto, Jacob se dirigía a la taberna donde solían reunirse soldados y centuriones romanos. Debía descubrir quien estaría al mando de las ejecuciones las próximas dos semanas. Sería investigado de forma exhaustiva para decidir el soborno más efectivo, monedas de plata o la amenaza de secuestro y muerte para alguno de sus familiares. Decidir que comprarían a Pilatos no había sido difícil pues ellos conocían de sobras su carácter ambicioso y corrupto, pero los centuriones eran imprevisibles, debía actuarse con mucho cuidado, de forma muy sutil.

"Quedaba un último acto por ejecutar. El más rápido y fuerte de los correos al servicio de José de Arimatea, viajaría sin descanso para él y su montura por la ribera del río Kidron, hasta el asentamiento esenio a orillas del mar Muerto, portando un mensaje urgente para el viejo maestro esenio Menajen. Necesitaban una poción que adormeciera de forma inmediata. También era muy

importante comunicarle que solo podía ser suministrada de forma líquida, a través de una esponja o un paño húmedo.

"El capitán Rutilio Gálico, que se hallaba en el puerto de Jaffa cargando mercancías en una de las naves más ligeras y rápidas de la flota del rico comerciante, con destino a distintos puertos del Mediterráneo, fue avisado de no zarpar bajo ninguna circunstancia hasta nuevas órdenes.

"Y llegó el día en que Jesús se presentó a las puertas de Jerusalén junto con sus discípulos, rodeados de una gran multitud que se dirigía a la ciudad para celebrar las fiestas como demandaba la tradición. A las afueras de la muralla, como anunciaran los profetas, encontró un hermoso, limpio y cepillado asno blanco que él acarició, y subido en el lomo entró en la ciudad dirigiéndose al Templo mientras era aclamado por una muchedumbre que asía en las manos tirso y ramas de membrillo, demostrándole su afecto y admiración.

"Poncio Pilatos se cuidó muy mucho de prenderlo mientras lo rodeaba la multitud, esperó al anochecer, cuando Jesús se retiró a orar al huerto de Getsemaní, propiedad de su amigo José. Fue entonces cuando una patrulla lo detuvo. Alguno de los discípulos intentó defenderle pero Jesús se volvió hacia ellos y les dijo:

"—Devolved la espada a vuestro cinto, porque quien a hierro mata, a hierro muere. ¿Creéis de verdad que me prenden? Yo he venido a Jerusalén para ser prendido, para acatar la voluntad de Dios. Si hubiera deseado salvarme solo tendría que haber pasado de largo, sin entrar en esta ciudad que quedará marcada hasta el final de los tiempos. Está escrito, el hombre no deberá temer a la muerte. Dios habla a través de mí, yo soy su palabra, quedaos en paz porque solo mi cuerpo morirá, mi alma vivirá para siempre".

"Lo escoltaron hasta la fortaleza Antonia, donde pasó la noche sometido a torturas y a interrogatorios que resultaron inútiles. Finalmente se decidió que junto a él, morirían dos presos zelotes. Debía evidenciarse claramente que la sentencia era política, que se les condenaba por sedición. El mensaje para los judíos no podía ser más claro, quien ose enfrentarse a Roma morirá en la cruz.

"Cuando José de Arimatea, que se hallaba junto a la madre y la esposa de Jesús, lo vio salir de la fortaleza Antonia, camino del Gólgota, con la cruz al hombro, estuvo a punto de gritar de

indignación y de rabia, tal era el lamentable estado en el que se encontraba su amigo. María Magdalena empezó a llorar apoyada en el hombro de María que parecía mirar sin ver, hundida en un mundo interior de recuerdos. José se puso a caminar junto a su protegido, observando cuidadosamente el estado físico. Empezaba a sentir que el destino podía ser más fuerte que él. Pero no era un hombre acostumbrado a rendirse, paseó la mirada entre la patrulla que acompañaba a los condenados a muerte hasta localizar al centurión del que Jacob le había hablado. Se acercó sin prisas, anduvo junto a él unos segundos y notó como el hombre apaciguaba el paso hasta quedar dos o tres metros detrás del grupo. Con voz suave pero enérgica, le recordó:

"—No olvides nuestro trato, Poncio Pilatos te habrá dicho que me ha dado permiso para bajarlo de la cruz, pero no quiero descender a un hombre muerto. Mi mensajero te ha dado la poción que deberás acercarle a los labios en cuanto te sea posible, bajo ninguna circunstancia dejarás que tus soldados le quiebren los huesos de las piernas para acelerarle la muerte. Estaré cerca esperando tu aviso para poder llevármelo ¡y recuerda! he sido muy generoso contigo, pero puedo ser extremadamente cruel. Una vez me lleve el cuerpo de mi amigo, nunca más volveremos a vernos y esta conversación jamás habrá tenido lugar.

Barcelona — 7 de Junio de 2002 — 17 horas 10 minutos

El sol amarilleaba el aire cuando, en el terrado, Julia sostenía entre las manos la caja de latón que habían rescatado siguiendo escrupulosamente las indicaciones anotadas por Irene en el diario. El pequeño muro de obra vista que daba a la calle Avinyò era la referencia. Contaron desde la izquierda dieciséis ladrillos a ras de suelo y con el destornillador y cierto grado de paciencia consiguieron limpiar las junturas que el tiempo había rellenado de arena y polvo. El agujero se ampliaba por dentro para poder contener una caja de latón, bastante grande, en forma de paralelogramo colocada de manera que pudiera extraerse por la parte menos ancha. Finalmente apareció ante sus ojos. Los dibujos que en su día la decoraron habían desaparecido casi por completo, y una mancha negruzca, producto de la humedad, se había depositado en su lugar.

—Creo que lo mejor es volver a colocar el ladrillo y abrir la caja al llegar a casa, está muy oxidada y costará hacerlo. No querría dañar el contenido.

Juan y Javier asintieron. Después de dejarlo todo como lo habían hallado, bajaron en ascensor hasta el principal y entraron en casa. Despejaron la mesa del comedor apartando el tapete y el jarrón con flores y Javier trajo una manta del armario que colocaron sobre el cristal. Juan forcejeó durante unos minutos con mimo, hasta conseguir abrirla.

En aquel momento llamaron a la puerta.

El sobresalto los atrapó desprevenidos.

—Ve a abrir, Javier —reaccionó su madre mientras bajaba de

nuevo la tapa de la caja.

Un hombre de mediana edad, aun no había rebasado los sesenta años, ataviado con un traje de lino gris perla, una camisa blanca del mismo material y sosteniendo en su mano izquierda un maletín negro de exquisita factura, apareció ante él.

—Buenas tardes, necesitaría hablar con Julia Cruells Adell —y extendiendo su mano que sujetaba una tarjeta inmaculadamente blanca, se presentó—. Mi nombre es Félix Sotorra, soy abogado y vengo en nombre de la notaría Sellés—Feliu.

—Pase, por favor, enseguida aviso a mi madre.

Cerró la puerta y se dirigió al comedor.

—Mamá, es un abogado que pregunta por ti, dice que viene de parte de una notaría —mientras hablaba, le entregó a su madre la tarjeta, que Julia leyó desconcertada.

—Llévalo a la biblioteca, Juan y yo vamos enseguida, primero quiero guardar la caja.

—Yo no sé si debo estar, es...

—Por favor, Juan —le interrumpió Julia—, estás conmigo y seguro que conoces mucho mejor que yo todas estas cosas de abogados y notarios. Contigo presente estaré más tranquila.

Las tres sillas que rodeaban la mesa de despacho, las ocuparon Juan, Julia y Félix Sotorra. Javier se quedó de pie, junto a su madre.

— Vengo a informarles —empezó a hablar el abogado—, que hace algunos días el señor Valeriano Scacs se entrevistó con el señor notario para redactar su testamento. Como supongo que ustedes sabrán, el señor Scacs ha muerto en condiciones trágicas. Al abrir el documento hemos comprobado que todo su patrimonio se lo lega a usted, doña Julia Cruells Adell o si no pudiera hacerse cargo, al descendiente más directo, en este caso su hijo. Pero como gracias a Dios, usted se encuentra en perfectas condiciones —dijo mirando hacia Julia, imposibilitada de pronunciar palabra alguna—, puede hacerse cargo. En fin, no les molesto más, el señor notario los espera mañana a las cinco de la tarde para llevar a cabo todas las formalidades de rigor.

Una vez acabado el parlamento, se puso en pie y extendió la mano hacia Julia que reaccionó a duras penas dándole las gracias y rogando le perdonara su comportamiento.

—Todo esto me ha cogido por sorpresa —se justificó.

Luego saludó a Juan, y Javier se brindó a acompañarlo hasta la puerta.

Cuando se quedaron solos, Julia y Juan se miraron.

—¡Dios bendito, Juan! Prácticamente le cerré la puerta en las narices. No entiendo absolutamente nada ¿Por qué a mí? En México tiene amigos antiguos, sin ir más lejos el padre de Ferrán ¿Por qué no se lo dejó a él?

—Eso nunca podremos saberlo. Imagino que al volver a Barcelona fue consciente de las atrocidades que, como venganza, llevó a cabo su abuelo. Supongo que es una forma de pedir perdón en nombre de él, y en el suyo propio.

—¿Sabía que iba a morir y quiso irse en paz?

—No creo que supiera que iba a morir, supongo que estaba seguro de convencerte tarde o temprano ofreciéndote por el diario una cantidad de dinero difícil de rechazar. A esas alturas de su vida, el único deseo que seguramente acariciaba por encima de cualquier otro, era no ser olvidado y eso, solo podía dárselo el descubrimiento arqueológico que se escondía en las páginas del diario.

En aquel momento entró Javier con un papel en la mano,

—¡Qué pasada! ¡no me lo puedo creer! —y dirigiéndose a su madre—: Ten, mamá, el señor Sotorra me ha apuntado aquí los documentos personales que tienes que llevar mañana para confirmar ante el notario tu identidad.

Chicago — 7 de Junio de 2002 — 13 horas 15 minutos (Hora de Chicago)

Sus socios en Chicago le habían prestado a Gerardo Arnal, como un acto de cortesía durante el tiempo que necesitara quedarse, el despacho donde se hallaba en aquellos momentos. Situado en el piso cincuenta y dos, permitía contemplar, desde cualquiera de los ventanales que lo circundaban, el denso tráfico que recorría la avenida donde se emplazaban las oficinas.

Se hallaba de pie, los hombros hundidos, las manos enlazadas a la espalda, contemplando con aparente ensimismamiento la enorme extensión de cemento y vidrio que se perdía más allá de su horizonte. Le costaba respirar, finalmente se oyó un hondo suspiro. Andaba en mangas de camisa, abandonado por completo el protocolo. Su chaqueta de lino, color tierra, de corte perfecto, se apoyaba con descuido en el respaldo del sillón.

Acababa de hablar con su secretaria. Había recibido la llamada del abogado Florencio Herralde para comunicarle el nombre de la heredera de Valeriano Scacs, Julia Cruells Adell, quien posiblemente continuaría el litigio que había iniciado su predecesor contra los actuales dueños de Inmobiliaria Domènech.

¿Quién coño era aquella mujer? Las indagaciones que había efectuado sobre Valeriano Scacs, no hablaban de ningún familiar vivo. Nadie que pudiera conocer sus proyectos. Y de pronto…

Todo volvía a empezar,

Se enfrentaba a un jaque mate.

Pero el rey se hallaba todavía sobre el tablero, y quien le hacía el jaque era una reina que desconocía por completo las reglas del

juego.

Estaba seguro que aquella mujer se estaría preparando para rechazar un ataque. Debía sorprender al enemigo. La llamaría, para pedirle una entrevista donde desplegaría toda su capacidad de seducción, tejería la tela de araña con cuidado, lentamente. Le haría creer que estaba vencido y que su única salida era llegar a un pacto con ella.

Aprovecharía el desconcierto para afirmarse en su cargo de presidente. Ese sería el principio.

Hacía muchos años que consideraba "El arte de la guerra" su libro de cabecera.

BARCINO

Kalendas Julio — Año 36 d.C.

El cuerpo de Calíopo se curvó hacia delante y alzó los brazos hasta la altura del pecho, en un gesto teatral que los cinco amigos absorbieron preparándose intuitivamente para otro momento álgido de la historia.

Hasta el silencio estaba atento.

—Era mediodía. Desde el Norte empezaron a llegar nubes plúmbeas que oscurecieron el cielo. Un aire denso, saturó la piel de los hombres y mujeres agolpados a los pies del Gólgota, la pequeña colina sobre la que se proyectaba, como una mancha, la sombra de los tres crucificados.

"Un trueno solitario, implacable, reverberó como si una encolerizada voz avisara desde las alturas que se estaba cometiendo un error en el fluir del destino, que todos los que estaban allí pagarían por ello. Quedaron sobrecogidos, y cuando el rayo rasgó en dos un cielo negro que amenazaba desplomarse sobre ellos, huyeron despavoridos.

"Allí empezó el mito de su divinidad. En aquellos momentos, la naturaleza creó la atmósfera correcta para que el pueblo asumiera al unísono que, solo ante la muerte de un Dios, se rasgan los cielos y se precipitan hacia la tierra transformados en aguacero que augura un nuevo diluvio.

"José no perdió el tiempo. Dio gracias a su Dios por la ayuda imprevista y junto con Jacob bajaron el cuerpo. Lo subieron a un carro preparado al efecto donde Jacob, Jesús y Magdalena se dirigieron a Jaffa a la máxima velocidad que los caballos podían

galopar. La esposa sostuvo todo el tiempo en su regazo el cuerpo desmayado y narcotizado de su marido, mientras Jacob agarraba con fuerza las bridas y hostigaba a los equinos.

"La madre de Jesús y José de Arimatea, se habían quedado en Jerusalén para sellar la tumba donde se hallaba, supuestamente, el cuerpo sin vida. Los discípulos demandaron verlo para poder honrar y cubrir de perfumes su cuerpo, pero José les contestó:

"—Eso que reclamáis es trabajo de mujeres, y por ellas será consumado. Si en verdad pretendéis honrarlo, id al Templo y orad en él hasta el amanecer. Mañana comenzarán las honras fúnebres, que yo os aseguro, serán dignas de un rey.

"Mientras tanto, en Jaffa, una nave al mando del capitán Rutilio Gálico enfilaba la bocana del muelle con todas las velas desplegadas, rumbo a un puerto lejano de la costa mediterránea occidental. Dentro de ella, como si de un inmenso útero se tratase, estaba volviendo a la vida un hombre que nacería de nuevo cuando emergiera de la nave.

"Tres años permaneció en ese lugar secreto protegido por agentes de José de Arimatea.

"Para finalizar esta historia os revelaré que hace unos meses, José, al ver que nuestro emperador Tiberio estaba a punto de empezar su viaje a la laguna Estigia y a su sucesor, Gaius Calígula, contrariamente a lo que imaginara en un principio, parecía preocuparle demasiado lo que acontecía en la lejana provincia de Palestina, se dirigió al encuentro de Jesús para avisarlo de todo lo que se estaba cociendo en Roma.

"—Maestro, lejos de menguar el interés por vos durante estos tres años, vuestra fama ha traspasado las fronteras de Israel y muchos son los que dicen haberos visto con vida. Los primeros en hablar de vuestra supuesta resurrección han sido los discípulos y tanto el sanedrín, como el cónsul de Roma en Jerusalén y el falso rey que ocupa ilegalmente el trono, han puesto precio a vuestra cabeza con el beneplácito de Gaius Calígula, que ha prometido perseguiros por todo el imperio si ellos consiguen imponer legalmente el pago de tributos a Roma. El malestar y los disturbios se pasean por Jerusalén llenándola de ira y de enfrentamientos. Es muy probable que todo acabe con una represión violenta y se disuelvan todos los estamentos políticos para pasar a depender

directamente de Roma. Con dolor os confieso que veo imposible vuestra vuelta sin que se cierna sobre vos una nueva muerte y esta vez no podré hacer nada.

"—No deseo que alberguéis dolor en vuestro corazón, mi vida en este rincón del mundo ha vuelto a mostrarme las pequeñas alegrías de una vida sencilla. Lo que más ansío en estos momentos es viajar al lado de mi esposa y conocer a mi hijo, alejarnos juntos del bullicio de las ciudades y vivir la vida tranquila de un pequeño pueblo, a ser posible junto al mar. Este mar del que he disfrutado estos tres años y que tanto ha confortado mis días solitarios".

Calíopo calló unos segundos, ejecutó una gran reverencia y al levantarse les dijo:

—Y el resto es futuro, queridos amigos.

Una salva de aplausos subrayó el final de la historia. Puestos en pie, los cinco amigos le regalaron la mejor sonrisa a Calíopo. Aurelio Crísipo se sentía radiante, feliz, ante la acogida que sus compañeros le mostraban al hijo de su hermana.

—Es una lástima que tu amigo Jacob se haya negado a revelarte el paradero de ese gran hombre —dijo Flavio—. Hubiera viajado gustoso a cualquier lugar para conocerle y poder conversar con él

—Yo también lo hubiera hecho —corroboró Licinius—. Y lamento muchísimo ese triste final.

—Me uno a Licinius —dijo Iulius

—Pues yo no creo que sea tan triste el final —manifestó Caio Salvio— quizá porque soy liberto y mis orígenes no pueden ser más humildes. Esta con vida él, su mujer y su hijo, es todo lo que se necesita para volver a empezar.

—Cierto es lo que decís —manifestó Crísipo—, y puedo dar fe de la desgracia que representa la pérdida de un ser querido. Pero lo que me parece más interesante del relato, son todas las enseñanzas contenidas en él. Tenemos un mes para digerir todo cuanto nos ha sido narrado, propongo que en nuestra próxima reunión hablemos de lo que a cada uno de nosotros le ha parecido lo más interesante.

Todos sonrieron, estaban cansados pero pletóricos, la historia que acababan de oír había transmutado, sin que se dieran del todo cuenta, una parte de su esencia.

Barcelona — 7 de Junio de 2002 — 19 horas 30 minutos

Mientras Gerardo Arnal se planteaba su futuro desde Chicago, en Barcelona, Julia Cruells estaba prestando atención a los sentimientos que despertaban en ella aquellos documentos arqueológicos que descansaban sobre la mesa del comedor protegidos con el máximo cuidado. Su hijo y Juan los miraban fascinados.

Ella se movía alrededor de la mesa como si fuera su satélite y no paraba de cambiar la postura de sus brazos. Cada vez los intervalos eran más cortos. Primero los cruzaba sobre su pecho, luego los estiraba, después enlazaba sus manos a la espalda, volvía a estirar los brazos, los colocaba en jarras y finalmente, su mano derecha se entrelazaba con la izquierda reposando ambas sobre la cabeza. A esta última, seguía inevitablemente la primera, creando un círculo cerrado.

—¡Para, mamá! Me estás poniendo nervioso.

—Sí, Julia, por favor ¡cálmate!

—Ojalá hubiera prestado atención al latín de bachillerato —Se paró Julia ante los documentos, mirándolos fijamente, como si por el simple hecho de desearlo pudiesen quedar transcritos ante sus ojos a perfecto castellano.

—Fijaos en la firma —comentó Juan, señalando el final del segundo papiro—. Parece que pone… Calíopo Cuadronio Vero y debajo hay un seis en números romanos y al lado Círculo Garum.

—Lo más curioso es el dibujo, seis círculos concéntricos y en el interior del último un triángulo equilátero —hizo notar Julia.

—Hay seis círculos y el número seis está escrito delante de ese

nombre. Es más que probable que el símbolo tenga que ver con Círculo Garum —apuntó Juan, y de repente todo le pareció sencillo —. Ese hombre, Calíopo, es el número seis de lo que sea que signifique Círculo Garum.

—Suena misterioso —dijo Javier.

—¿Quiénes deben ser entonces los números uno al cinco? —se preguntó Julia en voz alta.

—Estoy seguro que en el texto debe explicarse todo —sentenció Juan

Estuvieron durante mucho rato dándole vueltas al asunto, hasta que decidieron que sin saber el contenido de los papiros, era una pérdida de tiempo. Los enrollaron con sumo cuidado y después de guardarlos dentro del hermoso estuche de cobre que los contenía, procedieron a repasar los documentos que se hallaban en el fondo de la caja de latón, fechados todos ellos dentro del año 1909. La primera carpeta la cogió Javier, contenía diversos documentos con el membrete del Banco Hispano Colonial, en la segunda Juan encontró cartas y documentos pertenecientes al bisabuelo de Julia, el abogado Ernesto Adell Reverté y la tercera pasó a manos de Julia quien, al abrirla, topó con un documento donde, en la parte inferior izquierda, seis círculos concéntricos conteniendo un triángulo equilátero, un número romano, el IV, y un nombre, Francisco Ferrer i Guardia, capturaron su mirada.

Quedó unos segundos en suspenso, atónita, cuando el timbre del teléfono le hizo cerrar instintivamente la carpeta. Lo cogió Javier que estaba más cerca y después de contestar se lo pasó a su madre. Julia habló por teléfono poco más de un minuto, cuando colgó, su cara aún conservaba rastros de sorpresa.

—Era Gerardo Arnal, Me ha llamado desde Chicago para decirme que no será necesario que litiguemos ante los tribunales ¡Cómo si yo hubiera decidido hacerlo! Me ha pedido pactar. Volverá dentro de cinco días, me ha dicho, y hemos quedado que nos veremos para resolver civilizadamente nuestro problema ¿Será posible? ¡Nuestro! ¡Cómo si yo tuviera algún problema!

—Es un mal bicho, Julia, muy inteligente —la avisó Juan

—Lo sé. En estos momentos debe estar pensando que soy una pobre mujer, abrumada por la responsabilidad de algo demasiado grande para mí, a la que será fácil dirigir en la dirección que él

estime conveniente.

—¡Pobre! —ironizó Javier— ¡Realmente desconoce la magnitud de su problema!

—¡Olvidémonos de Gerardo Arnal! —dijo Julia mientras se ponía en pie—. Tenemos suficiente con el maravilloso misterio que encierra esta carpeta—. La abrió y la puso ante los ojos de su hijo y de Juan Torralba, agregando—. Fijaos en la parte inferior izquierda. Cerca de dos mil años separan el mismo símbolo. Solo el número y el nombre cambian.

Barcelona — 8 de Junio de 2002 — 09 horas 07 minutos

Julia se levantó cansada aquella mañana, la noche había deslizado en sus sueños extraños delirios sobre círculos, triángulos y oscuridad. Se había despertado bañada en sudor y con el corazón latiendo de forma desacompasada. Cuando entró en la cocina Javier estaba preparándose un vaso de zumo de naranja y le pidió que le exprimiera otro para ella. Comprobó que aún quedaba jamón en la nevera y empezó a prepararse un bocadillo. Restregó tomate sobre el pan, echó también un poco de sal y finalmente lo roció con aceite de oliva virgen. Cuando hubo acabado la operación, realizada minuciosamente, cubrió su superficie con todo el jamón que había encontrado. Después cogió un plato, acomodó en él, bocadillo y vaso con zumo, lo cubrió todo con una servilleta y se dirigió hacia el balcón que daba a la calle Carbaça. Se sentó en una banqueta de madera, que su madre ocupaba muchas mañanas de verano, acompañada por un sol que ya había traspasado hacía rato la línea del horizonte.

El teléfono sonó en el interior de la casa, pero Julia no movió ni un músculo que no fuera indispensable para masticar.

—¡Mamá! —le gritó su hijo—. Juan dice que vendrá esta tarde a recogerte sobre las tres.

Siguió comiendo en silencio.

Fue en los momentos que anteceden al sueño, cuando una intuición que la había estado persiguiendo toda la tarde se convirtió en certeza. Los había visto en algún sitio, estaba segura de que los seis círculos concéntricos con el triángulo interior los había contemplado en algún lugar. Pero por mucho que se esforzaba no

conseguía recordar dónde.

—¡Dónde! ¡Dónde! ¡Dónde! —murmuró para sí, sin conseguir otra cosa que un dolor de cabeza que estaba empezando a socavarla.

Finalmente decidió que ocuparía toda la mañana en recorrer el barrio gótico, o al menos los lugares más destacados, buscando esos malditos círculos con triángulo incluido que estaban empezando a obsesionarla.

En ese momento se acordó de algo y le gritó a su hijo.

—¿Te ha dicho Juan si vendría con su amigo, el experto en criptogramas de la policía?

—No, mamá —le devolvió el grito su hijo.

¡Se acabó! pensó Julia, lo mejor era organizarse uno mismo. Empezaría por la Casa del Ardiaca, luego la catedral y después entraría en el Museo Marés. El Museo Histórico de la Ciudad lo dejaría para el último momento. Se dirigió al cuarto de baño y al cabo de dos minutos estaba disfrutando de una ducha tibia, que parecía llevarse por el sumidero todo el abatimiento que la noche le había impreso en el cuerpo.

Entre tanto, Juan Torralba y Eleuterio Matas, se encontraban en el anatómico forense firmando los papeles que ponían bajo su responsabilidad el cadáver de Valeriano Scacs, hasta que al día siguiente se lo entregaran a Ferrán Diunó en el aeropuerto, para iniciar el viaje de regreso a México.

—Este caso me ha dejado mal cuerpo —empezó a hablar el subinspector Matas mientras se dirigían a la salida una vez cumplimentados todos los requisitos—, saber quién es el responsable y no poder enfrentarlo a la justicia me cabrea, me jode infinitamente.

—El único consuelo que nos queda —contestó Juan Torralba—, es saber que el acto criminal cometido por Gerardo Arnal, supongo que los dos nos referimos a lo mismo, no le ha servido absolutamente para nada. Tendrá que enfrentarse con la heredera de Valeriano Scacs. Todo volverá a empezar para él.

—Lo que le dije en su momento sobre el tacto de cojones que tiene la justicia, es lo que me ha salvado siempre de la frustración y de no tirarlo todo por la borda. Espero que finalmente gane el juicio Julia Cruells y se quede con todo lo que ese hombre aferra con la

desesperación que lo ha llevado al crimen.

—Es un buen estratega, no será fácil.

—Pero usted estará allí para ayudarla. El Ferrán Diunó se va mañana y le deja el campo libre y… ¡mire que debe haberlo intentado!

—El qué, Matas.

—¡Joder, jefe! ¡Liarse otra vez a Julia Cruells! Que a veces parece que esté mirando sin ver.

—¿Por qué se meterá siempre donde no le llaman?

—¿Yo me meto? ¡Es una apreciación, un por hablar! Tranquilo que ya le queda poco tiempo de aguantarme.

—No exagere.

—Para nada, jefe. Creo que este ha sido el último caso de mi carrera como policía y de ahí mi cabreo y mi mala leche.

—¡Pero si aún le quedan cinco meses!

—Eso pensaba yo, pero ayer me llamó Solans a su despacho y me dijo que adelantaban mi fecha de jubilación para fin de mes. Parece que los de la academia llegan la semana que viene y quieren hacer una reestructuración a fondo.

Juan Torralba se paró en seco volviéndose hacia Eleuterio Matas. Apreciaba a aquel hombre mucho más de lo que suponía. Se había negado a enfrentarse al hecho de que iban a separarse, argumentándose a sí mismo que aún faltaban muchos meses. Pero de repente su compañero le estaba diciendo adiós, y la sensación de vacío que le crecía en el estómago hizo subir hasta su garganta un sorbo de ácido causándole un ataque de tos.

—¡Caramba, jefe! No creí que se lo tomara tan a pecho —le dijo mientras golpeaba con su mano abierta la espalda del inspector para intentar calmar el ataque.

—¡Está bien, está bien, Matas! Ya me siento mejor, pero… ¿Cuándo coño pensaba decírmelo?

—Está desconocido, palabrotas y todo.

—Mire, no me caliente y conteste a mi pregunta.

—¡Yo que sé! Mañana, con tranquilidad. Después de entregarle a Ferrán Diunó el cadáver de Valeriano, que para mí es el auténtico final del caso, yo pensaba invitarlo a comer y… en fin, pues, decírselo.

* * *

La Casa del Ardiaca es un bello edificio gótico que alberga el archivo histórico de la ciudad. Julia lo recorrió de arriba abajo, incluidos los restos de las murallas romanas que se encuentran en el interior, sin descubrir absolutamente nada. Cuando llegó a la catedral, pensó que allí tendría que hacerlo de forma diferente dadas las extraordinarias dimensiones del edificio. Daría un primer vistazo superficial y dejaría para el día siguiente el examen exhaustivo. Era cerca de la una del mediodía cuando entraba en el jardín del Museo Marés cansada y decepcionada. Se sentó en uno de los bancos y contempló como las palomas revoloteaban incansables sobre las altas torres de la catedral, que se erguían magníficas frente a ella.

Decidió que el Museo Marés lo dejaría también para el día siguiente y se encaminó con paso cansino hasta la Plaza del Rei, la atravesó y entró en las dependencias del Museo Histórico de la Ciudad. Pagó el ticket correspondiente y entró en el ascensor donde viajaría hasta una pequeña parte de Barcino, cuyas ruinas se extendían por todo el sótano, formado por un gran hangar que ocupaba también la mayor parte del subsuelo de la Plaza del Rei

Entrar allí, después de haber tenido entre sus manos los documentos escritos por Calíopo Cuadronio Vero, la llenó de emoción.

Cuando llegó a casa, pasadas las dos y media de la tarde, su hijo se había preparado una ensalada y estaba ante la nevera abierta, decidiendo si se hacía un bistec o un lenguado a la plancha.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó mientras sacaba el bistec y cerraba la nevera.

—Cansarme, veremos que nos dice el amigo de Juan esta tarde.

El amigo de Juan resultó ser un hombre no muy alto, con calvicie en la parte superior de la cabeza, un espeso bigote, y unos lentes de diseño en pasta de color rojo, que le daban cierta sofisticación a su aspecto. Los recibió con una sonrisa tranquila, en un espléndido piso del ensanche barcelonés, lleno de libros, estanterías, y unos mosaicos originales de finales del XIX, que deslumbraron a Julia. Al presentárselo, Juan le desmenuzó el currículum ante la mirada benévola del protagonista y a ella no le

cupo ninguna duda, si alguien podía traducir del latín antiguo un documento, ese era Carlos Queralt.

Cuando sacaron de la cartera de Julia la caja de cobre donde se guardaban los papiros, los ojos del amigo de Juan parecieron cobrar vida, se volvieron más luminosos, más intensos y no se apartaron ni un milímetro del objeto que con sumo cuidado Julia había depositado sobre la mesa del estudio.

—Es un privilegio Juan, no sabes cómo te agradezco que hayas pensado en mí —reconoció emocionado Carlos—. Nunca pensé que tendría entre mis manos un original tan antiguo.

Luego los tres se quedaron quietos, en silencio, como si ninguno de ellos se atreviera a generar el primer movimiento destinado a abrir la caja de Pandora.

BARCINO

Pridie Kalendas Agosto — Año 36 d.C.

Treinta días se contabilizaban desde la última reunión del Círculo Garum.

Barcino despertó envuelta en un hermoso día de verano, lleno el aire de olores cotidianos. En los pórticos que rodeaban el ágora, los comerciantes se apilaban con sus mercaderías para guarecerse del sol que no tardaría en ser una presencia caliente y opresiva. En las calles adyacentes, multitud de carretas y esclavos cargando pesados fardos se movían de aquí para allá proporcionando una ilusión de movimiento continuo. Los patricios se trasladaban en sillas de mano, desplazándose hasta los baños, las casas de préstamo, visitando a sus banqueros o encargando bustos de mármol en el taller de Caelis. La actividad no cesaba hasta bien entrada la tarde. También los diferentes comercios que salpicaban la ciudad se veían frecuentados por un sinnúmero de ciudadanos en busca de las frutas más frescas, de las legumbres de mejor calidad, los mejores vinos que se importaban desde distintos lugares del imperio, las telas más finas, las más suaves sedas o las especias más exóticas.

Los ciudadanos de Barcino habían desarrollado un síndrome común que los diferenciaba del entorno, no querían perderse nada de lo mejor que el mundo conocido pudiera proporcionarles. En Barcino, conseguías encontrar casi cualquier cosa. Su fama se extendía constantemente. Cada día, llegaban hasta ella viajeros de distintos lugares, algunos por trabajo, la mayoría por placer, aunque todos se abastecían de los materiales que no localizaban en sus lugares de origen.

Para tener aquella mañana un primer contacto, los amigos, siguiendo el ritual establecido, habían acudido a los baños públicos para relajar sus cuerpos y perfumar la piel con olorosos aceites.

El último en aparecer fue Calíopo.

—Creíamos que habías desaparecido, que después de conocernos ya no deseabas pertenecer a nuestro grupo —ironizó Iulius.

—¡Nooo! —sonrió Calíopo—. Me ha costado demasiado llamar vuestra atención, y todavía no he visto danzar a las famosas bailarinas de Flavio. Espero que esta noche mis deseos queden satisfechos.

—Esta reunión se presenta casi tan interesante como la anterior —terció Caio Salvio— estoy ansioso por ver la cara de Calíopo ante la exuberancia del cuerpo femenino ¿Los sacerdotes del Templo estáis obligados a ser célibes?

—Amigo mío, si hubiera sido esa una de las obligaciones de mi rango, te aseguro que ni con todo el oro del mundo, mi tío habría conseguido convencerme.

—Pues yo creía…

—Lo que sí es cierto, y supongo que ese es el motivo de vuestra confusión, es que no podemos entrar a ninguna mujer en nuestros aposentos, que por hallarse dentro del Templo son sagrados, pero… ¿para qué si no está el local de Henio?

Los seis amigos, siguieron hablando y haciendo cábalas sobre lo que les esperaba esa noche, hasta que el sol estuvo lo suficientemente alto para apresar las sombras. Después se despidieron, alejándose con paso tranquilo hacia sus residencias.

La casa de Flavio fulgía en la noche como una bonita joya que iluminaba un espléndido cuarto creciente. En el interior, los criados se hallaban a la espera de los invitados. El primero en llegar fue Calíopo, con tres ánforas de vino que acarreaban sirvientes cedidos por su tío.

—Me las ha regalado Camilo Eliano de su bodega personal, son buenos caldos de la Galia.

—Magnifica elección —aprecio Flavio y dirigiéndose a los porteadores—, seguid hasta la despensa, allí se harán cargo de ellos.

Iulius y Licinius llegaron juntos poco después, y Caio Salvio apareció con una bandeja de higos recién cogidos que también desvió Flavio hacia la cocina. Mientras esperaban la llegada de

Aurelio Crísipo conversando en el atrio, decidieron sentarse informalmente alrededor del impluvium, con los pies metidos en el agua para calmar el calor de aquella noche canicular.

Así los encontró Crísipo, que pidió disculpas por el retraso mientras todos se dirigían hacia el stibadium, el aposento que las domus romanas destinaban al acto social de cenar, el más importante del día.

Las bailarinas entraron con cimbreantes movimientos al oír tres palmadas. Era la señal acordada con Flavio antes de empezar la cena. Sus cuerpos imantaron las miradas de los seis amigos que parecían imposibilitados de apartarlas de ellas. Cuando al finalizar de la danza se acercaban generosas, el anfitrión las detuvo con un gesto expresivo que las hizo retroceder, desapareciendo finalmente por la puerta que comunicaba con el atrium.

—Habrá tiempo después del primer juego.

—¡Siempre haces lo mismo Flavio! —se quejó Caio Salvio—. Llenas nuestra boca con miel y luego nos das agua para diluirla.

—No imagino vuestros cuerpos hambrientos y creo que ahora, después de esta espléndida cena, apetece jugar al ludus. Tú y Licinius podéis ser la primera pareja —dijo el dueño de la casa mientras señalaba a Caio Salvio—. Iulius y Aurelio Crísipo la segunda, yo jugaré con Calíopo

Se levantaron todos dirigiéndose hacia el atrium donde se habían acomodado tres pequeñas mesas con los tableros de juego sobre ellas, y dos banquetas alrededor de cada una para acomodo de los participantes. Un candil sobre las mesas daba densidad al espacio que las rodeaba. La noche se percibía agradable, una suave brisa procedente del mar refrescaba el ambiente aun cálido y hacía titilar las pequeñas llamas que jugueteaban con las sombras. La primera pareja en finalizar fue la de Iulius y Aurelio Crísipo, proclamándose este último vencedor. De las dos parejas restantes, Caio Salvio y Calíopo, se felicitaban contentos por su triunfo.

Se trasladaron de nuevo al stibadium, donde aplacaron su sed y recuperaron fuerzas, picoteando de nuevo entre los muchos manjares que aparecían aun intactos sobre la mesa, con el propósito de seguir jugando.

Después de los primeros minutos en los que deglutir parecía ser lo único importante, tal era el silencio y la eficacia con que ingerían

los escogidos alimentos expuestos en abundancia con un sentido estético exquisito, Aurelio Crísipo decidió que era el momento oportuno de dirigirse a sus amigos para plantearles una idea que llevaba varios días ocupando la parte creativa de su cerebro.

—Va siendo hora de que os hable de mis propuestas.

Los cinco compañeros apartaron de inmediatos los ojos de las viandas, para fijarlos expectantes en la persona que ejercía como líder, un hecho que nadie discutía, que todos habían aceptado, de forma tácita, desde que se conocieron.

—Estaréis de acuerdo conmigo que los tiempos que corren en Roma son de gran turbulencia y no tardaremos mucho en recibir nuevos impuestos desde la metrópoli. La muerte de nuestro emperador es inminente y también lo es la ascensión al poder de Gaius Calígula. Todo eso, los que tenemos más edad lo conocemos por experiencia, siempre repercute en el pecunio de los ciudadanos, cuestan muchas monedas de oro tanto los entierros como las coronaciones. Pero creo que esta vez tenemos algo que puede ayudarnos a negociar.

—¿Me equivocaría mucho al suponer que estás hablando de la historia que nos contó tu sobrino? —preguntó sonriendo Flavio.

—No te equivocarías en absoluto.

—El hecho de que un crucificado haya escapado a su destino es motivo suficiente para que cualquier emperador vea mancillada la reputación ante el pueblo —apunto Iulius.

—No solo eso. Estamos hablando de la continuación de la estirpe de David. No olvidemos que solo sus descendientes son los legítimos reyes de Israel. Con lo inquietos que están los judios, es un secreto que podría causar más de un problema al imperio —añadió Caio Salvio.

—Efectivamente —asintió Crísipo— Eso os dará una idea del poder que en este momento descansa en nuestras manos. El solo hecho de conocer este secreto ya nos da una confianza en nosotros mismos, una fuerza que creo es justo la que necesitábamos para ampliar más el ámbito de influencia de nuestro grupo. Y vamos a empezar por guardar bien nuestras espaldas escondiendo en lugar seguro nuestro tesoro. Esa es mi primera propuesta —y señalando a Calíopo le ordenó—: Tú serás el encargado de esconder en el Templo de Augusto, el rollo de papiro donde escribiste la historia

que te narró el judío Jacob. Solo tú sabrás donde se esconde. Debes escoger un lugar al que nadie pueda tener acceso con facilidad. Si no existe, te sugiero que excaves un agujero en una de las columnas, lo deposites en su interior y lo tapes con una fina capa de material. Deja una pequeña señal que te permita descubrir con facilidad el lugar exacto, por si fuera necesario recurrir a él.

—Así lo haré, pero me sorprendes, yo creí que ya habrías enviado aviso a Roma, a cualquiera de tus amigos en el senado.

—Nunca te precipites Calíopo —le contestó su tío sonriendo—. Y menos cuando se trata de información. La buena información es un bien escaso y precioso, que ha derrocado reyes y disparado carreras militares que parecían estancadas. Nunca menosprecies el valor de la información. Cuanta menos gente la conoce, más valiosa es.

Todos afirmaron con la cabeza mientras miraban a Calíopo, que se sintió como un estúpido. Incluso pensó en pedir disculpas, pero la voz de Crísipo lo atrapó de nuevo.

—La segunda propuesta, me gustaría exponerla después de haber vuelto a ganar el ludus y de haber disfrutado del placer de sentir manos femeninas acariciando mi prepucio.

Todos rieron de forma distendida.

—¿Preferís cambiar o seguimos jugando las mismas parejas? —preguntó Flavio.

Los tres perdedores se apresuraron a manifestar su deseo de revancha, así que una vez contestada la pregunta, todos se dirigieron de nuevo al atrium, donde les esperaba una tranquila noche de verano con el cielo iluminado por millones de estrellas.

Barcelona — 8 de Junio de 2002 — 20 horas 40 minutos

Julia, Juan y Carlos, estaban diseminados sobre los dos sofás de la sala de estar, tomándose un respiro después de cinco horas de trabajo. Mientras el experto en criptografía, con un dominio envidiable del latín antiguo, traducía la historia, ellos dos se turnaban para anotarla en una libreta moleskine que Julia había adquirido previsoramente.

Estaban abrumados hasta extremos no cuantificables.

—¡Dios bendito! No me extraña que Valeriano Scacs estuviera tan interesado en conseguir el diario de tapas rojas de Irene. Estos documentos podrían ser considerados evangelios apócrifos. Están escritos antes de la muerte de Tiberio, que has dicho que era…

—Sobre el año treinta y seis de nuestra era —contestó Carlos a la pregunta de Julia—

—Y lo explica alguien que ha estado presente en los hechos que acontecieron, que ha conocido a Jesús, que seguramente fue el encargado de gestionar la ayuda económica que le facilitaba José de Arimatea ¡Esto es extraordinario!

—Lo que realmente sorprende, es que explica unos hechos que ningún otro historiador de la época plantea —empezó a hablar Carlos Queralt—. Curiosamente, la época durante la que se supone el nacimiento del cristianismo, los reinados de los emperadores Tiberio y Augusto, han sido de los mejor documentados de la historia, y ninguno de sus historiadores se hace eco de un personaje tan popular como debió ser Jesús. Por citar a algunos de ellos, os diré que Filón, que nació veinte años antes de Cristo y murió en el 50 de nuestra era, o sea un contemporáneo suyo, no lo menciona en

sus escritos ni tampoco Livio, historiador en la época de Augusto que nació 59 años antes de Jesús y murió en el 17 de nuestra era.

—Eso puede deberse a que Palestina era una provincia periférica del imperio y lo que pasaba no debía interesar demasiado a los romanos — apuntó Julia.

—Bueno, está claro que sí les interesaba a los fundadores del Círculo Garum y también existe Flavio Josefo, un historiador judío que nació cuatro años después de morir Jesús, quien, en uno de los pasajes de su obra "Antiquities" nos habla de él, aunque muy someramente, y denuncia el asesinato de Juan "El Bautista" a manos de Herodes.

—También puede ser que al Imperio no le interesara que se difundiera demasiado la historia de Jesús —intervino Juan—. Hay que tener en cuenta lo que supuso el cristianismo en Roma en los siglos posteriores.

—Tú lo has dicho, en los siglos posteriores —dijo Carlos Queralt —. Se necesitaron más de dos siglos para que el cristianismo comenzara a tomar fuerza y es en ese momento cuando empiezan a surgir multitud de historias y leyendas contradictorias en torno a la figura del Mesías. De ahí que sea muy difícil discernir las que fueron reales de las que no. La verdad en torno a Jesús y los hechos que conocemos a través del Nuevo Testamento ha estado sujeta a través de toda la historia a intereses muy particulares. En la actualidad, ni siquiera los historiadores más eruditos consiguen ponerse de acuerdo en cuestiones tan fundamentales como los orígenes de Jesús.

—Hace tiempo que no leo la Biblia —reconoció con ironía Juan —, pero los evangelios ¿no dejan claras esas cuestiones?

—¡Todo lo contrario! —exclamó Carlos—. Los cuatro Evangelios oficiales no pueden ser más contradictorios si nos fijamos en ellos con detenimiento. Por ejemplo, Mateo y Lucas, solo concuerdan en que Jesús era de la casa de David, en que su lugar de nacimiento fue Belén y en que su padre se llamó José y su madre María. Hay que tener en cuenta que los evangelios son bastante posteriores a la muerte de Jesús. En realidad, el catolicismo solo se ha preocupado de definir claramente a Cristo y la Virgen como figuras de devoción de acuerdo a lo establecido por la Tradición y los padres de la Iglesia. Nunca les ha interesado la visión histórica de los mismos.

Precisamente porque es muy difícil congeniar esa verdad con los supuestos de la fe.

—Por ejemplo la virginidad de María —dijo Julia.

—¡Por ejemplo! —confirmó Carlos—. No ha sido hasta hace poco, que la vida de Jesús se ha investigado por historiadores y no por teólogos. Pero hace bastante tiempo ya que se puso en duda lo narrado por los evangelistas. Historiadores de renombre como Fuller, Perrin o Sanders, han realizado listas sobre los sucesos que hasta el momento están prácticamente probados: que Jesús nació poco antes de la muerte de Herodes el Grande, que pasó su infancia y los primeros años de su edad adulta en Nazaret, que fue bautizado por Juan el Bautista, que predicó "el Reino de Dios" en los pueblos y campos de Galilea, que fue detenido en Jerusalén por autoridades judías y que fue ejecutado por orden del prefecto romano Poncio Pilatos.

—¿Nada más? —preguntó Julia.

—Nada más que esté probado históricamente. Nada sobre los hermanos de Jesús que se nombran en los Evangelios, nada sobre los orígenes de María, nada sobre su virginidad… La historiografía oficial no entra en terrenos tan pantanosos. Aunque hipótesis hay para todos los gustos. No quisiera aburriros, pero también tenemos las leyendas que se pierden en la noche de los tiempos y que repiten el mito del "Salvador". Si la memoria no me falla la primera nos habla de Attis de Frigia (los frigios son una de las razas más antiguas del Asia Menor) que precede en muchos siglos a Jesús y que al igual que él nació un 25 de Diciembre de la virgen Nana y fue crucificado en un árbol del que corrió su sangre sagrada para redimir la Tierra. Después de tres días resucitó como "El Dios Más Alto". Luego llegó Buda que también nace un 25 de Diciembre de la virgen Maya y su nacimiento fue anunciado por una estrella, era de linaje real y fue considerado "el que carga con los pecados". El dios griego Dionisos nace un 25 de Diciembre y como Niño Santo fue colocado en un pesebre.

—Estoy impresionada —dijo Julia.

—Pues me estaba olvidando del mito que más similitudes tiene con Jesús —siguió Carlos Queralt—. Algunos afirman que vivió hace 22.000 años. Me estoy refiriendo a Osiris, dios egipcio nacido de la virgen Isis en un pesebre el 25 de Diciembre. Su llegada fue

anunciada por tres hombres sabios y la estrella Sirio. Su padre terrenal se llamó Seb (José en hebreo) era de ascendencia real y también fue un niño maestro en el Templo. Fue bautizado en el río Eridamus (Jordán) por Anup el Bautista (Juan el Bautista) que fue decapitado. Tuvo doce discípulos, en fin… También Mitra de Persia, Quetzalcoatl de México y Zaratustra son otros tantos espejos del mito.

Julia escuchaba fascinada las palabras de Carlos y se oyó preguntarle:

—¿Tú crees que el relato de Calíopo es verdadero?

—Podría serlo. Desde luego no podemos asegurar a ciencia cierta que no lo sea. Como podéis ver las lagunas al respecto son muy grandes y muchos los interrogantes. Empezando por la virginidad de María que solo se justifica por la necesidad de construir la imagen del Mesías de la que hablan las profecías en el antiguo testamento, concretamente la de Isaías: "Mirad: la virgen concebirá y dará a luz a un hijo…" Pero, según Warner, de los dogmas tradicionalmente aceptados por la iglesia en relación con María solo uno se refleja inequívocamente en las escrituras: que es la madre de Jesús. En lo tocante a su maternidad divina, su virginidad, su inmaculada concepción y su asunción a los cielos, nadie, ni los propios evangelistas se ponen de acuerdo.

Pero ahora estamos ante un descubrimiento que dará luz verde a unas hipótesis y luz roja a otras. Baigent, Leigh y Lincoln explican en su libro "El enigma sagrado" como la inscripción de la cruz de Cristo, la que dice "rey de los judíos" podría no ser una burla, como se piensa comúnmente, sino la realidad misma. Cristo tendría un derecho legítimo al trono a través de la línea sucesoria procedente en especial de su madre. Solo Robert Graves en su libro "Rey Jesús", se atreve a citar a Antípater como padre de Jesús. Es algo que tendría sentido si nos atenemos a las tesis de los autores de "El enigma sagrado" pero no se ha podido probar nada hasta ahora. Sin embargo esos papiros corroboran parte de lo expuesto por esos autores. Hay otros, como Schonfield, que hacen referencia a los detalles de la crucifixión y que según él estuvieron minuciosamente pensados para que coincidieran con las profecías del Antiguo Testamento.

—¡Es una conspiración sin precedentes! —exclamó Juan—

¿Cómo es posible que no haya visto la luz hasta ahora?.

—¡Sí lo ha hecho! —dijo Carlos—. A través del evangelio apócrifo de Santiago, por ejemplo, en el que se relata la historia de los padres de María, Joaquín y Ana. No querría apabullaros con información, pero la verdad es que estoy excitadísimo y además de contároslo a vosotros, me lo estoy recordando a mí mismo, y me vienen a la cabeza Joyce y Brownlee…

—¡Eres como una enciclopedia andante! —le sonrió Julia—. Anda, sorpréndenos con esos Joyce y Brownlee.

Carlos Queralt se quedó cortado ante su comentario, como si no supiera como continuar. Ella se dio cuenta de inmediato y le dijo a modo de disculpa:

—¡Oye! ¡No te lo tomes a mal! No te lo he dicho como una ironía, me tienes absolutamente fascinada con tus conocimientos y los estoy disfrutando una barbaridad ¡Sigue, por favor!

El ego de Carlos quedó lo suficientemente esponjado como para dedicarle una amplia sonrisa a Julia y seguir su argumentación.

—¡Gracias! Bueno… pues… solo quería decir que Joyce y Brownlee han señalado las contradicciones de la doctrina oficial sobre la vida de Jesús (que los padres de la iglesia desarrollaron décadas después de que sucedieran los hechos) partiendo de las contradicciones de los Evangelios canónicos. Las pistas estaban ahí y muchos han sabido verlas, pero se necesitaba una prueba definitiva que lo subrayara todo. Desengañémonos, los documentos que están sobre mi mesa son el hallazgo arqueológico más importante de este siglo y del anterior. —Carlos se dirigió a Julia—: La antigüedad de los papiros tendrá que ser autentificada por expertos y estará sujeta a discusiones y controversias, pero mi experiencia me dice que serás una mujer famosa cuando anuncies tu descubrimiento.

Julia se encogió en su asiento, todo aquello estaba empezando a venirle un poco grande. Carlos, entre tanto, seguía exponiendo su opinión de experto.

—El problema lo va a tener el Vaticano. Porque si finalmente se acepta como cierta la historia, el principal pilar que sostiene a la iglesia se vendrá abajo estrepitosamente, y no estoy hablando de la virginidad de María, sino el hecho de que Jesús no muere. Con lo que el mito de la resurrección se rompe en mil pedazos, que

explotarán inmisericordes ante las altas esferas de la curia romana.

—Pero solo tenemos su palabra —Intervino Juan—. Ese tal Jacob, el viajero que según Calíopo le narra la historia, es un personaje de lo más misterioso. Solo conocemos su nombre ¿Qué hacía en Barcino en el año 36? ¿Por qué se la cuenta a ese joven sacerdote?

—Ya salió el policía —sonrió Carlos lanzándole a Julia una mirada de complicidad. Luego dirigió sus ojos hacia Juan—: ¿Porque sí? ¿Porque se sentía solo? ¿Porque necesita sacarse de encima esa historia? ¿A ti no te ha pasado nunca que estás guardando un secreto y que en un momento dado su peso se te hace insoportable? ¡Necesitas decírselo a alguien! A quien sea, siempre y cuando no se encuentre dentro de tu círculo, alguien a quien, como Calíopo, solo verás una noche, en una ciudad al otro extremo de tu mundo.

—Él no podía sospechar que ese joven sacerdote estaba a punto de entrar en un círculo de poder, ni que transcribiría en un documento todo cuanto le había sido narrado —apuntó Julia.

—¿Estás hablando de…?

—Sí claro —cortó a Juan.

—¿Qué te hace pensar que es un círculo de poder? —le preguntó curioso el inspector Torralba.

Ella se quedó pensativa durante unos segundos, en realidad las palabras que había pronunciado le habían salido de forma instintiva. Finalmente dedujo:

—¿Porque han sobrevivido casi dos mil años?

—¡Alto! ¡Alto! —interrumpió Carlos—. Ahora mismo estoy fuera ¿de qué círculo habláis?

—¡Ven! —le dijo Julia, mientras se levantaba y se dirigía a la mesa de trabajo donde, ajenos a la polémica que suscitaban, los dos manuscritos reposaban pacientes. Desenrolló con cuidado el segundo papiro que aún no habían empezado a traducir y le dijo—Mira el final, la firma, primero está el nombre de Calíopo Cuadronio Vero ¿Ves? Al lado hay un número romano, el VI, luego está la firma y debajo de ella, como si fuera un sello, este dibujo, y a su derecha anota Círculo Garum.

Al observar atentamente todo cuanto le señalaba Julia, el vértigo invadió a Carlos. Levantó la vista y observó que el nombre

de Círculo Garum se repetía en el texto. Su cuerpo se desplomó sobre la silla, la sangre desapareció de su cara.

—Carlos ¿Te encuentras…?

—Estoy bien, Julia, estoy bien. Hemos de acabar la traducción —y dirigiéndose a Juan—. Pide unas pizzas por teléfono, tengo el estómago en los pies. Necesito comer algo o caeré desmayado. Esto es más importante de lo que me había imaginado en un principio.

Era la una de la madrugada cuando Carlos Queralt se derrumbaba sobre el sofá incapaz de contener la emoción que lo embargaba. Juan y Julia se miraron en silencio. Julia fue la primera que habló:

—Necesitamos dormir, los engranajes de mi cabeza se mueven ya con demasiada lentitud.

—Tienes razón —la apoyó Juan—. Estamos cansados y sobrecargados de información. Te acompañaré hasta tu casa. Podemos reunirnos aquí mañana después de comer —y mirando a Carlos añadió—: Naturalmente siempre que a ti te vaya bien, ya te hemos ocasionado demasiadas molestias.

Él, regresó de algún lugar a donde su cabeza lo había arrastrado.

—En absoluto, Juan. Te lo he dicho antes y te lo repito. Es un privilegio. El valor de este documento sobrepasa todas mis previsiones.

Entre los tres enrollaron con sumo cuidado los papiros y los introdujeron de nuevo en su embalaje. Se despidieron mientras Juan le pedía a Carlos que diera un repaso a sus archivos de símbolos, por si encontraba los seis círculos concéntricos con el triángulo en su interior. Julia pensó que ella también seguiría buscando a su manera, tarde o temprano recordaría dónde lo había visto.

Cuando Carlos se quedó solo, no tuvo en cuenta la hora, empezó a teclear en su teléfono un número que lo comunicaría con Ignacio Colomer, secretario personal del Conceller de Cultura de la Generalitat.

A efectos del Círculo Garum, el número III.

El timbre sonó en la penumbra de la habitación como si estallaran cristales helados. La mano que cogió el auricular estaba acostumbrada a dejar el sueño de inmediato.

—¿Sí?

—Soy el número VI, mañana a las nueve estaré en tu despacho.
Los dos colgaron a la vez.
En los límites del vacío.

Barcelona — 9 de Junio de 2002 — 11 horas 00 minutos

Las campanas de la iglesia de la Merced estaban anunciando las once cuando los ojos de Julia abandonaron el sueño. Un rayo de sol jugueteaba a los pies de la cama y en su cabeza se abrió paso una obviedad: "la luz es la que hace que veamos las cosas, siempre que vemos, ahí está la luz".

El reloj digital, atendiendo el aviso de las campanadas, marcaba las once en punto. En cuanto se dio cuenta, Julia salió disparada de la cama, se metió en la ducha, y cinco minutos después estaba vistiéndose.

Eran las once y quince cuando salía por la puerta con destino a la Catedral. No se había tomado nada, así que al pasar por la Plaza San Jaime compró un bocadillo de beicon con queso y se lo fue comiendo con apetito hasta llegar frente al venerado edificio. Antes de entrar, recordó que su madre recreaba un ritual siempre que la visitaba, encender tres cirios al Santo Cristo de Lepanto, uno por cada ser querido. Un sentimiento de bienestar inundó su cuerpo, cuando decidió tomar el relevo y se encaminó sonriendo al pequeño puesto situado a la izquierda de la plaza, donde había visto que su madre los compraba. Pidió cuatro velas grandes y una más pequeña. La mujer que se encontraba tras la pequeña mesa, se detuvo un momento antes de entregarle la mercancía y le preguntó:

—Perdone ¿usted no había venido alguna vez con aquella señora tan simpática… Lucía, si no recuerdo mal?

—Sí, era mi madre —la reconfortó recordar la simpatía que despertaba en toda clase de personas.

—¿Está bien? Es que últimamente venía cada viernes y hace dos

o tres semanas que no la veo —se explicó la mujer con lo que parecía verdadero interés.

—Murió hace tres semanas, de una embolia —los ojos de Julia se apresuraron a cubrirse de humedad, en consonancia con la voz que a duras penas pudo acabar la frase.

—¡Lo siento de veras! Supongo que alguna es para ella, permítame que por esta vez no se las cobre. Y esta —agregó mientras introducía otra vela dentro de la bolsa de plástico—. Enciéndala de mi parte. La apreciaba de veras. Hace muchos años que estoy detrás de esta mesa y se cuando una persona es especial.

Entrar en la Catedral siempre la amedrentaba, todo en ella poseía unas dimensiones que nada tenían que ver con el ser humano. Se dirigió hacia la capilla del Santo Cristo y en los receptáculos correspondientes depositó las cinco velas que fue encendiendo una a una mientras, como viera hacer a su madre, nombraba a la persona que debía ser protegida por el Hijo de Dios. Recordó la conversación mantenida en casa de Carlos el día anterior y una sonrisa triste apareció en su rostro. Empezó por nombrar a su madre y su padre allí donde estuvieran, luego su hijo Javier, y finalmente Juan. La quinta, le explicó al Santo Cristo de Lepanto y a su madre, la encendía para ella de parte de la señora que vendía los cirios. Luego, con la vela más pequeña, se dirigió hacia la capilla de la Virgen de la Alegría y repitió también las mismas palabras que oyera en boca de su madre:

—Para que nunca pierda la alegría.

Fue al ir a encenderla cuando se acordó. Se quedó petrificada, a punto estuvo de quemarse los dedos. Sus pies ocupaban la amplia base de hierro del candelabro donde se depositaban los cirios. La anchura no rebasaría los setenta centímetros por veinte de profundidad. Estaba segura, lo había visto no hacía mucho, una de las veces que acompañó a su madre. No pudieron depositar la vela votiva sobre el candelabro porque lo habían retirado. Tuvieron que hacerlo en el suelo, en el primer escalón, en el centro de un triángulo rodeado por seis círculos concéntricos tallados en la piedra, muy desgastados por el roce del tiempo. Se agachó para ver si era posible mover el candelabro y comprobar que sus deseos no deformaban el recuerdo.

No pudo moverlo ni un milímetro.

Se dirigió entonces hacia la sacristía, y al entrar, una mujer bastante gruesa le cortó el paso, llevaba una camisa semitransparente contaminada por flores de colores azul, rojo y naranja, que dejaba entrever un grueso sujetador que la oprimía hasta la cintura,.

—La sacristía está cerrada hasta las cinco de la tarde.

Julia no se dio por vencida.

—¿Y no hay ningún sacerdote en toda la iglesia? Solo quiero hacer una pequeña pregunta, una curiosidad.

—A lo mejor encuentra al padre Alberto en el confesionario

—O quizá usted…—titubeó, pero finalmente decidió que no perdía nada probando— ¿Usted sabe que significa el dibujo que hay en las escaleras de la capilla de la Virgen de la Alegría, el que está tapado por el candelabro?

—Desconozco si existe algo bajo el candelabro, siempre que he barrido estaba allí. Pregúnteselo al padre Alberto, él seguro que lo sabe.

Julia se dirigió hacia la zona donde se encontraban los confesionarios y comprobó que los pecados ya no le preocupaban tanto a la gente. Estaba desierta.

—¿Padre Alberto?

—Dime hija.

—Una señora que estaba en la sacristía, me ha dicho que usted podría contestarme a una pregunta.

—Dependerá de la pregunta, hija, a veces son muy puñeteras.

Julia sonrió. Aún quedaban buenos ejemplares.

—Es sobre el dibujo que está grabado en las escaleras de la capilla de la Virgen de la Alegría y que siempre está tapado por el candelabro de hierro donde se depositan las velas votivas.

—¿Y cómo sabes tú lo que hay, si siempre está tapado?

—¡Por favor, padre Alberto! —suplicó Julia con su tono más convincente— ¿Puede confirmarme si hay un símbolo dibujado en los escalones?

—¿El de los seis círculos? —Precisó el padre Alberto, como si la escalera referida se encontrara repleta de ellos.

—Exactamente —sonrió triunfante Julia— ¿Sabe usted qué significa o a qué representa?

—¿Lo ves? Esa es una pregunta puñetera. Si te esperas que

acabe mi turno te enseñaré unos documentos que se guardan en la biblioteca. No tardaré más de media hora.

Julia consultó su reloj, eran algo más de las doce. Tenía tiempo.

Mientras se dirigían a la biblioteca, el padre Alberto se interesó por el motivo que llevaba a Julia a investigar sobre aquel curioso símbolo.

—Es largo de contar, padre, pero le prometo que en cuanto acabe mis investigaciones, me pasaré por la sacristía y se lo explicaré todo.

—A ver si es verdad. Pero podrías avanzarme alguna cosa, soy muy curioso y yo te estoy haciendo un favor.

Julia lo miró divertida.

—Estoy intentando comprobar la antigüedad de ese símbolo, y una vez la conozca, efectuar un seguimiento del mismo a partir de esa primera vez. No hay mucho más —mintió sin ningún tipo de remordimiento

La biblioteca estaba dividid en diferentes estancias. Julia y el padre Alberto llegaron a una de ellas, bastante grande, ocupada en su totalidad por estanterías hasta el techo. Algunas estaban protegidas con puertas de cristal y hacia ellas se dirigió sacando de su interior un grueso legajo de hojas sueltas, que estaban contenidas dentro de un papel y éste a su vez rodeado por una cinta de algodón que parecía a punto de romperse, tal era su desgaste.

Se sentaron alrededor de la mesa que habitaba el centro de la habitación y el padre, con sumo cuidado, desató el lazo y abrió el papel que las sujetaba. Ante los ojos de Julia, aparecieron unas hojas de extrema delgadez, irregularidad en sus bordes, y una tenue escritura.

—Estás viendo documentos, en su mayoría cartas en demanda de algún favor, que se remontan al reinado de Berenguer Ramón I —y mientras le decía estas palabras, iba apartando con cuidado, uno a uno, los papeles que se amontonaban ante él.

—Perdone, padre, la pregunta pero ¿qué hace esto aquí, cómo es que no están en la Biblioteca Nacional de Catalunya?

—Estarán pero… ¡menudo follón tienen allí montado! Están acabando de organizar no sé qué y de acondicionar el lugar donde serán colocados. No es fácil, hija, ¿sabes los millones de documentos que poseen? —de pronto apoyó las manos sobre la

mesa y le dijo con voz triunfante—: ¡Aquí está!

Ella se quedó indecisa por un momento, pero enseguida se acercó a mirar el documento que le mostraba. Intentó leerlo pero era un catalán muy antiguo y apenas pudo entender algunos conceptos. Pero lo que le interesaba estaba al final. La firma de un hombre llamado Mir, junto al número romano V y al lado el símbolo del Círculo Garum.

—Aquí tienes otro —le dijo el padre Alberto, dejando el primero algo más arriba.

Éste correspondía a un tal Guitard y el número era el II. Luego apareció otro con el nombre de Udalard, número VI y finalmente otro de Geribert Guitard con el número IV

—Este último, junto con su esposa Rotlenda, pagaron la reconstrucción de la iglesia de Sant Pau del Camp, la más antigua de Barcelona. Los nombres de ambos benefactores, si se mira detenidamente, aun pueden leerse en el dintel de la fachada —le amplió la información el padre Alberto.

—¿Y los otros que hicieron?

—Mir era un rico propietario dueño de muchos terrenos y en uno de ellos edificó el primer hospital para pobres. También Guitard edificó otro hospital en uno de sus terrenos. Udalard construyó viviendas y un taller escuela de ebanistería. La leyenda habla de un círculo de amigos que velaban por los habitantes de esta ciudad. Bueno… en esos momentos su nombre era Barchinona.

—Gracias padre. Puedo asegurarle que no es una leyenda y que ese círculo de amigos viene de más atrás, de cuando esta ciudad se llamaba Barcino. Lo que no podía imaginar, era que hubieran atravesado la historia sin que nadie se diera cuenta de ello.

Cuando se despidieron, Julia besó las mejillas del sacerdote y éste, reteniéndola con suavidad por los hombros le dijo:

—Recuerda que me debes una visita, hija.

—Se lo prometo, padre Alberto.

Julia enfiló la calle Ciutat en estado de gracia, su rostro iluminado, al pensar en la cara que pondría Juan Torralba.

* * *

En esos momentos, Juan Torralba y Eleuterio Matas, se

encontraban en la parte alta de la ciudad, atravesando la puerta de entrada al restaurante Acontraluz, que el subinspector había escogido con sumo cuidado, para sorprender, aunque solo fuera una vez, a su amigo Juan Torralba.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó impaciente.

—Si la comida se corresponde con la exquisitez de los pequeños detalles y la cuidada decoración ¡Hoy vamos a disfrutar!

Una sonrisa nerviosa aleteó en la cara de Eleuterio Matas, visiblemente orgulloso de haber podido estar a la altura en la elección del lugar.

Mauri, el encargado de sala, los atendió de inmediato.

—Buenas tardes, señores ¿han reservado mesa?

—Sí, a nombre de Matas.

—¿Serán solo ustedes dos?

—Sí… sí, solo nosotros.

Juan Torralba, en un segundo plano, sonreía ante los esfuerzos de su amigo el subinspector, por aparentar normalidad ante una situación que para él era desacostumbrada.

—¿Dónde les apetece sentarse, en la terraza cubierta o en el interior?

En ese momento, los ojos de Eleuterio Matas buscaron, desbordados, los de Juan Torralba.

—Yo preferiría la terraza ¿A usted que le apetece, Matas

—A mí, lo que usted diga me está bien, todo esto es en su honor.

—Estupendo, si quieren seguirme les acomodaré —dijo sonriendo Mauri.

Después de sentarse, mientras degustaban una tapa compuesta por carpaccio de buey con foie a la vinagreta de finas hierbas, el inspector se dirigió a su amigo con gran ternura.

—Matas, le agradezco muchísimo todas las molestias que se ha tomado para esta comida.

—Para nada, jefe, no sabe usted lo a gusto que me he quedado cuando me ha dicho que no conocía el restaurante.

—Es usted un exagerado. Le puedo asegurar que son muchos los restaurantes que no conozco.

Eleuterio Matas pareció quedarse durante unos segundos reflexionando y su semblante se vistió con las galas de las ocasiones importantes.

—Como pronto dejará de ser usted mi jefe y no hay peligro de que crea que lo que digo esconde algún interés…

—¿Por qué es siempre tan suspicaz? —lo interrumpió Juan Torralba.

—¡Déjeme terminar! —interrumpió a su vez Eleuterio Matas—. Que yo seré suspicaz, pero usted no deja hablar a nadie. A lo que iba. Que gracias por todo, que los siete años que hemos pasado juntos han sido los mejores para mí dentro del cuerpo de policía. Cuando lo vi por primera vez, con sus cuarenta años recién cumplidos, pensé "¡Vaya por Dios, te toca lidiar con un enteradillo!" —el inspector sonrió y fue a hablar, pero un gesto con la mano del subinspector lo hizo detenerse—. Y no ha sido así, me ha tocado lidiar con un enterao del que he aprendido a saborear la vida. Para mí siempre será mi jefe.

—Le voy a echar de menos, Matas. Espero que cumpla su palabra y nos veamos una vez al mes para irnos de comidas y conversaciones, sino tendré que dejar la policía y asociarme con usted en ese negocio que va a montar de agencia de detectives.

—De negocio… Dios dirá, de detectives, nada, detective, en singular, pero… ¿Qué coño hago yo todo el día en casa? La idea me la dio usted ¿Se acuerda? ¡Qué está hecho un crack! La verdad es que estoy ilusionado. No se lo pierda, he llamado al "Canguelo" para que me ayude, no es mal tío.

La risa de Juan estalló sin control y Matas se removió inquieto, sin saber en un primer momento de qué se reía su jefe, pero a los pocos segundos no le importó y se unió a él contagiado por la alegría del momento.

—¡Venga! ¡Vamos a brindar! —dijo finalmente Juan Torralba, algo más calmado— ¡Por nosotros, los mejores sabuesos de la policía!

—¡Por nosotros, aunque nos quedemos jodidos por no poder enrejar a Gerardo Arnal!

—No piense más en ello, el caso está cerrado, punto y final, su vida se abre a nuevos destinos.

Los dos amigos unieron las copas disfrutando del limpio sonido del cristal. Luego bebieron hasta vaciarlas dejando que el fresco y burbujeante líquido arrastrara cualquier inquietud.

BARCINO

Pridie Kalendas Agosto — Año 36 d.C.

El deseo se había disparado en el cuerpo de Calíopo ante la suavidad de la piel de Gala. Le recordaba la de los melocotones recién cogidos, tal era su tersura. Ahora se encontraba sobre él, sus senos se derramaban sobre el pecho de Calíopo calientes, llenos de alimento. Apoyándose sobre las manos, Gala los fue arrastrando lánguidamente hasta sus labios. Él abrió la boca con suavidad y succionó lentamente, sintiendo como le llegaba la leche, saciándose del dulce néctar que regala vida. Se incorporó sin dejar de acariciarlos, notando el dolor de su pene erecto anhelante de desbordarse en un orgasmo liberador. La mano se desplazó instintivamente hacia los labios vaginales de Gala palpando su lubricidad. Fue ella quien sujetó el prepucio y lo fue introduciendo lentamente en la oscura oquedad de su sexo, luego arqueó la espalda a la vez que contraía los músculos de la vagina una y otra vez. Unos segundos fueron suficientes para que Calíopo estallara en un cúmulo de sensaciones que lo acompañaron hasta el orgasmo.

Luego llegó la paz, el cansancio, dos cuerpos cubiertos de sudor que yacían inertes sobre la tupida alfombra.

Antes de que lo embargara el sueño, Calíopo se fue hacia el atrio para bañarse en la fuente que lo presidía. Allí encontró también a Iulius y a su tío, que refrescaban sus sudados cuerpos en el fresco líquido. El resto de amigos no tardó en llegar para someterse al mismo ritual de limpieza, que a la vez despejaba sus cabezas de somnolencia.

—Va siendo hora de que nos hables de tu propuesta —aventuró

Calíopo perdida su timidez—. Estoy intrigado.

—Veo que te sientes ya como integrante de pleno derecho —ironizó su tío, consiguiendo que en las mejillas de Calíopo se agolpara la sangre—. Es del Círculo Garum de lo que quiero hablaros, de ese nombre con el que nos han apodado los ciudadanos de Barcino.

A una señal de Flavio, un grupo de esclavos se acercaron hasta ellos con suaves paños de lino con que cubrir los desnudos cuerpos.

Se dirigieron de nuevo al stibadium donde todos se acomodaron dispuestos a escuchar con atención al miembro más respetado del grupo de amigos.

—La historia que narró a mi sobrino el judío Jacob, ha estado dando vueltas en mi cabeza desde que la conocí. Me fascinó el personaje de Jesús, y su vida dedicada por completo a un ideal, algo que te eleva por encima de la aburrida cotidianidad, algo que trasciende nuestra corta vida. Pero no existen profecías sobre mi persona, ni puedo escribir las maravillosas poesías de Virgilio, ni enlazar un relato épico con el virtuosismo de Homero, no soy un emperador victorioso, o sabio, o las dos cosas a la vez. ¿Qué tengo? Cierto poder en esta ciudad de provincias gracias a mi riqueza personal. Vosotros tenéis exactamente lo mismo. A unos os lo da vuestra fortuna, a otros el puesto que ocupáis en la administración y a ti, Calíopo, el más sutil, el que se ejerce sobre el alma. He decidido proponeros la creación de un grupo de poder hasta las últimas consecuencias. No el mero juego que hemos llevado a cabo hasta ahora. En realidad lo que pretendo es elevar El Círculo Garum a la categoría de mito.

El silencio que siguió a las palabras de Crísipo puso patente la expectación con que se seguían sus palabras.

—Vamos a ir por partes antes de empezar a discutir —indicó Flavio—. A mí el razonamiento de Crísipo me parece que está demasiado en el aire, sin forma, pero no lo despreciaría sin más. Saber que mi nombre será evocado por otros hombres mucho tiempo después de haber cruzado el averno, es algo que me halaga.

—Y qué se gana con el halago sino envilecer el alma —saltó Calíopo.

—¡Aquí no, Calíopo! La jerga sacerdotal la empleas con los civiles. Nuestro paraíso ya lo tenemos en la Tierra y maldita la

gracia que nos hace abandonarla. El razonamiento de Flavio me parece acertado —atajó Licinius.

—No solo eso, sino que enriqueceremos nuestra vida, y lo digo, naturalmente, en los dos sentidos, el físico y el espiritual —volvió a insistir Crísipo—. Una cosa es construir unos baños o escolarizar a nuestros niños y otra muy distinta y desde mi punto de vista apasionante es, por ejemplo, replantearse las necesidades de nuestra comunidad y adivinar cuales serán en un futuro empezando a darles forma desde ahora. Crear la Barcino que nos sobrevivirá. Tendremos la información, tendremos el poder. Implantaremos las industrias que serán necesarias, porque solo nosotros conoceremos esas necesidades. Empezaremos por atraer hasta aquí las mentes más privilegiadas del imperio, construyendo una biblioteca que contenga los mejores tratados de ciencia y medicina junto a la sabiduría más antigua. Financiaremos, al igual que José de Arimatea, a nuestro grupo de sabios, matemáticos, artesanos y artistas que investiguen nuevos materiales con que crear artefactos que faciliten el trabajo de la industria, o de la vida diaria. Los fabricaremos nosotros exportándolos a todo el imperio. Se investigarán nuevas mezclas y apósitos que traten más rápido y mejor las enfermedades …

—¡Por Júpiter, Crísipo! —Lo interrumpió Caio Salvio—. No somos dioses del Olimpo, ni los dueños de esta ciudad.

—¿No?

—¡No! No lo somos.

—Un poco sí —empezó a reír Iulius.

—Sí, un poquito, si —se adhirió a las risas Licinius.

—¡No le veo la gracia!

El último comentario de Caio Salvio desató la hilaridad de todos sus compañeros, que a duras penas pudieron dejar de reír mientras jugaban con las palabras poco, ciudad y dueños. Finalmente se calmaron y fue Aurelio Crísipo quien volvió a retomar su discurso.

—Está bien, quiero deciros que el nombre por el que nos conocen, Círculo Garum, a mí me convence, el garum es una pasta exquisita que se compone de varios ingredientes y nosotros somos exquisitos, y somos varios.

Un aplauso hizo sonreír a Crísipo que siguió hablando.

—Y el círculo nos integra, protegidos, en su interior.

Mientras decía estas palabras, fue a recoger un embalaje cilíndrico y saco de él un papiro que extendió sobre la mesa. Todos se levantaron de sus tricliniums para acercarse y contemplar su contenido. Había un dibujo con seis círculos concéntricos y en el interior del último un triángulo equilátero. Bajo él, con bella y estilizada caligrafía, se había escrito Círculo Garum y los nombres de los seis amigos, debidamente numerados por estricto orden de entrada al grupo.

I Aurelio Crísipo

II Flavio Cayo Celio

III Iulius Paullius

IV Licinius Cayo Herennio

V Caio Salvio

VI Calíopo Cuadronio Vero

Todos quedaron admirados por la simplicidad y la belleza del símbolo y Flavio abrazó a su amigo Crísipo, honrándolo por todo el trabajo que había llevado a cabo para empezar aquella hermosa locura.

Finalmente Crísipo se dirigió a su sobrino:

—¿Recuerdas lo que te dije que hicieras al comenzar nuestra reunión, con el rollo de papiro donde se narra la historia del rey Jesús?

—No he olvidado ni una sílaba.

—Pues bien, también la memoria es algo importante y con más motivo si tenemos en cuenta nuestros propósitos —los ojos de Crísipo recorrieron las miradas de todos sus amigos, fijas en él, antes de ordenarle a su sobrino Calíopo—. Te hago responsable de transcribir lo acaecido hoy en esta reunión, momento en el que nace el Círculo Garum, para que quede constancia de la verdad y no pueda ser tergiversada por el tiempo. Una vez escrito, guardarás ese rollo junto al otro, y ambos los harás reposar en sitio seguro. Quedan bajo tu responsabilidad, todos confiamos en tu prudencia y tu sensatez.

Barcelona — 9 de Junio de 2002 — 14 horas 05 minutos

Cuando Julia llegó a su casa, su hijo Javier estaba sentado en el sofá de la sala, con la expresión de un padre que está esperando a su hija, son las tres de la madrugada y su intención es derramar sobre ella el mal humor y la impaciencia de la espera.

Antes de decir hola, le disparó a su madre la primera andanada.

—¿Te has enfadado con papá?

Julia recibió la pregunta con sorpresa y su reacción fue justificarse.

—No, hijo. Quiero hablar con él porque hemos de aclarar algunas cosas, pero nada que no pueda entender.

Javier se levantó y se plantó delante de su madre.

—Pues lo tienes un poco crudo, porque en estos momentos mi padre debe estar sobrevolando la península ibérica camino de México D.F. ¿Dónde diablos estabas mamá? ¡Te lo dejé anotado en la nevera por si no te acordabas! ¡Hace dos días que te lo dije! Su avión salía hoy a las doce y diez.

Julia se dejó caer en el sofá, mientras se llevaba la palma de la mano derecha a la frente. Había olvidado por completo a Ferrán Diunó. Le había prometido llamarlo para hablar con él y dejarlo todo aclarado, pero su cerebro, por los motivos que fuesen, se había negado a recordárselo. Miró a Javier, consciente del mal rato que debía haber pasado su hijo en el aeropuerto, despidiendo solo a su padre.

—Lo siento, Javier, no te imaginas cómo lo siento —empezó con un murmullo y fue elevando el tono de su voz—. Ahora mismo le escribiré un e-mail para que se lo encuentre al llegar a casa. No sé

qué decirte hijo. Lo había olvidado por completo. Esta mañana me he despertado muy tarde y he salido corriendo hacia la Catedral, sin tiempo para ducharme y sin pasar por la cocina. Siento que hayas tenido que estar solo.

—No estaba solo, mamá. Tesa ha venido conmigo. Juan Torralba y el subinspector Matas también estaban allí, supervisando el traslado del ataúd de Valeriano Scacs

—Menos mal

—Ha sido bastante violento, papá no paraba de preguntar por ti, me ha rogado que le dijera si no habías venido porque estabas enfada con él. Por eso te lo he preguntado.

—¡Qué tontería! ¿Por qué voy a estar enfadada con él? ¡También tu padre…!

—Bueno, ahora ya está, ya me he tragado el marrón. Te estaba esperando porque si no te lo digo reviento. Tesa se ha quedado en el bar del Manel, me voy con ella a comer. No me esperes.

Julia se quedó sola, sin haberse recuperado todavía del mal cuerpo que le había dejado la discusión con su hijo. En un par de horas vendría a recogerla Juan Torralba. Se fue hasta la cocina y empezó a prepararse una ensalada, no le apetecía en absoluto, pero de alguna forma tenía que castigarse. Más tarde, fue el e-mail que le escribió con sumo cuidado y una gran ternura a Ferrán Diunó, con lo que acabó de expiar su culpa.

Pasaban unos minutos de las cuatro cuando el timbre de la puerta reverberó por todas las habitaciones de la casa. Tenía que bajar el tono. Como su madre era un poco sorda habían subido el volumen al máximo, pero ahora ya no tenía ningún sentido seguir aguantando los sustos que se daba cada vez que alguien pulsaba el maldito timbre.

Cuando abrió la puerta, Juan cogió la cabeza de Julia con las dos manos y rozó sus labios con un beso.

—Tienes mala cara ¿Has podido dormir bien?

—Me he levantado a las once, he ido corriendo hasta la Catedral y por fin he localizado el lugar donde había visto el símbolo del Círculo Garum.

—Estás hecha una fiera.

—Pues sí. Porque además he descubierto que en la biblioteca de la basílica existen unas cartas de diferentes ciudadanos, fechadas en

el reinado del Conde Berenguer Ramón I, donde se advierte en la firma los mismos números romanos detrás del nombre y el conocido símbolo.

—Y teniendo en cuenta —continuó el inspector—, que nosotros poseemos un documento con las mismas peculiaridades datado en 1909, es más que probable que el Círculo Garum haya sobrevivido sin fisuras, como mínimo hasta esta última fecha.

—¡Impresiona! ¡Casi dos mil años!

—Y en el más absoluto secreto.

Julia cogió el bolso que pendía del perchero y la cartera que ya tenía preparada detrás de la puerta y cogiendo a Juan por el brazo le dijo:

—Estoy lista, podemos irnos ¡ya! Tengo ganas de ver la cara que pondrá Carlos cuando se lo contemos.

—Y yo la que pondrás tú, cuando veas el medio de transporte.

—Julia se sorprendió por un momento pero enseguida captó el mensaje.

—¿Has traído la moto?

—Sí.

—¡Fantástico! Siempre he tenido ganas de comprarme una. Se lo propuse a Javier, comprar una motocicleta que nos sirviera para los dos. Pero él no quiso, es hombre de a pie, y para mí sola… se me pasaron las ganas.

—Bueno ahora eres una rica heredera, puedes permitirte el gasto.

—¡Qué bruto eres!

Caminaron hasta el lugar donde se hallaba la moto de Juan Torralba, una BMW de 750 c.c. La adrenalina le estalló a Julia en las venas en cuanto Juan arrancó el vehículo y tomo a toda velocidad la primera curva. Sus brazos se agarraron a él con tal fuerza que en el primer semáforo que pararon Juan tuvo que pedirle que los aflojara porque lo estaba ahogando.

El trayecto duró apenas siete minutos.

Cuando Carlos les abrió la puerta del piso, su expresión hizo que a Juan se le disparara el instinto. Algo pasaba. Inmediatamente se puso alerta y sintió no llevar encima el arma reglamentaria.

—Escucha —lo paró ante la puerta—. Antes de enfadarte, dame la oportunidad a mí, y a la persona que está en la sala, de

explicarnos. No existe ningún peligro. No sé si llevas tu arma, pero te aseguro que no la necesitarás.

Juan le dio un empujón mientras le espetaba a la cara

—Nunca pensé que fueras un chivato de mierda.

Entró como una tromba en la sala, seguido de Julia que no acertaba a entender qué estaba pasando. Un hombre, en la mitad de la cuarentena, se encontraba cómodamente sentado en el sofá, con una copa de vino blanco en la mano. Al verlo entrar, dejó instintivamente la copa en la mesita de centro y se levantó, alargando el brazo para intentar estrechar la mano de Juan Torralba mientras decía.

—Mi nombre es Ignacio Colomer, soy secretario personal del Conceller de Cultura de la Generalitat.

Juan se quedó sorprendido y solo acertó a estrechar la mano que le brindaba Ignacio Colomer. Julia salió de detrás del inspector y también se adelantó para saludarlo sin saber todavía muy bien qué estaba sucediendo. Las palabras que le dirigió el desconocido la dejaron sobrecogida.

—Encantado de conocerla, señora Cruells, mi nombre y mi cargo no tienen nada que ver con esta visita, estoy aquí en calidad de número III del Círculo Garum, con plenos poderes para poder negociar con usted en nombre de mi grupo.

A través del balcón abierto se filtró el canto de un jilguero, que desde las ramas altas del árbol que trepaba hasta el piso de Carlos, cortó en unidades finísimas el denso silencio que se había posado sobre ellos.

Ignacio Colomer se sentó de nuevo en el sofá, recuperando la copa de vino blanco y saboreando su contenido mientras Julia Cruells y Juan Torralba, todavía aturdidos, se derrumbaban en los dos sillones situados frente a él.

Entretanto, Carlos les acercó desde la cocina un vaso de coca-cola con hielo para ella, y un café para él. Luego, volvió a llenar la copa de Ignacio y la suya con el mismo vino blanco que ya estaban consumiendo, y se sentó en el sofá junto a su amigo.

—Supongo que entenderá nuestro desconcierto ante sus palabras —fue Julia la primera en hablar—. Mi compañero y yo le agradeceríamos una explicación.

Ignacio Colomer sonrió comprensivo con un ligero toque de

prepotencia en su mirada.

—Nuestro grupo, posee documentos que nos hacían suponer que nuestra organización surgió cuando Carlomagno liberó del poder de los sarracenos la ciudad que entonces se conocía como Barchinona. Imaginaros la sorpresa de Carlos, nuestro número VI, al tener en sus manos un documento que narraba el verdadero inicio del Círculo Garum relatado por uno de los fundadores, el último de los amigos que se integró en el grupo original, el primer número VI.

—Yo, esta mañana, he hallado en la biblioteca de la Catedral documentos fechados durante el reinado de Berenguer Ramón I —interrumpió Julia.

—Los conocemos, estamos intentando pactar con el obispado —continuó Ignacio con cierto orgullo—. La verdad es que nos está costando bastante trabajo, pero la última propuesta será difícil que la rechacen. Pero volvamos a lo que nos interesa. Supongo que la justificación de nuestra longevidad, se deba a que hasta 1909 solo constituyeron el Círculo Garum, seis integrantes que se iban renovando uno a uno, cuando acontecía un deceso. Y por supuesto, el hecho de que estas personas se hayan escogido a través de los siglos teniendo en cuenta lo que en cada momento necesitaba nuestro grupo. Un motivo importante era el poder que ostentaban o podían ostentar, su inteligencia, y como no, su fortuna, que permite realizar las obras o los experimentos que nos han hecho avanzar hacia el futuro.

—Has hablado del 1909 —le interrumpió ahora Juan Torralba —, como una fecha en la que cambió vuestro número de integrantes ¿Cuántos sois ahora?

—No es exactamente así. En 1900 murió un integrante del Círculo y se escogió para su substitución a un hombre con una talla intelectual y humana fuera de toda duda, Francisco Ferrer i Guardia. En aquellos momentos nos preocupaba sobremanera la educación y sus propuestas sedujeron al grupo. Se le proporcionó el inmueble situado en la calle Bailén, 56 para que abriera su Escuela Moderna, que en aquellos momentos estaba a la vanguardia no solo de España sino de toda Europa, que es lo mismo que decir de todo el mundo. Fue a él, en 1907, cuando salió de la prisión Modelo de Madrid por un asunto político, a quien se le ocurrió la idea. El gobierno había cerrado la Escuela Moderna y no le permitían que la

volviera a abrir. Entonces centró su energía en un nuevo proyecto que expuso en una de las reuniones, se trataba de unificar lo que él consideraba una cultura común, ampliando a toda Europa la Escuela Moderna con el fin de empezar a crear la conciencia de un espacio común entre quienes son los dueños del futuro, los niños, para que con el tiempo se transformara en una realidad política y social que nos hiciera fuertes frente a un mundo convulso y cambiante. Se escogieron cinco países europeos por diferentes motivos, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia y Suiza, que junto al nuestro sumaban seis y en cada uno de ellos, seis hombres y mujeres, otra novedad, fundaron los respectivos Círculos Garum en sus capitales.

—Perdona que te interrumpa pero ¿esos no fueron los países que formaron La Lliga Internacional per a L'Educació Racional de la Infancia, que si no recuerdo mal su presidente honorario fue Anatole France y su presidente ejecutivo Ferrer i Guardia?

—Exactamente —exclamó sorprendido— . Eres un hombre de amplia cultura, no todo el mundo conoce en estos momentos esa parte de nuestra historia.

—Y ahora —intervino Julia impaciente— ¿Qué hacéis? ¿Quiénes sois?

—Se me ha permitido hablar con vosotros de nuestro pasado, para que supierais quienes somos, y a qué nos dedicamos, el grupo de personas que te va a pedir —dijo dirigiéndose a Julia—, que les vendas el segundo papiro. De nuestros actuales proyectos, estoy seguro que lo entenderéis —hablaba ahora con los dos—, no puedo deciros nada.

Ignacio Colomer calló. La primera pica se había colocado en el sitio justo, en el momento oportuno. Los tenía allí donde quería, no en vano había sido el escogido para tan delicada misión.

De repente Julia se puso a reír.

—Siempre me pregunté cómo se le ocurrió al alcalde Serra la idea de presentar candidata a los Juegos Olímpicos a Barcelona, pero al oírte hablar de los nuevos Círculos Garum se me ha ocurrido de repente que debíais tener seguros los votos de los principales países ¿Verdad? ¡A la Ville de…Barcelona! —dijo imitando las palabras y el tono de Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional cuando le fue concedida la

Olimpiada a Barcelona.

Ignacio le regaló una sonrisa por su fino olfato, pero no dijo ni una sola palabra. Fue Juan el que de forma más cáustica, iluminó las sombras.

—No me extrañaría. La movida inmobiliaria que hubo en esta ciudad fue de proporciones gigantescas, los números del capital que se barajó fueron de vértigo. Y teniendo en cuenta las entidades financieras que les facilitaron la vida, no nos costaría mucho averiguar los actuales componentes del Círculo. Como mínimo tres de los seis.

Colomer Mira no contestó, fue Carlos quien intentó defenderse de las insinuaciones de Juan Torralba.

—Estás hablando en términos de blanco y negro y todo en la vida es mucho más complejo, es cierto que necesitamos el poder, pero lo que sobre todo buscamos son mentes comprometidas y abiertas, lúcidas, que sepan mirar el futuro y el presente con la misma facilidad, y adelantar respuestas, adelantar soluciones.

—No voy a ponerme ahora a discutir sobre el tema —interrumpió Julia—. La dueña de los dos papiros soy yo, en parte por la voluntad de la hermana de mi abuelo, Irene, pero sobre todo por ser la heredera de Valeriano Scacs —y dirigiéndose a Juan, dijo —. El otro día, mientras cenábamos, me dijiste que lo que sí había cambiado, lo que sí tenía, era el gran privilegio de poder pensar mi vida en función de mí misma, en completa libertad. Pues creo saber lo que quiero —y enfrentando sus ojos a los de Ignacio Colomer, le espetó—: No os voy a vender el papiro.

Los segundos que Julia llenó expresamente de silencio, transformaron las caras de los tres hombres que la escuchaban y le permitieron confirmar que, en aquel momento, el poder se movía inquieto entre sus manos. Al seguir hablando, una sonrisale iluminó la cara de repente, había aparecido en su memoria lo que una vez le dijera su madre: “Tienes un don, Julia, que el mundo vaya con cuidado con lo que te enseña, porque aprendes rápido”.

—Os lo voy a regalar

Ignacio Colomer y Carlos Queralt se revolvieron inquietos en sus asientos. Julia había dado un salto cuantitativo y ahora se encontraba por delante ellos. No sabían cómo reaccionar, pero aún les esperaba otra sorpresa.

—¡Con una condición! Pido ser la próxima integrante del Círculo Garum. Mi mente es despierta, mi coeficiente intelectual, de 130 y cuando se ejecute la herencia que he recibido seré la dueña de Inmobiliaria Domènech. Supongo que eso tardará y tendré que luchar por ello, pero no hay prisa. Sé que tengo que esperar y confío en que los demás componentes no sean tan jóvenes como vosotros.

Esta vez las risas estallaron para dejar salir todo el cúmulo de sentimientos que los nervios tenían retenidos. Carlos se levantó del sillón y besó en las mejillas a Julia mientras desgranaba en su oído un gracias que no necesitaba más ornamentos. Ignacio puso la mano sobre el hombro de su amigo para llamar su atención y evitar así que siguiera hablando con ella porque, en aquellos momentos, la sorpresa había escogido nueva pareja sin que Julia pudiera ni imaginarlo. Intercambiaron los dos amigos unas palabras en voz baja y después el dueño de la casa se desplazó hacia la nevera. Volvió con cuatro copas y un cava a punto de congelación, repartió las copas, abrió la botella, y después de guiñar el ojo a su compañero Ignacio, que asintió discretamente, se preparó para hacer un brindis.

—Por Julia Cruells Adell, futura número IV del Círculo Garum.

Esta vez fue Julia la que estuvo a punto de soltar la copa que sostenía entre las manos. Más tarde, Ignacio le explico que hacía tres meses que un infarto se había llevado al anterior número IV. Habían estado sopesando posibles candidatos para el puesto, pero la vida había elegido por ellos, y el documento que obraba en poder de Julia era demasiado importante.

Ignacio Colomer había acudido a la reunión con las manos llenas de poder. Dispuesto a entregar cualquier cosa que Julia pidiera sin importar la cantidad: “Todo se había resuelto con facilidad” pensó “y sin coste alguno” rio para sus adentros. “Será un excelente número IV, tiene casta”.

BARCINO — Año 72 d.C.

Calíopo Cuadronio Vero, era el único fundador del Círculo Garum que sobrevivía.

A Crísipo lo había substituido otro de sus sobrinos, que se había hecho cargo de su fortuna y de la responsabilidad que lo unía al grupo. En el año cuarenta había huido de Roma hastiado de la corrupción, la decadencia y la locura, que imperaron buena parte de los cinco años que duró el reinado del emperador Gaius Calígula.

A Flavio y Caio Salvio los sustituyeron sus primogénitos, a Iulius y Licinius un médico y un poeta, respectivamente, que formaban parte del grupo de intelectuales, artesanos y artistas que trabajaban en común para el Círculo Garum. La biblioteca que poseían en aquellos momentos rondaba ya los tres mil rollos, que se guardaban en un edificio adjunto a la domus de Crísipo debidamente acondicionado para evitar la humedad, el enemigo más agresivo junto con los insectos.

Solo había dos rollos que se conservaban aparte, dentro de una hermosa caja de bronce, los que al inicio del Círculo Garum ordenara Crísipo guardar a Calíopo. El lugar que escogió fue la base de una de las columnas del Templo de Augusto, y en todos aquellos años, contrariamente a lo que supusieron en su momento todos los amigos, no había sido necesario utilizarlos, por lo que seguían en su retiro, cedidos al destino.

La fama del carácter pacífico y progresista de los ciudadanos de Barcino había traspasado fronteras, así como la aureola de bienestar y cultura que en ella se disfrutaba. Hermosos edificios públicos albergaban baños, escuelas, talleres de los más diversos oficios,

foros de discusión regentados por filósofos y lo más apreciado, un local rectangular, amplio y ventilado, donde se reunía a los enfermos atendidos en todo momento por médicos y boticarios que tenían su vivienda junto a él. Eran muchos los ciudadanos del sur de la Galia que llegaban hasta Barcino animados por su creciente prestigio, e instalaban en ella sus negocios que florecían de inmediato gracias al flujo continuo de visitantes y comerciantes. Unos llegaban desde el interior para aprovisionarse y otros desembarcaban en el puerto, que estaba empezando a rivalizar, sino superar, a los más importantes del Mediterráneo occidental, como el de Massalia en la costa gala.

Hacía dos meses que el grupo había sorprendido a Calíopo con una animada fiesta de aniversario para celebrar sus sesenta y un años. Durante el transcurso de la misma, con exquisita delicadeza por parte de sus nuevos amigos, fue animado a buscar un sustituto que comenzara a hacerse cargo de las responsabilidades que concernían al grupo, cosa que le sorprendió bastante pues él se encontraba, o eso suponía, en una excelente forma. Prometió hacerlo sin perder tiempo, aunque sus muchas ocupaciones (había conseguido realizar su sueño de juventud, suceder a su maestro como sumo sacerdote del Templo de Augusto) aligeraron su mente de ese pensamiento.

Pero el destino sabe de nuestras necesidades y teje sus caminos en el más absoluto secreto.

El paseo favorito de Calíopo, los días en que podía llevarlo a cabo, lo trasladaba hasta la playa, donde se acomodaba en la arena alimentando viejos recuerdos. Después, sus pasos se orientaban hacia las marismas donde unas hermosas aves zancudas, de largas patas y cuello espigado, con las plumas teñidas por un elegante color rosado, se movían ágiles y remontaban el vuelo planeando en círculos sobre su cabeza. Su graznido, chirriante y seco, le hacía compañía.

Fue en uno de esos paseos donde conoció a Antonius Antullus, un adolescente de apenas quince años que había arribado hacía poco con sus padres desde la región de Comenge, en la Galia

Lo primero que llamó su atención, fueron unas hermosas frases escritas sobre la arena lavada, que el mar iba borrando con tristeza. Al mirar hacia lo lejos descubrió a alguien que se erguía en aquel

momento, permanecía unos segundos observando algo en el suelo, caminaba unos pasos, y se inclinaba hasta rozar, con el dedo índice, la lisa superficie que las olas parecían pulir para él. Aceleró su ritmo, y al poco se encontraba detrás del muchacho leyendo lo que éste escribía sobre la arena húmeda.

—¿Conoces a Virgilio? —le preguntó sorprendido.

—Sí, y por lo que me decís, vos también.

—¿A quién más conoces?

—Solo a Virgilio. Fue con sus versos que un anciano, a quien los del pueblo suponían mendigo, me enseñó a leer y escribir.

—Fuiste afortunado.

—Lo sé. Yo no pretendía nada de él, solo sentía lástima y cuando acababa de comer, me acercaba a su choza con un trozo de pan, queso, o con guiso de mi madre si sobraba.

—Entonces además de afortunado eres generoso.

El joven sonrió.

—Si vos lo decís.

—Mi nombre es Calíopo, soy sacerdote del Templo de Augusto.

—Yo me llamo Antonius y ayudo a mi padre que comercia en granos.

—Ha sido un placer Antonius, yo debo irme ya, pronto anochecerá y la humedad disuelve mis huesos, pero me gustaría que vinieras a visitarme algún día al templo. Pueden acompañarte tus padres, por supuesto. Me gustaría enseñarte la biblioteca que poseemos y que está a tu entera disposición.

Los ojos del muchacho se abrieron hasta casi dibujar un círculo, y sus pupilas mostraron la sorpresa con que había recibido la propuesta de Calíopo.

—No sé cómo… os agradezco…

—Está bien, está bien, joven extranjero. Es deseo de los dioses que sigas siendo afortunado y han confiado en mis manos sus deseos. Espero verte pronto.

Se alejó lentamente, mientras Antonius farfullaba una despedida a sus espaldas.

—Adiós, señor… por supuesto que os visitaré.

Otro momento mágico en la playa, pensó feliz Calíopo. Algunos los había vivido en la infancia con su abuelo, con Jacob hacía más de treinta años, y ahora, con un muchacho que se presentaba ante

él en el momento oportuno para poder transmitirle todos sus conocimientos.

Llenaron su mente las imágenes de los amigos que lo esperaban al otro lado de la laguna Estigia y su cuerpo se inundó de ternura, miró hacia Barcino, hacia las murallas que protegían la ciudad a la que había dedicado su vida. “Cuánto la amo”, pensó, y mientras se acercaba, susurraba palabras al viento.

—Hemos podido hacerlo, Crísipo, una nueva generación más preparada, más fuerte, también cree en nuestro sueño. Ahora sé que seguirá en el tiempo. Ha sido un privilegio, amigos. Ha sido un privilegio que los dioses nos escogieran a nosotros.

Barcelona — 10 de Junio de 2002 — 18 horas 33 minutos

Julia estaba dando los últimos toques a su sala de estar.

En una hora, Carlos Queralt llegaría acompañado del número I, responsable del archivo de la organización, para recoger el papiro escrito por Calíopo. Todos los documentos del Círculo Garum se habían guardado en las casa de los distintos número I, hasta que a principios del siglo XX el conflicto de la Gran Guerra se desató en Europa. En ese momento fueron trasladados a Suiza, país neutral, y desde entonces se conservan dentro de treinta y cuatro cajas especiales de seguridad en un Banco de Ginebra, de donde no han vuelto a salir. Cuando los componentes de Garum desean guardar nuevos documentos, o indagar algún acontecimiento de su historia, el Banco les facilita un despacho el tiempo necesario para llevarlo a cabo. En esos documentos, algunos de ellos encriptados, se hallan transcritos sucesos de una historia paralela que aclararía momentos oscuros del devenir europeo a cualquier historiador, y le procuraría también fama y reconocimiento internacional.

El timbre volvió a asustar a Julia, recordándole la necesidad urgente de bajar el volumen.

Era Juan.

Apareció ante ella con un traje de lino, que recordaba el color intenso del mar cuando lo abandona la tormenta, y una camisa, con un azul más soleado. Se movía nervioso. Los labios se rozaron apenas un segundo.

—¿Dónde has enviado a Javier?

—A ningún sitio. Hoy tenía rodaje, ya me ha dicho que no volvería hasta la noche y que vendría a cenar con Tesa. Que tienen

que hablar conmigo.

—¡Por Dios! Estás rodeada de misterios.

—Para nada. El misterio de mi hijo ya te lo conté yo, lo se antes de que me lo diga. Su padre le ha dado el dinero para poder irse a Cuba, y va a presentarse a los exámenes que se celebran la semana que viene en Madrid. Y ese es todo el secreto. Tesa lo acompaña porque no tiene cojones para decírmelo él solo, y en eso yo tengo algo de culpa porque lo he protegido en exceso.

—¡Joder, Julia! Nunca dejarás de sorprenderme.

—Eso es un tópico nada digno de tu nivel intelectual.

—¡Das miedo!

—Eso mismo me ha dicho esta mañana Javier.

—Y le has contestado…

—Que esa era su madre real, que había decidido aparecer en escena y que se fuera acostumbrando.

—¡Joder!

—Me lo impiden treinta euros de peluquería y este traje nuevo que no baja de los doscientos, pero dame tiempo.

La risa estalló en Juan y se contagió a Julia, que se alejó hacia la cocina y volvió con dos vasos. Uno con whisky y el otro con cerveza. Le pasó el primero a él y ella se quedó con el segundo.

—Vamos a brindar, necesito un poco de alcohol para aguantar toda esta historia.

—Por el Círculo Garum —propuso el inspector.

—Por él —se adhirió Julia.

—Y por lo guapa que estás cuando te gastas doscientos treinta euros.

Sonrió.

Después de beber unos sorbos, se apoyaron en el sofá y se buscaron las manos. Luego fueron los ojos los que se unieron en una mirada que evocaba ternura y compañía.

El timbre sonó cuando los vasos ya estaban vacíos, y Julia y Juan permanecían en silencio apoyados en el respaldo de uno de los sofás.

Al abrir la puerta se quedó petrificada. Todos sus esquemas y sus previsiones se habían desvanecido en décimas de segundo.

—Esta es Julia Cruells Adell y él es el inspector Juan Torralba —hizo las presentaciones Carlos Queralt, que avanzó desde detrás del

hombre que ocupaba las retinas de Julia, llenándolas de sorpresa.

—¿Usted? —No pudo reprimirse.

—Me alegra que me conozca —contestó el número I

—Creo que de verlo tantas veces en televisión ya lo considero casi de la familia.

—Es un privilegio conocerle —le saludó Juan Torralba con el respeto aleteando en su voz.

Pasaron a la sala donde la caja de cobre se hallaba presidiendo el centro de la mesa situada frente a los dos sofás. Todos se desperdigaron sobre ellos, y sobre las butacas que acababan de dibujar la amplia U situada en la parte central de la habitación. La primera en hablar fue Julia mientras recogía los dos vasos vacíos.

—¿Les apetece algo fresco? Hay cervezas, vino blanco y también cava, que lleva media hora descansando en el congelador.

—Creo que el cava será lo más adecuado —dijo con autoridad el número I

Todos sonrieron en señal de aprobación, y mientras ella iba a buscar la bebida, Carlos Queralt sacó de la cartera que lo acompañaba unos documentos que alineó sobre la mesa. Luego, todos quedaron en suspenso esperando a Julia. Apareció a los pocos minutos con una bandeja en la que se ordenaban las cuatro copas y la botella, adornado todo ello por una capa externa de suave escarcha blanca, que evidenciaba donde habían reposado durante la última media hora.

Juan abrió el cava y lo escanció en las cuatro copas que los presentes recogieron con gestos solemnes. El brindis lo inició el número I.

—Por el Círculo Garum y nuestra nueva integrante ¡Bienvenida número IV!

—Por el privilegio de poder explorar un mundo nuevo —Añadió Julia.

Todos las alzaron y como imanes previsibles se unieron entre sí. Después, su contenido helado y burbujeante se deslizó por las gargantas. Los ojos se encontraron y cada una de las pupilas reflejó, como en un juego de espejos, las miradas de los demás. El número VI, abandonada su copa sobre la mesa, se dirigió con tono apresurado a Julia:

—He preparado los documentos que certifican tu donación.

Tendrás que firmar el original aquí, junto al número I. La copia que está firmada por él es para ti.

Un escalofrío recorrió la columna de Julia, cuando vio su nombre unido al número y al símbolo Garum

—Estuve pensando en lo que me dijo Ignacio en tu casa —le comentó ella mientras firmaba—. Sé que no me explicará sus razones, pero también sé que deben ser cualificadas. Si no entendí mal, me sugirió que guardara el documento sobre la genealogía de Jesús para después de la muerte del Papa Juan Pablo II. Es lo que he decidido hacer y quiero pediros un favor. Aunque durante casi cien años haya estado escondido entre los ladrillos del terrado de esta casa, me parece mucho más segura una caja de alta seguridad en un banco suizo.

El número VI se movió nervioso.

—No tengo tiempo para preparar los documentos de cesión temporal. En dos horas debemos estar en el Aeropuerto del Prat para coger un avión con destino a Ginebra. Tendrías que esperar nuestro regreso.

Julia sonrió, no estaba acostumbrada a tantas formalidades.

—Si te digo que confío plenamente en ti ¿Será suficiente?

—Bueno… si… claro. En cuanto regresara a Barcelona yo te llamaría y…

—No hace falta que me des tantas explicaciones —le interrumpió ella, y cogiendo entre sus manos la caja de cobre, se la acercó a Carlos Queralt.

No llegó a sus manos porque el número I se levantó inesperadamente, interceptándola.

—Antes de que lo guardes dentro de la valija diplomática quiero verlo. Siento una gran curiosidad. Dejó el receptáculo sobre la mesa y lo abrió.

—¿Cuál de los dos pergaminos es el nuestro?

Julia se acercó y, con cuidado, fue desplegando el manuscrito hasta que apareció la firma de Calíopo Cuadronio Vero, y bajo ella, los seis círculos concéntricos con el triángulo equilátero en su interior. Lo estuvo observando durante unos segundos y después levantó la vista hacia los demás.

—¡Impresionante! ¡Fechado en el reinado de Tiberio! ¿En qué año me dijiste VI?

—Aproximadamente en el treinta y seis después de Cristo, porque en él se habla de que su muerte está ya muy cercana y nosotros, si me lo permite, tenemos ya muy cercana la hora de la salida del avión. Deberíamos irnos hacia el aeropuerto del Prat.

Mientras decía estas palabras, se levantó y empezó a enrollar el manuscrito con manos expertas, luego lo guardo en la caja de cobre, y finalmente lo metió todo dentro de un maletín metálico con cerradura de seguridad, debidamente encriptada.

La despedida fue breve, pero los sentimientos se percibían intensos, a flor de piel.

—Querida número IV, nos veremos en mi casa la próxima reunión del Círculo Garum. El número VI estará en contacto contigo. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—¡Imagine para mí! Buen viaje a los dos, cuidad de nuestros tesoros.

Juan y Julia salieron al rellano desde donde observaron como los dos hombres se alejaban hacia el exterior a través del zaguán.

Cuando cerraron la puerta tras de sí, Julia se abrazó a Juan, necesitaba sentir que todo lo que la esperaba no lo viviría en soledad.

—Estoy asustada Juan, por una parte pienso que todo esto me sobrepasa, que solo soy Julia Cruells, una madre soltera que vive en el principal del número cuarenta y seis de la calle Avinyò, e intenta seguir adelante después de la muerte de su madre. Pero por otra parte siento que hay también una nueva Julia que se ha enamorado, que no teme enfrentarse a Gerardo Arnal, que ha tenido las narices de “chantajear” a personalidades del nivel del número I, para acceder a su círculo de poder.

—Eres mucho más fuerte de lo que imaginas y tienes la cabeza muy bien amueblada —le señaló mientras la apretaba contra él y besaba sus cabellos, su frente. Se miraron llenándose el uno del otro y entrelazados se dirigieron de nuevo hacia la sala. Él se sentó en uno de los sofás y Julia se estiró reposando la cabeza sobre el regazo de Juan.

—Cuando el número I miraba extasiado la firma de Calíopo, han vuelto a mi memoria las frases anotadas en el pergamino donde él explica por qué desea incorporarse al Círculo Garum ¿Te acuerdas? —le preguntó a Julia, aunque continuó sin esperar su respuesta—.

“No es el poder”, escribía, “nunca ha sido el poder lo que me ha movido a desear integrarme. Lo que realmente me interesa es acceder al conocimiento que ellos poseen”.

Julia se incorporó.

—¡Esas serían exactamente las palabras que yo utilizaría para expresar mis sentimientos!

—¡Es increíble, Julia! Casi dos mil años y los motivos que nos mueven siguen siendo los mismos, la información, el conocimiento. Su parte negativa proporcionan al ser humano el poder sobre quienes no lo poseen y la positiva nos acerca a la sabiduría. Siempre moviéndonos entre dualidades.

Sonrieron.

—Tengo verdadera curiosidad por saber si las cenas del Circulo Garum 2002 son igual de exquisitas que lo eran, al parecer, las del primigenio Círculo Garum.

—¿Lo ves? —comentó entre risas Juan Torralba—. Debes ser la reencarnación número veinticinco de Calíopo Cuadronio Vero.

Sus risas aletearon felices hasta que las paralizó el golpe de la puerta al cerrarse.

Se sobresaltaron. Javier y Tesa se encaminaban, inquietos, hacia la sala.

Muy cerca, el mar se movía con espasmos de medusa.

Antonia Cortijos nació en 1948. A finales de los sesenta se convierte en una alumna de la cuarta promoción de Diseño de la Escuela Massana y ejerce como diseñadora durante 15 años. Se vuelve a matricular en Massana pero esta vez para estudiar pintura. Ha realizado exposiciones con éxito y también ha ilustrado libros infantiles y adultos. A comienzos del tercer milenio siente la necesidad de escribir, que según sus palabras no es muy diferente de pintar, de explicar historias, recrear sentimientos. En 2005 Plaza y Janes edita su primer libro “El Diario de Tapas Rojas” Edebe publica el segundo “Ruido de agua” Haka Books el tercero, “Isla Plana” y el cuarto, “Atlantidas”, El quinto “Las voces de la Memoria” está en periodo de edición. Pero es también una mujer de imagen, así que hace cuatro años se une al grupo de pintores La Mirada Expandida y junto a ellos está desarrollando su pintura en la actualidad.

* La Reforma: Nombre con el que se conocía a la actual Vía Laietana, cuando empezaron los trabajos de derribo